

William Boyd

Solo

Una novela de James Bond

Traducción
Susana Rodríguez-Vida

007



Lectulandia

Es 1969 y James Bond está a punto de actuar solo, motivado temerariamente por el afán de venganza.

El veterano agente secreto 007 es enviado a un pequeño país de África occidental, Zanzarim, para detener una guerra civil. Con la ayuda de una hermosa cómplice pero perseguido por la milicia local, Bond sufre una devastadora experiencia que lo lleva a ignorar las órdenes de M y a buscar la justicia por su lado. En su intento, recalca en Washington D. C., ciudad en la que descubre una red de intrigas geopolíticas y presencia los más terribles crímenes. Pero si Bond logra llevar a cabo su plan, un hombre con dos caras lo acechará sin descanso.

Ganador de una decena de premios literarios, el gran novelista británico **William Boyd** regresa con su mayor desafío, una novela de James Bond.

«El enganchado y satisfecho lector disfruta de un sueño feliz y hecho realidad, leyendo Solo, sí, pero muy bien acompañado». —Rodrigo Fresán, ABC cultural

«William Boyd busca, de la forma más directa y clara posible, conectar con ese tipo de lector que añora ciertos tiempos en que los narradores se dedicaban a contar y visualizar, a divertir y entretener». —Enrique Vila-Matas, El País

«La ficción británica contiene la rica tradición del thriller literario, desde Wilkie Collins, pasando por Graham Greene hasta John Le Carré, y William Boyd, se asienta firmemente en ella». —Times Literary Supplement

Lectulandia

William Boyd

Solo

Una novela de James Bond

ePub r1.0

GONZALEZ 28.09.16

Título original: *Solo*
William Boyd, 2013
Traducción: Susana Rodríguez-Vida

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Susan

No elevo por ellos este canto
de agradecimiento y encomio,
sino por ese obstinado interrogatorio
a los sentidos y al mundo exterior,
a lo que, desprendido de nosotros, se desvanecía;
confusos recelos de una criatura
que vagaba por mundos no realizados...

Oda a la inmortalidad,
WILLIAM WORDSWORTH

Advertencia del autor

En la confección de esta novela me he guiado por los detalles y la cronología de la vida de James Bond tal como aparecieron en el «obituario» de *Sólo se vive dos veces*, que fue la última novela de Ian Fleming publicada en vida de éste. Así pues, parece razonable suponer que éstos eran los hechos clave sobre Bond y su vida que el autor quería que fueran del dominio público; hechos que invalidan diversas anomalías e incoherencias que habían aparecido en sus primeras obras. Por lo tanto, en lo que se refiere a la presente novela, y de acuerdo con la decisión de Ian Fleming, James Bond nació en 1924.

PARTE 1

Allanamiento de morada

1. La responsabilidad comienza en sueños

James Bond estaba soñando. Cosa curiosa, supo al instante dónde y cuándo tenía lugar el sueño. Transcurría durante la guerra, y él era muy joven y avanzaba por un sendero rural de Normandía, un camino de tierra flanqueado por densos setos de endrinos. En su sueño, Bond giró en una esquina y, en la cuneta poco profunda que bordeaba la lodosa vereda, vio los cadáveres de tres paracaidistas ingleses, empapados y uno encima del otro. Con un ligero sobresalto, se detuvo sin pensarlo para observarlos. Amontonados en aquella masa inerte parecían formar parte del suelo, como si fueran una extraña vegetación que hubiera crecido allí y no seres humanos. Pero un airado grito a su espalda lo conminó a seguir adelante. En el campo que se extendía más allá de la cuneta, un granjero caminaba a grandes zancadas tras una yunta de afanosos percherones, ocupado en arar sus tierras como si la guerra no estuviera en curso y como si aquellos muertos y aquella reducida patrulla de tropas de choque que avanzaban por el sendero de su granja, nerviosas y vigilantes, no tuvieran nada que ver con su vida y su trabajo...

Bond se despertó y se sentó en la cama, intranquilo y turbado por el sueño, por la intensidad de sus vividas imágenes y su sobrecogedora nitidez. El corazón le latía con fuerza, como si aún avanzara por aquel enfangado camino y acabara de pasar al lado de los cadáveres de los paracaidistas, en dirección a su objetivo. Sabía exactamente en qué momento había sucedido aquello: bien entrada la mañana del 7 de junio de 1944, un día después de la invasión de Francia, el día D más uno. ¿Por qué soñaba con la guerra? Rara vez se aventuraba en la angustiada maraña de recuerdos que constituían su memoria de aquella época. Se pasó las manos por el pelo y tragó saliva; tenía la garganta reseca y dolorida. ¿Se habría excedido con el alcohol la noche anterior? Alargó una mano para coger el vaso de agua de la mesilla de noche y bebió unos cuantos tragos. Tumbado en la cama, repasó los hechos de aquel 7 de junio de 1944. ¿Por qué había soñado con su pasado?

Con una mueca, apartó las sábanas y fue desnudo hasta el baño de su *suite*. El Dorchester tenía las duchas más potentes de todo Londres y, mientras permanecía bajo los aguijoneantes chorros, sintiendo cómo reaccionaba su piel ante la casi dolorosa presión, Bond advirtió que los traumáticos recuerdos de aquel día de 1944 se desvanecían poco a poco, como si el agua se los llevara. Movié el grifo a la posición de frío durante los últimos segundos de la ducha y empezó a pensar en el desayuno. ¿Lo tomaría en su habitación o en el comedor del hotel? En el comedor,

decidió. Todo sería más fresco.

Tras afeitarse, se vistió con un traje de estambre azul oscuro, camisa celeste y corbata negra de seda. Mientras se anudaba ésta al cuello, le vinieron a la mente más detalles del sueño. 7 de junio de 1944... Tenía entonces diecinueve años y era teniente de la sección especial de la reserva de voluntarios de la Marina Británica, destinado como «observador» a la Brodforce, parte integrante de la Unidad de Asalto 30, una fuerza de choque de élite encargada de apoderarse de material secreto del enemigo —documentos, archivos y aparatos codificadores—, es decir, dedicada al pillaje legítimo que podía cometerse al acabar una batalla. De hecho, Bond iba en busca de la nueva versión de una máquina de cifrado de la Wehrmacht, con la esperanza de que un avance rápido pillara a los alemanes por sorpresa y evitara que la destruyeran.

Diversas unidades de asalto habían desembarcado en las playas de Normandía el día D e inmediatamente después. La Brodforce era la más pequeña, compuesta sólo por diez hombres, más un oficial, el comandante Niven Brodie, y el teniente Bond. Habían tocado tierra con su pequeña lancha de desembarco una hora después del amanecer, en el sector Jig de la playa de Gold, y un camión del ejército los había conducido tierra adentro hacia el pueblo Sainte-Sabine, cercano al Château Malflacon, donde se encontraba el cuartel general de las SS de aquella región normanda. Dejaron el camión con una avanzadilla de la infantería canadiense y continuaron a pie por los estrechos senderos que atravesaban esa zona de bosques y prados de Normandía, buscando la seguridad de la campiña. Una vez desembarcados en la playa de Gold se habían internado con tanta rapidez que de hecho no existía una línea del frente como tal. La Brodforce se había adelantado a las tropas británicas y canadienses y se dirigía a toda velocidad al encuentro del botín que pudiera estar esperándolos en el Château Malflacon. Fue entonces cuando habían visto a los paracaidistas muertos, y el comandante Brodie le había gritado a Bond que siguiera adelante.

Bond se pasó un peine por los cabellos, echándose para atrás un mechón rebelde que siempre le caía sobre la frente, como si tuviera vida propia. Quizá debería cambiar su estilo de peinado, pensó distraídamente, como ese presentador de televisión —¿cómo se llamaba?— y peinarse hacia adelante con un flequillo corto, sin preocuparse más por la raya, según la moda actual. No, se dijo, *pas mon style*. Volvió a tragar saliva, con la garganta del todo reseca. Dejó la habitación, cerrando tras de sí, y se encaminó hacia el ascensor. Apretó el botón para llamarlo, mientras pensaba: sí, huevos revueltos con beicon, varias tazas de café y un cigarrillo lo pondrían en forma otra vez.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Buenos días —saludó una voz femenina desde el interior.

—Buenos días —contestó mecánicamente Bond, a la vez que entraba en la cabina.

Reconoció al instante esa fragancia inolvidable: aroma a vainilla y lirio del «Shalimar» de Guerlain. Inolvidable porque era el perfume que solía usar su madre. Fue como abrir una puerta a su infancia y, mientras buscaba con los ojos la mirada de la mujer apoyada en una esquina, se dijo que el pasado lo estaba acosando mucho aquel día. Ella le sonrió de manera burlona, alzando una ceja.

—Feliz cumpleaños, ¿no? —le dijo.

—¿Cómo sabe que es mi cumpleaños? —contestó Bond, confiando en que la sorpresa no se hubiera reflejado en su voz.

—Sólo lo supuse. Era evidente que anoche estaba celebrando algo, igual que yo. Los que estamos de celebración percibimos esas cosas.

Bond se tocó el nudo de la corbata y carraspeó, mientras hacía memoria. La mujer había estado sentada en el comedor la noche anterior, unas pocas mesas más allá de la suya.

—Sí —dijo Bond con gravedad—. Tiene razón, es mi cumpleaños...

Intentaba ganar tiempo en tanto que su mente se ponía en funcionamiento. Sin duda aquella mañana no se sentía bien. El ascensor bajó con un zumbido hasta el vestíbulo.

—Y usted ¿qué estaba celebrando? —preguntó.

Ahora recordaba. Ambos habían estado bebiendo champaña y habían alzado las copas en un brindis compartido, de un lado a otro del comedor.

—El cuarto aniversario de mi divorcio —respondió ella con ironía—. Es una tradición para mí. Me deleito con cócteles, una cena, champaña y una noche en una *suite* del Dorchester... y luego le envió la factura a él.

Era una mujer alta y delgada de treinta y tantos años, estimó Bond, con una cara hermosa, la frente despejada y una espesa cabellera rubia color miel que le caía en ondas hasta los hombros. Ojos azules. ¿Escandinava? Llevaba un jersey y un mono azul marino con una ostentosa cremallera dorada que iba desde poco más arriba de la ingle hasta el cuello. Ceñida como era la ropa, revelaba la turgencia de sus senos. Bond dejó traslucir en su mirada la naturaleza carnal de su apreciación y percibió un brillo de respuesta en los ojos de ella: mensaje recibido.

La puerta del ascensor se abrió en la planta baja con un campanilleo apagado.

—Que pase un buen día —se despidió la mujer con una sonrisa, y se alejó por el vestíbulo.

Una vez en el comedor, Bond pidió cuatro huevos revueltos, acompañados de media docena de lonchas de beicon bien hechas. Bebió un buen trago de café solo cargado y encendió el primer cigarrillo del día mientras esperaba que le sirvieran el desayuno.

Le habían dado la misma mesa que había ocupado la noche anterior. La mujer había estado sentada a su izquierda, tres mesas más allá, en un ángulo tal que, si él giraba apenas la cabeza, tenían una buena visión el uno del otro. Por la tarde Bond

había tomado dos Martinis secos en Fielding's, el casino privado donde se las había ingeniado para perder casi cien libras al bacará en menos de veinte minutos, pero no dejó que aquello le estropeará su noche. Había pedido una botella de Taittinger Rosé 1960 para acompañar el primer plato, escalopes empanados con *beurre blanc sauce* y, mientras alzaba la copa para sí mismo —festejando en silencio su cumpleaños número cuarenta y cinco—, había reparado en la mujer que levantaba su copa de champaña en un idéntico brindis solitario. Sus miradas se habían cruzado, y Bond se había encogido de hombros y había brindado por ella, sonriendo divertido. La mujer le había devuelto el gesto, y él no había pensado más en el asunto. Cuando ella se marchó, Bond estaba ocupado en apreciar la botella de Château Batailley 1959 que había ordenado para acompañar el plato principal —filete de ternera, poco hecho, con *pommes dauphine*—, por lo que no se fijó mucho en ella cuando pasó junto a su mesa con aire decidido; sólo lo hizo lo suficiente para advertir que era alta y rubia, que llevaba un vestido color crema y que sus zapatos tenían unos tacones dorados bajos que reflejaban el brillo de las lámparas de las mesas mientras atravesaba el comedor.

Echó un poco de pimienta a los huevos revueltos. Un buen desayuno era el componente esencial para empezar un día de descanso de forma apropiada. Como parte del regalo que se había hecho a sí mismo había avisado a su secretaria que no iría a trabajar. Habría sido tan imposible afrontar sus flamantes cuarenta y cinco años con un rutinario día de trabajo como hacerlo sin un desayuno decente. Pidió otra jarra de café, porque el líquido caliente le aliviaba el malestar de la garganta. Pensó que era extraño haberse encontrado así con la mujer, en el ascensor, y más extraño aún que ella adivinara que era su cumpleaños. Curiosa coincidencia. Recordó una de las primeras reglas de su profesión: si algo parecía ser una coincidencia, probablemente no lo fuera. No obstante, se dijo, la vida estaba llena de verdaderas coincidencias, era algo innegable. Una mujer muy atractiva, además. Le agradaba cómo llevaba el cabello. Bien cuidado pero con aspecto natural.

El *maître* le ofreció un ejemplar de *The Times*. Bond echó una ojeada al titular de la portada —«Ofensiva del Vietcong se salda con numerosas bajas»— y lo dejó a un lado. Aquel día no, gracias. Esa cremallera en la parte delantera de su traje ajustado —de su mono— era toda una provocación, un desafío: pedía a gritos que la bajarán. Bond sonrió para sus adentros mientras se imaginaba haciendo precisamente eso, y bebió más café. Aún le quedaba cuerda para rato.

Bond volvió a su habitación y metió en el maletín el traje, la camisa y la ropa interior que había llevado la noche anterior. Guardó el neceser y verificó que no se dejaba nada. Necesitaba un par de aspirinas para la garganta, pensó. El café le había aliviado por un momento el malestar, pero ahora la sentía otra vez seca y dolorida, y le costaba tragar. ¿Sería gripe? Probablemente, un simple resfriado (a Dios gracias, no tenía fiebre). Aun así, disponía de todo el día para hacer lo que le viniera en gana.

Debía ocuparse de unos pocos asuntos, pero se había prometido un montón de obsequios de cumpleaños a lo largo de la jornada.

En el mostrador de recepción, un contingente de una docena de japoneses parecía estar pidiendo en grupo la cuenta. Bond sacó su pitillera y, al seleccionar un cigarrillo y ponérselo en la boca, notó con cierta preocupación que la noche anterior debía de haber fumado más de treinta. Había llenado la pitillera antes de salir para el casino. Pero aquél no era un día para pensar en disciplina y restricciones, se dijo. No. Era un día para darse gustos de forma sensata. Entonces, cuando metía la mano en el bolsillo en busca del encendedor, olió otra vez el «Shalimar» de Guerlain y oyó de nuevo la voz de la mujer.

—¿Sería tan amable de darme fuego?

Cuando Bond le encendió el cigarrillo, ella le sujetó la mano con dos dedos. A los pies tenía una maleta pequeña color crema. También se marchaba. ¿Coincidencia? Bond encendió su propio cigarrillo y la miró a los ojos. La mujer echó el humo hacia un costado y le devolvió la mirada con gesto imperturbable.

—¿Me está siguiendo usted, o soy yo la que lo sigue? —inquirió.

—Tiene razón, últimamente nos vemos mucho —repuso Bond, y le tendió la mano—. Me llamo Bond, James Bond.

—Bryce Fitzjohn —dijo ella.

Se estrecharon la mano, y Bond advirtió que llevaba las uñas cortas, sin pintar —cosa que le gustaba—, y que su apretón era firme.

—¿Siempre celebra su cumpleaños solo? —preguntó la mujer.

—No siempre —contestó Bond—. Pero este año no me apetecía tener compañía.

Ella alzó la vista cuando el contingente de turistas se encaminó hacia la puerta.

—Ya era hora —exclamó.

Bond creyó detectar un ligerísimo acento extranjero. Bryce Fitzjohn. ¿Sería irlandesa?

—Después de usted —dijo.

La mujer abrió su bolso, sacó una tarjeta y se la ofreció.

—Siempre acabo la celebración de mi divorcio con un cóctel. Es en mi casa, esta noche. Unas pocas personas divertidas e interesantes. Me agradecería mucho que viniera. Empezamos a las seis, y a partir de ahí vemos cómo se desarrolla.

Bond cogió la tarjeta, al tiempo que sentía una leve señal de alarma resonando en su interior. La invitación era evidente: los ojos azules hablaban con franqueza. Me gustaría volver a verte, era el mensaje. Y entre líneas se leía que tal vez hubiera algo de diversión sexual.

—Lo siento, pero ya tengo un compromiso —se disculpó con una sonrisa, aunque se guardó la tarjeta de todas maneras.

—No importa —dijo ella con despreocupación—. Quizá nos veamos el año que viene. Adiós, señor Bond.

Se dirigió con paso calmo hacia el mostrador de recepción, y Bond apreció la

perfección de su figura vista desde atrás. Había hecho lo que debía, según dictaban los procedimientos, pero se preguntó si no se había apresurado un poco al rechazar la invitación de forma tan categórica...

Bond tomó un taxi para volver a su piso en Chelsea. Cuando el taxi enfiló Sloane Square, sintió que se le levantaba el ánimo. Sloane Square y Albert Bridge eran los dos puntos de Londres que le alegraban el corazón cada vez que los veía, ya fuera de día o de noche y en cualquier estación del año: era la señal de que volvía al hogar. Le agradaba vivir en Chelsea. «Chelsea, ese refinado *Spielraum* tranquilo y poblado de árboles donde yo trabajaba y paseaba». ¿Quién lo había dicho? Bueno, pensó, mientras le indicaba al conductor que se detuviera justo antes de la arbolada Wellington Square, fuera quien fuera, compartía con él ese sentimiento. Avanzó por la calle hasta llegar a su apartamento. Estaba buscando las llaves en el bolsillo, cuando la puerta se abrió y apareció su ama de llaves, Donalda.

—Me alegro de que ya esté de vuelta, señor —dijo—. Aquí tenemos una pequeña crisis: los pintores han encontrado algo de humedad en la sala.

Bond entró en la casa tras Donalda y soltó el maletín en el vestíbulo. La mujer llevaba ya seis meses con él. Era la sobrina de May, su fiel ama de llaves durante muchos años, la cual, si bien a regañadientes, había acabado por retirarse, impelida en parte por una artritis progresiva. Había sido May quien le había sugerido que contratara en su lugar a Donalda.

—Es mejor mantenerlo en familia, señor James —había dicho—. Somos parientes muy cercanas.

Donalda era una muchacha delgada de aspecto severo que rondaba los treinta años, con una sonrisa tímida y poco frecuente. Nunca usaba maquillaje y llevaba el cabello muy corto, con flequillo; un corte de pelo de monja, pensaba Bond. Imaginó con cierto esfuerzo que ella habría podido ser menos sosa y más atractiva, pero el traspaso de las responsabilidades de May en el gobierno de la casa se había realizado de forma tan perfecta, que no tenía deseo alguno de que se alterara esa serena eficiencia. Una mañana estaba May, como siempre, y al día siguiente había aparecido Donalda. Hubo un período de aprendizaje de dos semanas, en el que May y Donalda llevaron juntas el gobierno de la casa, y luego May se marchó y Donalda quedó a cargo. No había habido ninguna alteración en su rutina doméstica: el café se lo servían cargado como siempre, los huevos revueltos tenían la misma consistencia, las camisas estaban planchadas de forma idéntica, las compras se hacían, la casa se mantenía impecablemente limpia. Donalda se introdujo en su vida como si se hubiera estado entrenando para ese trabajo desde la infancia.

Bond entró en la sala. Las alfombras estaban enrolladas; las altas estanterías, vacías (los libros guardados en cajas y almacenados); las tablas del suelo, desnudas; y los muebles agrupados en el centro de la habitación, cubiertos con sábanas. La nariz le escoció con el penetrante olor a pintura fresca. Tom Doig, el decorador, le señaló la mancha de humedad en el rincón oeste de la sala, que había surgido a la vista al

mover un escritorio. De mala gana, Bond lo autorizó a investigar el origen y le extendió un cheque por 123 libras para cubrir el siguiente período de trabajo. Durante años se había prometido que restauraría su piso. Le gustaba su hogar, sus dimensiones y su situación, y no tenía ninguna intención de mudarse. Además, su contrato de arrendamiento no vencía hasta cuarenta y cuatro años más tarde. Bond calculó. Tendré ochenta y nueve, si duro hasta entonces, pensó. Algo muy poco probable, dado su tipo de trabajo, razonó... y se enfadó consigo mismo. ¿Qué demonios hacía pensando en el futuro? Era el aquí y el ahora lo que lo atraía y lo satisfacía. Y, como para probar la veracidad de esta sentencia, pasó una hora examinando todo el trabajo que Doig ya había concluido en el piso, encontrando ex profeso errores en todas partes.

Una vez que hubo molestado e irritado a fondo a Doig y su equipo, le dijo a Donalda que no se preocupara por prepararle una cena fría (la mujer se marchaba a su casa a las seis), y dejó a los decoradores blasfemando e insultándolo a sus espaldas.

La neblina empañaba el sol de la tarde, y el día era agradablemente templado. Deambuló complacido por King's Road hacia el oeste, en dirección al Café Picasso, con la idea de tomar algún almuerzo tardío. King's Road estaba muy concurrida, pero la mente de Bond no prestaba atención al desfile de gente con que se cruzaba: el sinfín de compradores, los exhibicionistas, los curiosos, los jóvenes ricos y despreocupados, vestidos como arlequines para una fabulosa pantomima. Un ruido, una imagen al azar le habían traído el recuerdo de su sueño de aquella mañana, y se hallaba de vuelta en el norte de Francia en 1944, atravesando un viejo bosque de robles en dirección a un aislado castillo...

A los ojos de Bond, el Château Malflacon parecía haber sufrido el ataque de un bombardero Hawker Typhoon el día D. La fachada clásica estaba acribillada de cráteres superficiales, producto de los cohetes RP-3 del Typhoon, y el ala izquierda del edificio había quedado reducida a cenizas, con las carbonizadas vigas del techo ardiendo aún, expuestas a la débil luz del sol. Cosa extraña, un poni Shetland yacía muerto en el área oval de césped delimitada por el curvo camino de grava que conducía a la entrada. No había ningún vehículo a la vista y el lugar parecía desierto y en silencio. Agazapados entre los árboles del parque que circundaba el castillo, los hombres de la Brodforce aguardaban mientras el comandante Brodie examinaba el edificio con sus prismáticos. Se oía el canto de los pájaros, recordó Bond, y soplaba una brisa fresca.

Por fin el comandante Brodie envió al cabo Dave Tozer y al teniente Bond a rodear el castillo por atrás para comprobar si había algún signo de actividad. Les daría diez minutos, y luego los hombres irrumpirían por la puerta delantera, tomarían posesión del edificio e iniciarían su búsqueda.

Lucía el mismo sol pálido y brumoso, recordó Bond mientras se aproximaba al Café Picasso. Eso era lo que le había hecho recordar el episodio: un día semejante a aquel 7 de junio, templado, tranquilo, color limón. Dave Tozer y él habían

atravesado el parque y pasado a toda velocidad frente a varias cuadras vacías, para encontrarse luego en un huerto de grandes dimensiones, descuidado e invadido por la maleza, con sesenta o setenta árboles frutales, en su mayoría manzanos, membrillos y perales, aunque aquí y allá se veían cerezos cargados ya con racimos de gruesos frutos granate.

—Mire esto, señor Bond —había dicho Tozer con una sonrisa—. Afanémoslo antes de que lleguen los otros.

Bond le hizo un gesto de advertencia, ya que había percibido un olor a humo de leña y había creído oír voces que provenían del otro lado del huerto. Pero Tozer ya había dado un paso adelante, atraído por las lustrosas cerezas. Metió de lleno el pie izquierdo en una madriguera de conejo y el tobillo se le quebró con un chasquido audible, como un leño seco atrapado por las llamas.

Tozer gruñó de dolor, pero consiguió ahogar un grito. También él había oído ya las voces. Le hizo un gesto a Bond para que se acercara y susurró:

—Coja mi Sten.

Bond iba armado. Llevaba un revólver Webley calibre 38 en una funda colgada de la cintura y, con cierta renuencia, se lo tendió a Tozer y cogió el fusil de éste. Luego empezó a arrastrarse por el huerto en dirección a las voces...

Bond se sentó en la terraza del Café Picasso, con la mente absorta y ocupada. Miró el menú e hizo un esfuerzo para concentrarse. Pidió al camarero una porción de lasaña y un vaso de Valpolicella. Tranquilo, se dijo, todo esto ocurrió hace un cuarto de siglo. Pero las imágenes que evocaba eran tan frescas como si hubieran sucedido una semana atrás. Las gruesas y lustrosas cerezas, la mueca de Tozer, el olor a humo de leña y las voces que conversaban en alemán; todo le volvía a la memoria con la claridad de un recuerdo perfecto.

Se obligó a pasear la mirada por alrededor, complacido por la distracción que representaba la excéntrica clientela del Café Picasso: las chicas de ojos oscuros con sus diminutos vestidos cortos, los muchachos melenudos con sus pantalones de terciopelo arrugado y sus abrigos de lana de pelo largo. Comió su improvisado almuerzo tardío, sin quitar ojo de los movimientos, distraído por las idas y venidas. Pidió otra copa de vino y un café, y admiró los pechos de pezones pequeños de la chica de la mesa vecina, claramente visibles a través de la gasa transparente de su blusa. Había que reconocer que la moda moderna tenía algo bueno después de todo, pensó Bond, animado por la sexualidad natural de la escena. La chica de la blusa transparente besaba ahora con visible entusiasmo a su compañero, quien tenía una mano apoyada en el muslo de ella.

Bond encendió un cigarrillo, y advirtió que otra vez pensaba en la mujer del Dorchester, Bryce Fitzjohn, y en la serie de encuentros ocurridos en las últimas doce horas, poco más o menos. ¿Había algo sospechoso en todo aquello? Barajó diversas explicaciones, y concluyó que eran prácticamente inverosímiles. ¿Cómo podía haber sabido la mujer que se alojaba en el Dorchester? ¿Cómo podía haber logrado estar en

el ascensor cuando él había decidido ir al comedor a desayunar? Imposible que fuera intencional. Bueno, no imposible, pero sí sumamente improbable. Es cierto que podría haber esperado en el vestíbulo hasta que él bajara a pagar, pero no tenía sentido. Buscó su tarjeta en el bolsillo y vio que vivía en Richmond. Un cóctel a las seis con algunos amigos «divertidos e interesantes»...

Bond apagó el cigarrillo y pidió la cuenta. Seguía pensando en el cuerpo de la mujer, delgado y sensual. Sintió un leve estremecimiento animal de deseo en el bajo vientre. Más bien de lujuria. El instinto prehistórico: ésta es la que quiero. Tenía que reconocer que hacía mucho que no experimentaba esa sensación. Era una mujer muy atractiva, se dijo, y, lo que era más, no había duda de que también ella lo encontraba atractivo. Quizá debía investigarla más —al fin y al cabo, ése sería el procedimiento correcto—, y quizá los dioses de la fortuna estaban conspirando para enviarle un regalo de cumpleaños. Dejó un billete y unas monedas como pago y propina, caminó hasta King's Road e hizo señas a un taxi.

2. El Jensen FF

—¡Otra vez por aquí, señor Bond! Me alegro de verlo —dijo el vendedor con una sonrisa amplia y sincera, al ver a Bond dando vueltas alrededor del Jensen Interceptor I color chocolate.

El coche se hallaba aparcado en el patio delantero de una agencia de automóviles de Park Lane, en el barrio de Mayfair. Bond ya había acudido tres veces para ver el Interceptor, y de allí la sonrisa de bienvenida del vendedor. ¿Cómo se llamaba? Brian, eso es. Brian Richards. El Bentley de Bond se había averiado y le estaban reemplazando la caja de cambios. El viejo y apreciado coche, adaptado amorosamente a su gusto a lo largo del tiempo, había empezado a dar señales de los años acumulados y de su agitada historia, y mantenerlo en buen estado comenzaba a costarle demasiado dinero. Era como un viejo caballo purasangre: había llegado la hora de echarlo al pasto. Mas ¿con qué reemplazar el Bentley? Bond no era particularmente afecto a los coches modernos. Había probado a conducir un Jaguar tipo E y un MGB GT, pero no le habían proporcionado ningún placer, no le habían hecho acelerar el pulso. El Interceptor, en cambio, era diferente —grande y hermoso—, y por eso volvía una y otra vez a Park Lane.

Brian, el vendedor, se acercó subrepticamente y dijo en voz baja:

—Dentro de pocas semanas, después de la feria de automóviles, tendré aquí el Interceptor II, señor Bond. Y podré hacerle un buen precio. No sería muy inteligente comprar el uno, con el dos a punto de salir, ¿me comprende? Pero...

Miró alrededor como si se dispusiera a revelar un oscuro secreto y añadió:

—Mientras tanto, acompáñeme al fondo para ver algo.

Bond siguió a Brian a través del local y, tras cruzar una puerta, salieron a un pequeño patio trasero. Aquí estaban los talleres y un espacio extra para los coches que había que encerar y pulir antes de exponerlos en el frente. Brian señaló lo que parecía ser otro Interceptor, color gris plomizo. Bond caminó alrededor. Parecía un Interceptor pero un poco más grande, pensó, y con dos respiraderos a cada lado, detrás de las ruedas delanteras.

—El Jensen FF —musitó Brian con veneración, con voz casi entrecortada—. Tracción en las cuatro ruedas.

Abrió la puerta y lo invitó:

—Suba, señor Bond. Pruébelo.

Bond se sentó en el asiento del conductor y puso las manos en el aro de madera

del volante. Paseó la mirada por los indicadores del tablero, mientras el olor a cuero nuevo le impregnaba la nariz. Ese aroma actuaba en él como un afrodisíaco.

—¿Por qué no lo lleva a dar una vuelta? —sugirió Brian.

—No es mala idea.

—Adelante, señor Bond. Llévelo por la autopista y pise el acelerador a fondo. Le sorprenderá. Y tómese todo el tiempo que necesite.

Bond meditó un momento.

—De acuerdo —dijo al fin—. ¿A qué hora cierran? Podría tardar unas dos horas.

—Hoy trabajo hasta tarde. Estaré aquí hasta las diez. Entre simplemente por atrás y toque el timbre.

—Perfecto —repuso Bond, y encendió el motor.

Cuando aceleró el Jensen por la A316 en dirección a Twickenham, Bond tuvo la sensación de estar volando a baja altura con un avión, más que de conducir un automóvil. La amplia curvatura del parabrisas llenaba el coche de luz, y el poderoso rugido del motor sonaba como una propulsión a chorro. La tracción en las cuatro ruedas permitía girar casi sin disminuir la velocidad. Cuando se detenía ante un semáforo, los transeúntes observaban boquiabiertos el vehículo en punto muerto, volvían la cabeza, lo señalaban. Si uno quería un coche para inflar el ego, el Jensen FF serviría a las mil maravillas, pensó Bond. No es que él necesitara reforzar su ego, se dijo mientras aceleraba y la súbita velocidad lo aplastaba contra el asiento. Atravesándose en el camino de un Sunbeam Alpine Serie V, lo dejó atrás y vio cómo gesticulaba el conductor, frustrado.

Bond giró a la izquierda antes de llegar al puente Richmond y fue a una oficina de correos a preguntar cómo llegar a Chapel Close, donde vivía Bryce Fitzjohn. Tomó por Petersham Road, que discurría a lo largo de la orilla del río, encontró la callejuela y, tras girar en la esquina, aparcó. Era un poco antes de las seis, pero le agradaba la idea de ser el primero en presentarse a su fiestecita. Unos pocos minutos a solas le permitirían desechar o confirmar cualquier duda que abrigara sobre ella.

La casa de Bryce Fitzjohn resultó ser una bonita «casita de campo» georgiana con un jardín vallado, más allá de la cual se alzaban las imponentes mansiones de Richmond Hill. Bond examinó el camino de entrada y la fachada de la casa desde el otro lado de la calle. Ladrillos rojos deslucidos, techo de pizarra, un frontón en forma de concha sobre la planta principal, tres grandes ventanas de guillotina en la planta baja y otras tres en la de arriba: un diseño discreto y elegante. Esas distinguidas casas a orillas del río no eran precisamente baratas; por lo tanto, a la mujer no le faltaba dinero.

Por amargo que hubiera sido su divorcio, tal vez había resultado lucrativo, se dijo Bond mientras cruzaba la calle, reparando en que no había ningún coche aparcado frente a la casa. Era el primero en llegar. Magnífico. Tocó el timbre.

No hubo respuesta. Bond aguzó el oído y volvió a llamar. Y luego otra vez. Ahora sí que sonaron nuevas señales de alarma en su mente. ¿Qué clase de invitación era

aquella? No iba armado, y de pronto se sintió vulnerable y se preguntó si lo estarían observando desde algún lugar ventajoso. Echó una mirada alrededor y regresó a la calle. Una madre empujando un cochecito. Un niño que paseaba a su perro. Nada fuera de lo normal. Se dirigió de nuevo a la casa y entró por la ornamentada puerta de hierro de un costado, que conducía al jardín vallado. Vio setos bien cuidados que rodeaban un área cubierta de césped y, en el centro, un gran bebedero de piedra para pájaros sobre un plinto cincelado. En el fondo del jardín, bajo una nudosa y vieja higuera, había un banco y una mesa de hierro forjado. Todo muy ordenado y civilizado. Bond siguió el camino de losas que atravesaba el jardín y fue a parar a un invernadero, en la parte trasera de la casa. A un lado había una puerta que conducía a la cocina.

Espió por la ventana. Sobre la mesa de pino de la cocina vio dispuestas bandejas con canapés, hileras de copas de diversas formas y cuencos con nueces, queso y aceitunas. De modo que sí que iba a haber una fiesta. Pero ¿dónde estaba la anfitriona? Bond pensó en volver a Chelsea, pero aquel asunto le picaba la curiosidad, y creyó su deber profesional descubrir si allí se ocultaba alguna actividad clandestina. Todo lo que tenía que hacer era entrar en la casa. Cuando la necesidad aprieta..., dijo para sus adentros, y se agachó para quitarse un mocasín. Hizo girar el tacón y dejó al descubierto la hoja de cinco centímetros, semejante a un puñal, que salía de él, habitualmente encerrada en la suela especial del zapato. Deslizó la hoja en el resquicio contiguo a la cerradura Yale, exploró con cuidado y, haciéndola girar, sintió cómo retrocedía el pestillo y dejaba abierta la puerta. La empujó para entrar. Demasiado fácil, aquel allanamiento de morada.

Bond colocó el tacón en su lugar y se calzó otra vez el zapato. Se tomó unos segundos para reflexionar. Podía cerrar la puerta y volver a su casa, que sin duda sería lo más sensato; pero, puesto que había conseguido entrar, sería una tontería no explorar un poco más. ¿Quién sabía lo que podría descubrir? De modo que entró y se paseó por la cocina, escuchando con atención. Al no oír señales de movimiento alguno, se sirvió un *vol-au-vent* de pollo y luego un canapé de salmón ahumado. Delicioso. Se acercó al carrito que contenía un surtido impresionante de bebidas alcohólicas. Observó la colección de botellas (era obvio que algunos de los invitados debían de ser grandes bebedores) y se sintió tentado de tomar un trago del whisky, ya que se trataba de Dimple Haig, uno de sus favoritos, pero decidió que no era el momento. Luego decidió que sí lo era, así que se sirvió tres dedos en un vaso y salió de la cocina para ir a investigar la casa.

Las habitaciones de la planta baja eran muy amplias, con cielos rasos altos. Había un comedor, y una sala con elegantes cornisas y puertas vidriera que daban al jardín. Al otro lado del vestíbulo de entrada, un lavabo y un pequeño estudio. Se entretuvo un rato en el estudio, una de cuyas paredes estaba cubierta de estanterías de libros (en su mayor parte, biografías y ensayos, con una clara inclinación por el mundo del espectáculo). Abrió el cajón de abajo del pequeño escritorio doble que ocupaba un

rincón (siempre empezaba con el cajón de abajo) y, para su sorpresa, se encontró con un manojo de fotos profesionales, grandes y brillantes, de una provocativa Bryce Fitzjohn casi desnuda. En algunas llevaba un minúsculo bikini de cuero; en otras tenía el torso al aire y se cubría recatadamente los pechos con el brazo, y en otras aparecía muy maquillada, el cabello empujado hacia un costado por una máquina de viento, y un escote que dejaba los senos a la vista.

En una serie de fotos se la veía sentada en una cama deshecha, desnuda y de espaldas a la cámara, con la raya de las nalgas visible, el cabello despeinado, los ojos entrecerrados y la mirada insinuante. Al pie de cada foto había un nombre: Astrid Ostergard. Así que Bryce Fitzjohn era Astrid Ostergard en otra vida. El nombre le resultaba familiar a Bond. ¿Dónde lo había visto antes? Repasó las fotos. ¿Una actriz, una bailarina, una modelo? ¿Una prostituta de lujo? Se sintió tentado de guardarse una foto como recuerdo.

Revisó rápidamente los cajones restantes, pero no halló nada fuera de lo común. El pasaporte de la mujer le confirmó que su verdadero nombre era Bryce Connor Fitzjohn, de treinta y siete años, nacida en Kilkenny, Irlanda. Era hora de ir escaleras arriba. Bond vació el vaso de whisky y lo dejó en el escritorio.

En el primer piso había dos dormitorios, uno de ellos con cuarto de baño propio (sin duda, la alcoba de Bryce). Bond abrió armarios y cajones y el botiquín del baño. Advirtió que no parecía haber señal alguna de una presencia masculina. En el cuarto de invitados, el cajón de abajo de la mesilla de noche reveló medio paquete de cigarrillos Gauloises secos y viejos, y un manoseado ejemplar de *Mi vida y mis amores* de Frank Harris. Las pruebas de que hubiera un hombre en su vida eran escasas. No, la verdad es que no había nada especial, salvo las fotografías con seudónimo...

El ruido de un motor —diésel— y de unos neumáticos en la grava paralizó a Bond por un segundo, antes de acercarse a la ventana y mirar hacia afuera con cautela. Una grúa que remolcaba un Triumph Herald 13/60 descapotable acababa de detenerse frente a la casa. Bryce Fitzjohn bajó de la cabina de la grúa, y por la otra puerta salió un mecánico con mono, que fue a desenganchar el Triumph. Bond observó cómo la mujer firmaba un cheque para entregárselo al conductor y cómo éste se alejaba en su grúa haciendo un gesto de despedida. Se retiró de la ventana cuando Bryce se disponía a abrir la puerta de entrada.

Bond se dirigió rápidamente a lo alto de la escalera, el mejor lugar para alcanzar a oír la sucesión de llamadas que efectuó la mujer desde el teléfono que había en una mesita del vestíbulo.

—Sí, soy yo otra vez —la oyó decir—. Una pesadilla... Después de la avería en Kingston todo fue peor... Ya no funciona...

—Hola, cariño, no sabes cómo lo siento... Lo dejaremos para otro día...

—Era como estar en Siberia, nadie me ofreció ayuda... Después de hablar contigo tardé tres horas en encontrar un taller...

—Y entonces el mecánico dijo que la avería estaba solucionada pero que el maldito coche no arrancaba... Exacto. Así que tuve que encontrar otro taller... Un día de perros... Sí, voy a darme un buen baño caliente y a tomarme un enorme gintonic...

—Hasta luego, cariño... Sí, es una lástima... Todo estaba listo... No, lo haremos otro día. Prometido...

Y así siguió unos minutos más, disculpándose por teléfono con todos los amigos que debían acudir a la fiesta, supuso Bond.

Mientras permanecía allí escuchando empezó a meditar cuál sería el mejor curso de acción. ¿Revelar su presencia o intentar escabullirse sin ser visto? Oyó cómo la mujer entraba en la cocina y, un minuto más tarde, salía y se dirigía hacia la escalera. Bond se metió a toda prisa en el cuarto de invitados. Oyó cómo se quitaba los zapatos en el descansillo, el tintineo del hielo en el vaso y, un momento después, el rumor del agua corriendo en la bañera. Se asomó con cautela. La mujer había dejado abierta la puerta de la habitación, por lo que él alcanzó a ver en parte cómo se desnudaba, como si fuera la escena parcialmente cortada de un *striptease*, mientras ella iba de un lado al otro del dormitorio, despojándose de la ropa. Bond salió en silencio al pasillo y la vio reflejada en el espejo del tocador. Llevaba bragas y sujetador rojos, y tenía la piel muy blanca. Se llevó las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador. Y luego desapareció de la vista.

Bond retrocedió unos pasos dentro del cuarto de invitados. Estaba excitado y, al mismo tiempo, un tanto incómodo por haber actuado como un *voyeur* sin proponérselo. Todo parecía normal y justificado: era cierto que iba a haber una fiesta, que se había cancelado cuando a la mujer se le había averiado el coche en Kingston, en el camino de vuelta de Londres. Después de todo, no era una trampa con cebo femenino; todo se explicaba por una simple coincidencia, de nuevo. No obstante, mejor era confirmarlo que preocuparse por la posibilidad de que se hubiera puesto en marcha algún tipo de maquinación maquiavélica.

Salió del cuarto de invitados, cerró tras de sí, y se detuvo un instante en el rellano. Todo estaba en silencio. Por lo visto, la mujer debía de estar disfrutando de un placentero baño. Durante un fugaz momento consideró la delirante idea de interrumpirla... No, era una locura. Tenía que escabullirse ahora que se le presentaba la oportunidad. Pasó por encima de los zapatos de tacón alto desechados por Bryce y bajó a toda prisa la escalera. Entró en el estudio y buscó una hoja. «Gracias por el cóctel. James», escribió y sujetó la nota en el centro del escritorio con el vaso de whisky vacío. ¿Qué haría ella al leerla?, pensó, complacido con su travesura, sin molestarse en cuestionarse la falta de profesionalidad del gesto. Al diablo la profesionalidad: era su día libre. Salió por la puerta delantera, la cerró sin hacer ruido y, con las manos en los bolsillos, fue con aire despreocupado hasta el sitio donde había dejado aparcado el Jensen.

Bond condujo con calma de regreso a Chelsea, sin probar ya la potencia del coche, concentrado como estaba en las imágenes que lo acosaban. Imágenes de Bryce desvestiéndose: el rojo del sujetador, resaltado por la blancura de alabastro de su piel; el modo en que había enganchado un dedo en el borde de las bragas y tirado para hacerlas deslizarse sobre la curva de las nalgas. ¿Qué tenía esta mujer, esta perfecta extraña, para obsesionarlo tanto? Quizá se debía al hecho de haber irrumpido en su casa y haberla espiado, al hecho de que su presencia ilícita convertía las imágenes vislumbradas de ella en algo más... ¿qué? ¿Más turbador, más erótico, más perversamente excitante? Una cosa tenía clara: pasara lo que pasara, debía idear un modo de volver a verla. Aquello no había acabado.

Bajó la ventanilla para que entrara un poco de aire fresco en el coche. Sentía la cara caliente y se limpió la boca con el dorso de la mano. Cuando cruzaba el puente Chiswick, le llegó el olor a humo de leña de alguna chimenea encendida en las cercanías. Al instante, el efecto de la asociación de ideas lo devolvió otra vez al mundo en guerra de su sueño, de regreso al huerto del Château Malflacon. Se deslizaba velozmente de árbol en árbol, con el pesado fusil Sten del cabo Tozer en la mano, atento al sonido de las voces alemanas, que charlaban, despreocupadas, y se hacían cada vez más fuertes a medida que él se aproximaba.

Bond se detuvo en un semáforo. Alguien, al ver el Jensen, gritó:

—¡Vaya coche, colega!

Él ni siquiera desvió la vista: se hallaba en otra parte, veinticinco años atrás. El olor a leña, pensó, recordándolo como si estuviera en realidad en aquel huerto de Normandía, moviéndose con cautela de árbol en árbol. Al llegar al límite del huerto había visto la hoguera, una enorme pila de archivadores de acordeón y cajas con documentos que se consumían lentamente. Del montón de papeles se desprendían volutas de humo, pero no había llama alguna. Tres jóvenes soldados alemanes —adolescentes como él— vaciaban las últimas cajas de documentos en lo alto de la hoguera, riendo y bromeando. Uno de ellos, que se había quitado la chaqueta y dejado a la vista su camiseta de lana y unos tirantes verde oliva, se valía de una horca de mango largo para ensartar los legajos de papeles y lanzarlos al montón. Eran archiveros, taquígrafos, radiotelegrafistas, supuso Bond, los últimos en abandonar el castillo, cumpliendo la orden de quemar todo, ajenos al hecho de que el comandante Brodie y el resto de la Brodforce estaban a punto de irrumpir por la puerta del frente.

El muchacho dejó caer la herramienta y empezó a vaciar un bidón de gasolina sobre la pila de papeles. Arrojó al suelo el bidón y buscó una caja de cerillas en los bolsillos. Uno de los compañeros le lanzó una.

Bond salió de atrás de los árboles, apuntándoles con el fusil Sten.

—*Weg vom Feuer* —dijo, ordenándoles alejarse del fuego.

Se quedaron paralizados por la sorpresa al ver a un soldado británico y darse cuenta de que había hablado en un correctísimo alemán. Dos de los oficinistas dieron media vuelta y echaron a correr hacia el bosque, llenos de pánico. Bond los dejó

marcharse. El muchacho de los tirantes siguió bregando con las cerillas, empeñado en ser un héroe. Algo les pasaba, porque no encendían.

—*Lass das* —le advirtió Bond, amartillando el arma—. *Sonst shiess ich*.

El muchacho de los tirantes consiguió prender un fósforo, y al instante lo dejó caer al suelo. Buscó otro. ¿Es que estaba loco?, pensó Bond.

—No seas tonto —le dijo en alemán, alzando el fusil y disparando al aire.

No ocurrió nada. Sólo el inútil clic del gatillo. El arma se había atascado: la maldición de los fusiles Sten. Se concentraba carbón en la recámara o fallaba el cargador. Según las instrucciones, cuando esto ocurría había que extraer el cargador, golpearlo contra la rodilla y reintroducirlo. Bond no pensaba tomarse la molestia.

El muchacho de los tirantes lo miró y esbozó una sonrisa. Con gran lentitud sacó otra cerilla y la frotó. Se encendió con una llama.

—Ahora el tonto eres tú —dijo en inglés, lanzando la cerilla a la hoguera.

Se alzaron unas tímidas llamas.

Bond dio una palmada al cargador del fusil y volvió a amartillarlo.

Apretó el gatillo una y otra vez. Nada. Clic, clic, clic. El muchacho se agachó y recogió la horca. Tenía tres puntas curvadas de más de un palmo de largo, advirtió Bond.

Volvió a amartillar el arma y la apuntó hacia el muchacho.

—*Forke weg* —le dijo—. *Sonst bring ich dich um*.

Por toda respuesta, el alemán se lanzó hacia él blandiendo la horca, y Bond se encontró de pronto con las afiladas púas curvas a cinco centímetros de la garganta y el pecho. Las imaginó perforando la tela de su uniforme y su piel, y luego hundiéndose sin esfuerzo en su interior. No podía volverse y correr, porque entonces lo ensartaría por la espalda. Aún sostenía el fusil en la mano, y pensó que, en los frenéticos segundos que le quedaban, podía hurtar el cuerpo hacia un costado y descargar el arma contra la cabeza del muchacho. De alguna manera, abrigaba la absoluta convicción de que no iba a morir allí, en aquel huerto de Normandía.

El muchacho sonrió fríamente y movió hacia adelante los dientes de la horca hasta rozar casi la sarga de la chaqueta de Bond, listo para descargar el golpe mortal.

—*Dummkopf Englander* —masculló.

El primer disparo de Tozer dio de lleno en la garganta del alemán; el segundo lo alcanzó en el pecho y lo arrojó hacia atrás.

Bond echó un vistazo a su espalda y vio a Tozer apoyado en un manzano. El cabo bajó el Webley de Bond, que aún humeaba.

—Lo siento, señor Bond —se disculpó—. Ese maldito Sten nunca es de fiar.

Se acercó cojeando, con el revólver apuntado al alemán que yacía en el suelo.

—Creo que he dado bien en el blanco —dijo, con una sonrisa de satisfacción.

Bond se dio cuenta de que estaba temblando, como si de golpe tuviera mucho frío. Avanzó unos pasos hacia el muchacho y lo miró. Tenía la camiseta de lana empapada de sangre. La bala que lo había alcanzado en la garganta se la había

desgarrado por completo. Unas gruesas burbujas rosas se formaban y estallaban sin ruido mientras se le vaciaban los pulmones.

Bond se dejó caer de rodillas. Depositó con cuidado el fusil en el suelo y vomitó.

El semáforo se puso en verde. Bond metió la marcha y aceleró. Ahora sabía por qué lo acosaba ese sueño, rescatado de su inconsciente como un símbolo ominoso. ¿Por qué había recordado aquel episodio? ¿Cuál era la causa de que lo hubiera rememorado con todo lujo de detalles? ¿Su cumpleaños? ¿La conciencia de hacerse más viejo? Fuera lo que fuera lo que lo había provocado, se dijo, lo más notable de aquel día en particular, el 7 de junio de 1944, fue que su vida había estado a punto de llegar a su fin: había sido la primera vez que había visto a la muerte cara a cara. Por entonces ignoraba que aquello iba a ser una constante en su vida futura.

PARTE 2

Cómo detener una guerra

1. Factores de riesgo

—Feliz cumpleaños, James —dijo la señorita Moneypenny cuando Bond entró en su despacho—. O, más bien, feliz cumpleaños con atraso. ¿Disfrutaste de tu día libre la semana pasada?

—Preferiría que olvidaras que fue mi cumpleaños —contestó Bond con voz ronca y pastosa.

Le costaba horrores tragar.

—No, no. Es mi tarea saber estas cosas —replicó ella, poniéndose de pie y yendo hasta un fichero—. Conocer todos los detalles triviales de tu vida.

A veces el buen humor de Moneypenny rayaba en una irritante suficiencia, pensó Bond. Le molestaba un tanto que ella supiera su edad.

—¿Por casualidad no tendrás un par de aspirinas? —preguntó.

—Es evidente que te has excedido con los festejos —comentó ella, volviendo a su escritorio.

Le tendió una carpeta, que Bond cogió de forma mecánica.

—Me duele la garganta —explicó él—. Un principio de gripe, supongo. Las dos últimas noches me he ido a la cama a las ocho.

—Tu secreto está a salvo conmigo —aseguró ella en el mismo tono mordaz.

Le sirvió un vaso de agua y sacó dos aspirinas del cajón de su escritorio. Bond le dio las gracias y tragó los comprimidos.

La luz que había sobre la puerta del despacho de M cambió de rojo a verde.

—Ya puedes pasar, James —dijo Moneypenny, que volvió a su máquina de escribir.

M se hallaba de pie ante una de las tres ventanas de su despacho, que daban a Regent's Park. Daba la impresión de que la cabeza se le hubiera hundido entre los hombros, como si tuviera la espalda tensa y contraída. Por lo visto estaba totalmente ensimismado, ya que no se percató de la entrada de Bond. Éste advirtió que la pipa de M descansaba sobre el secante del escritorio, vacía, y se preguntó si tendría que soportar el habitual rito del llenado y encendido de la pipa, interminable e incitante, antes de que pudiera averiguar por qué lo había mandado llamar. Bond carraspeó.

—¿Quería verme, señor? —dijo, al tiempo que se detenía frente al amplio escritorio y dejaba en una esquina la carpeta de Moneypenny.

M se dio media vuelta. Bond reparó en su rostro bronceado y curtido, y supuso que había estado trabajando en su jardín. Parecía en forma, lleno de energía para ser

un hombre mayor. ¿Qué edad tendría M?, se preguntó. Por lo menos...

—¿Qué le pasa en la voz? —inquirió M con cierto recelo.

—Me duele un poco la garganta —explicó Bond—. Me estoy recuperando de un resfriado. Moneypenny me ha dado unas aspirinas.

—Es más probable que sea por fumar demasiado —opinó M, que recogió su pipa y la enarboló—. Debería usar una de éstas. No he tenido dolor de garganta desde que iba a la escuela.

—Una idea interesante —contestó Bond con diplomacia, aunque preferiría dejar de fumar antes que hacerlo en pipa.

—Siéntese, 007, y encienda un cigarrillo, si quiere.

Bond hizo lo indicado, mientras M hurgaba en un cajón del escritorio y sacaba un atlas. Lo abrió, lo giró y lo empujó hacia Bond.

—Dígame qué sabe de este sitio.

Bond miró la página abierta: un país africano. Un pequeño país del oeste de África llamado Zanzarim.

—Zanzarim —dijo Bond, haciendo memoria—. Está en guerra. Una guerra civil. La población se muere de hambre por millares.

—Por centenares de millares, según parece —lo rectificó M, recostándose en la silla—. ¿Algo más?

—Era una colonia británica, ¿no? Antes de que cambiaran de nombre.

—Un territorio bajo administración de la Sociedad de las Naciones, para ser preciso. El Estado de Zanza del Norte. Consiguió la independencia hace cinco años. Una vieja colonia alemana establecida en 1906. Francia y nosotros la liberamos en 1914, y quedó dividida en dos. En 1953 hubo un plebiscito, y los zanzarinos votaron por nosotros.

—Sorprendente.

—Olvida lo poderoso e impresionante que era el Imperio británico, incluso en esa época, 007. Era lo más sensato que podían hacer.

—¡Ah! Moneypenny me ha dado esta carpeta —dijo Bond, tendiéndosela.

—No, no. Es para usted. Ábrala.

Bond la abrió y se encontró con un montón de recortes de periódico y documentos con el membrete «Agence Presse Libre». Algo cayó al suelo, y Bond lo recogió. Era una credencial de plástico con su fotografía. Rezaba: «James Bond. Periodista. Agence Presse Libre».

—Qué bien... —dijo lentamente—. Así que voy a ser periodista de esta agencia de prensa francesa.

M sonrió, complacido. Bond sabía que gozaba dándole los datos sobre su misión con cuentagotas, jugando con él.

—Una pequeña agencia de izquierda, con buena reputación y alcance internacional —dijo M—. Su viejo amigo René Mathis del Deuxième Bureau se encargó de arreglar todo.

—¿Y dónde voy a ejercer como periodista? —preguntó Bond, siguiéndole el juego tal como se esperaba de él, aunque ya conocía la respuesta.

—En Zanzarim.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer una vez que esté allí?

M volvió a sonreír, esta vez más abiertamente.

—Detener la guerra, por supuesto.

Bond le indicó a su nueva secretaria, Araminta Beauchamp, que no quería interrupciones, y se sentó ante el escritorio para leer todo el material sobre Zanzarim contenido en la carpeta que le había dado Money Penny.

Hojeó los recortes de periódico. La guerra civil de Zanzarim se había convertido en una crisis internacional por el hambre generalizada de la población. Había varias fotos terribles y desgarradoras de niños malnutridos: delgados como palillos, con una cabeza descomunal, el vientre protuberante y ojos descoloridos de mirada fija e interrogante. Bond seleccionó un documento del Ministerio de Asuntos Exteriores titulado «Los orígenes de la guerra civil de Zanzarim» y empezó a leer.

Cuando Zanzarim se había independizado en 1964, era un pequeño país del oeste de África que gozaba de estabilidad. Habían cambiado su nombre y también el de la capital, que había pasado a ser Sinsikrou (en su corta vida colonial se había denominado sucesivamente Gustavberg, Victoireville y Shackleton). Zanzarim tenía un encomiable superávit comercial, y exportaba sobre todo granos de cacao, plátanos, cobre y madera. Entonces habían descubierto petróleo en el delta del río Zanza: un vasto depósito subterráneo, al parecer sin límites. Tal bendición se tornó pronto una fuente de amargura. El problema era que la capital de Zanzarim y sede del Gobierno, Sinsikrou, se hallaba en el norte. Por añadidura, el Gobierno estaba básicamente en manos de la tribu lowele, la más numerosa de las dos docenas de tribus del país. En el sur, en el delta del río, la tribu principal era la de los fakasas, y el depósito de petróleo descubierto se encontraba en el centro de sus tierras tribales. No era de extrañar que los fakasas consideraran que la perspectiva de un flujo sin fin de petrodólares constituía una bendición concedida ante todo a ellos. El Gobierno de Zanzarim y la tribu lowele disentían: el petróleo debía beneficiar al país entero y a todos los zanzarinos, fuera cual fuese la tribu a la que pertenecieran. Siguieron largas discusiones entre los representantes de los fakasas y los loweles, que fueron volviéndose más y más agresivas cuando se hizo evidente que no había manera de llegar a un acuerdo. La situación se estancó de forma precaria hasta 1967, cuando se dio a conocer la primera valoración de la reserva y el monto del rédito potencial.

En Port Dunbar, la principal ciudad de la región del delta, doscientos mil fakasas tomaron las calles para protestar contra ese «robo» de su patrimonio por

parte de los loweles. En Sinsikrou hubo grandes disturbios, y una turba descontrolada masacró a más de trescientos fakasas. En venganza, en el sur se desató un pogromo contra los loweles: incendiaron tiendas, echaron a los comerciantes y se apoderaron de sus mercancías. Ocho policías loweles que intentaron huir fueron capturados y linchados. Cuando la situación se agravó y se sucedieron más matanzas indiscriminadas, los diplomáticos británicos y de la ONU hicieron intentos infructuosos de negociar la paz, y la tensión creció inexorablemente en ambos bandos mientras se desataban nuevas masacres respondidas por más masacres, en un toma y daca mortal e inhumano. Un alud de refugiados fakasas provenientes de todo Zanzarim se precipitó hacia las tierras de su tribu y se concentraron en los alrededores de Port Dunbar. A finales de 1967, el sur del país —el territorio de los fakasas— se separó formalmente de Zanzarim y constituyó un nuevo Estado: la República Democrática de Dahum. Dos brigadas del ejército zanzarino invadieron Dahum y fueron rechazadas. Había dado comienzo la guerra civil de Zanzarim.

Bond dejó a un lado el documento. Era como aquella antigua maldición china: «Que vivas en una época interesante». Pero reconvertida como «Que descubran grandes reservas de petróleo en tu país». Revolvió los recortes de periódico y seleccionó uno escrito por un experto en defensa cuyo nombre conocía. En los dos años transcurridos desde el inicio de la guerra, las fuerzas de Zanzarim, abrumadoramente superiores a las de Dahum, habían hecho retroceder a los dahumeños desde sus fronteras naturales y los habían obligado a internarse en su país y concentrarse alrededor de la ciudad de Port Dunbar. Como resultado, la República Democrática de Dahum consistía ahora en Port Dunbar, un aeropuerto cercano a un lugar denominado Janjaville y unos pocos centenares de kilómetros cuadrados de selva, riachuelos y manglares. Dahum estaba cercada y había empezado el asedio. La desesperada población fakasa comenzaba a perecer de hambre.

El Gobierno británico apoyaba a Zanzarim (a la vez que proveía de material militar a su ejército) e instaba a Dahum a solicitar la paz y restaurar el *statu quo* anterior. A juicio de todos los observadores, sólo así podía impedirse una catástrofe humana. Nadie había creído que Dahum pudiera resistir más de una o dos semanas.

Bond recordó lo que le había relatado M.

—No obstante, no ocurrió así —había dicho, encogiéndose de hombros—. Es realmente heroico que este ejército de Dahum, reducido e improvisado, resista contra unas fuerzas muy superiores y mucho mejor equipadas. Por supuesto, hay un puente aéreo clandestino que vuela de noche a ese aeropuerto de Janjaville para llevar suministros. Pero de algún modo han logrado detener por completo el avance del ejército zanzarino. Al parecer, las fuerzas dahumeñas las dirige con enorme acierto un estratega genial que consigue una victoria tras otra. A este paso, la guerra durará para siempre.

Bond cogió un recorte del *Times* que mostraba a un soldado africano, un general de brigada, con una boina negra y una escarapela roja, de pie en lo alto de un carro blindado zanzarino quemado. La leyenda del pie decía: «El general de brigada Solomon Adeka, *el Escorpión*, denominado el Napoleón africano». De modo que ése era el artífice de la sorprendente resistencia de Dahum, un prodigio militar que conseguía infligir derrota tras derrota a un ejército diez veces más numeroso que el suyo.

—El general de brigada Adeka es la clave —había dicho M sucintamente—. Según todos los informes, es el único responsable de que esta guerra continúe. Él es el objetivo de su misión. Quiero que vaya a Zanzarim, se infiltre en Dahum y consiga acercarse a este hombre.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer luego, señor? —había preguntado Bond, conociendo de antemano la respuesta pero manteniéndose impasible, sin traslucir nada en el rostro.

—Quiero que encuentre un modo de que Adeka deje de ser tan eficiente —había contestado M con una leve sonrisa.

Llamaron a la puerta. Bond alzó la vista, irritado, y entró Araminta Beauchamp. Era una chica bonita, con un flequillo de pelo oscuro que casi le tapaba los ojos y que continuamente se echaba hacia atrás con una sacudida de la cabeza.

Bond suspiró.

—Minty, te dije que no quería interrupciones. ¿Es que no fui lo bastante claro?

—Lo siento, señor. Acaban de llamar de la Q Branch para decir que lo esperan cuando usted quiera.

—Ya lo sabía. Acabo de hablar con M.

—Creí que era importante... —repuso la secretaria, con un temblor en la barbilla.

Se apartó el flequillo con un dedo y dejó al descubierto los ojos, que parecían a punto de anegarse de lágrimas de contrición.

—Gracias —dijo Bond con suavidad—. Tienes razón. Probablemente es importante. Y, por favor, no llores, Minty.

Bond tomó el ascensor para bajar a los dominios de la Q Branch, situados en el sótano. Lo recibió un joven con gafas que se presentó como Quentin Dale. Aparentaba unos veinticinco años y manifestaba el mismo entusiasmo proselitista de los misioneros que van de puerta en puerta.

—Creo que no nos conocemos, comandante —dijo Dale alegremente—. Hace sólo un par de meses que estoy aquí.

Condujo a Bond por un pasillo hasta su pequeño despacho, le señaló una silla y tomó asiento enfrente de él. Sacó una carpeta de su escritorio y se acomodó las gafas en la nariz.

—Necesitará algunas vacunas si va a viajar a África. ¿Quiere que nos ocupemos

nosotros o prefiere acudir a su médico?

—Yo me ocuparé —dijo Bond.

—Tiene que vacunarse contra la fiebre amarilla, la viruela, la poliomielitis. Y tendrá que tomar un preventivo contra la malaria. Parece que el Daraprim es muy bueno.

—De acuerdo —repuso Bond, pensando que el único problema con la Q Branch era que trataban a todo el mundo como a inocentes, por no decir como a tontos e ignorantes.

—Creemos que no tiene que ir armado a Zanzarim —prosiguió Dale, consultando las notas de su carpeta—. A causa de la guerra, los registros en el aeropuerto de Sinsikrou son muy minuciosos. Y usted va a trabajar para una agencia de prensa francesa.

Sonrió con conmiseración, como si estuviera a punto de comunicarle una mala noticia.

—Y los franceses no son muy apreciados en Zanzarim —añadió.

—¿Y eso por qué?

—Han dado un reconocimiento *de facto* al Estado de Dahum. La misión diplomática dahumeña tiene su base en la embajada francesa en Londres —concluyó con una mueca.

—Tengo entendido que fue colonia francesa por un tiempo.

—Así es.

—Pero en cambio me recibirán muy bien en Dahum.

—Exacto, eso es lo lógico.

Dale volvió a sonreír, esta vez con gesto aprobador, como si el alumno más atrasado de la clase hubiera respondido a una pregunta difícil. Extrajo de otro cajón un neceser de piel de cerdo y abrió la cremallera para mostrarle el contenido a Bond. Dentro había un lujoso equipo de afeitado: cuchilla, barra de jabón Old Spice, brocha de cerdas de tejón, loción para después del afeitado, polvos de talco y un desodorante de bola, todo cuidadosamente guardado en el bolsillo correspondiente.

—No podemos proporcionarle un arma, pero podemos darle con qué defenderse —dijo Dale, sacando la loción del estuche—. Una cucharada de esto dejará fuera de combate a un hombre durante doce horas. Y, si añade una cucharada de esto —señaló los polvos de talco—, estará en coma dos o tres días. Por cierto, es totalmente insulso. Puede ponerlo en cualquier bebida o comida, que nadie se dará cuenta.

—¿Qué pasa si añado dos cucharadas? —preguntó Bond.

—Probablemente lo mate. Pero, si quiere provocarle la muerte, más vale asegurarse con tres cucharadas. Primero entrará en coma y luego morirá de un ataque al corazón.

Sonrió y volvió a acomodarse las gafas en la nariz.

—Eso tendría que darle tiempo suficiente para huir.

Cogió un sobre del interior de la carpeta y se lo tendió.

—Aquí está toda la información que necesita. Y su billete de avión a Zanzarim. El viernes por la tarde en la British Overseas Airways. Sólo pasaje de ida.

—De manera que no vuelvo —dijo Bond con ironía.

—El jefe de nuestra central de Sinsikrou arreglará su viaje de regreso. No sabemos cuánto tiempo permanecerá en el país... ni si se marchará.

—Entiendo. ¿Quién es el jefe de la central?

—Eh... —echó una ojeada a la carpeta—. Un tal E. B. Ogilvy-Grant. La central se acaba de constituir. En el sobre hay una tarjeta de visita con la dirección y el teléfono, y la confirmación de su reserva en el hotel Excelsior Gateway. Está cerca del aeropuerto. Ogilvy-Grant se pondrá en contacto con usted a su llegada.

Bond extrajo del sobre la tarjeta de visita y leyó: «E. B. Ogilvy-Grant, lic. en Cambridge, Exportaciones de Aceite de Palma y Servicios de Agricultura». En una esquina había un número de teléfono.

—¿Algo más, comandante? —inquirió Dale.

Bond cerró la cremallera del neceser.

—¿Qué me dice de las comunicaciones? ¿Cómo contacto con la central de Londres?

—Ogilvy-Grant se ocupará de eso.

Bond se puso de pie muy despacio. No las tenía todas consigo. Todo parecía un tanto vago, un tanto improvisado, un tanto basado insensatamente en la suerte. Pero tal vez era lo que cabía esperar de una misión en un país africano desgarrado por una guerra civil. Una vez que estuviera en Zanzarim y se encontrara con Ogilvy-Grant, todo sería sin duda más claro. En todo caso, tenía unos días antes de que saliera su avión, por lo que podía ser una buena idea investigar un poco más por su cuenta.

—Buena suerte —le deseó Dale, dedicándole una de sus juveniles sonrisas. No hizo ademán de estrecharle la mano.

2. Investigación personal

Bond paseó otra vez a lo largo de la Bayswater Road. Al llegar a una parada de autobús ante la cual había una cola considerable, se detuvo a estudiar los alrededores con parsimonia. Al otro lado de la calle vio una hilera de tiendas de aspecto un tanto mísero: una ferretería, un quiosco de periódicos, una tienda de comestibles y un local aparentemente vacío con un letrero pintado a mano sobre el mugriento cristal de la ventana, que rezaba: «Amigos de África». Pegado con celo al vidrio había un póster de un niño hambriento de ojos legañosos y vientre hinchado, mendigando con una mano extendida que más parecía una garra. La leyenda del cartel decía: «Genocidio en Dahum. Necesitamos su ayuda».

Bond cruzó la calle y tocó el timbre.

Oyó unos pasos que bajaban por una escalera y percibió la presencia de alguien que lo escudriñaba por la mirilla.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? —dijo una voz que traslucía una buena educación.

—Me llamo James Bond y soy periodista —respondió Bond, y añadió—: El viernes viajo a Zanzarim.

Se oyó el ruido de una llave en la cerradura y dos cerrojos que se descorrían, y la puerta se abrió. Apareció un africano delgado de unos cuarenta años, con un elegante traje de raya diplomática, la cabeza completamente calva y una barba de chivo bien recortada. Su mirada era alerta y recelosa.

Bond le mostró la tarjeta de la Agence Presse Libre, y el hombre sonrió, visiblemente relajado.

—Busco a Gabriel Adeka —dijo Bond.

—Soy yo. Pase.

Gracias a sus investigaciones, Bond sabía que Gabriel Adeka era el hermano mayor del general de brigada Solomon Adeka. Un abogado de éxito, educado en la Rugby School y en el Merton College, de Oxford, que había abandonado su lucrativa profesión para fundar Amigos de África, una organización benéfica dedicada a aliviar el sufrimiento de los dahumeños. Al entrar, Bond vio una fotocopiadora en el suelo de linóleo y, a un costado, sobre una mesa de caballete, una caja de luz y una máquina de escribir. Debía de ser todo un contraste con sus habitaciones en Lincoln's Inn^[1], pensó Bond mientras seguía a Adeka por una escalera sin moqueta, que crujía a cada paso, hasta su pequeño despacho en el piso superior.

La oficina de Adeka estaba empapelada con sus desgarradores carteles y no contaba con más muebles que una mesa y una silla, a cuyo alrededor se acumulaban amarillentas pilas de volantes, folletos y hojas informativas sobre Amigos de África y la gravísima situación de Dahum. Adeka apartó unas cajas de cartón hasta dejar al descubierto una silla y colocó ésta frente al escritorio para que Bond se sentara.

—¿Le apetece una taza de té? —le ofreció, señalando un calentador eléctrico y una bandeja con algunos jarros, depositada en el suelo.

—No, gracias —repuso Bond, y agregó a modo de explicación—: No bebo té.

—¿Y se considera usted inglés? —replicó Adeka con una sonrisa.

—En realidad, no soy inglés —contestó Bond, que cambió enseguida de tema—. Da la impresión de que está usted muy solo aquí. Un equipo de una sola persona.

—Cuando es necesario, cuento con un grupo de voluntarios. Pero casi se me han agotado los fondos. Abandoné el ejercicio de la abogacía hace dos años y, como es bien sabido, el dinero no crece en los árboles, por desgracia. Además, el Estado no cesa de hostigarnos. Cortes de luz inexplicables, alguaciles agresivos que nos reclaman supuestos impagos, robos, vandalismo... Todo eso cuesta dinero. El Gobierno británico ha dejado muy claro que Amigos de África no le es grato.

—Quizá debería trasladarse a París —sugirió Bond.

—He pensado en ello, se lo aseguro. Sin nuestros amigos franceses...

Se detuvo y añadió:

—No estaría hablando con usted, señor Bond, si no trabajara para una agencia de prensa francesa.

—Se lo agradezco.

—Así pues, ¿qué lo lleva a visitar nuestro pobre país en tinieblas?

—Viajo a Sinsikrou, sí, pero mi intención es dirigirme luego al sur, a Dahum. Quiero entrevistar a su hermano, y ése es el motivo por el que estoy aquí.

El agua había hervido, y Adeka se preparó un té, sin leche ni azúcar. Sentado tras su escritorio, observó en silencio a Bond durante unos minutos, como si estuviera evaluándolo, sopesándolo. El escrutinio no le molestó. Le gustaba Gabriel Adeka, y admiraba sus vanas ambiciones, su sacrificio, su insensata integridad.

—¿Qué le hace pensar que yo pueda ayudarlo?

—Bueno, es su hermano.

—Es cierto. Pero no hablo con mi «hermanito» desde que Dahum se separó en el 67 —dijo con tono desdeñoso—. Solomon puede ser muy persuasivo. Me comunicó lo que planeaba: la secesión, constituir un «nuevo» Estado, reservar el rédito futuro del petróleo sólo para el pueblo fakasa. Tenía grandes sueños. Le rogué que no lo hiciera, le dije que sería un desastre para los fakasas, una especie de suicidio racial —su expresión se endureció—. No me produce ninguna satisfacción comprobar que yo estaba en lo cierto.

—¿Y por qué su hermano se negó a escucharlo?

—No lo entendería usted, señor Bond. Tendría que ser fakasa para tener ese

profundo sentimiento, ese lazo...

Pareció quedar un momento sin palabras, y luego prosiguió:

—Hemos vivido en el delta del río Zanza durante centenares, tal vez miles de años. Es nuestro hogar, el corazón de nuestro pueblo, en el sentido más apasionado e instintivo del término. No creo que pueda entender de qué hablo —concluyó con una sonrisa carente de alegría—. Usted no es africano.

—Sí que puedo entenderlo. Lo que dice tiene mucho sentido. No necesita tratarme con paternalismo.

—Discúlpeme. ¿Tiene usted una casa propia?

—Tengo un piso.

—¿Le agrada vivir allí?

—Mucho.

—¿Qué diría si sus vecinos entraran un día en su casa y se llevaran sus alfombras y sus muebles, sus objetos más preciados?

Bond se encogió de hombros.

—No es lo mismo. El delta del río Zanza pertenece a Zanzarim.

Adeka habló con cierto desdén.

—Zanzarim y, antes, el Estado de Zanza del Norte y, antes todavía, Neu Zanza Staat fue una creación de los colonialistas europeos, que llegaron hace unas pocas décadas, a finales del siglo pasado, y trazaron las fronteras del país de forma caprichosa, una tarde que no tenían nada mejor que hacer.

Se puso más serio y continuó:

—Para los fakasas, el delta del río Zanza, el hogar de nuestra tribu, es nuestro patrimonio. Es algo totalmente al margen de la política neocolonial del siglo veinte y de las ambiciones de venales aventureros europeos. ¿Lo comprende?

—Sí, creo que sí.

Adeka se relajó un tanto.

—Sea como sea, mi hermano, Solomon, no debería haber tratado de crear un Estado independiente. Era una locura. Y se lo dije. Discutimos, intercambiamos palabras muy duras, y desde entonces no hemos vuelto a hablar.

—Sus argumentos no lo convencieron.

—Él no estaba de acuerdo. No quería estarlo. Y no es de extrañar.

—¿Qué quiere decir?

—¿Tiene idea de cuánto petróleo hay bajo el delta del río Zanza, señor Bond?

—No.

—Bueno, le sugiero que lo averigüe y que luego calcule *grosso modo* cuántos centenares de millones de dólares recibirán quienes lo posean.

Se puso de pie.

—Lo siento, pero no puedo ayudarlo. Tendrá que encontrar a algún otro que lo presente a mi hermano. Lo único que le pido es que, si va a Dahum, le cuente al mundo con franqueza todo lo que vea.

Bond se levantó de su silla.

—Cuenta con ello —respondió—. Nuestra agencia no está al servicio de intereses políticos.

Adeka lo condujo escaleras abajo y, al llegar a la puerta, le ofreció su tarjeta.

—Le estaré muy agradecido si me envía sus artículos.

Le extendió la mano a Bond y éste se la estrechó con firmeza, sin pensar en el verdadero motivo de su viaje a Zanzarim.

—Saludaré a su hermano de su parte —dijo.

—Ahórrese el trabajo —repuso Adeka con serenidad, sin signos de amargura—. Solomon me considera un traidor de la peor clase. Cree que he traicionado a mi pueblo.

Tras despedirse, Bond dejó la tienducha y salió a la calle. Oyó el chasquido de los cerrojos a su espalda.

Fue calle arriba, en dirección a Bayswater Road, sumido en sus pensamientos. Recordando las palabras de Adeka sobre el continuo hostigamiento que sufría, se preguntó si la oficina de Amigos de África estaría sometida a vigilancia y, de ser así, si habrían advertido y registrado su visita. Algo lo hacía sentirse intranquilo, un hormigueo entre los omóplatos, una sensación incómoda. Siempre hacía caso a estas advertencias de su instinto (en general, las veces que había hecho oídos sordos a tales avisos había acabado por lamentarlo), de modo que, buscando una oportunidad para mirar hacia atrás, entró en un cine providencial y compró una entrada; pero, en lugar de dirigirse a la sala, se demoró en el vestíbulo para comprobar si alguien lo seguía. Transcurridos cinco minutos empezó a relajarse. Nadie de los que se habían acercado a la taquilla a comprar una entrada podía representar una amenaza.

Una acomodadora se acercó a ver si necesitaba ayuda y le recordó que la película comenzaría al cabo de «cuatro minutos y medio». Bond le aseguró que era consciente de este hecho y, saliendo al exterior, bajo la marquesina, miró a un lado y otro de la calle. Nada. Entonces reparó en el cartel: *La maldición de la hija de Drácula*, protagonizada por Astrid Ostergard. Bond sonrió. Allí estaba Astrid-Bryce, tendida desnuda en una cama, con una sábana hecha jirones y salpicada de sangre cubriendo las increíbles curvas de su cuerpo y la oscura sombra amenazadora de algún monstruo vengativo cernida sobre ella. Se parecía bastante al original, reflexionó Bond, recordando las fugaces visiones que había tenido unos días atrás. Así que ahí era donde había visto antes su nombre: en las películas de horror de serie B. Al menos había aclarado ese punto. No obstante, allí estaba otra vez Bryce Fitzjohn, alias Astrid Ostergard. ¿Tenía algún significado aquella curiosa recurrencia? ¿Algo que tal vez había pasado por alto? Entrar al azar en el vestíbulo de un cine no podía interpretarse de un modo maligno o intencional: era una pura y simple coincidencia inofensiva. Dirigió otra mirada al cartel y sonrió para sus adentros, diciéndose que tenía que volver a ponerse en contacto con ella una vez que acabara todo aquel asunto de Zanzarim. Echó a andar tranquilamente por la calle en dirección a Bayswater

Road, atento para llamar al primer taxi que pasara.

3. Bienvenido a Zanzarim

El VC10 de la British Overseas Airways alcanzó su altitud de crucero, y se apagó la luz que indicaba mantener los cinturones abrochados. Bond pidió un coñac doble con soda a la azafata y, mientras lo bebía, pensó en lo que le esperaba y en los peligros imprevistos a los que tendría que enfrentarse. Siempre era igual cuando partía hacia una misión: si bien lo desconocido le generaba cierta alarma y una precavida cautela, no podía menos que reconocer el estremecimiento de excitación que lo acometía. Era para eso para lo que lo habían entrenado y preparado, se recordó; a veces se preguntaba incluso si no habría nacido para ello. Echó una ojeada por encima del hombro para observar la cabina. El aeroplano llevaba la mitad del pasaje, y los dos asientos contiguos a Bond estaban vacíos. No había muchos que viajaran a Zanzarim por aquellos días, reflexionó, aun cuando ese vuelo hacía escala también en Banjul y en Acra. Pidió otra copa, mientras repasaba en la mente los sucesos de los últimos días. No recordaba ninguna otra ocasión en que M lo hubiera enviado a una misión tan vaga: encontrar la manera de infiltrarse en Dahum y, de un modo u otro, «inmovilizar» al general de brigada... Quizá, a juicio de M, sus instrucciones habían sido bien explícitas, aunque concisas. Pero, desde el punto de vista de Bond, había dejado un margen muy amplio a su propia iniciativa. Confiaba en que Ogilvy-Grant pudiera llenar los huecos brindándole más detalles.

El avión volaba hacia el sur por el oscuro cielo del anochecer. Bond encendió su lámpara de lectura y sacó el libro que llevaba consigo: *El revés de la trama*, de Graham Greene. Bond había estado en África occidental una sola vez, años atrás — de hecho, para derribar un helicóptero—, pero no se había quedado mucho tiempo: había sido una visita relámpago. Greene había servido en Sierra Leona durante la guerra —como espía, además—, y Bond confiaba en que esta novela ambientada en el oeste de África le proporcionara un conocimiento más profundo de la región.

Ocho horas más tarde, el VC10 aterrizó en el aeropuerto internacional de Sinsikrou. Mientras el avión rodaba por la pista hacia la terminal, Bond miró hacia afuera por la ventanilla para contemplar África, iluminada por el primer sol de la mañana. Pasaron junto a equipos de hombres que, doblados en dos, cortaban las hierbas del borde de la pista con largos cuchillos semejantes a sables. Más allá de la valla que delimitaba el perímetro se extendía un monte bajo, seco y ondulado con algunos árboles aquí y

allá, empañado por la calina. Una hilera de cazas MiG-15 Fagot verde oliva y un par de helicópteros Bell UH-1 descoloridos por el sol y manchados de aceite se encontraban aparcados en una plataforma separada. La fuerza aérea de Zanzarim, supuso Bond. Un puñado de soldados descansaban a la sombra de las alas, sentados lánguidamente.

El VC10 se detuvo al fin, y los pasajeros con destino a Sinsikrou se dirigieron hacia la puerta. Todos eran hombres, advirtió Bond, y ninguno de ellos parecía muy saludable. Cuando pisó la escalerilla del avión, el calor húmedo lo golpeó con una fuerza casi palpable. Y, cuando atravesó el reseco asfalto en dirección al edificio del aeropuerto, sintió que todo el cuerpo se le cubría de sudor bajo la ropa. Un grupo de soldados, vestidos con toda una colección de uniformes de camuflaje y provistos de armas diversas, observaban con desgana la fila de pasajeros que aguardaban ante el control de aduana e inmigración. Bond echó una rápida mirada a su alrededor. Aparcado junto al depósito de combustible vio un reluciente carro blindado Saracen de seis ruedas, recientemente importado de Gran Bretaña, según supuso. Era la primera indicación clara de a qué bando apoyaba su país en aquella guerra.

Como para reforzar su análisis, apenas si examinaron su pasaporte británico. El funcionario de inmigración se lo selló, le dio la bienvenida a Zanzarim y le indicó con un gesto que siguiera hacia el vestíbulo de la aduana, que se hallaba sorprendentemente concurrido con un sinnúmero de personas que iban de acá para allá y que no parecían tener nada que ver con la aduana. Mientras esperaba que apareciera su maleta, rehusó hacerse lustrar los zapatos, declinó el ofrecimiento de ser llevado a su hotel en un «lujoso» Mercedes Benz privado y rechazó con amabilidad a un niño que le ofreció en susurros los servicios sexuales de una hermana mayor «muy hermosa».

Un hosco empleado de aduana le pidió que abriera la maleta, hurgó entre su ropa e incluso miró el interior de su neceser y, al no encontrar nada de contrabando, garabateó un jeroglífico en la cubierta de la maleta con una tiza azul, antes de continuar con el siguiente equipaje de la cola.

Bond rehusó de nuevo recibir ayuda para llevar la maleta —de hecho, un muchacho intentó arrebatarla de la mano— y salió del edificio para dirigirse a la parada de taxis. Subió a un Morris Minor color verde británico y aceptó complacido pagar un extra para no compartir el taxi con otros. Le indicó al conductor que lo condujera al hotel Excelsior Gateway.

Aun cuando el hotel se hallaba a menos de dos kilómetros del aeropuerto, tardaron un buen rato en llegar. Apenas habían salido del perímetro del aeropuerto, cuando los hicieron detenerse en un control de carretera y Bond tuvo que bajar del coche y mostrar la marca de la aduana en su maleta. Pese a la clara señal de tiza, le ordenaron otra vez que la abriera. Bond comprendió que los soldados apostados en el control estaban aburridos y que aquélla era una diversión que animaba su larga y agotadora jornada. Detrás de ellos fueron deteniendo a otros taxis, y pronto se alzaron

varias voces airadas que protestaban. Bond pensó que tal vez conviniera darle algo de dinero al soldado que hurgaba con desgana en su maleta (un *dash*, una pizca, tal como se decía allí, según acababa de aprender leyendo a Graham Greene). Pero, antes de que pudiera hacerlo, apareció un oficial que gritó furioso a sus hombres e hizo señas a los coches para que prosiguieran la marcha.

Quinientos metros más adelante los detuvieron en otro supuesto control de carretera, improvisado con dos bidones de aceite y una tabla cruzada encima. Éste parecía menos oficial que el anterior, y la conducta de los soldados encargados era más displicente, pues se limitaron a asomarse a las ventanillas abiertas para mirar con curiosidad el interior del taxi.

—Buenos días —saludó Bond.

—¿Cigarrillos americanos? —dijo un soldado, sonriendo de oreja a oreja.

Iba ataviado con un casco minúsculo, una camiseta roja y pantalones de camuflaje.

—Ingleses —repuso Bond, tendiéndole los Morlands que quedaban en la pitillera.

Cuando finalmente se detuvieron ante la puerta del hotel, Bond pagó al taxista y, tras abrirse paso entre la multitud de vendedores ambulantes que lo rodearon al instante —para ofrecerle tallas de madera de espino, calabazas pintadas, collares de cuentas—, consiguió entrar en el fresco vestíbulo del Excelsior Gateway, que antaño había sido el hotel Prince Clarence, tal como dedujo Bond del viejo letrero adosado a la pared. Unos ventiladores de techo giraban en lo alto, y Bond entregó la maleta a un botones con chaleco rojo y un fez también rojo en la cabeza. Cruzó el lustroso suelo de madera de teca en dirección al mostrador de recepción, donde se registró. El empleado le entregó un sobre que contenía una nota de Ogilvy-Grant con su dirección y un nuevo número de teléfono de contacto en un polígono industrial. Bond dobló la nota, se la guardó en el bolsillo y echó una ojeada a su alrededor mientras el recepcionista asentaba en el registro los datos de su pasaporte. Unas palmeras en tiestos se balanceaban con el aire que arrojaban los ventiladores. Al otro lado de una puerta vidriera distinguió un largo mostrador oscuro donde un barman de chaqueta blanca sacaba brillo a unos vasos. En el extremo opuesto del vestíbulo estaba la entrada al comedor, con un cartel donde se leía: «Se ruega a los caballeros que no se presenten en pantalones cortos». Apareció un nuevo recepcionista, ataviado con una guerrera blanca almidonada con botones dorados, que lo saludó con una sonrisa:

—Buenos días, señor Bond.

Por un momento, Bond saboreó la ilusión de haber viajado en el tiempo, a la época en que el Excelsior Gateway era el hotel Prince Clarence, Zanzarim era el Estado de Zanza del Norte y la guerra civil, la hambruna y las reservas ilimitadas de petróleo pertenecían a un futuro inimaginable.

4. Navidad

El botones de fez rojo condujo a Bond hasta el pequeño chalé reservado a su nombre, situado en el recinto del hotel, detrás del edificio principal. Había una docena de estos *bungalows*, unidos a las instalaciones del hotel por unos senderos de cemento salpicados de malas hierbas, un legado del pasado colonial del Excelsior Gateway. Después de la independencia habían construido una piscina olímpica flanqueada por dos anexos modernos de cinco plantas, con «habitaciones para ejecutivos con vistas a la piscina». Bond se alegraba de estar alojado en un desvencijado chalé.

Dio una propina al botones, y éste le advirtió:

—El agua se corta al mediodía, señor. Pero hay luz las veinticuatro horas. Tenemos un generador —añadió con una sonrisa.

Obedeciendo la advertencia, Bond se dio una ducha fría mientras aún había presión de agua. Se vistió con un pantalón de dril color caqui, una camisa blanca de algodón de manga corta y una corbata de punto azul marino. Se calzó mocasines marrones y pensó por un momento prescindir de los calcetines, pero finalmente cambió de idea. Volvió a llenar su pitillera con algunos de los Morlands que había llevado en un cartón de doscientos cigarrillos y, listo para la acción, se dirigió a la entrada principal del hotel.

El portero ahuyentó a los vendedores ambulantes, y Bond le dio diez dólares.

—Necesito un taxi con un buen conductor por varias horas —le dijo Bond—. Veinte dólares al día. Y, si quedo conforme, diez dólares más para usted.

—Cinco segundos, señor —contestó el portero, y salió disparado.

Dos minutos más tarde un Toyota Corona amarillo mostaza se detuvo frente a Bond. Un joven delgado y elegante, con pantalón corto y camisa blanca, descendió del vehículo y lo saludó:

—Hola, señor. Soy su conductor, Navidad.

Bond le estrechó la mano y se acomodó en el asiento posterior.

—¿Adónde, señor?

—¿Sabe dónde está el cuartel general del ejército?

—El Estado mayor de las fuerzas armadas de Zanza. Sé dónde está. En el Cuartel Ridgeway.

—Muy bien. Lléveme.

El Cuartel Ridgeway era un gran edificio de cuatro plantas anterior a la guerra, con paredes encaladas de un color crema apagado, situado en un parque de añosas

casuarinas. Navidad lo dejó frente a la entrada principal, y Bond enseñó su credencial de periodista al soldado de la puerta. Éste le indicó que siguiera los carteles que decían «Oficina de Prensa». En un despacho situado al final de un corredor, un capitán joven con acento norteamericano controló su documentación.

—¿Agence Presse Libre? Eso es francés. ¿Es usted francés?

—No. Trabajo en la sede de Londres. Envío todos los artículos en inglés. Es una agencia de prensa internacional, fundada en 1923. De ámbito mundial. Como Reuters.

El capitán meditó por un momento y luego firmó y selló una nueva credencial de prensa. Sonrió de forma insincera —Bond sospechó que no le agradaban los periodistas ni el trabajo que hacía— y le tendió el documento.

—La rueda de prensa empieza dentro de veinte minutos —le informó—. Lo llevaré con sus colegas.

Bond fue tras el capitán, quien salió por una puerta trasera del edificio. En un ángulo de un patio de armas de tierra batida habían levantado una gran tienda de lona.

—Tome asiento. Empezaremos enseguida —le indicó el capitán.

Bond se sentó en el fondo y miró a su alrededor. La luz del sol que se filtraba por la lona era acuosa y sin sombras. Hacía calor. Sentados aquí y allá en las hileras de sillas plegables había unas dos docenas de periodistas —casi todos blancos— frente a un estrado dispuesto bajo un enorme mapa de Zanzarim. En la zona inferior de éste, rodeado con tiza roja, destacaba el pequeño círculo acosado que era ahora el reducido territorio de la República Democrática de Dahum. Bond supuso que los grupos de flechas adhesivas que amenazaban el círculo indicaban las ofensivas de las fuerzas zanzarinas. Avanzó por el pasillo que quedaba entre las hileras de sillas vacías, para estudiarlo desde más cerca.

La escala del mapa revelaba con gran detalle la extensa y compleja red de riachuelos y cursos de agua que conformaban el delta del río Zanza. Port Dunbar, la hipotética capital del Estado secesionista, estaba en el extremo sur. En una tarjeta clavada un poco más arriba figuraba el nombre de Janjaville, donde se encontraba el vital aeropuerto. Bond comprendió de inmediato que no sería tarea fácil vencer a Dahum. Una carretera principal que cruzaba por un sinfín de puentes y calzadas elevadas conducía al sur, hacia Port Dunbar. Y, a juzgar por las flechas agrupadas, era allí donde tenía lugar el grueso de las ofensivas para llegar al centro de Dahum. Todas las otras carreteras, marcadas con líneas de puntos, serpenteaban para eludir los obstáculos representados por los riachuelos, pantanos y lagos, cruzando por centenares de puentes improvisados, imaginó Bond. Mientras volvía a su asiento, se dijo que no se necesitaba ser un genio militar para defender ese reducido trozo de territorio. La detallada observación del mapa le había permitido calcular la distancia entre Sinsikrou y Port Dunbar: unos cuatrocientos ochenta kilómetros. Empezó a preguntarse cómo planearía Ogilvy-Grant «infiltrarlo». No parecía un asunto sencillo...

De pronto hubo una súbita agitación entre los hastiados periodistas que aguardaban, cuando un coronel cubierto de medallas y vestido con un traje de fajina terriblemente almidonado empujó un faldón de la parte posterior de la tienda y subió al estrado, seguido por el capitán de acento norteamericano, que llevaba en la mano una delgada vara de casi dos metros de largo semejante a un taco de billar.

—Buenos días, caballeros —dijo el coronel—. Bienvenidos a la rueda de prensa. Hoy tenemos noticias muy interesantes.

El coronel cogió el puntero de manos del capitán y, señalando con él en el mapa, empezó a enumerar diversas victorias nacionales y avances en territorio rebelde. Siguiendo sus instrucciones, el capitán borró una parte del círculo de Dahum y lo dibujó de nuevo de tal modo que quedó un pronunciado saliente en la carretera principal que llevaba al sur. Bond percibió que la escasa credulidad de los asistentes se reducía de golpe, igual que un globo que se desinfla.

—Con la captura de ayer del pueblo de Ikot-Dussa, las fuerzas de Zanzarim están ahora a cuarenta y dos kilómetros de Port Dunbar —anunció el coronel con aire triunfante, tras lo cual bajó del estrado y se retiró de la tienda.

Un periodista alzó la mano.

—Sí, Geoffrey —dijo el capitán.

—Según mis notas —objetó el tal Geoffrey con una voz sin inflexiones—, el pueblo de Ikot-Dussa fue liberado hace diez días.

—Ése fue Ikot-Darema —contestó al punto el capitán—. Tal vez nuestros nombres zanzarinos lo han confundido.

—Sí, es probable que se deba a un error mío. Lo siento.

Hubo un coro de risitas mal contenidas y un intercambio de miradas significativas.

Otro periodista levantó la mano.

—Hace cinco semanas que vienen anunciando la rendición incondicional de las fuerzas rebeldes. ¿Qué es lo que pasa?

El capitán apoyó la vara contra la pared.

—John, lleva usted suficiente tiempo en el país para saber que los dos últimos meses ha estado lloviendo copiosamente —repuso el capitán, sin conseguir ocultar por completo su cansancio—. Ahora ha dejado de llover y ha comenzado la estación seca, así que las operaciones militares se han reanudado plenamente.

La rueda de prensa continuó así por otros veinte tediosos minutos, con el capitán desviando o rechazando cada capciosa pregunta con contundentes invenciones. Bond no pudo menos que admirar su inagotable habilidad para mentir con tanta facilidad y tan manifiesta convicción. Era muy bueno en su trabajo, pero nadie se dejaba engañar. No había duda alguna de que la guerra se había estancado en un punto muerto casi permanente. Bond se puso de pie y abandonó la tienda. Había aprendido muchísimo aquel primer día como periodista acreditado de la Agence Presse Libre. Era hora de ponerse en contacto con el jefe de la central de los Servicios Secretos

Británicos en Zanzarim.

5. «E. B. Ogilvy-Grant, lic. en Cambridge»

Exportaciones de Aceite de Palma y Servicios de Agricultura OG se encontraba en un polígono industrial, a mitad de camino entre Sinsikrou y el aeropuerto. Bond había telefoneado desde el Cuartel Ridgeway, pero no había obtenido respuesta, por lo que había decidido ir en persona. Navidad lo condujo hasta allí y se detuvo junto a unos almacenes de calzado Bata. Enfrente había una serie de locales con una zona de almacenamiento abajo y oficinas arriba. Exportaciones de Aceite de Palma y Servicios de Agricultura OG era el último de la hilera.

—No tardaré mucho —dijo Bond, abriendo la portezuela.

—Aquí lo espero, señor.

Bond cruzó la calle, en dirección al local OG del edificio. Las persianas metálicas, deformadas por el sol, estaban bajadas, y el pulsador del timbre colgaba del cable a un costado de la puerta que daba acceso a la escalera. Bond tocó el timbre, pero le dio la impresión de que no funcionaba. Empujó la puerta, y ésta se abrió. Muy bien logrado, pensó. Como tapadera, resultaba muy convincente este exportador de aceite de palma de tres al cuarto y corto de dinero. Cerró la puerta a sus espaldas y subió la escalera. Una vez ante la oficina volvió a llamar y, al no haber respuesta, probó el picaporte, y la puerta se abrió. Así pues, en Exportaciones de Aceite de Palma y Servicios de Agricultura OG no se cerraba con llave. Bond entró en el despacho y preguntó en voz alta:

—Hola, ¿hay alguien aquí?

Silencio. Echó una mirada a su alrededor. Un escritorio metálico con una máquina de escribir y una bandeja de entrada vacía, un fichero de madera, un ventilador encima de una caja, un almanaque del año anterior en la pared, una mesa donde se exponían varias polvorientas latas de aceite de palma de muestra y —cosa conmovedora, se dijo Bond—, colgada junto a la puerta, una descolorida reproducción del retrato de la reina pintado en 1956 por Annigoni, un pequeño símbolo del trabajo secreto que se llevaba a cabo allí.

Alguien carraspeó a su espalda.

Bond se volvió despacio y saludó:

—Hola.

Frente a él había una joven africana, una zanzarina de piel clara, delgada, menuda, bonita —se dijo Bond—, con el pelo anudado formando hileras y bien tirante sobre el cráneo, lo cual tenía el curioso efecto de hacer que sus ojos parecieran

más grandes y más alerta. Llevaba una camiseta con la leyenda «No más bombas», unos vaqueros desteñidos cortados de forma irregular a la altura de las rodillas y un collar de gruesas cuentas de ámbar. La secretaria de Ogilvy-Grant, supuso Bond. Bueno, sin duda el tipo tenía buen gusto: era una chica preciosa.

—Me llamo Bond, James Bond —dijo—. Quiero comprar aceite de palma. Desearía ver a Ogilvy-Grant.

—Sus deseos se han cumplido —contestó la joven—. Yo soy Ogilvy-Grant.

Bond consiguió reprimir a duras penas su sonrisa de incredulidad.

—Perdone, creo que no me ha entendido...

—Soy Efuia Blessing Ogilvy-Grant —replicó la mujer, y añadió con mordacidad—: Sí, soy E. B. Ogilvy-Grant, gerente de la compañía.

Hablaba con un acento bastante afectado, pensó Bond, muy semejante al de Araminta Beauchamp.

—Encantado de conocerlo, señor Bond —agregó, tendiéndole la mano—. Mis amigos me llaman Blessing.

—Una bendición oculta^[2] —repuso Bond sin pensar.

—Muy gracioso. Es la primera vez que lo oigo —dijo ella, mostrando a las claras que no le hacía ni pizca de gracia.

—Perdóneme —se disculpó Bond, un tanto avergonzado por lo que había dicho.

—Lo estuve esperando en el aeropuerto esta mañana. ¿No le avisaron en Londres que iría a buscarlo?

—La verdad es que no... —dijo Bond, observándola mientras ella tomaba asiento detrás del escritorio.

—Teníamos que encontrarnos junto al Monumento a la Independencia.

—Nadie me lo dijo.

—Los típicos despistes de Londres.

Sacó un paquete de cigarrillos de un cajón y le ofreció uno a Bond.

—Es nuestra marca local —explicó—, Tusker. Fuertes y curiosamente adictivos.

Bond cogió uno, extrajo su mechero Ronson y encendió el cigarrillo de ella y luego el propio.

—Así que es usted el jefe de nuestra central en Zanzarim —dijo.

—La mejor de la clase. Esa soy yo.

Su acento contrastaba extrañamente con su apariencia de mujer radical y partidaria del amor libre, pensó Bond.

—¿Cuándo la nombraron jefe de la central, si no le importa que le pregunte?

—No me importa en absoluto. Hace un poco más de dos meses. Cosa extraña, no teníamos a nadie aquí. Todo se hacía a través de la embajada.

La mujer sonrió, algo más relajada, y prosiguió:

—Mi madre es lowele. Toda su familia, es decir, mi familia vive en Sinsikrou. Yo hablo lowele. Y mi padre era un ingeniero escocés, Fraser Ogilvy-Grant, que ayudó a construir la gran presa al norte de Mogasso, justo antes de la guerra. Mi madre

trabajaba como intérprete... y se enamoraron.

—¿Un ingeniero escocés? Qué curioso, mi padre también —dijo Bond—. Y mi madre era suiza —añadió, como si el hecho de que ambos tuvieran padres de distinta nacionalidad los hiciera afines.

De hecho, esta información pareció relajarla aún más, advirtió Bond. Establecido este antiguo lazo de sangre céltica, la patria ejerció su magia temporal, por leve que fuera la conexión y por mucho que careciera de sentido.

—No habla usted como escocesa —comentó Bond.

—Usted tampoco —repuso ella, sonriente—. Me eduqué en Inglaterra. En el Cheltenham Ladies' College, luego en Cambridge y luego en Harvard. Para ser franca, casi no conozco Escocia.

Bond aplastó la colilla del Tusker en el cenicero que había en el escritorio, con la garganta irritada.

—¿La reclutaron en Cambridge?

—Sí. Después hicieron que fuera a Harvard. Yo suponía que pensaban enviarme a Estados Unidos. Pero, dadas las relaciones de mi familia, éste era el lugar perfecto para mi primer destino.

Bond estaba intentando calcular su edad. Cambridge, luego Harvard, nacida durante la guerra... Tal vez veintiséis o veintisiete años. Increíblemente aplomada para ser tan joven. Pero sospechaba que aquella misión iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

—Me alojo en el Excelsior —dijo.

—Sí, ya lo sé —contestó ella con manifiesta paciencia—. Y su conductor es Navidad.

—Ah, así que fue usted la que arregló...

—Estoy aquí para ayudarlo, comandante Bond —dijo, poniéndose de pie—. He de decir que es un gran privilegio trabajar con usted. Su reputación lo precede, incluso aquí, en el quinto pino.

—Por favor, tutéame, Blessing.

—Estoy aquí para ayudarte, James —repitió ella—. ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche? Hay un buen restaurante libanés en la ciudad. Así podríamos hablar con tranquilidad y trazar planes.

Lo acompañó hasta la puerta y le dijo:

—Te recogeré en el Excelsior a las siete.

6. Vino sirio tipo Borgoña

Bond había pedido *malfouf* —rollitos de col rellenos— y *shish taouk* —un simple kebab de pollo con pepinillos salados—. La comida era buena. Había estado tres semanas en Beirut en 1960 durante una tediosa misión, y en su larguísimo tiempo libre había llegado a apreciar la comida libanesa. La lista de vinos, en cambio, era de risa, dados los excelentes caldos libaneses que había probado en Beirut. Lo único que ofrecían aquí era Blue Nun Riesling y un tinto al que denominaban «sirio tipo Borgoña», de modo que Bond prefirió no arriesgarse y pidió la cerveza del lugar, Green Star. Era la primera vez que tomaba cerveza con la cena, pero la ligera *lager* estaba bien fría y era un complemento perfecto para el fuerte sabor del ajo y los pepinillos. Blessing había pedido una sopa fría de lentejas y una *omelette* a la menta.

—No serás vegetariana, ¿no? —preguntó Bond con recelo.

—No. Es sólo que no tengo mucha hambre. ¿Importaría acaso si lo fuera?

—Importaría —dijo Bond con una sonrisa—. Es curioso, pero nunca he conocido a un vegetariano que me gustara. Claro que tú podrías haber sido la excepción.

—Ja, ja —repuso ella con ironía—. Por su comida los juzgarás.

—Podrá sorprenderte, pero no es un mal criterio de referencia —aseguró Bond, que ordenó otra Green Star—. Al menos, según mi experiencia.

Después de despedirse de ella en la oficina, Blessing se había cambiado el peinado. Las hileras de trencitas habían desaparecido, y ahora llevaba el cabello aceitado y aplastado hacia atrás a tal punto que casi parecía pintado. Se había puesto brillo transparente en los labios y vestía una casaca de seda negra tipo Nehru con unos pantalones acampanados blancos de algodón, y del cuello le colgaba un tosco disco de peltre sujeto con una correa de cuero. Tenía un aspecto muy futurista, pensó Bond, con su piel acaramelada del color del café con leche, como si fuera una extra de una película de ciencia ficción.

El restaurante se hallaba en el centro de Sinsikrou, cerca de los tribunales y los cuarteles. La fachada era deliberadamente modesta, con un parpadeante letrero de neón que rezaba de forma concisa: «El Kebab: lo mejor del Líbano». Pero el comedor del primer piso tenía aire acondicionado, manteles de lino blanco en las mesas y camareros con chaleco de terciopelo y fez con borla. Bond había reconocido a varios militares de alto rango y a algunos de los periodistas presentes en la rueda de prensa de aquella mañana. Era obvio que El Kebab era el único restaurante decente de la ciudad.

Charlaron distendidamente mientras comían, eludiendo el tema de su empresa común, pues las mesas estaban muy próximas y podían oírlos por azar o de forma intencionada. Blessing le habló de la guerra civil y de cómo se había originado a juicio suyo. Al ser medio lowele, consideraba que la junta militar fakasa que había decidido y maquinado la secesión había cometido una locura. ¿Qué suponían que iba a hacer el resto del país? ¿Quedarse de brazos cruzados y ver cómo los reducían a la pobreza? Al menos el Gobierno británico había actuado enseguida, dijo. Si no se hubieran puesto de inmediato al costado de Zanzarim y no se hubieran negado tajantemente a reconocer la nueva república, quizá la existencia *de facto* de Dahum habría acabado por ser inevitable. La presteza no solía ser una virtud del Gobierno británico, pensó Bond; allí debía de haber en juego bastante más que la simple preservación de las leyes internacionales.

—¿Quieres algún postre? —inquirió Bond, encendiendo un cigarrillo.

—Prefiero ir a tomar una copa a alguna parte —contestó ella.

—Excelente idea, Ogilvy-Grant. Volvamos al Excelsior.

Blessing condujo hasta el hotel, mientras Bond observaba por la ventanilla el llamativo espectáculo que ofrecía la ciudad de Sinsikrou por la noche. Una estruendosa música pop africana parecía salir casi de cada casa y, al parecer, la iluminación elegida era la de tubos de neón multicolores. Perros, cabras y gallinas hurgaban en las alcantarillas en busca de comida; niños desnudos contemplaban extasiados desde el umbral de su casa los coches que pasaban; soldados fuera de servicio se pavoneaban por las aceras atiborradas de gente, con fusiles Kalashnikov o semiautomáticos al hombro. Y cada vez que el coche se detenía ante un semáforo o cuando un atasco los obligaba a marchar a paso de hombre, los vendedores ambulantes se agolpaban junto a las ventanillas para intentar venderles peines y bolígrafos, bayetas y relojes de mala calidad.

El bar del Excelsior se hallaba sorprendentemente concurrido.

—Es un sitio de moda —explicó Blessing, que había descubierto una mesa vacía en el fondo del salón—. Sobre todo desde que empezó la guerra.

Tras tomar asiento, Bond pidió un whisky doble con soda para él y un gin-tonic para Blessing.

El aire acondicionado estaba en funcionamiento, y la atmósfera fresca resultaba agradable después de la húmeda y ruidosa noche del exterior. Aunque la verdad era que allí no reinaba mucho más silencio, se dijo Bond, paseando la mirada por la estancia. Un buen número de hombres blancos, algunos con diversos uniformes, no muchos zinzarinos.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó, señalando a los hombres con uniforme.

—Los pilotos de los MiG. Alemanes del Este, polacos, algunos egipcios. Cobran mil dólares por día... en efectivo. Tienen mucho éxito con las mujeres.

Bond ya había reparado en las prostitutas. Estaban sentadas ante la barra o deambulaban de forma insinuante entre las mesas ocupadas. Hermosas mujeres

negras con pelucas cardadas; al estilo de las estrellas del pop norteamericanas, imaginó Bond, cuando una de ellas cruzó la mirada con él y le hizo señas con un dedo de uña larga y brillante.

El rumor de las conversaciones se había hecho más alto y algo ronco ya, pues todo el mundo bebía en exceso. El aire olía a alcohol y perfume barato, como una sugerencia de sexo y peligro. Había una especie de temeridad extrema en la atmósfera, pensó Bond, reconociendo su atractivo. Aquellos pilotos habían estado fuera lanzando bombas y napalm sobre Dahum. No debía de resultarles fácil resistir las tentaciones que ofrecían en el bar del Excelsior.

Observó a los hombres. Ex pilotos de las fuerzas aéreas del bloque del Este, todos mayores —retirados, jubilados, apartados del servicio—, ganando una buena suma de dinero como mercenarios en una desagradable y remota guerra africana: mil dólares por día. Al cabo de tres meses podían dejarlo, tomarse un par de años de descanso, hacerse construir una casa en su patria, comprar un veloz coche extranjero.

Ordenó otra ronda de bebidas a un camarero e, inclinándose hacia Blessing, habló en voz más baja.

—Creo que en este estrépito podemos hablar sin peligro —dijo—. ¿Cuál es tu plan?

—Hice un rápido estudio la semana pasada, cuando supe que venías. El único modo de llegar a Dahum es por carretera o, mejor dicho, por carretera y agua. La carretera nacional hay que descartarla, porque el incesante tráfico militar la hace intransitable.

Tomó un sorbo de su bebida y prosiguió:

—Creo que tendrás que ir en coche lo más al sur posible, internándote en el delta, y luego un pescador de la zona (ya he establecido contacto con uno) te llevará en bote por los pantanos y los riachuelos.

—¿Es realista confiar en ese plan? —preguntó Bond.

—No existe una línea del frente como tal. Y continuamente se está pasando comida y provisiones de contrabando a Dahum. Aquello es un laberinto, una enorme red de cursos de agua, arroyos y riachuelos. Esa es una de las razones por las que la guerra dura tanto.

—¿Quién me llevará al sur? ¿Navidad?

Ella lo miró y sonrió.

—He pensado ir yo. Hablo lowele, y necesitarás un intérprete. Parecerá más creíble si nos detienen y nos interrogan.

—Me parece bien —dijo Bond, sintiéndose curiosamente aliviado—. ¿Cuánto tardaremos en llegar al delta?

—Tendremos que ir por carreteras secundarias llenas de curvas y desvíos. Calculo que nos llevará dos o tres días. Dos noches.

Bond revolvió los cubitos de hielo del whisky con un dedo, disfrutando de la sensación de hallarse en las capaces manos de Blessing, mientras ella seguía

explicando su plan. Se detendrían a descansar en posadas locales y luego se pondrían en contacto con el pescador, quien recibiría una buena paga cuando dejara a Bond sano y salvo en Dahum. Ella volvería a Sinsikrou y esperaría a recibir sus noticias.

—O no —dijo Bond—. Tal vez no vuelva de ese modo.

—Claro. Todo dependerá de las necesidades operativas.

—¿Cuándo saldremos?

—Cuando quieras —repuso ella—. Es tu decisión.

—No perdamos el tiempo. ¿Qué te parece mañana?

—No hay problema. Tendré todo dispuesto a primera hora de la mañana. Ven a la oficina y emprendemos la marcha. Una cosa —añadió—. Te recomiendo que vayas ligero de peso. Sólo una bolsa, una mochila o algo por el estilo. Puede que te espere una buena caminata cuando llegues a Dahum.

Bond ya había estado pensando en eso, con el pulso acelerado por la excitación que siempre lo acometía cuando era inminente una misión y estaba a punto de dejar a un lado la acogedora seguridad de la vida cotidiana. Sacó su pitillera: vacía. Blessing reparó en ello y buscó en su bolso el paquete de Tusker.

—Tendrás que fumar la marca local —dijo, ofreciéndole el paquete.

Bond cogió un cigarrillo.

—Es usted Bond, ¿no es así? —dijo en inglés una voz masculina algo pastosa.

Bond se volvió. Frente a él había un hombre blanco borracho, balanceándose levemente. Llevaba un arrugado conjunto de pantalón y camisa de dril azul claro, con manchas oscuras de sudor bajo las axilas. La cara, de mejillas flácidas, estaba roja y cubierta de sudor. Bond lo reconoció como uno de los presentes en la rueda de prensa en el cuartel: un compañero periodista, uno que había formulado una pregunta.

—Así es —contestó Bond secamente.

Quería poner fin a ese diálogo. Al instante.

—Soy Geoffrey Letham, del *Daily Mail* —se presentó el hombre—. Y usted es de la Agence Presse Libre, ¿no es así? Vi que era nuevo, así que miré la lista de periodistas acreditados.

Se inclinó hacia adelante, y Bond percibió el tufo acre a cerveza.

—¿Conoce al viejo Thierry Duhamel? —preguntó el hombre.

—Trabajo fuera de Londres —repuso Bond, improvisando—. Pero no en París.

—No, Thierry está en Ginebra, en la sede central. Todo el mundo en la Agence Presse Libre conoce a Thierry. Es toda una leyenda.

—Acabo de entrar. Los dos últimos años estuve en Australia. Con Reuters —añadió, confiando en que esto hiciera callar al tipo.

Blessing se inclinó hacia adelante con el encendedor en la mano y lo hizo funcionar, como para indicar que la conversación había terminado. Bond se volvió hacia ella y agachó la cabeza para encender su cigarrillo. Luego se recostó en la silla y exhaló el humo. Pero Letham seguía allí, con los ojos clavados en Blessing como si lo dominara un rapto de lujuria.

—Vaya, vaya, vaya —dijo con una grotesca mirada lasciva, y luego se dirigió a Bond—. Una chica preciosa. Me apunto después de ti, colega.

Bond vio que Blessing torcía el gesto ante la ofensa, y sintió un ramalazo de ira.

—Mándala a la habitación 203 cuando acabes con ella —dijo Letham, hablando por un costado de la boca—. Estas zanzarinas son capaces de aguantar toda la noche.

Antes de que Blessing pudiera decir algo, Bond se puso de pie.

—¿Podemos hablar en privado, fuera? —le dijo a Letham.

Y, dejando el cigarrillo en el cenicero, aferró al periodista por el codo y lo condujo con firmeza por entre la aglomeración de gente.

—De hombre a hombre, ¿comprendes? —le susurró en el oído.

—Te entiendo, colega —repuso Letham—. Hombre precavido vale por dos en la sección de jovencitas.

Salieron por una puerta lateral a la cálida oscuridad de la noche, que atronaba con el canto de los grillos.

Bond miró alrededor, vio la entrada trasera del bar, con cubos de basura y cajones de embalaje apilados, y llevó a Letham hacia allí.

—No es cara, ¿no? —preguntó el periodista—. Me niego a pagar a estas putas zanzarinas más de diez dólares.

Bond se volvió y le descargó un puñetazo en el estómago con todas sus fuerzas. El tipo cayó sentado con un golpetazo en el trasero y se quedó jadeando con la boca abierta, como un pez fuera del agua. Luego vomitó copiosamente en su regazo y se desplomó contra la pared, gimoteando.

—Cuida tus modales —le advirtió Bond, aunque Letham no lo escuchaba—. No vuelvas a hablarle así a una mujer respetable.

Rodeó el hotel hasta llegar a la puerta principal y entró en el vestíbulo, donde se dirigió a un portero.

—Hay un inglés borracho que se siente mal, en la parte trasera del bar —le indicó—. Creo que debería arrojarle encima un par de cubos de agua.

Y deslizó un billete en la mano del portero.

Éste sonrió, entusiasmado.

—Nos ocuparemos enseguida, señor —aseguró, y salió disparado.

Bond volvió al ruidoso bar y, tras pedir otro whisky, se reunió con Blessing en la mesa.

—Siento todo esto —dijo—. Ya no nos molestará más. No se encuentra muy bien en estos momentos.

—Mi caballero andante —comentó Blessing—. ¿Le diste su merecido?

—Un buen merecido —repuso Bond, vaciando el vaso de whisky—. Desprecio a esos tipos. Ratas de alcantarilla. Necesitan recibir una buena lección de vez en cuando. ¿Qué te parece si nos vamos? Mañana nos espera un día ajetreado.

Acompañó en silencio a Blessing hasta su coche, mientras sentía cómo se iba desvaneciendo lentamente el ímpetu de la adrenalina. Sonrió para sus adentros al

imaginar a Letham bañado con los cubos de agua. Se había alzado una brisa fresca, y una gran luna amarilla iluminaba los bloques de apartamentos contiguos a la piscina.

Con la intención de quebrar el silencio, hizo un gesto hacia la luna.

—No parece la misma ahora que hemos estado allá arriba —comentó—. Ha perdido algo de su encanto.

—No estoy de acuerdo —replicó ella—. Creo que ahora es como si nos perteneciera más. Ya no es un símbolo distante.

—*La lune ne garde aucune rancune* —dijo Bond.

—¿Qué es eso? —inquirió Blessing.

—No lo recuerdo. Algo que aprendí de niño en la escuela.

—Tienes muy buena pronunciación —opinó ella.

—Pasé buena parte de mi infancia en Suiza.

—Eso es información clasificada, comandante Bond.

Habían llegado junto al coche.

—No tenías por qué hacer lo que hiciste, ¿sabes? —dijo Blessing, abriendo la portezuela y volviéndose hacia él—. Los seres despreciables como ése no me hacen mella. Sé cómo vérmelas con ellos. Pero gracias de todas maneras. Aprecio tu gesto.

—Estoy seguro de que sabes cómo vértelas con ellos, pero el tipo me había sacado de mis casillas.

Se miraron a los ojos.

—Buenas noches, James —se despidió ella, sentándose tras el volante.

—Te veo mañana en la oficina —dijo Bond, cerrando la portezuela por ella—. A las nueve en punto.

7. En camino

Después de desayunar —dos buenos vasos de zumo de naranja exprimida, huevos revueltos, beicon y banana frita—, Bond fue hasta el pórtico delantero del hotel y, tras el regateo de rigor, compró una bolsa negra de cuero con la bandera de Zanzarim —cinco franjas: rojo, blanco, amarillo, negro y verde— en un costado. No estaba forrada y desprendía un fuerte olor a cuero recién curtido. Las correas del asa eran lo bastante largas como para colgársela del hombro cuando fuera necesario.

De regreso en su habitación, preparó su equipaje con cuidado. Decidió ponerse una chaqueta de safari verde oliva, pantalones caqui y botines de ante. En la bolsa metió tres camisas de manga corta azul oscuro, tres calzoncillos, calcetines, un panamá enrollado en un tubo de cartón, las píldoras contra la malaria y su neceser de piel de cerdo. Le resultaba raro y un tanto inquietante no llevar consigo una pistola: se sentía extrañamente desnudo y vulnerable. Puso el resto de la ropa en la maleta, con la intención de dejarla en la oficina de Blessing para que ella pudiera enviarla a Inglaterra llegado el momento. Quien viaja ligero de peso llega más lejos, pensó Bond, y eso incluía las armas. Se internaría en una región en guerra con un bote de polvos de talco y una loción para después del afeitado. Se dirigió a la recepción con la maleta y la nueva bolsa, para anunciar su partida y pagar la cuenta. Hecho esto, se le ocurrió una idea y fue al bar a comprar una botella de whisky Johnnie Walker... para usos medicinales: nunca se sabía cuándo podía necesitarse.

Navidad lo dejó frente a las oficinas de Ogilvy-Grant, donde encontró a Blessing subida al techo de un Austin 1100 color crema, con un bote de pintura negra en la mano. Estaba pintando la palabra «PRENSA» en el techo, con grandes letras de sesenta centímetros. Al rodear el coche, Bond vio que había escrito lo mismo con letras adhesivas blancas en el parabrisas, del lado del acompañante, y en la ventanilla trasera.

—¿No podríamos conseguir un coche mejor? —preguntó, pensando que aquél era la clase de vehículo que una madre usaba para recoger a sus hijos en la escuela o para hacer compras.

—Éste es perfecto —replicó Blessing, bajando del techo—. No nos conviene un coche que llame demasiado la atención. Así nadie se fijará en nosotros.

Bond la ayudó a cargar en el maletero dos bidones de gasolina, dos neumáticos de recambio y un envase de plástico de cincuenta litros de agua. Se despidieron de Navidad, quien se encargaría de atender el teléfono de la oficina en ausencia de

Blessing, y sin más dilaciones subieron al coche y emprendieron la marcha. Blessing conduciría durante la primera parte del trayecto.

La mujer le tendió un mapa de Zanzarim donde había señalado la serpenteante ruta al sur. Bond vio que se desplazarían azarosamente de un pueblo a una ciudad y otra vez a un pueblo, manteniéndose siempre a buena distancia de la carretera nacional. Pronto dejaron atrás las afueras de Sinsikrou y se internaron en el campo. Bond miraba por la ventanilla, observando los polvorientos matorrales, la resistente maleza de la sabana y los árboles dispersos. Pero, a medida que avanzaban, la vegetación se fue haciendo más y más espesa, hasta que todo lo que pudo verse fue una densa selva. Las carreteras por las que viajaban estaban asfaltadas, pero también terriblemente estropeadas con baches profundos y peligrosos. Pasaron por aldeas y pueblos de chozas de barro con techo de paja o de hierro ondulado y oxidado, y en cada uno había un puñado de puestos desvencijados junto a la carretera, donde vendían plátanos, pimientos, mandioca y frutas diversas. Cuando el coche pasaba ante ellos, la blanca cara de Bond en la ventanilla provocaba un estallido de gritos de entusiasmo o de mofa, o quizá sólo eran súplicas para que se detuvieran a comprar algo. Bond no habría sabido decirlo. Se sentía abrumado por el África real, consciente de que Sinsikrou no tenía nada que ver con el Zanzarim que estaban atravesando. Los únicos vehículos con que se cruzaban eran viejos camiones y autobuses, algún ciclista de vez en cuando y carros tirados por mulas.

Recorrieron un buen trecho, y a la hora de almorzar entraron en una ciudad de cierto tamaño, Oguado, y encontraron un bar donde podrían beber algo fresco. Bond pidió una Green Star y Blessing una Fanta, y comieron una especie de bollo picante llamado *dago-dago*, según le informó Blessing. Tenía un leve parecido con un donut sin agujero, pensó Bond, pero era sorprendentemente sabroso.

Reemplazó a Blessing al volante y reanudaron la marcha a través de una selva espesa e interminable. Durante un trecho cruzaron por una plantación de cacao tan extensa que les llevó media hora atravesarla. Hacía calor, y la calina volvía el cielo de un blanco lechoso. No vieron ningún vehículo militar ni se encontraron con controles de carretera. Bond comentó que costaba creer que aquel país se hallaba sumido en una guerra civil desde hacía dos años y que a un par de centenares de kilómetros al sur había medio millón de personas muriéndose de hambre.

—Esto es África —dijo Blessing con un encogimiento de hombros, y señaló el pueblo por el que pasaban—. Esta gente podrá tener una radio de transistores o una bicicleta, pero en realidad su vida no ha cambiado en mil años. Probablemente ni siquiera sepan que la capital se llama Sinsikrou.

Bond hizo un viraje brusco hacia el borde de laterita^[3] para esquivar un bache de casi dos metros. Hacia adelante, la carretera era totalmente recta y el paisaje resultaba tan monótono que pensó que corría el peligro de adormecerse. Se acercó otra vez al borde del camino y dijo que tenía que aliviar la vejiga. Se internó con cautela unos metros en la selva, y pronto el coche desapareció de su vista. El ruido era

ensordecedor —ranas, pájaros, insectos—, y de repente se sintió agobiado por un profundo sentimiento de soledad, aunque allí donde mirara había signos de vida no humana: columnas de hormigas a sus pies, tres mariposas encarnadas explorando un rayo de sol, un pájaro furioso que chillaba en lo alto de un árbol, una lagartija haciendo flexiones sobre un canto rodado. Aquel ejemplar de *Homo sapiens* que vaciaba su vejiga era sólo un organismo más en una selva primitiva rebosante de vida. Se alegró de volver a la carretera y al coche —débiles símbolos de la supuesta dominación del planeta por parte de su especie— y de fumar uno de los fuertes Tusker de Blessing antes de que ella se ofreciera a tomar el volante en el trayecto final de aquel día, que los llevaría a su primer destino, la posada Buen Compañero, situada en las afueras de un pueblo denominado Kolo-Ade.

Estas posadas eran otra reliquia del pasado colonial de Zanzarim. El Buen Compañero —un sólido edificio de ladrillo con una ancha galería, salón, comedor y cocina en la planta baja y ocho habitaciones en el primer piso— se había construido en la década de los treinta para alojar a los administradores y funcionarios que recorrían la colonia en una época ya pretérita. La posada mostraba claros signos de vejez —la pintura se había desconchado y los suelos de hormigón necesitaban un nuevo encerado—, pero estaba limpia y funcionaba bien. La habitación de Bond tenía una cama protegida por una tela mosquitera y, en un estante de madera, una jarra esmaltada y un aguamanil. Había un váter al final del pasillo.

Bond y Blessing se sentaron en la galería —eran los únicos huéspedes—, a observar los súbitos descensos y virajes de los murciélagos en el breve crepúsculo africano, mientras el sol se ponía en un cielo naranja y rojo sangre. Bebieron whisky y agua, y fumaron sin cesar para mantener alejados a los mosquitos. Blessing le mostró en el mapa hasta dónde habían llegado: habían recorrido unos trescientos kilómetros por aquellas carreteras secundarias, calculó. Al día siguiente alcanzarían la linde del delta del río Zanza, donde seguramente se encontrarían con controles de carretera y retrasos inevitables. Los soldados solían obligar a los coches a esperar durante horas, a fin de poder cobrarles más por el permiso para reanudar la marcha.

Bond disfrutó de esos momentos de descanso y charla en la galería. Tenía un buen vaso de alcohol en la mano y el calor de la atmósfera iba dejando paso a la fresca noche tropical. Se sentía a sus anchas, y también gozaba de la compañía de una hermosa joven. Blessing se había puesto un vestido bordado y teñido parcialmente con diversos tonos de bermellón y rosa, cosa que la hacía parecer más exótica y africana, aunque tal vez aquello fuera el efecto de su viaje por el interior de Zanzarim, se dijo Bond, recordando el aspecto futurista de la muchacha la noche anterior. Además, podía afirmar que no llevaba sujetador, pues veía el temblor de sus turgentes pechos cuando ella agitaba la mano para apartar una mosca revoloteante. Sin proponérselo, se la imaginó desnuda e intentó representarse su firme cuerpo juvenil debajo de... «¡Basta, Bond! —se recriminó con severidad—. No sigas por ese camino».

Un hombre canoso y desdentado, el gerente del Buen Compañero, les anunció que la cena estaba lista: ensalada de fruta, seguida por un filete duro acompañado por mandioca frita. Bond prefirió abstenerse del budín de sagú con mermelada de frambuesa que les ofrecieron como postre, y pidió otro whisky. Habían estado viajando durante ocho largas horas y empezaba a sentirse cansado.

Otro tanto le ocurría a Blessing, según advirtió Bond, pues la muchacha lanzó un gran bostezo, de modo que decidieron que era hora de retirarse. Subieron a sus habitaciones y se despidieron en el descansillo.

—Creo que tendríamos que salir al amanecer —dijo Blessing—. Llamaré a tu puerta para avisarte.

—De acuerdo —repuso Bond, resistiendo la tentación de darle un beso de buenas noches—. Hasta mañana.

Tumbado en la cama bajo la tienda de tul de la mosquitera, escuchó los ruidos de la noche que le llegaban a través de las contraventanas cerradas: los incansables grillos, los búhos ululantes, el croar de los sapos y el ladrido de los perros salvajes de los alrededores de Kolo-Ade. Un día más de viaje, pensó Bond, otra noche en una posada, y se infiltraría en el reducido territorio de Dahum. Sintió el hormigueo provocado por el flujo de adrenalina, pero también lo acometió un extraño presentimiento. El solitario periplo por el interior de Zanzarim le había traído a la mente las dificultades y la enormidad de la tarea que le aguardaba. A medida que el entorno se volvía más primitivo y elemental, toda fuerza, capacidad y habilidades que pudiera poseer le parecían más débiles e insustanciales. ¿Qué tiene África que me amedrenta tanto?, se preguntó, girando en la cama y golpeando la dura almohada de fibra de ceiba a fin de darle una forma más acogedora para la cabeza. ¿Por qué aquel continente le recordaba sin cesar su fragilidad humana?

Cuando Blessing llamó a su puerta aún era de noche. El desayuno fue un jarro de achicoria con tostadas y mermelada, y, cuando salieron, empezaba a clarear y el aire estaba maravillosamente fresco. Recorrieron un buen trecho a lo largo de la mañana y, justo cuando planeaban detenerse a almorzar, se encontraron con el primer control de carretera. Había una cola de unas dos docenas de coches a cada lado de un vehículo blindado de transporte de tropas que habían atravesado en el camino. Media docena de soldados, con los ya familiares uniformes multicolores, controlaban con desgana los documentos de identidad y hurgaban en las pertenencias de los pasajeros, que se resignaban a la espera sin protestar.

Un oficial joven se acercó sin prisa, avanzando junto a la hilera de coches, atraído por el letrero de «PRENSA» que exhibía el 1100. Parecía más avisado que los otros soldados y llevaba pantalón y cazadora de camuflaje a rombos, así como una boina verde musgo.

—Quédate aquí —dijo Blessing, que descendió del coche.

Bond observó cómo hablaba en lowele con el oficial. De vez en cuando la muchacha se volvía para señalarlo, lo que mostraba a las claras que él era el tema de conversación. Luego ambos se aproximaron al vehículo, y el oficial se asomó sonriente a la ventanilla de Bond. Éste le devolvió la sonrisa.

—Buenos días, capitán —le dijo, elevándolo dos grados en el rango.

—Encantado de servirlo, señor —replicó el hombre, haciendo un saludo militar.

Blessing subió al coche, lo puso en marcha y, tras maniobrar para cambiar de sentido, volvió por donde habían venido.

—Habríamos estado aquí todo el día —le explicó a Bond—. Le dije que llegabas tarde a tu entrevista con el general de división Basanjo. Es el comandante en jefe de las fuerzas de Zanzarim. El oficial dijo que íbamos en la dirección equivocada.

Miró sonriente a Bond e inquirió:

—¿Plan B?

—Decide tú —repuso él, impresionado con la capacidad de improvisación de Blessing.

Se esforzó por no hacer caso de la súbita atracción sexual que experimentaba al observar cómo se tensaban los músculos de los delgados brazos morenos de Blessing cuando giraba el volante, al ver el brillo del sudor en su garganta, al advertir cómo la ceñida camiseta le realzaba los pechos. «Concéntrate en el trabajo», se dijo.

Abandonaron la carretera en la siguiente salida y se dirigieron hacia el este en busca de la carretera nacional. Una vez alcanzada ésta avanzaron con gran lentitud, pues continuamente les ordenaban apartarse para dar paso a los vehículos militares. Durante una de estas detenciones forzosas, Bond contó más de cuarenta camiones del ejército atiborrados de soldados. Algo más adelante pasaron junto a cinco vehículos que transportaban lo que parecían ser flamantes tanques Centurion. Los MiG, cargados con bombonas de napalm, atravesaban el aire a baja altura, produciendo un sonido que recordaba la rasgadura de una tela. Todo lo que Bond veía indicaba la inminencia de una gran ofensiva. Al parecer, el ejército de Zanzarim se preparaba para el asalto final al territorio rebelde. Se lo comentó a Blessing, pero ella se mostró escéptica.

—Es cierto que no les faltan armas ni hombres —repuso—. Pero estas tropas nuevas son reclutas, mal entrenados y asustados. Sólo avanzan si los proveen de cerveza y cigarrillos. Y esos tanques no sirven de nada en el delta. No están adaptados al terreno, y los dahumeños han volado todos los puentes principales.

En ese momento, como si alguien los hubiera oído a escondidas, observaron junto al camino una hilera de camiones plataforma aparcados, cargados con vigas de puentes portátiles. Al pasar a su lado, Bond vio soldados blancos y creyó reconocer el uniforme de fajina del ejército británico.

—Ve más despacio —le indicó a Blessing, volviéndose para echar una última mirada—. ¿Es posible que sean británicos, del Cuerpo de Ingenieros?

—Hay algunos «asesores militares» por aquí —dijo ella—. Conocí a tres de ellos

en el aeropuerto la semana anterior a tu llegada.

Bond se recostó en el asiento, pensativo. Si estaba en lo cierto y esos soldados eran británicos, toda esa urgencia, esa ayuda militar concreta tenía una incidencia indirecta en su misión. Era evidente que el Gobierno británico tenía sumo interés en que aquella guerra acabara cuanto antes. ¿Por qué?, se preguntó Bond. Era de imaginar que esos «asesores militares» británicos pudieran también ocuparse de manejar los tanques...

Bond se sentó otra vez al volante tras un rápido almuerzo en un puesto de comida al costado de la carretera (más cerveza y *dago-dago*). Advirtió que el paisaje cambiaba a medida que se adentraban en el delta. A ambos lados del camino empezaron a aparecer pequeños lagos y charcas de agua estancada, grandes extensiones de cañaverales y más palmeras y mangles.

Blessing le indicó que saliera de la carretera y siguiese las señales hasta un pueblo llamado Lokomeji, en cuyos alrededores se encontraba su siguiente posada, la Hostería Canela. Era bien entrada ya la tarde cuando llegaron. Blessing lo dejó ante la puerta y fue a Lokomeji a encontrarse con el pescador que llevaría a Bond hasta Dahum.

La Hostería Canela era casi idéntica al Buen Compañero en estructura y disposición, y pertenecía a la misma época colonial. Desde el balcón de su habitación, Bond divisaba el denso monte bajo que conformaba el delta del río Zanza. Su aventajada posición le permitía ver el centelleo del sol del atardecer en los riachuelos y canales que se abrían paso sinuosamente entre la vegetación. Según dedujo estudiando el mapa, se encontraban justo en un extremo del vasto delta. Port Dunbar se hallaba a sólo sesenta kilómetros —a vuelo de pájaro—, pero bien podrían valer por seiscientos dado lo impenetrable que era la pantanosa selva y su laberinto de cursos de agua internos. La atmósfera estaba cargada y húmeda, y, en lontananza, distinguió una columna de humo que se alzaba en el aire, densa como un jirón de tela, como si se resistiera a disiparse. De nuevo pasaron volando los MiG, esta vez en dirección al norte, con los depósitos de las alas vacíos. Misión cumplida, pensó Bond, y sin duda los pilotos ya pensaban ansiosos en su siguiente noche en el bar del Excelsior Gateway. Aquello semejaba otro mundo.

Bebía su segundo whisky, sentado en una silla de mimbre en la galería, cuando vio cómo los faros del 1100 alumbraban la entrada del recinto vallado. Blessing parecía satisfecha. El pescador, llamado Kojo, esperaría a Bond al día siguiente a las seis de la tarde junto al muelle de Lokomeji y lo llevaría en su barca, con el pretexto de mostrarle la pesca nocturna de la carpa de Zanza. Lokomeji se hallaba a orillas de una pequeña laguna interior que se comunicaba con la intrincada red de riachuelos y canales que se abrían trabajosamente camino por entre la selva. Kojo conocía cada palmo de esos cursos de agua, aseguró Blessing. Había pescado en Lokomeji desde que era niño y sabía en qué punto exacto de Dahum dejar a salvo a Bond en tierra.

—Muy bien —repuso Bond—. Entonces ¿qué hacemos mañana? Quizá

podríamos volver a la carretera. Me gustaría echar otra mirada a esos soldados británicos. Al fin y al cabo, soy periodista y podría escribir una buena historia —concluyó con una sonrisa.

Blessing era partidaria de ser precavidos.

—No deberíamos movernos de aquí —dijo—. El pueblo entero sabe ya que hay un inglés en la Hostería Canela. Eres un bicho raro en Lokomeji. Estás en boca de todos.

A Bond le hizo gracia que hubiera empleado una expresión escocesa, sin duda aprendida del padre, pero ella tenía razón, por supuesto. Pensó en el largo día que les esperaba, sin nada que hacer y reclusos en la posada, y deseó haber llevado consigo la novela inconclusa de Graham Greene. No obstante, de ningún modo se podía considerar que veinticuatro horas más en compañía de Blessing constituyeran un castigo.

Otra vez estaban solos en el comedor, como únicos huéspedes de la Hostería Canela. Les sirvieron un guiso de pescado muy sabroso y picante con los imprescindibles bollos *dago-dago*, y Bond comió incluso el postre: bananas al horno con una salsa de ron y mantequilla. Acabada la cena bebieron más whisky en la galería, de la botella de Johnnie Walker que había comprado Bond.

—Vas a lograr que acabe achispada —comentó Blessing—. No estoy acostumbrada a beber whisky.

—Es la mejor bebida para los trópicos —repuso Bond—. No necesita estar helada. En realidad, hay que tomarlo sin hielo. Sabe igual en África que en Escocia.

Subieron juntos la escalera. Algo había cambiado en la atmósfera que reinaba entre ellos, advirtió Bond; quizá la velada aún no había terminado. Cuando llegó el momento de despedirse, la besó en la mejilla.

—Sé que eres el jefe de la central y que tal vez no debería haber hecho eso —se disculpó—. Pero hoy estuviste magnífica en el control de carretera. Muy rápida para improvisar.

—Gracias, gentil caballero —contestó ella con cierta mordacidad—. Tengo mis habilidades.

Tumbado en la cama, Bond meditó en los planes para la noche siguiente: el cruce de la laguna y la confianza depositada en aquel hombre, Kojo, para que lo dejara sano y salvo en Dahum. ¿Y luego qué? Era de suponer que se dirigiría a Port Dunbar, donde se presentaría como periodista simpatizante de la causa, conseguiría una nueva credencial y se mostraría dispuesto a informar sobre la guerra desde el bando de los dahumeños, a explicar los hechos al mundo desde la perspectiva de los rebeldes. De nuevo, todo le parecía muy improvisado y decidido sobre la marcha. No estaba acostumbrado a tal...

Blessing llamó a su puerta.

—Siento molestarte, James, pero necesito tu ayuda.

—Ya voy.

Bond se puso la camisa y los pantalones, y abrió la puerta. Blessing aguardaba en el umbral, con una larga camiseta blanca que le llegaba hasta los muslos. Lo miró, un tanto avergonzada.

—Hay un lagarto en mi habitación —explicó—. Y no puedo dormir sabiendo que está ahí.

Bond la siguió por el corredor hasta llegar a su aposento. Con cierta sorpresa comprobó que éste era más amplio que el suyo y que estaba mejor provisto de muebles. Un ventilador giraba con fuerza en el techo, haciendo que la mosquitera ondeara y se agitara suavemente. Blessing señaló: en lo alto de la pared, casi junto al cielo raso, había una salamanquesa moteada de quince centímetros, inmóvil, a la espera de que se acercara una mosca o una polilla.

—No es más que una salamanquesa —dijo Bond—. Come mosquitos. Considérala una mascota.

—Ya sé que es una salamanquesa. Pero también es un lagarto, y tengo fobia a los lagartos, por desgracia.

Bond sacó una percha de madera del armario y cogió una toalla colgada de un gancho junto a la jarra y el aguamanil. Con la punta de la percha desprendió al bicho de la pared, lo atrapó con la toalla y dobló ésta con cuidado para que no escapara. Luego salió al balcón y dejó que se escabullera en la oscuridad.

—Ya no hay más lagartos —anunció, cerrando las puertas del balcón tras de sí.

Blessing estaba de pie junto a la cama, y la luz de la lámpara de noche y las sombras que arrojaba revelaban la forma de sus pequeños pechos erguidos bajo la camiseta.

Bond supo lo que iba a pasar a continuación y, por la expresión de Blessing, comprendió que también ella lo sabía.

Atravesó la habitación en dirección a la joven.

—Gracias, James Bond —dijo Blessing—. Con licencia para cazar lagartos.

Bond la cogió en brazos y la besó con suavidad, y sintió la lengua de ella en su boca.

—Como jefe de la central de Zanzarim es importante que conozca a los agentes que nos visitan —declaró Blessing, y se despojó de la camiseta.

Dejó que Bond admirara un instante su desnudez y luego alzó la mosquitera y se metió en la cama. Bond se quitó la camisa y los pantalones y se acostó a su lado. La apretó contra él y la besó en el cuello y los pechos. Parecía pequeña y grácil en sus brazos, y sus oscuras areolas eran un círculo perfecto, como monedas.

La miró a los ojos.

—El viejo truco del lagarto —dijo.

—Una chica debe ingeniárselas con lo que tiene a mano.

—Voy a echarte de menos en Dahum, Blessing Ogilvy-Grant —susurró Bond, poniéndose encima de ella, que abrió las piernas para recibirlo—. Me verás de nuevo en Sinsikrou antes de lo que te imaginas.

—No veo la hora.

Después de hacer el amor —con una urgencia y un apetito físico que los sorprendió a ambos—, Bond fue a buscar la botella de whisky a su habitación. Tendidos desnudos sobre la cama, bebieron y fumaron mientras hablaban en voz baja y se acariciaban, hasta que el deseo volvió a acometerlos e hicieron de nuevo el amor, esta vez más despacio y a conciencia, prolongando el clímax con la destreza de dos viejos amantes. Luego Bond permaneció inmóvil, con un brazo sobre los delgados hombros de Blessing, que cayó dormida, acurrucada contra él y con una mano sobre su pecho. El zumbido regular del ventilador del techo tapaba todos los demás ruidos, y por un momento, antes de sumirse también él en el sueño, Bond se dejó dominar por aquella oleada de sensualidad, agotado y feliz, sintiendo a su lado el calor de una joven hermosa, sin dedicar ni un mínimo pensamiento a lo que podía esperarle al día siguiente.

8. El hombre con dos caras

Bond se despertó con un estremecimiento, y convencido de que Blessing le estaba clavando un codo en la garganta. Pero, fuera lo que fuese lo que lo presionaba, era frío y duro. Contuvo una arcada y abrió los ojos. El hombre inclinado sobre él en la oscuridad tenía la cara cubierta con rayas zigzagueantes de pintura de camuflaje verde oliva. La pistola que le oprimía la tráquea le impedía hablar.

—No intentes decir nada, grandullón.

Bond sintió que alguien metía las manos bajo la mosquitera y agarraba a Blessing. La joven consiguió lanzar un breve grito antes de que la sofocaran y la sacaran a rastras de la cama. La luz se encendió.

—Levántate —le ordenaron, apartando la mosquitera.

Bond se incorporó despacio, frotándose la garganta.

Blessing temblaba de miedo, con la cabeza gacha, un brazo sobre los pechos y una mano cubriéndose el sexo. En medio de la habitación había seis soldados con uniforme de camuflaje verde, gris y marrón. De pie frente a ella, cargados con sus armas y sus municiones, parecían corpulentos gigantes. Cinco eran negros. El hombre con la pistola automática —una enorme Colt 1911, según advirtió Bond— era blanco.

—Muévete, grandullón —dijo el hombre blanco.

Su acento no era exactamente inglés, más bien del este o el sur de África, pensó Bond, levantándose de la cama y yendo hacia Blessing. Le pasó un brazo por los hombros y no hizo ningún intento de tapar su propia desnudez.

—Vaya, Adán y Eva —se mofó el blanco.

Los otros soldados rieron entre dientes, divertidos con el espectáculo, apuntando a Bond con sus fusiles Kalashnikov. Bond vio la pequeña bandera que llevaban cosida en el hombro: un rectángulo dividido en dos bandas, una blanca y otra negra, con un disco rojo en la franja superior blanca. La bandera de la República Democrática de Dahum.

—Escuche, soy un periodista británico —dijo—. Y ella es mi intérprete.

—Pertenece a las fuerzas especiales británicas, más bien —replicó el blanco.

Había algo raro en su cara, algo que le brillaba en un ojo, pero Bond no alcanzaba a precisarlo con exactitud porque se lo impedían las rayas zigzagueantes de pintura.

—Vestíos —les ordenó el hombre— y recoged vuestras cosas.

Bond se puso la camisa y el pantalón, a la vez que tapaba a Blessing mientras ella se colocaba la ropa tan deprisa como podía. Pareció más serena una vez que estuvo

vestida, y Bond consiguió dedicarle una mirada tranquilizadora antes de que dos de los soldados lo escoltaran hasta su habitación, pasillo adelante. Se puso los botines y la chaqueta de safari, y metió el resto de sus cosas en la bolsa de Zanzarim. De regreso en el cuarto de Blessing, le mostró al hombre blanco su credencial de periodista de la Agence Presse Libre y el documento de acreditación del ejército zanzarino.

—Buena tapadera —dijo el hombre, sin dejarse impresionar.

Al observarlo desde más cerca, Bond vio que una mitad de su rostro era diferente de la otra, ésta normal. El brillo que había detectado antes lo causaban las lágrimas — que fluían sin control, porque el ojo izquierdo no parpadeaba—, lágrimas que el tipo se apartaba con un movimiento constante del pulgar o bien se secaba con el puño.

Tenía dos pequeñas cicatrices circulares bajo el ojo —dos heridas de bala— que semejaban una diéresis, y el contorno del lado izquierdo de la cara era extrañamente cóncavo pues le faltaba el pómulo. Era obvio que un terrible traumatismo lo había dejado en aquel estado.

Condujeron a Bond y a Blessing escaleras abajo, sin ver señal alguna del gerente o de los empleados de la Hostería Canela, y salieron a la cálida oscuridad de la noche. Bond echó una ojeada a su Rolex: las cuatro de la madrugada. Los hicieron salir del recinto vallado y avanzar por un sendero que llevaba a un riachuelo. Bond fingió tropezar, dejó caer la bolsa y, al agacharse para recogerla, chocó contra Blessing.

—Son de Dahum —susurró.

—Eso es lo que me preocupa.

Pronto llegaron a la orilla del río, donde había amarrado un bote de fibra de vidrio de poco más de tres metros de largo. Empujaron a Bond hacia la proa y le indicaron a Blessing que se sentara en la popa. Bond reparó en la disciplina y el buen entrenamiento de los soldados dahumeños, que cumplían su tarea con eficacia y casi sin cruzar palabra. Oyó que uno decía:

—Estamos listos, Kobus.

De modo que se llamaba Kobus, que debía de ser la apócope de Jakobus, se dijo Bond. El hombre con media cara o, mejor, con dos caras.

Kobus soltó la amarra y se sentó en la popa, junto a Blessing. Los otros cogieron los cortos remos y, rápida y silenciosamente, impulsaron el bote riachuelo abajo en dirección a la extensa laguna. Bond distinguió unas luces en Lokomeji —ya no se encontraría con Kojo al día siguiente— y de pronto cayó en la cuenta de que Kobus y sus hombres debían de haber ido con el expreso objetivo de atraparlo, convencidos de que era uno de los asesores militares británicos de las fuerzas de Zanzarim. Hizo una mueca para sus adentros: de haberlo sido, habría significado un buen golpe. Blessing había dicho que todo el mundo en Lokomeji sabía que él se alojaba en la Hostería Canela: se había corrido la voz. Así que Kobus y sus hombres habían aprovechado la oportunidad y habían salido furtivamente de Dahum para ir a secuestrarlo.

Este análisis tuvo el paradójico efecto de relajar un tanto a Bond. No había nada

en él ni en sus pertenencias que lo identificara como miembro de un equipo de fuerzas especiales. Por una vez sentía un gran alivio por no ir armado. Tal vez cuando las autoridades militares de Dahum advirtieran que parecía ser lo que decía ser —un periodista que trabajaba para una agencia de prensa francesa— los entregarían a ambos a las autoridades civiles de Port Dunbar. Confiaba en que así fuera.

Atravesaron la laguna con sorprendente rapidez y enfilaron uno de los sinuosos cursos de agua. Bond oyó el sordo susurro de la brisa nocturna en los altos juncos que bordeaban el canal e intuyó más que vio los voluminosos bultos de los mangles y de otros árboles. Los hombres remaban sin descanso, y pronto el cielo empezó a clarear a medida que se aproximaba el amanecer. Bond se percató del creciente nerviosismo de los soldados, que miraban sin cesar a su alrededor, vigilantes, y murmuraban entre sí. Era evidente que no querían que la luz del día los sorprendiera en el agua. Entonces oyó la rítmica vibración de las paletas de un helicóptero que se alzaba en el aire y el distante rumor de motores diésel. Debían de estar atravesando las líneas del ejército zanzarino que rodeaban el reducido territorio de Dahum.

Pronto alcanzaron un desvencijado muelle de troncos y desembarcaron. Arrastraron el bote a la orilla y lo cubrieron con hojas de palma. Luego la pequeña columna se internó por un sendero que atravesaba la selva, hasta llegar a un claro donde se alzaba un refugio de techo de lona cubierto con una malla de camuflaje. Les ordenaron que se sentaran debajo, Bond en un extremo y Blessing en el otro, y Kobus se llevó sus bolsas mientras los soldados les ataban las manos a la espalda. Dejaron a un soldado vigilándolos, y Bond vio que Kobus apostaba centinelas en los senderos que conducían al claro. Cuando el sol empezó a alzarse, se oyó el tronar intermitente de la artillería pesada que hacía fuego.

Kobus regresó, se agachó junto a Blessing y comenzó a interrogarla, pero hablaba en voz baja y Bond no alcanzaba a oír sus preguntas ni las respuestas de ella. Luego vio que se ponía de pie, echaba una mirada alrededor y se encaminaba hacia él.

Se había quitado las rayas de pintura del rostro, y Bond pudo apreciar plenamente el alcance de los daños: las lágrimas que caían del ojo que no parpadeaba y la profunda concavidad allí donde debería haber estado el pómulo lo llevaron a la conclusión de que también debía de haber perdido media mandíbula superior. El hombre registró a Bond con rudeza y se apoderó de su pasaporte, su credencial de la Agence Presse Libre y el fajo de dólares que le quedaban. Incluso se metió en el bolsillo el encendedor de Bond y su Rolex.

—Pienso recuperarlos un día —le dijo Bond—. Así que cuídelos bien.

Kobus lo abofeteó.

—Eres un cabrón descarado —le espetó.

—¿Kenia? ¿Uganda?

—Rodesia —contestó Kobus con una sonrisa, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Blessing—. Tu chica dice que perteneces a las SAS^[4].

—No, no ha dicho tal cosa —repuso Bond con calma—. Escuche, soy periodista.

La conocí en un bar de Sinsikrou. Es lista, bonita y habla lowele, y yo necesitaba un intérprete. Se suponía que hoy tenía que entrevistar al general Basanjo. Pensé que ella me sería útil y que en el camino nos podríamos divertir un poco, ¿comprende? Entonces llegaron ustedes y lo estropearon todo.

Kobus lo abofeteó de nuevo, esta vez más fuerte, y Bond sintió en la boca el gusto salado de la sangre.

—No me gusta tu actitud, tío. Te llevaré a Port Dunbar, donde podré ocuparme de ti como corresponde y descubrir quién eres de verdad. Pero una cosa es segura: no eres periodista —concluyó, tras lo cual se incorporó y se alejó.

Bond escupió un poco de saliva sanguinolenta y miró a Blessing. La muchacha yacía en el suelo, acurrucada y de espaldas a él.

El día pasó lentamente en aquel calor sofocante que reinaba bajo el toldo. Durante un rato les quitaron las ataduras y les dieron agua y un plato de alubias frías. Bond oía sin cesar las irregulares detonaciones de la artillería, y en determinado momento dos MiG sobrevolaron el claro a muy baja altura, lo cual provocó un estallido de chillidos y graznidos por parte de las aves ribereñas que se prolongó durante unos buenos cinco minutos, tal era el sordo rugido de los jets que hacía vibrar el aire.

Al acercarse el ocaso, los hombres empezaron a levantar el campamento: enrollaron el toldo de lona y la cubierta de malla, y recogieron y enterraron cada trozo de basura. Luego desataron a Bond y a Blessing y les dieron agua. Kobus se acercó a ellos pavoneándose, con un cigarrillo en la boca, y Bond tuvo un súbito antojo de tabaco.

—Nos marchamos, ¿de acuerdo? —anunció Kobus—. Si alguno de los dos intenta escapar le dispararé, y luego dispararé al otro. Me da lo mismo. Así que no os hagáis los listos. Hacerse el listo significa la muerte para los dos.

Tan pronto como oscureció se internaron en la selva en fila india, con Kobus a la cabeza, seguido por Blessing, y Bond en la retaguardia de la pequeña columna, vigilado por un soldado que marchaba tras él. Bond se sentía sucio y bañado de sudor, y tenía picazón por todo el cuerpo. Por un momento fantaseó con la idea de una ducha fría, pero enseguida se forzó a ahuyentarla y concentrarse. A la luz de la luna, vio que el sendero que seguían estaba bien señalado. A su alrededor la selva bullía de animales e insectos, cuyo estruendo ocultaba convenientemente los ruidos de su avance, el tintineo de las hebillas contra los fusiles, los golpes sordos de las correas al desplazarse, las pisadas de las botas en el camino. Bond vio que el soldado que marchaba delante llevaba su bolsa de Zanzarim sujeta a la mochila con una pretina. El hecho de que no la hubieran dejado ni arrojado le pareció tranquilizador, como si anunciara un futuro para él, por corto que fuera.

Caminaron durante una hora, según estimó Bond, antes de que Kobus diera el alto y les indicara con gestos que se agacharan y esperaran. Bond se volvió hacia el soldado que lo custodiaba.

—¿Qué esperamos? —preguntó.

—Cierra el pico —fue la respuesta.

Bond escudriñó el camino. La penumbra reinante se hacía menos densa hacia adelante, lo cual significaba un claro entre los árboles, y estirando el cuello alcanzó a distinguir lo que parecía ser una franja de asfalto iluminada por la luna. Kobus les hizo signos entonces para que avanzaran hasta la linde de la selva, y Bond fue capaz de orientarse.

Habían llegado a una carretera, una típica carretera de asfalto de dos carriles llena de baches, con un amplio arcén de laterita a cada lado. En aquel trecho era completamente recta, sin curvas, y la luz de la luna permitía ver con claridad unos centenares de metros en ambas direcciones. Era evidente que Kobus pensaba cruzarla y retomar más allá el sendero a través de la selva. No obstante, permanecieron sentados en silencio durante otros cinco minutos, esperando y escuchando. Bond calculó que no había más de treinta metros hasta el otro lado, hasta poder alcanzar de nuevo la seguridad de la oscuridad de la selva. Estaban en mitad de la noche, por Dios, se dijo Bond; ¿cuál podía ser el gran problema de cruzar la carretera?

Como en respuesta a esta pregunta, Kobus se puso de pie y atravesó el camino corriendo agachado, hasta desaparecer entre la vegetación del otro lado. Aguardaron otros cinco minutos, y al cabo oyeron que Kobus gritaba una orden:

—¡Femi, Dani, traed a la chica!

Dos de los soldados se pusieron de pie, uno aferró a Blessing por un brazo y se lanzaron a la carrera para cruzar el camino.

La noche se iluminó con los disparos.

Bond vio las balas trazadoras una fracción de segundo antes de oír las detonaciones. Siguió la habitual ilusión sensorial —el lento avance de los brillantes proyectiles, que se aceleraba al acercarse— y entonces el asfalto se desintegró bajo el impacto de las balas de grueso calibre de la ametralladora. Blessing chilló y cayó al suelo. Uno de los soldados quedó literalmente hecho trizas, desgarrado por una docena de impactos, mientras que el otro giró haciendo una ridícula pirueta, antes de que Bond viera que las balas le habían arrancado un brazo, que salió despedido y fue a caer dando tumbos entre la maleza.

Gateando sobre manos y rodillas, Blessing volvió para ponerse a cubierto, y Bond la agarró.

—¿Estás bien? —gritó.

—Sí —dijo ella entre sollozos—. No me han alcanzado.

Kobus gritaba órdenes a sus hombres, mientras disparaba al punto de la carretera donde estaban apostadas las ametralladoras. Los otros tres soldados habían abierto fuego con sus AK-47. Hojas y trozos de ramas les caían encima mientras las ametralladoras apuntaban a los lados de la carretera y barrían el margen de la selva.

Aquél era el momento.

Bond aferró a Blessing por la mano y la arrastró despacio hacia atrás en la oscuridad. Un metro, dos, tres. Los soldados se hallaban demasiado ocupados

resguardándose o respondiendo al fuego. Bond se alejó del sendero, internándose con la muchacha en la maleza. Diez segundos, veinte: estaban completamente ocultos, fuera de la vista. Oyeron gritar a Kobus, y luego los pasos de un soldado por el sendero.

—¡Se han ido, jefe!

Bond condujo a Blessing más adentro de la oscuridad de la selva.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, con el pánico reflejado en la voz.

—No hables —susurró Bond.

En ese momento, la onda expansiva de una enorme explosión se propagó entre los árboles: balas de mortero, el breve resplandor de una luz brillante y ardiente. Se oyó el grito de uno de los soldados. Bond aferró la mano de Blessing con más fuerza y, volviéndose, avanzó tan deprisa como pudo, abriéndose camino por entre los matorrales y las ramas, alejándose de la carretera y del fuego cruzado.

De pronto sonaron más disparos que venían desde otra dirección, por su flanco. Las balas barrían la selva al azar mientras otro grupo de soldados parecían acercarse desde la retaguardia.

—Échate al suelo —dijo Bond—. No podrán encontrarnos.

La obligó a tumbarse y la aplastó contra el seco mantillo de hojas que cubría el suelo de la selva.

—Mantén los ojos bajos, no mires hacia arriba —le indicó.

Nadie los descubriría, a menos que tropezara con ellos, se dijo Bond, atento al caos de la noche, los gritos de los hombres, el traqueteo intermitente de las ametralladoras. Era una batalla demente, con los soldados disparando a las sombras: su único recurso era quedarse inmóviles boca abajo. Se oían sordos impactos en los troncos de árboles cercanos, balas que desgarraban el follaje sobre su cabeza, y de vez en cuando un fugaz resplandor atravesaba la selva cuando lanzaban otro mortífero proyectil de mortero en su dirección.

Le llegó el ruido de unos hombres que se abrían paso entre la maleza, no lejos de ellos. ¿Era Kobus o eran las fuerzas de Zanzarim emboscadas?

Blessing le aferró el brazo con fuerza.

—James, ¡tenemos que salir de aquí ya! —susurró con voz ronca—. ¡Van a descubrirnos!

—No, no te muevas. Escucha: se están alejando.

Ella golpeó con el puño la mano de Bond que la sujetaba.

—¡Déjame ir!

—Blessing, no... Aquí estamos a salvo...

La muchacha consiguió desasirse y chilló:

—¡No voy a morir aquí!

Estaba fuera de sí, enceguecida por el terror. Se puso de pie y corrió hacia la densa oscuridad de los árboles que los rodeaban.

—¡Blessing! —gritó Bond.

Y, al oírlo, alguien empezó a lanzar rápidas ráfagas de disparos en su dirección. Bond se tiró al suelo y se alejó arrastrándose lo más rápido que pudo; rodó dentro de un hoyo y se cubrió con hojas secas. Blessing había empezado por perder el valor, luego había perdido la cabeza y había echado a correr. ¡Insensata!, pensó Bond. Entonces le llegó su grito, agudo y aterrorizado, y una larga ráfaga de disparos antes de que la muchacha lanzara un nuevo grito y éste se cortara en seco. Bond apretó la frente contra la tierra, con ganas de vomitar, y esperó, jadeante. Poco a poco los disparos se fueron haciendo más espaciados y más lejanos. De la carretera parecía llegar un gran vocerío, y entonces oyó el estruendo metálico de las orugas de alguna clase de vehículo blindado que se acercaba.

Permaneció tumbado, inmóvil, contando los segundos y los minutos. Vio el rayo de luz de una linterna a través de los árboles y oyó las voces excitadas de soldados zanzarinos, que lanzaban exclamaciones de sorpresa. Por un breve segundo pensó en entregarse a ellos, pero comprendió que abatirían al instante a cualquiera que vieran salir de entre los árboles. Mejor era seguir inmóvil. ¿Habrían atrapado a Kobus?, se preguntó. ¿Estaría muerto?

El vehículo arrancó otra vez y se alejó. La selva quedó en silencio, y luego los insectos y los animales reanudaron los chillidos y parloteos que habían interrumpido. Bond se sentó lentamente. Sentía olor a humo y a cordita, pero no percibía ningún ruido que delatara la presencia humana. Retrocedió en la oscuridad hasta que topó con el tronco de un árbol. Sentado, con las rodillas contra el pecho, cerró los ojos y trató de no pensar en lo que le había sucedido a Blessing. Lo único que podía hacer era esperar a que amaneciera.

9. La larga marcha de James Bond

En algún momento de la noche, Bond se había quedado dormido sentado contra el tronco, con la cabeza apoyada en las rodillas y los brazos anudados en torno a las piernas. Se despertó con la primera luz del día y, muy despacio, estiró las piernas, se masajeó los músculos agarrotados y se tomó su tiempo antes de ponerse en pie. Hizo girar los brazos como aspas y trotó en el sitio durante un par de minutos para normalizar la circulación. Luego se abrió paso con cautela entre la maleza hasta que encontró el sendero, y avanzó lentamente hasta la carretera. Todo el suelo estaba cubierto con un burdo confeti de hojas hechas trizas, como si una violenta tormenta hubiera arrasado la selva, pero no había ningún cadáver a la vista: se habían llevado todos los cuerpos o los heridos. En el asfalto se veían las marcas de los impactos de los proyectiles y, allí donde los primeros disparos habían alcanzado a los dos soldados, una masa de moscas zumbaba sobre dos charcos de sangre seca.

Recorrió el camino arriba y abajo con poco entusiasmo, aunque no esperaba encontrar a Blessing ni ningún rastro de ella. Había brillantes cartuchos metálicos desperdigados por todo el suelo, e incluso descubrió un estuche manchado de sangre con un par de municiones. Fuera de ello, casi no quedaban signos del combate ni de sus víctimas.

Se detuvo en mitad de la carretera, sintiendo el calor del sol en la cara. ¿Qué debía hacer? ¿Qué dirección tomaría? Se volvió hacia el norte: de allí había venido el fuego de las fuerzas de Zanzarim. Si caminaba en esa dirección, seguramente se encontraría con la columna de avanzada del ejército... Bond reflexionó un momento sobre las opciones que tenía, mientras descargaba puntapiés a los fragmentos de asfalto rotos. Después de todo aquello por lo que había pasado, suponía que podía dar por abortada la misión. Sin duda M lo entendería. Pero el asunto quedaba inconcluso, y tenía un vago sentimiento de culpa por lo ocurrido a Blessing. Si la hubiera sujetado con más fuerza... Incluso podría haberla dejado inconsciente de un golpe. ¿Estaría muerta? ¿Se encontraría a salvo en manos del ejército zanzarino? ¿La habrían vuelto a capturar Kobus y sus hombres?

Bond echó una mirada alrededor. Kobus se había propuesto cruzar aquella carretera y continuar por el sendero que atravesaba la selva. Quizá ésa era la mejor opción... No tenía comida ni agua ni armas. Podía aguantar un par de días, estimó, o tal vez más si encontraba algo para comer o beber. Kobus sabía exactamente adonde llevaba ese camino y que era la ruta que debían seguir, se dijo. De modo que tomó

una decisión: cruzó la carretera y se adentró en la selva.

Anduvo durante unas dos horas, según calculó, y luego se sentó a descansar. Hacía un calor húmedo y pegajoso y tenía picaduras de insectos por todo el cuerpo, pero al menos el camino discurría a la sombra de los árboles. Alzó la vista hacia el dosel de hojas que lo cubría, con ramas que semejaban vigas retorcidas de un altillo extraño y gigantesco. Se puso en marcha otra vez. El sendero seguía estando muy bien señalado, y de trecho en trecho descubría signos del paso de humanos: un tapón de botella, un jirón de tela añil, el envoltorio de papel de aluminio de una tableta de chocolate. Incluso halló la colilla de un cigarrillo liado a mano, que aún conservaba unas hebras de tabaco, y maldijo la pérdida de su encendedor pues quedaba suficiente tabaco como para dar dos buenas caladas. Se disponía a arrojarlo, cuando advirtió que aquello no era en absoluto tabaco. Lo olió: marihuana o alguna otra hierba potente.

¿Sería aquél un sendero de cazadores que unía una aldea con otra, las tierras de una tribu con las de otra, o, más probablemente, un camino utilizado por Kobus y sus hombres para hacer incursiones detrás de las líneas zanzarinas?

Siguió adelante, y advirtió que en las plantas y arbustos que flanqueaban el sendero había frutos y bayas de todas clases y tamaños, aunque no se atrevió a probar ninguno. Pese a la lozanía y el verdor de la vegetación, no encontró ninguna fuente de agua. Descubrió un guijarro liso y se lo metió en la boca para chuparlo, con lo que consiguió segregar un poco de saliva que le alivió la garganta, cada vez más reseca.

Descansó de nuevo llegado el mediodía, cuando los rayos de sol que se filtraban por el follaje iluminaban directamente el camino, y esperó a que creciera la sombra de la tarde. Creía estar dirigiéndose más o menos hacia el sur, si bien el sendero describía inexplicables vueltas y revueltas. Se topó con una zapatilla de gimnasia (del pie izquierdo) con la suela despegada y una lata sin etiqueta con un dedo de agua de lluvia dentro. Estaba a punto de beberla, cuando vio que dentro se agitaban unas larvas amarillas.

Al anoecer tenía los pies doloridos y se sentía agotado y terriblemente sediento. Encontró un árbol robusto color gris ceniza, con grandes raíces que sobresalían de la tierra, y se acomodó entre dos de ellas. La oscuridad llegó con la acostumbrada rapidez típica de los trópicos y, para no pensar en su reseca garganta y su vacío estómago, obligó a su mente a concentrarse en temas que nada tuvieran que ver con el delta del río Zanza. Sopesó con cuidado los respectivos méritos del Jensen FF y el Interceptor II, e intentó calcular si tendría suficiente dinero en efectivo para el depósito, en caso de que decidiera comprar alguno de los dos. Luego se preguntó si Doig y sus hombres habrían acabado de redecorar su piso de Chelsea. Le había dado instrucciones a Donalda para que supervisara el trabajo en su ausencia y extendiera cheques a medida que fuera necesario. Sería doblemente grato volver al hogar una vez acabada la misión y encontrarse con el piso reformado por completo, se dijo, y lo que lo ilusionaba en especial era su nueva ducha... Aquí rió para sus adentros. Se hallaba perdido en una selva tropical, deambulando por un camino que discurría entre

dos ejércitos en guerra. De vuelta a la realidad, lo acosaron de nuevo las preguntas sobre Blessing y su suerte. Blessing, cuyo cuerpo desnudo, delgado y ágil veía en la imaginación, la noche de amor violentamente interrumpida cuarenta y ocho horas antes. Sentía un amargo remordimiento, pero ¿qué más podría haber hecho? Ahora tenía que concentrarse en su propia supervivencia.

Se alzó el cuello de la chaqueta de safari y metió las manos en los bolsillos. No era un quejica, y estaba convencido de que al día siguiente todo iría mejor.

El aflautado trino de un pájaro lo despertó al alba. Se puso otra vez en marcha sin más dilaciones, con la garganta hinchada y dolorida y la lengua seca como una cincha de cuero. Al cabo de una media hora notó que la selva empezaba a hacerse menos espesa. Aquí y allá había claros de hierba dorada, y los árboles gigantescos daban paso poco a poco a variedades más bajas y achaparradas. Desaparecida también su sombra, el calor del sol comenzaba a ser abrasador. Se quitó la chaqueta de safari y se la abotonó sobre la cabeza como una *kufiya* árabe. El sudor le chorreaba por la nariz y la barbilla.

Y de pronto el sendero desapareció sin más. Bajo sus pies, el suelo estaba seco y agrietado, con matas de hierbas duras; como si el sendero fuera una criatura de la selva y estos arbustos enanos no constituyeran un entorno de su agrado.

Entonces vio el árbol de papaya.

Tenía unos tres metros de altura, y en lo alto lucía un único fruto maduro. Bond aferró el rugoso tronco y lo sacudió con fuerza; luego lo golpeó con el hombro, haciéndolo balancear a un lado y otro, hasta que la papaya se soltó y cayó directa a sus manos.

Se sentó a la sombra y, clavando la uña del pulgar en la frágil piel, arrancó un trozo de fruta. Quitó rápidamente las suaves semillas oscuras e hincó los dientes en la cálida pulpa naranja. Era jugosa y dulce, y Bond sintió un alivio inmediato en la garganta mientras tragaba con avidez. Cerró los ojos y de pronto se vio transportado a la terraza del hotel Blue Hills de Jamaica, donde solía desayunar una helada papaya partida en dos y bañada en zumo de lima recién exprimida. Habría dado cualquier cosa por un café jamaicano y un cigarrillo. Sintió un nudo en la garganta ante la irrupción de los recuerdos de aquellos días y aquella vida, pero enseguida se recriminó por tal muestra de sentimentalismo y engulló el resto de la papaya con un hambre salvaje, comiendo asimismo las semillas y royendo la piel para desprender lo poco que aún quedara adherido.

Era extraordinario lo bien que se sentía después de haber logrado al fin comer algo. El sol de la mañana aún estaba bien al este, de modo que sabía hacia dónde se hallaba el sur, y se encaminó hacia allí con renovadas fuerzas. Doscientos metros más allá del árbol de papaya dio con una senda rudimentaria para el tráfico rodado. La siguió, y fue a parar a un camino de tierra con una vieja señal descolorida donde se leía «Forêt de Lokani», sin duda un legado de la antigua época colonial francesa. Si había una señal, debía de haber algún tipo de tráfico, razonó Bond. La idea le levantó

el ánimo, y enfiló la carretera con entusiasmo.

Al doblar en una curva distinguió los cónicos techos de paja de una pequeña aldea a poco más de medio kilómetro. Tras buscar un palo grueso para hacer las veces de arma, se aproximó con cautela a las cabañas de barro. No había ninguna columna de humo que se alzara de un fogón. Los campos de mandioca estaban descuidados y con plantas marchitas. Entró en la aldea, manteniéndose pegado a las paredes de las chozas. Había unas veinte viviendas agrupadas alrededor de un enorme árbol de sombra. Algunas de las cabañas tenían el techo de paja quemado, y en una o dos las paredes se habían derrumbado, como si hubieran recibido el impacto de algún tipo de artillería. Cuando llegó al área de tierra batida que constituía el lugar de reuniones, bajo el árbol central, Bond vio tres cadáveres muy descompuestos —una mujer y dos hombres— con una nube de moscas revoloteando encima. Rodeó los cuerpos y recorrió las callejuelas que separaban las casas, buscando agua: un pozo o un abrevadero. Tenía que haber cerca un arroyo o un río desde donde pudieran acarrear agua fácilmente, razonó; ninguna aldea africana estaba lejos del agua.

Entonces, en el umbral de una casa, vio a un niño sentado, apoyado contra el marco de la puerta. Un niño tan esquelético como un anciano arrugado. Desnudo, con las costillas visibles bajo la piel cubierta de polvo, las piernas delgadas como palillos y cubiertas de llagas, la cabeza tan enorme que casi se bamboleaba sobre el débil cuello. Tenía moscas en los párpados y en las comisuras de la boca. Miró a Bond con indiferencia, apenas interesado, al parecer, en ese hombre blanco que había surgido ante él.

Bond se agachó, trastornado y conmocionado.

—Hola —dijo con una sonrisa forzada, antes de darse cuenta de lo estúpido que sonaba.

Hubo un movimiento detrás del niño y apareció otro crío con rostro de calavera que lo miró sin interés. Bond se irguió y fue a asomarse dentro de la cabaña, pero un hedor espantoso le hizo retroceder, aclararse la garganta y escupir. Parecía estar lleno de cuerpos de niños, pero nada se movía. El hambre extremo los llevaba a esta abulia mortal, supuso Bond; se arrastraban hasta un lugar en sombras y esperaban la muerte. Ése era el destino de los débiles y olvidados en el reducido territorio de Dahum.

Bond dejó la aldea con un sentimiento de impotencia y una profunda depresión. Era como haber sido testigo de una versión surrealista del infierno. ¿Qué podía hacer por aquellos dos críos? Estarían muertos antes de que cayera la noche, como todos los otros que yacían en esa estancia infernal. Su impotencia le provocaba ganas de llorar. Tal vez hubiera otra aldea carretera adelante, quizá pudieran enviar ayuda desde...

En ese momento, como por milagro, vio una figura humana a corta distancia, un muchacho flaquísimo vestido con un pantalón corto hecho jirones. El joven le gritó y le arrojó una piedra, que levantó una nube de polvo a los pies de Bond. Sin dejar de gritar, le lanzó dos piedras más.

—¡Eh! —vociferó Bond—. ¡Ven acá! ¡Ayúdame!

Pero el muchacho dio media vuelta y, echando a correr, desapareció de la vista tras un bosquecillo de espinos. Bond salió en su persecución, pero se detuvo tras rodear la arboleda. Allí estaba la fuente de agua de la aldea, un riachuelo que formaba un pequeño embalse. El joven parecía haberse desvanecido en el aire, como si fuera alguna clase de duende o una visión. Se preguntó si habría tenido una alucinación, pero no se preocupó más por el asunto. Se metió con premura en el embalse y, sentándose en el fondo para empaparse bien, bebió el agua turbia y caliente recogiendo en el hueco de las palmas. Ahora podría seguir adelante y encontrar tal vez algún modo de ayudar a esos niños. Se tendió de espaldas, sumergiendo la cabeza, y cerró los ojos, debilitado por la sensación de alivio. Cuando emergió unos segundos después oyó el distante rugido de un motor. La larga marcha estaba punto de llegar a su fin.

Se quedó de pie a orillas del embalse, con la ropa goteando, paralizado de pronto por la indecisión. No, no podía seguir su camino. Volvió a la aldea y encontró una calabaza vacía y una lata grande que había contenido leche en polvo. Regresó al riachuelo, llenó de agua los dos envases y los acarreo hasta la cabaña de barro donde yacían los niños muertos. El crío más pequeño había desaparecido.

Bond supuso que se había arrastrado al interior y dejó con cuidado los recipientes en el umbral. Entonces oyó un chasquido a su espalda.

Había un viejo encorvado de pie en el área de reuniones, apoyado en un bastón. Era increíblemente flaco, con brazos y piernas tan delgados como vainas de vainilla, e iba cubierto con harapos. Bond se acercó despacio, mientras el anciano lo imprecaba roncamente con insultos incomprensibles. La cabeza era pequeña, con unos pocos cabellos grises, y la cara demacrada, rematada en una barba rala y blanca. Bond se dijo que parecía salido de un mito, como un símbolo de la muerte. El viejo lo miró con ojos enrojecidos y relampagueantes de odio.

Bond le señaló la cabaña con los dos recipientes de agua colocados frente a la puerta.

—Niños... *pickin* dentro. Ayúdelos.

El anciano agitó el puño en dirección a Bond y siguió lanzando maldiciones.

Bond señaló otra vez la puerta y, al hacerlo, vio dos manitas como garras que se alargaban para aferrar la lata de leche en polvo y arrastrarla dentro. El viejo blandió ahora el cayado y, sin fuerzas, trató de golpear a Bond, pero sólo consiguió alcanzarlo en la pierna sin causarle daño.

—¡Ayude a esos niños! —le suplicó Bond por última vez, para luego dar media vuelta y abandonar la aldea.

Sentía la cabeza a punto de estallarle, como si hubiera tomado parte en algún estúpido espectáculo atávico: el encuentro de un extraño con la muerte en medio del camino, con todos los ingredientes de una horrible leyenda o fábula folclórica. Se esforzó en concentrarse en la realidad. Había oído el motor de un coche. Se salvaría, a menos que los malignos espíritus de aquel lugar se empeñaran en seguir

atormentándolo.

10. Bienvenido a Dahum

Los oídos no lo habían engañado. En efecto, el camino de tierra que pasaba por la aldea iba a parar a una carretera, la habitual vía de asfalto llena de baches, por la que circulaban unos pocos coches a toda velocidad, como si huyeran de algún desastre natural o catástrofe. Dos pasaron a su lado sin detenerse. Durante la siguiente media hora no ocurrió nada, y Bond advirtió que la ropa casi se había secado bajo el ardiente sol. Por fin apareció un tercer coche, un escarabajo Volkswagen que disminuyó la marcha cuando Bond le hizo señas, y abrió la puerta. Como los otros dos vehículos anteriores, tenía una gran cruz roja pintada en el capó.

Al volante había un hombre canoso cubierto de sudor. Observó a Bond con genuino asombro cuando éste se sentó a su lado.

—¿Adónde va? —le preguntó en inglés.

—A Port Dunbar —contestó Bond.

—Lo dejaré en Madougo. Tengo mucho miedo de los MiG.

—¿Es por eso por lo que ha pintado una cruz roja en el coche?

—Así es. Tal vez piensen que se trata de una ambulancia —repuso el hombre, echando una ojeada hacia el cielo, como si temiera que apareciera un MiG en cualquier momento—. Cuando ven un coche, bajan y disparan. No les importa nada.

Bond le habló de la aldea y de los niños moribundos.

—Todos han muerto —dijo el hombre.

—No, hay dos vivos. Tal vez sean más, no lo sé con seguridad.

—No queda nadie con vida en las aldeas —porfió el tipo—. Todo el mundo va a Port Dunbar.

Bond insistió y consiguió arrancarle al hombre la promesa de que informaría sobre la presencia de niños muertos de hambre en el poblado de Lokani o como se llamara. Quizá pudieran hacer algo.

Madougo resultó ser otro caserío semidestruido de chozas de barro al costado del camino, pero esta vez había signos de vida. Cosa sorprendente, en el arcén de laterita había un puesto atendido por una negra vieja y desdentada. Bond se apeó allí, y el Volkswagen giró por un camino y se alejó a toda velocidad. La vieja ofrecía un pequeño racimo de bananas verdes, una papaya arrugada y una botella de cerveza Green Star. Algún tenaz instinto comercial la impulsaba a colocar su puesto en Madougo como si nada hubiera cambiado en la vida. Y tal vez tuviera razón, pensó Bond, que, mediante gestos, consiguió hacer un trueque de su chaqueta de safari por

la botella de cerveza. Se sentó en un banco de madera, a la sombra del puesto, y la bebió despacio. Estaba agria, caliente y con gas, y sabía a ambrosía de los dioses.

Unas pocas personas salieron de las destartadas chozas, lo observaron y se marcharon. La cerveza se le había subido a la cabeza, y Bond se sentía mareado y soñoliento, exhausto tras su caminata de dos días a través de la selva. De vez en cuando se detenía algún coche para estudiarlo, pero nadie le dirigía la palabra. Ese hombre blanco cubierto de polvo y sin afeitarse que descansaba a un lado de la carretera, a la sombra de un puesto de Madougo, debía de ser objeto de muchas especulaciones, se dijo Bond. La noticia correría de boca en boca. Así pues, lo único que tenía que hacer era esperar. Estaba seguro de que al cabo lo irían a buscar.

Tardaron más de lo que había calculado, pero a media tarde oyó la bocina de un coche que se dirigía al norte. Bond se arrancó de su letargo y se puso de pie. Una furgoneta Mercedes Benz que salía de la aldea se detuvo ante el puesto.

Se abrió la puerta y bajó Kobus, vestido con tejanos y una camisa azul de cuadros.

—Señor Bond —dijo con una fugaz sonrisa helada, quitándose las gafas de sol—. Bienvenido a Dahum.

Mientras el coche se dirigía hacia el sur, Bond decidió mantenerse taciturno como medida de precaución, a despecho de los burdos intentos de afabilidad por parte de Kobus, como si nada hubiera ocurrido entre ellos. Al fin y al cabo, este hombre le había puesto una pistola en el cuello, lo había abofeteado dos veces, lo había amenazado de muerte y le había robado todas sus posesiones. Las tentativas de Kobus por trabar conversación eran completamente forzadas, como si le pagaran para ser amable pero toda su naturaleza se rebelara contra ello. Bond no dijo nada: sabía que la formalidad y las fingidas sonrisas de Kobus no significaban nada.

De manera que la mayor parte del viaje transcurrió en silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por Kobus para pedirle a Bond que escudriñara el cielo desde su lado del coche en busca de algún signo de un MiG.

Como es obvio, Kobus era consciente del hielo que había entre ambos, y media hora más tarde hizo otro intento algo desganado de quebrarlo. Se volvió hacia Bond y esbozó otra de sus torpes sonrisas. Cuando sonreía dejaba al descubierto las dos hileras de dientes, unos dientes pequeños con huecos entre medias que recordaban la rejilla del radiador de un coche barato.

—Olvidé presentarme como es debido. Soy Jakobus Breed, pero puedes llamarme Kobus, como todo el mundo.

—Soy James Bond, como ya sabes. Puedes llamarme señor Bond.

Kobus tomó esto como una señal de que todo estaba ya en orden, y empezó a charlar.

—Saliste de la selva de Lokani después de dos días, Bond. Tengo que decirte que

estoy terriblemente impresionado. Eres muy bueno... para ser periodista —dijo, sin lograr despojar su cumplido del tono de escepticismo con que lo expresó—. ¿Fumas?

De algún modo, esto derritió un tanto el hielo de sus relaciones. Bond aceptó encantado el cigarrillo que le ofrecía Kobus. Lo encendió e inhaló.

—¿Es un Tusker?

—No, es un Boomslang. Los hacen en Dahum. *Boomslang* es una serpiente que muerde pero no mata.

Rió entre dientes y se secó una lágrima que le caía del ojo malo.

—Es mejor que te acostumbres a ellos, porque no volverás a fumar Tusker.

Bond fumó despacio su Boomslang, sintiendo la poderosa acción de la nicotina. Recordó cómo lo había abofeteado Kobus.

—Sin rencores —dijo éste, como si le leyera el pensamiento—. Tenía una misión que cumplir: atrapa al tío de las SAS, me dijeron. ¿Cómo iba a saber que no era así?

—Usando tu inteligencia —contestó Bond.

—Van a estar encantados contigo en Port Dunbar —prosiguió Kobus, haciendo caso omiso de su comentario—. Los chicos del Gobierno saltarán de alegría. Agence Presse Libre. Hace meses que no tenemos a un francés en la ciudad. Cuando les mostré tu credencial, casi me rompen el alma. ¿Cómo pudiste perderlo, pedazo de imbécil? —lanzó una carcajada que más parecía el ladrido de una foca—. Y entonces, hoy a la hora del almuerzo, nos llega la noticia de que un inglés acababa de salir de la selva de Lokani. Ése es Bond, dije. Tiene que ser él. Salté al coche y aquí estamos.

Otra vez miró a Bond, y una lágrima le resbaló del ojo malo.

—Me alegro de que lo consiguieras. Ese maldito ataque en la carretera. Alguien nos tendió una trampa.

—¿Qué le pasó a la chica?

—No la vi más, tío, te lo juro. Creí que estaba contigo.

—Tuvo un ataque de pánico y salió corriendo. La oí gritar. Dos veces. Y no supe más de ella.

Kobus hizo una mueca.

—Confiamos en que haya muerto en la selva. Si esos zanzarinos la atraparon... —se interrumpió y lanzó un resoplido—. Estará mejor muerta, créeme. He visto lo que les hacen a las mujeres.

Bond sintió una honda pesadumbre.

—La busqué a la mañana siguiente —dijo—. Pero se llevaron todos los cuerpos.

—Una chica bonita —dijo Kobus con una sonrisa lasciva—. ¿Cómo era en la cama? Apuesto a que era un pendón.

Bond reparó en esta fugaz manifestación del viejo Kobus, el brutal asesino a sueldo, no ese fingido camarada que le había estado mostrando, y apagó el cigarrillo en el cenicero del salpicadero. Se negaba a ser amigo de Kobus Breed.

El viaje prosiguió en silencio, como si Kobus intuyera el sombrío humor de Bond. Había muy poco tráfico en la carretera a Port Dunbar. En determinado momento

Breed salió del camino y detuvo el coche bajo la sombra de un árbol, convencido de que había oído un MiG. Escucharon por unos minutos, pero no les llegaba ruido alguno del motor de un jet, así que prosiguieron la marcha.

Por fin llegaron a los alrededores de Port Dunbar. Pasaron por dos controles de carretera —en los que le hicieron señas a Breed de que siguiera adelante— y entraron en la ciudad por el bulevar principal. Bond miró a su alrededor. Parecía una típica y animada capital de provincia, aunque en las calles había muchos soldados. Fuera de eso, todo era curiosamente normal: policías dirigiendo el tránsito en los cruces, puestos de comida al costado de la calle llenos de clientes, vendedores ambulantes que los acosaban cuando se detenían y, al pasar frente a una iglesia, invitados que salían de una boda. Port Dunbar no daba muestras de ser una ciudad asediada, sitiada. Bond advirtió que en el techo de los edificios más altos —bloques de oficinas y grandes almacenes— había baterías de misiles tierra-aire.

—¿Qué son éstos? ¿Misiles tierra-aire?

—Exacto —contestó Breed—. Pero son falsos. Hechos por carpinteros del lugar en un par de horas. Tenemos un verdadero SAM S-75 en el cuartel central y otro en Janjville. Hace dos meses derribaron un MiG. Ahora los MiG no se acercan a Port Dunbar. Esos chicos no quieren perder su paga.

Bond recordó a los pilotos que había visto bebiendo en el bar del Excelsior.

—Así que sólo disparan a coches en la carretera —continuó Kobus—. Y lo apuntan como la destrucción de un vehículo militar. Esos sí que ganan dinero fácil.

—¿Cómo conseguisteis los misiles S-75?

—Un regalo de nuestro millonario favorito. También paga los vuelos a Janjville.

Un millonario favorito, pensó Bond, registrando la información para más adelante. Breed se había detenido ante un recinto vallado. Mostró su pase al guardia de la puerta y entraron en un patio rodeado de edificios blancos de dos plantas.

—Bienvenido al Centro de Prensa, señor Bond —dijo Breed.

El Centro de Prensa era una antigua escuela primaria metodista que, tras la secesión, el Gobierno había convertido en un cómodo alojamiento para periodistas extranjeros y en el lugar donde se comunicaba el parte militar diario. Una planificación por adelantado, pensó Bond; sabían que necesitarían a quienes simpatizaran con su causa. De nuevo quedó impresionado con la organización y eficiencia. Firmó en la recepción, donde ya tenían su credencial preparada, y Breed lo condujo escaleras arriba hasta su habitación. Había incluso un bar privado que permanecía abierto desde las seis de la tarde hasta la medianoche. El único problema, dijo Breed, era que ya no estaba atestado como al principio de la guerra. Apenas si quedaban periodistas; sólo tres, de hecho, aparte de Bond: un estadounidense, un alemán y otro británico.

—Un reportero independiente —dijo con desdén.

Breed abrió la puerta de la habitación de Bond. Contaba con una cama, un ventilador de mesa, una cómoda y un escritorio con una silla. Sobre la cama estaba la

bolsa de Zanzarim de Bond. Kobus le devolvió su pasaporte y su credencial de la Agence Presse Libre, así como su encendedor Ronson y su reloj Rolex.

—También me quitaste una buena cantidad de dinero —le recordó Bond.

—Lo perdí durante el combate, por desgracia —repuso Breed, enjugándose el ojo con el puño de la camisa—. Se me debe de haber caído del bolsillo. Lo siento.

—Claro.

—Bueno, hasta luego —se despidió Breed, dirigiéndose hacia la puerta; luego, como si hubiera recordado que ahora tenía que ser amable, añadió—: ¡Ah! Avísame si puedo ayudarte en algo.

Se marchó, y Bond deshizo su equipaje. Controló que no faltara nada: camisas, ropa interior, el sombrero panamá y su neceser de piel de cerdo. Lo abrió y vio que todo estaba en su sitio. Sacó el sombrero del tubo, lo desenrolló y lo torció un poco hasta que recuperó la forma. Extrajo entonces el cartón que forraba el tubo y dejó a la vista los veinte billetes de veinte dólares que había enrollado dentro. El escondite había sido idea suya: los muchachos de la Q Branch estarían orgullosos de él. Otra vez era solvente.

Cogió la maquinilla de afeitar, el jabón y la crema de afeitar y fue hasta el cuarto de baño que había al final del pasillo, donde se lavó a conciencia: una larga ducha, incluyendo el lavado del cabello, y una minuciosa afeitada. Luego se puso una camisa limpia y empezó a sentirse otra vez un ser humano. Se colocó el Rolex en la muñeca: las seis y diez. El bar ya debía de haber abierto. Era hora de tomar una copa.

El bar del Centro de Prensa de Port Dunbar servía cerveza, ginebra, whisky y diversas bebidas suaves. Bond cambió en recepción veinte dólares por trescientos ochenta mil sigmas de Dahum y volvió al bar, donde, completamente solo, bebió dos generosos whiskies con soda a una velocidad desacostumbrada. Compró también un paquete de Boomslang y, con el whisky frente a él en la mesa y un cigarrillo encendido, se sintió de mucho mejor humor. La misión continuaba en toda regla, los planes estaban otra vez en marcha. Había conseguido infiltrarse en Dahum, su tapadera era sólida y su equipo especial seguía intacto. El hecho de que hubiera estado a punto de morir, de que Blessing Ogilvy-Grant, el jefe de la central de Zanzarim, estuviera muerta casi con certeza y de que hubiera perdido cuarenta y ocho horas atravesando una selva virgen afectaba poco a la cuestión. Imaginó lo que le habría dicho M: «Siga adelante, 007». De modo que eso haría. La fase dos estaba a punto de comenzar.

Un joven que rondaba los treinta años, vestido con un traje de lino mugriento y arrugado, entró con aire furtivo en el bar. Lucía una barba despareja y largos cabellos grasientos que le llegaban hasta el cuello. Dio un visible respingo de sorpresa al ver a Bond y se dirigió hacia él, con un súbito interés en la mirada.

—Hola —lo saludó—. Soy Digby Breadalbane, el reportero independiente.

Tenía un apretón de manos flojo y un ligero acento de Londres.

—Soy Bond, James Bond. De la Agence Presse Libre.

—¡Oh, estarán encantados con tenerlo aquí! —dijo Breadalbane con cierta amargura—. Aman todo lo que sea francés.

Tomó asiento y continuó:

—Hace tres meses que estoy aquí; pero, como soy independiente, no me tienen en cuenta. Gracias a Dios que ha llegado —dijo y, acercándose más, añadió—: No hay más que un yanqui, un teutón y yo, el inglés. La prensa extranjera en Port Dunbar parece una broma de mal gusto, ¿no?

Hurgó en el bolsillo en busca de un cigarrillo, pero el paquete que encontró estaba vacío. Bond le ofreció un Boomslang y le preguntó qué quería beber. Una cerveza, contestó Breadalbane, agradeciéndoselo mucho. Bond hizo un gesto al barman y le sirvieron una Green Star. Por lo visto, en cuestión de cerveza, en Zanzarim no se hacían distinciones entre rebeldes y nacionales.

Breadalbane continuó quejándose por un rato, mientras Bond lo escuchaba con paciencia. Al cabo aparecieron los otros dos periodistas, ambos en la cincuentena, y se presentaron: Miller Dupree y Odon Haas. Dupree tenía un aspecto saludable y llevaba el pelo al rape como un marine. Haas era corpulento y se recogía el pelo canoso en una coleta. Bond advirtió que se adornaba el cuello y las muñecas con varias hileras de cuentas. Los dos le preguntaron si conocía a Thierry Duhamel.

—Ah, Thierry —contestó Bond, puesto sobre aviso por su encuentro previo con Geoffrey Letham—. Es toda una leyenda.

Ambos se mostraron de acuerdo, y no se habló más del asunto.

Bond les formuló preguntas sobre la guerra desde el punto de vista de los rebeldes y sobre la situación en Port Dunbar. Todos confirmaron que la ciudad se hallaba sorprendentemente a salvo y muy bien organizada. El servicio de correo funcionaba, los empleados públicos recibían su paga. Las cosas cambiaban sólo cuando se traspasaban sus límites: más allá reinaba el peligro por doquier y el caos propio de una guerra civil. Ninguno sabía dónde estaba la línea del frente, ni dónde podían estar maniobrando las fuerzas enemigas o atacando o retirándose de forma misteriosa. Los bombardeos y los ataques de la artillería eran completamente indiscriminados: una aldea acababa arrasada y otra quedaba intacta. Tenía que ir a conocer el aeropuerto de Janjaville. Una vez que uno veía lo que ocurría allí, los vuelos que llegaban después del anochecer, se empezaba a entender el porqué del conflicto.

Bond estaba intrigado y, para su leve sorpresa, advirtió que gozaba de la sociable compañía de sus nuevos «colegas». Invitó a ronda tras ronda de bebidas con su abundante provisión de sigmas y los animó a seguir hablando. Dupree y Haas eran viejos socialistas que escribían para periódicos de izquierda en sus respectivos países. Fervientes defensores de la causa, apoyaban sin reservas el derecho de Dahum a separarse de Zanzarim. Bond comprobó complacido la eficacia de su tapadera de la Agence Presse Libre y empezó a pensar que tal vez su misión no había sido planeada

tan a la ligera como creía hasta entonces. Tal vez era posible cumplirla, a pesar de todo. Sólo tenía que encontrar un modo de acercarse al general de brigada Adeka. Quizá su nuevo «amigo» Kobus Breed era el hombre indicado para ayudarlo.

11. Domingo

Bond durmió mal, pese a todo el whisky que había consumido en compañía de sus nuevos colegas. Sus sueños estaban poblados con el fragor de los disparos en la selva y el terrible pánico de Blessing, todo ello entremezclado con imágenes de los niños muertos en la cabaña de Lokani, que rebullían, se levantaban y lo señalaban acusadoramente con sus huesudos dedos.

Apenas amaneció salió de la cama y fue a darse una ducha fría, tras lo cual se obligó a hacer media hora de ejercicios —saltos desplegando piernas y brazos, flexiones y trotes en el sitio— a fin de despejar la mente y estar alerta. Bajó al bar — que a aquella hora funcionaba como comedor— y tomó el desayuno que servían: zumo de naranja, una *omelette* demasiado hecha y café aguado. Había encendido el primer cigarrillo del día, cuando un joven entró en la estancia y se dirigió hacia él con una amplia sonrisa.

—Buenos días, señor Bond. Soy Domingo, su asistente.

Mi guardaespaldas, pensó Bond. Dupree y Haas le habían hablado de los guardaespaldas que les había asignado el Ministerio del Interior. No así a Breadalbane, para su vergüenza y pesar. Estos guardaespaldas también proporcionaban un medio de transporte al periodista y lo acompañaban a todas partes.

Domingo tenía poco más de veinte años y era bajito y musculoso, con un carácter alegre y franco y una sonrisa casi permanente. Conducía un Peugeot 404 color cereza muy maltrecho. Al coche le faltaba un faro, y en el costado izquierdo tenía una larga fila de limpios orificios de bala.

—Esto es obra de los MiG —explicó Domingo, y lanzó una carcajada—. Pero a mí no me dieron.

El primer destino en la planificación del día era el Ministerio del Interior, alojado en un antiguo centro social con una fachada decorada con azulejos y un vestíbulo lleno de tablones de corcho vacíos. Bond tenía una cita con la propia ministra del Interior, una mujer guapa de aspecto severo de nombre Abigail Kross, que había sido la primera jueza de Zanzarim después de la independencia. Su hermano era ministro de Defensa del Gobierno de Dahum y, en el curso de la conversación, Bond se hizo una clara composición de lugar de la incuestionable fortaleza de la lealtad tribal de los fakasas, lealtad y lazos que parecían ser muchísimo más firmes que cualquier cosa equivalente que pudiera existir en Europa occidental.

Abigail Kross le sonrió.

—Cuento con usted, señor Bond, para que consiga que sus lectores franceses comprendan plenamente nuestra terrible situación —dijo—. Si el Gobierno francés reconociera a Dahum, todo cambiaría. Sé que estuvieron a punto de hacerlo. Tal vez con un empujoncito más...

Bond fue diplomático.

—Le prometo que comunicaré todo lo que vea, pero tengo que decirle que hasta ahora estoy muy impresionado.

—Hoy verá más —repuso ella—. Nuestras escuelas, nuestra defensa civil, el entrenamiento de nuestras milicias.

Lo miró con perspicacia y añadió:

—Esto no se trata de un robo de petróleo, señor Bond. Se trata de un nuevo país que intenta forjar su propio destino.

Así que Domingo lo llevó diligentemente a una escuela, al hospital central, a un cuartel y una estación de bomberos, a refugios subterráneos y a empresas de agricultura experimental. Bond vio talleres donde un grupo de herreros reconvertían coches accidentados y averiados en camas de hospital y muebles de oficina. Cosa más interesante aún, vio una floreciente industria de defensa donde fabricaban sus propias granadas de mano y minas antipersona a partir de toda clase de materiales comunes. Al final de la gira del día, Bond estaba exhausto. Había tomado notas cuidadosamente —representando su papel de periodista—, pero la desesperación inherente a todas estas actividades lo había deprimido. Aquél era un país —a duras penas un país— que se aferraba con uñas y dientes a su existencia, desesperado por sobrevivir mediante su talento para la improvisación y los trucos ingeniosos. Pero Bond había visto las fuerzas concentradas contra ellos y sabía cuán vanos eran sus esfuerzos. Una granada de mano confeccionada con trozos de una vieja máquina de coser y una cortacésped no iba a detener un tanque Centurion ni una carga de napalm lanzada desde un MiG en vuelo rasante.

—Llévame de vuelta al Centro de Prensa, Domingo —le pidió Bond tras media hora de contemplar a unos escolares elegantemente uniformados que marchaban arriba y abajo con rifles de madera al hombro—. ¡Ah! —añadió—. Querría ir al aeropuerto de Janjaville esta noche. ¿Puedes arreglarlo?

—Hay que solicitar un pase especial —le explicó Domingo—. Se lo darán en el mismo Centro de Prensa.

Emprendieron el regreso por las concurridas pero ordenadas calles de Port Dunbar. Domingo bajó de un salto del coche y le abrió la puerta.

—Tienes que hacerme un favor, Domingo —dijo Bond—. Consígueme una chaqueta, una chaqueta de safari, con muchos bolsillos.

Le tendió unos cuantos miles de sigmas.

—Le conseguiré una muy buena, señor —afirmó Domingo.

Bond se dirigió a la oficina de administración del Centro de Prensa, donde un teniente joven le entregó el pase especial que le permitiría entrar en el aeropuerto de

Janjville.

—Mientras tengamos Janjville, hay esperanzas —declaró el oficial, con evidente sinceridad.

Sonaba como un lema, pensó Bond, algo apropiado para gritar en un mitin, pero la convicción del joven hizo crecer aún más la curiosidad de Bond por ver el lugar y lo que allí ocurría. Sospechaba que la placidez y la casi normalidad de la vida en Port Dunbar significaba que el verdadero objetivo de los esfuerzos del ejército de Zanzarim lo constituía el aeropuerto. Janjville era la clave estratégica de toda la guerra. Se obligó a recordar cuál era la clave estratégica de su misión.

Le sonrió al teniente.

—En nombre de la Agence Presse Libre querría solicitar oficialmente una entrevista con el general de brigada Adeka.

—Es imposible, señor —repuso el oficial—. El general no habla con la prensa extranjera.

—Dígale que somos una agencia de prensa francesa. Podría ser muy importante para Dahum si Francia...

—Es igual —lo interrumpió el teniente—. Desde que empezó la guerra hemos recibido más de un centenar de peticiones de entrevistas. Todos los periódicos, estaciones de radio y canales de televisión del mundo. El general no concede entrevistas a nadie.

Bond volvió al bar, perplejo. Tal vez tendría que intentarlo a través de Abigail Kross. Breadalbane estaba sentado en el bar y le preguntó si por ventura podía prestarle un poco de dinero, que se había quedado sin blanca, etcétera, etcétera. Bond le pasó unos billetes y lo invitó a una cerveza fría.

12. Janjaville

El Peugeot de Domingo daba tumbos en los baches mientras se acercaban a la valla que rodeaba el aeropuerto de Janjaville. El muchacho había apagado el único faro del coche, ya que había una orden estricta al respecto. De trecho en trecho, unos recipientes pequeños con aceite encendido colocados junto a la carretera proporcionaban una tenue luz de guía, lo suficiente para saber que uno estaba en el buen camino. Bond echó una ojeada al reloj. El viaje hasta allí desde Port Dunbar, en dirección al este, les había llevado cuarenta minutos.

Una vez en la puerta, Bond mostró el pase y les hicieron señas de que siguieran. La valla que rodeaba el recinto era alta y estaba coronada con alambre de púas, según advirtió Bond mientras Domingo aparcaba detrás de los edificios del aeropuerto. Había un fortín de hormigón con una alta torre de radio conectada por cables a una antena de radar móvil que giraba sin cesar sobre sus cojinetes. Un hangar con techo de hierro ondulado y unas pocas cabañas de madera constituían el resto de los edificios del aeropuerto. Sentados en la hierba, junto al fortín, varias docenas de soldados esperaban pacientemente al lado de una hilera de camiones de diversas clases, todos vacíos.

Bond llevaba la chaqueta de safari que Domingo le había comprado; de hecho, era una guerrera proveniente de excedentes militares, con un agujero de bala remendado en la espalda y la bandera de Dahum cosida en el hombro derecho: el sol rojo en una superficie blanca, proyectando su oscura sombra hacia abajo. Bond se preguntó si se la habrían quitado a un muerto para luego lavarla y revenderla a fin de obtener una ganancia. No le preocupaba mucho.

Descendió del coche de Domingo y miró a su alrededor. La pista de aterrizaje era de césped bien cortado, pero parecía tener las apropiadas luces de señalización, aunque en ese momento se hallaban apagadas. Frente al hangar había tres aviones Malmö MFI de entrenamiento con pintura de camuflaje verde y negra, monomotores de aspecto achaparrado y con un extraño tren de aterrizaje de tres ruedas que producía el efecto de que el aparato estaba a punto de desplomarse por la cola. Varios técnicos trabajaban en ellos, y Bond distinguió las chispas de un soplete oxiacetilénico. Tuvo la impresión de que se ocupaban en fijar ametralladoras de calibre 50 bajo las alas.

—Ésa será nuestra nueva fuerza aérea —dijo Domingo con manifiesto orgullo—. La señora Kross me pidió que lo presentara al señor Hulbert Linck. Sígame, por

favor, señor Bond.

Bond siguió a Domingo en dirección al hangar. Al aproximarse, vio a un europeo alto supervisando el trabajo que llevaban a cabo en los Malmö. Domingo se acercó a él, lo saludó con una inclinación de cabeza y señaló a Bond, que esperaba unos pasos más atrás. El hombre se volvió para mirarlo, y Bond advirtió que era de verdad muy alto, casi dos metros, como un jugador de baloncesto, desgarrado y larguirucho como solían ser éstos. Tendría una cincuentena de años y, por obra de la brisa nocturna, su fino cabello rubio canoso le formaba una suerte de halo hirsuto en torno a la cabeza. Llevaba unos vaqueros descoloridos y botines de lona, y la camisa tenía un desgarro en el codo. Semejaba más bien un inventor loco, no un astuto multimillonario y hombre de negocios internacionales.

Domingo presentó a Bond con tono respetuoso:

—El señor Bond, de la Agence Presse Libre.

—Hulbert Linck —dijo el hombre, sacudiendo vigorosamente la mano de Bond—. Por fin han llegado los franceses.

Hablaba un buen inglés, con un levísimo acento que Bond no logró identificar. ¿Sueco? ¿Alemán? ¿Holandés? A la luz de las linternas de los ingenieros, percibió un brillo de fanatismo casi enloquecido en los ojos de Linck. Éste siguió hablando de forma precipitada.

—¿Cuándo va a reconocer Francia a Dahum? Tal vez usted pueda decírmelo. Aguardamos con ansias las noticias del mundo exterior.

Puso una mano en el hombro de Bond y añadió:

—Todo lo que escriba será de vital importancia, señor Bond. De vital importancia.

—Haré todo lo que esté en mis manos —contestó Bond, que enseguida cambió de tema—. Éstos son Malmö, ¿no es así?

—Comprados a buen precio a las fuerzas aéreas suecas —repuso Linck—. Los estamos convirtiendo en aviones de ataque a tierra. Cuando también nosotros podamos atacarlos desde el aire, esta guerra dará un giro completo. Espere y verá.

Linck continuó explicando entusiasmado sus planes. Era como si la guerra civil de Zanzarim y la supervivencia de Dahum fueran para él una cuestión personal. Dupree y Haas ya le habían hablado a Bond del inquebrantable apoyo de Linck. El hombre —que poseía un vasto imperio europeo en la industria láctea: leche, mantequilla y queso— había gastado millones de dólares de su fortuna reclutando mercenarios blancos y pagándoles, fletando aviones, comprando material militar ilícito en los más tenebrosos centros del mercado mundial de armas, todo para mantener con vida a este novato Estado africano. Era irracional, se dijo Bond, observando cómo hablaba y gesticulaba el hombre. Se trataba pura y simplemente de una «causa» que le daba sentido a su vida: la cruzada personal de Hulbert Linck. Bond le había preguntado a Haas de dónde provenía Linck, pero no había obtenido una respuesta precisa. Nadie parecía conocer con detalle su historia. Eso sí, corrían

abundantes rumores: que su primera fortuna la había hecho contrabandeando comestibles en el mercado negro durante el caos que siguió a la guerra europea; que era el hijo bastardo de un aristócrata inglés y una cortesana italiana. Haas le había contado que el hombre tenía pasaporte suizo pero residía en Montecarlo; hablaba perfectamente alemán y francés, pero nadie sabía con certeza de dónde era. Algunos decían que provenía de Georgia o de uno de los países bálticos, quizá; Haas había oído incluso rumores que lo hacían nativo de Córcega o de Albania. Al parecer, todas sus compañías estaban ubicadas en Liechtenstein.

Bond lo estudió con atención. ¿Tenía el pelo canoso teñido?, se preguntó de pronto. Otra artimaña. Y todos esos gestos un tanto desquiciados —los ojos desorbitados por el entusiasmo, la despreocupación por la ropa que llevaba— ¿eran también ejemplos de una máscara astuta y engañosa? A su juicio, todo en él era un tanto fingido y exagerado. Comprendió que, para alguien como Hulbert Linck, cuanto más se especulara sobre su origen, cuantas más conjeturas disparatadas se hicieran, mejor era el disfraz.

De improviso sonó brevemente una campana en el fortín, y Bond advirtió que los que aguardaban junto a la pista de aterrizaje se aprestaban a actuar.

—Discúlpeme, señor Bond —dijo Linck, y se alejó a grandes zancadas.

Se encendieron las luces de la pista, marcando con una línea de puntos azules la franja de césped, y un segundo más tarde se oyó el rugido de los motores de un avión que se aproximaba.

En medio de la oscuridad aparecieron unas luces de aterrizaje y, en el tenue brillo azul proyectado desde la pista, descendió un Lockheed Super Constellation que tocó tierra con una sacudida. Se alzó una gran nube de polvo cuando las cuatro hélices invirtieron la rotación para frenar el avance y permitir que el aparato girara y rodara hasta detenerse frente al hangar.

Bond había volado en un Super Constellation en la década de los cincuenta, cuando estos aviones, junto con los Boeing Stratocruiser, eran el *summum* de la aeronavegación. Aún tenían un aspecto magnífico, pensó Bond, observando cómo se detenía éste y se abrían las puertas de la bodega en un costado. Las tres aletas de dirección, los cuatro motores radiales, el tren de aterrizaje excepcionalmente alto y las delicadas líneas aerodinámicas del fuselaje hacían de él un aeroplano de una belleza especial. Éste era viejo, con la pintura ampollada y emparchada, y no se veía el logotipo de ninguna línea aérea, ninguna señal de dónde o a quién podía haber alquilado el avión Linck. Se encendieron unos reflectores, y los soldados y los camiones se adelantaron rápidamente para descargar la bodega.

Bond observó cómo descargaban el aeroplano en pocos minutos, mientras las hélices aún giraban. Vio cajas de municiones, morteros, bazucas, ametralladoras pesadas, alimentos, leche en polvo, cajones de whisky escocés y ginebra, medicamentos, neumáticos de recambio y lo que parecían enseres domésticos — aparatos de aire acondicionado, fregaderos de acero inoxidable, un par de mesitas

para el café—, todo ello pasado de mano en mano por la cadena de soldados, desde las puertas de la bodega hasta los camiones que aguardaban, los cuales, una vez cargados, se alejaron a toda velocidad en la noche. Bond seguía observando, asombrado. Entonces, cuando las puertas parecían a punto de cerrarse, vio a Kobus Breed que salía corriendo de un edificio, subía por la escalerilla del avión y le entregaba un paquete a alguien del interior. Se cerraron las puertas, Breed descendió y retiraron la escalerilla. Así pues, no era un tráfico en un solo sentido, se dijo Bond. Breed hablaba ahora con Linck; como dos viejos conocidos, advirtió Bond. Linck lo palmeó en la espalda, y Breed se alejó en la oscuridad.

—Los aviones llegan dos, tres, cuatro veces cada noche —comentó Domingo.

—¿Desde dónde? —preguntó Bond, volviéndose hacia su asistente.

—De Dahomey, Costa de Marfil, Mali... No lo sabemos con certeza.

Bond contempló la alta figura de Linck, mientras el Super Constellation aceleraba los motores y giraba para rodar hasta la pista. No había estado en tierra más de quince minutos, pensó Bond, observando a Linck, que agitaba la mano con entusiasmo en dirección al avión como si estuviera despidiendo a un familiar.

—El señor Linck controla todo —dijo Domingo.

Con un rugido creciente de sus motores radiales Wright, el vacío Super Constellation aceleró bruscamente en la pista, en medio de una nube de polvo teñida de azul, y alzó el vuelo en la noche. Se apagaron las luces de aterrizaje, y sólo se oyó el zumbido cada vez más distante de los motores mientras el avión ascendía hasta la altitud de crucero. Bond se dirigió hacia el Peugeot de Domingo, impresionado. No había duda de que esta capacidad de resistencia era poderosa.

13. Guerreros fantasma

Bond pasó varias horas del día siguiente sentado en la antesala del despacho de Abigail Kross, esperando para verla. Cuando ella lo recibió al fin, se mostró distante y preocupada y se disculpó de un modo mecánico. Bond le preguntó si podía utilizar su autoridad para concertar una entrevista con el general de brigada Adeka. Ella contestó que era imposible. El general tenía una arraigada desconfianza en la prensa y jamás hablaba con los periodistas. Bond jugó la carta de Francia —«La Agence Presse Libre consideraría un gran honor entrevistar al general de brigada en exclusiva»—, pero fue en vano.

—Tal vez podría hablar con Jakobus Breed —sugirió entonces la señora Kross—. Es quien supervisa a los asesores militares extranjeros.

—Ya tuve la oportunidad de conocer al señor Breed —repuso Bond, sin dejar traslucir su desagrado, y luego, con la esperanza de que su declaración favoreciera su causa, añadió—: En Londres entrevisté al hermano del general. Me pidió que le transmitiera un mensaje a su hermano.

—Gabriel Adeka no es amigo de Dahum —dijo Abigail Kross, que dejó de sonreír y ya no volvió a hacerlo—. Su nombre no le abrirá puertas aquí, señor Bond. Y menos aún con su hermano.

Bond se marchó, mientras seguía dando vueltas a su conversación. La señora Kross era una mujer inteligente e íntegra, sin duda, pero su intransigencia absoluta le parecía casi irracional. ¿Por qué Adeka no quería hablar con la prensa extranjera? La propaganda era un arma muy eficaz si se utilizaba de forma adecuada. Allí ocurría algo extraño.

Quizá le conviniera recurrir a Hulbert Linck; tal vez él pudiera hacer un poco de presión.

De regreso en el Centro de Prensa, Bond envió un télex a la falsa dirección de la Agence Presse Libre que le habían dado y que iría directamente al Transworld Consortium de Regent's Park. Escribió un texto anodino sobre el valeroso y pequeño Dahum que desafiaba a unas fuerzas muy superiores y resistía con arrojo, consciente de que M leería entre líneas que se encontraba «en el país». Añadió una posdata para comunicar que estaba haciendo todo lo posible para entrevistar al general de brigada Adeka, pero que ciertas «dificultades operativas» indicaban que había pocas probabilidades de conseguirlo. Mencionaba asimismo que el gerente de Exportaciones de Aceite de Palma y Servicios de Agricultura Ogilvy-Grant no se

encontraba bien. Al menos ahora investigarían qué le había sucedido a Blessing.

Pasó otra velada bebiendo con Dupree, Haas y Breadalbane, y supo por Haas que, por cien dólares, cualquiera podía reservar un asiento en los vuelos vacíos del Super Constellation hacia el exterior. El puerto de Port Dunbar se hallaba completamente bloqueado, y el único modo de salir del país era por aire... o por tierra, si uno estaba dispuesto a arriesgar el cuello bajo los vigilantes ojos de los MiG.

De muy mal humor, Bond subió a acostarse, preguntándose si tendría que pagar sus cien dólares, abandonar Dahum y reconocer que había fracasado. Iba en contra de su naturaleza, pero no veía ningún modo de acercarse a Adeka, como no fuera irrumpir en su cuartel general. Y tenía el horrible presentimiento de que aquella guerra estancada podía dejarlo atrapado en Dahum durante semanas o meses, como a Digby Breadalbane.

Se despertó antes del amanecer por unos golpes imperiosos en la puerta. Era Domingo, en un estado de completa excitación.

—Tenemos una exclusiva, señor Bond. Ha habido una pequeña batalla y hemos derrotado al enemigo. Pensé que le gustaría verlo.

Bond se vistió a toda prisa, y Domingo lo condujo fuera de Port Dunbar, hacia el norte, por carreteras cada vez más secundarias. Mientras avanzaban dando tumbos en aquella luz difusa y perlada, Bond se preguntó si aquello no sería más que una simple maniobra de propaganda, algo preparado para él, el periodista crédulo recién llegado, que informaría debidamente de ello como una proeza militar de Dahum. Su mal humor persistía y no esperaba gran cosa.

Al cabo de una hora de viaje salieron de la carretera adoquinada y se internaron en una zona de manglares y sinuosos riachuelos. El camino por el que iban estaba construido por encima de los cursos de agua, en una especie de terraplén asegurado con piedras. Empezaron a cruzarse con jubilosas tropas dahumeñas que volvían del frente, y en el cielo de la mañana vieron una columna de humo que se alzaba sobre la copa de los árboles.

La aldea a la que llegaron había sido arrasada por el fuego unas semanas antes. Las chozas de barro destrozadas, las vigas de los techos carbonizadas y los árboles desprovistos de hojas indicaban un ataque con napalm. Bond y Domingo bajaron del Peugeot y se abrieron paso por entre una aglomeración de entusiastas soldados dahumeños, en dirección al gigantesco árbol de sombra del centro del poblado. Allí encontraron a Breed y media docena de otros mercenarios blancos, de pie en torno a los cadáveres de ocho soldados zanzarinos dispuestos en fila. Algo más lejos, en otra entrada de la aldea, había un vehículo blindado para el transporte de tropas, volcado y aún humeante, con un gran orificio en un costado. Tal vez, se dijo Bond, derribado con uno de los bazucas o los cañones antitanques descargados del Super Constellation la noche anterior.

Breed se volvió para recibirlo, mientras se secaba una lágrima. Llevaba una camiseta gris con la palabra «halo» impresa en el pecho, y el abollado quepis ladeado

y echado hacia atrás. Como de costumbre, exhibía su humor veleidoso y complejo, a la vez jovial, excitado y siniestro.

—Sabíamos que venían, así que los esperamos aquí en la aldea —explicó Breed—. Bang, bang, pillamos a estos tíos, y los otros salieron huyendo. Vamos a obligarlos a volver a Sinsikrou.

Gritó unas órdenes, y unos soldados treparon al árbol de sombra con unas cuerdas que sujetaron a las ramas y luego dejaron caer. Breed se hizo llevar entonces un saco pesado y tintineante, de donde extrajo lo que parecían enormes anzuelos de quince centímetros de largo con un gran gancho. Ató los garfios a las cuerdas que colgaban y, para sorpresa y desagrado de Bond, clavó la aguzada punta bajo la barbilla de los soldados muertos, como un estibador que hundiera un garfio en un fardo. Tironeó con fuerza del gancho para verificar si había quedado bien sujeto bajo la mandíbula.

—¡Subidlos, muchachos! —gritó.

Los hombres trepados en el árbol halaron las cuerdas e izaron los cadáveres sujetos por la barbilla. Como trofeos de pesca, agujas o atunes exhibidos en un muelle tras una provechosa expedición, pensó Bond.

—¡Basta! —ordenó Breed cuando los cuerpos quedaron a un metro y medio del suelo—. ¡Aseguradlos ahí!

Ataron las cuerdas a las ramas, mientras los cadáveres se balanceaban suavemente. Bond había visto antes hombres linchados, pero éstos tenían un aspecto muy diferente, pues el garfio, la mandíbula inferior forzada hacia adelante y el cuello estirado de forma desmesurada por el peso de todo el cuerpo los deshumanizaban de una forma extraña. Viéndolos allí suspendidos, se dijo que semejaban macabras reses en el frigorífico de un carnicero, los brazos y piernas colgantes aún más repugnantes a causa del ángulo forzado de la cabeza y el enorme garfio que les atravesaba la mandíbula.

Breed los contemplaba con una espeluznante sonrisa satisfecha en el rostro.

—Una buena redada —comentó—. Cuantos más mejor. Uno no basta, se necesita un grupo. Una vez colgué a más de treinta. Te digo que...

—¿Por qué lo haces? —lo interrumpió Bond.

—Porque los otros se aterran cuando lo ven —dijo alegremente Breed, quien bajó la voz para añadir—: Los dejo por toda la selva, colgados de los árboles. Los zanzarinos se cagan de miedo: es un amuleto maligno.

—¿Dónde aprendiste este truco? —inquirió Bond, ocultando su repugnancia.

—En Matabelelandia, en el 66 —repuso Breed—. Solía colgar así a los terroristas del Ejército Revolucionario de Zimbabwe que capturábamos —explicó, y añadió con una sonrisa—: ¿Cómo es que decís en francés? *Pour décourager les autres*.

Bond se apartó de los cadáveres colgados, que le daban náuseas, y fue a reunirse con Domingo, que parecía tan asqueado como él.

—¿Hace siempre esto? —le preguntó Bond.

—Sí. Le encanta hacerlo.

—Me desagrada profundamente —dijo Bond—. Es repugnante.

—Pienso lo mismo que usted, señor —repuso Domingo—. No son más que soldados como los nuestros.

Bond observó a Breed, que iba de un lado a otro dando órdenes a las tropas dahumeñas y haciéndolas formar en una columna irregular. Eran unos doscientos hombres, rebosantes de entusiasmo y energía por la victoria conseguida. Iban equipados con las más diversas armas —AK-47, fusiles semiautomáticos y fusiles Lee-Enfield de la Segunda Guerra Mundial— y todos llevaban un machete a la cintura, dentro de una vaina de cuero o sujeto al cinturón. Bond advirtió que, a pesar de los variopintos uniformes, todos lucían la bandera de Dahum —roja, blanca y negra— cosida en el hombro derecho.

—¡Llamadlo! —gritó Breed.

Y de detrás de una choza destruida apareció un hechicero. No había otra palabra que pudiera describirlo, pensó Bond. Tenía la cara pintada de blanco con círculos de un verde brillante en torno a los ojos, y se adornaba el cuello y las muñecas con una enorme cantidad de conchas y cuentas que producían un sordo repiqueteo mientras avanzaba arrastrando los pies en una suerte de danza. Llevaba el pecho desnudo y una gruesa falda de hierbas secas que le llegaba hasta los tobillos, y enarbolaba una calabaza y un largo matamoscas de crines de caballo. Recorrió arriba y abajo la columna de hombres —que permanecían inmóviles y embelesados— y, mientras lo hacía, bebía de la calabaza y les rociaba la cara con el líquido que escupía en forma de lluvia entre los dientes, a la vez que les fustigaba el pecho y la ingle con el matamoscas y entonaba una monótona y grave salmodia. Cuando hubo rociado y tocado a todos, lanzó un chillido agudo, tres veces, retrocedió unos pasos, hizo un extraño signo de bendición en dirección a la columna entera y volvió a desaparecer detrás de la choza.

—Llévatelos, Dawie —le ordenó Breed a uno de los mercenarios blancos.

Los soldados giraron sobre los talones y, echándose a cantar, abandonaron al trote la aldea y fueron en persecución de los supervivientes zanzarinos que habían salido huyendo carretera arriba con la esperanza de ponerse a salvo.

Breed los animó a gritos.

—Me encanta esto —le dijo a Bond, sacando un paquete de Boomslang y ofreciéndole un cigarrillo.

Ambos encendieron uno.

—Vaya espectáculo, ¿no? —comentó Breed—. Este sacerdote fetichista vale por mil hombres. No lucharían sin su bendición.

—¿Qué significaba todo ese disparate? —inquirió Bond.

—Los hace inmortales, ¿comprendes? Si mueren hoy, volverán como espíritus y seguirán luchando. No podemos verlos, pero luchan a nuestro lado. Ahora esos chicos no tienen miedo —añadió con una risita—. Incluso desean morir... para convertirse en «guerreros fantasma». Asombroso —comentó, quitándose una lágrima con el dedo

—. Si atrapan a esos zanzarinos no contarán el cuento, te lo aseguro.

Se apartó de Bond y anunció:

—Es hora de marcharnos. Sólo quería que vieras esto. Un buen artículo para tu periódico, ¿no?

Bond se alegraba de abandonar la aldea y su árbol de sombra con los cadáveres colgados.

—Vamos a retirarnos —dijo Breed—. Minaremos los terraplenes. Nos están atacando por toda la zona, pero por aquí no podrán pasar.

Se dirigieron hacia el Peugeot.

—Quisiera hablar con Adeka —dijo Bond—. ¿Podrías ayudarme?

—Debes de estar bromeando. Ni siquiera yo puedo verlo.

—¿Y cómo os comunicáis?

—Por lo general, recibo órdenes escritas. Refuerza aquí. Destruye aquel puente. Lleva más hombres allí. Rechaza ese ataque. Replégate y reagrupa las fuerzas. Ese Adeka parece ver todo el panorama. Es extraordinario, tío. Y se ocupa de distribuir todo el material de guerra que llega en los vuelos a Janjaville. Él decide qué recibe cada uno. Parece saber bien lo que se hace... para ser un general de brigada negro.

Le sonrió a Bond y sugirió:

—¿Te apetece un trago?

Sin esperar su respuesta, lo condujo hasta un jeep del ejército de Estados Unidos con techo de lona y una alta antena flexible. En la parte de atrás había un equipo de radio impresionante con múltiples diales y, sentado al lado, un joven con un enorme casco de hojalata, escuchando las transmisiones. Breed hurgó en una mochila y extrajo una botella de aguardiente. Revolvió un poco más hasta que dio con dos copitas de licor empañadas. Las puso en el capó del jeep y las llenó. Bond no sentía ganas de beber con Breed, pero tal vez necesitaba algo fuerte después de lo que había presenciado en la aldea.

—*Proost* —dijo Breed, y ambos bebieron de un trago el aguardiente.

Bond sintió un ardor en la garganta. Vaya si era fuerte. Breed volvió a llenar las copas.

—Así que Matabelelandia en 1966... —dijo Bond—. ¿En los Rifles Africanos de Rodesia?

—No, en la Infantería Ligera de Rodesia. La famosa RLI —Breed señaló las dos cicatrices de su mejilla—. Este disparo en la cara me lo hizo un terrorista del Ejército para la Liberación de Zimbabwe. Creyó que me había matado. Estuve seis meses en un hospital de Salisbury, y al final me dieron de baja del ejército por invalidez. Por suerte para mí apareció Hulbert Linck para reclutar gente. Cinco mil dólares por mes en cualquier banco que uno escogiera. Difícil de rechazar. Así que me alisté en las fuerzas de Dahum junto con varios compañeros de la RLI. Pero estos chicos de la infantería de Dahum son un buen equipo. Cuando el hechicero les infunde ánimos, luchan hasta la muerte.

Sonrió y añadió:

—Por eso estamos ganando a pesar de todo. Tenemos más cojones que los zanzarinos.

Bond no dijo nada, y Breed llenó otra vez las copas.

—¿Sabes? —dijo éste—. Hay una pequeña discoteca en la ciudad: atmósfera agradable, buena música, alcohol europeo, chicas muy complacientes. Les agradan los blancos que luchan por su país. ¿Qué te parece si vamos esta noche?

Bond no quería salir de juerga con Kobus Breed. Ni loco.

—La verdad, no creo que pueda. Tengo que enviar el artículo.

Breed dio unos golpecitos en la bandera de Dahum de la chaqueta de Bond.

—Podrías pasar por uno de nosotros.

Se oyó un zumbido de estática en la radio del jeep, y Breed se volvió para ver qué ocurría. El operador escuchaba con atención, asintiendo.

—Es para usted, jefe.

Breed se acercó y se colocó los auriculares. A medida que escuchaba se iba poniendo cada vez más serio.

—Sí, de acuerdo. Recibido.

Se quitó los auriculares y se secó el ojo malo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bond.

—Un maldito embrollo. Todo esto que hicimos aquí fue una maniobra de distracción. Hay otra columna del ejército de Zanzarim avanzando hacia el aeropuerto. El aviso vino de Adeka —dijo, señalando la radio.

—¿Era él?

—No. Pero la orden la transmitió él. Tengo que irme, tío. Esto es grave.

—¿Te importa si voy contigo? —preguntó Bond, dejándose llevar por un impulso.

Breed lo miró con algo de recelo. Cuando habló, lo hizo con un tono cargado de escepticismo.

—¿Alguna vez has estado en combate? —inquirió.

Bond sonrió con aire cansado.

—¿Alguna vez has oído hablar de la Segunda Guerra Mundial?

14. La batalla de la calzada de Kololo

Bond estaba con Breed en lo alto de un risco, observando a lo lejos con unos prismáticos. Tras orientarse un poco y echar un par de ojeadas al mapa de Breed, comprendió claramente la situación.

El pueblo de Kololo, el principal puesto fortificado que defendía el acceso este a Janjville, había caído. Algunas chozas ardían, probablemente tras un ataque aéreo de los MiG, y las tropas que habían estado apostadas en la aldea la habían abandonado y se habían retirado al otro lado de la calzada de doscientos metros que discurría por encima de una extensa área pantanosa; se habían reagrupado allí y habían levantado una barricada en la carretera con leños y bidones de aceite, preparados para repeler cualquier avance por la calzada procedente del pueblo.

Bond alcanzó a ver que toda la aldea estaba ocupada por fuerzas de Zanzarim, e incluso distinguió un carro blindado Saracen con una torreta superior, detenido al resguardo del techo de una cabaña de barro cercana a la calle que conducía a la calzada. Sospechó que aguardaban la llegada de los MiG antes de continuar avanzando, y recordó los comentarios de Blessing sobre su falta de celo militar.

—Bueno —dijo—, al menos sólo pueden atacar desde una única dirección. Pero esa barricada durará veinte segundos frente a aquel Saracen.

Se volvió hacia Breed y añadió:

—No tenéis suficientes hombres.

Breed le había explicado el problema. El ochenta por ciento del ejército de Dahum se ocupaba de defender la carretera nacional que conducía a Port Dunbar, para impedir el avance de las fuerzas zanzarinas. Allí era donde se encontraban apostados los tanques y la artillería. Era una situación de estancamiento que podía prolongarse indefinidamente, mientras ambos bandos esperaban que el otro se retirara. Por lo tanto, a esas alturas de la guerra la mayor parte de las acciones consistían en escaramuzas que tenían lugar cuando pequeñas unidades de las fuerzas zanzarinas exploraban otras rutas para acceder al corazón de la zona rebelde. Breed y sus brigadas móviles estaban bien capacitados para enfrentarse a cualquiera de esas ofensivas secundarias y repelerlas: sus soldados tenían un espíritu más agresivo y contaban con el sacerdote fetichista y su amuleto, mientras que a los soldados zanzarinos sólo conseguían persuadirlos para entrar en acción con la promesa de cerveza y tabaco a discreción. Aquella mañana Bond había visto las consecuencias con sus propios ojos. El territorio interior de Dahum había quedado tan reducido que

era fácil disponer de tropas suficientes para desplazarlas de aquí para allá a fin de detener cualquier intento de incursión. Salvo que ese día los habían sorprendido: los mercenarios de Breed y dos compañías fuertemente armadas habían salido en persecución de los zanzarinos que huían a través del bosque. Y, entre tanto, Kololo había caído.

Breed cogió los prismáticos de manos de Bond.

—Supongo que podríamos intentar hacer volar la calzada —dijo sin mucha convicción, al tiempo que observaba el pantano.

—No, eso no. Tenéis que reconquistar Kololo.

—¡Ah, gran idea! ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? Eso está chupado, tío.

—Tenéis que volver al otro lado de la calzada. Atrincheraros otra vez en el pueblo —dijo Bond, que señaló a las tropas agazapadas tras la barricada—. Míralos. Cuando lleguen los MiG os machacarán.

Breed clavó en él una mirada llena de resentimiento.

—Entonces ¿qué es lo que sugieres, general?

—No es mi guerra —repuso Bond encogiéndose de hombros—. Sois vosotros los que recibiréis el cheque con la gran paga. Pero os veréis en serios problemas si dejáis que los zanzarinos se establezcan en este lado de la calzada.

Breed lanzó una maldición y escupió en el suelo. Su preocupación era evidente.

—¿Tenéis una segunda línea que podáis defender, más atrás en la carretera? —inquirió Bond—. ¿Un riachuelo, un puente?

—No. Pero supongo que podríamos derribar unos cuantos árboles.

—Pues entonces es mejor que saquéis ahora mismo las hachas —aconsejó Bond, que se apoderó de nuevo de los prismáticos y estudió otra vez el panorama que tenía delante.

No había ningún camino que bordeara el pantano que atravesaba la calzada. En el lado donde se hallaban apostados los dahumeños vio una profunda hondonada artificial, probablemente cavada para prevenir inundaciones. Empezó a concebir una idea. Tal vez fuera capaz de sacar una ventaja de todo aquello. Podía ser la oportunidad que estaba esperando.

—Tengo una idea —le dijo a Breed—, pero necesito saber con qué potencia de fuego contamos.

Descendieron del risco y se dirigieron a las improvisadas posiciones que ocupaban los soldados que habían huido de Kololo. Bond advirtió al instante que toda resistencia sería puramente simbólica. El carro blindado solo bastaría para barrerlos, y las tropas que vinieran detrás se fregarían las manos.

Bond estudió las posibilidades. Había dos morteros de 4,1 pulgadas con un par de cajas de granadas y una ametralladora pesada calibre 50. Entonces reparó en una docena de cubos con unas extrañas tapas abolladas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nuestras penosas minas terrestres de confección casera —contestó Breed con

gesto despectivo—. Las llaman «la respuesta de Adeka».

—¿Y funcionan?

—Estallan con un ruido infernal. La percusión es enorme: te revienta los tímpanos, te hace sangrar la nariz y puede volcar un vehículo pequeño. El Saracen las aplastará como si nada —explicó con una mueca de desdén—. Se necesita una buena carga de cordita. Les dije que rellenaran el resto con clavos y pernos, para incrementar el daño, pero nadie me hizo caso.

—Creo que pueden servir a la perfección —dijo Bond, meditando, recordando.

—Entonces ¿qué hacemos, tío listo? —preguntó Breed con tono burlón.

Bond percibía su creciente preocupación. Cualquier acción que amenazara a Janjville significaba el fin de la guerra.

—Vamos, genio —insistió—. ¿Qué hacemos?

—Te lo diré, pero con una condición —replicó Bond.

—No acepto condiciones —contestó Breed.

—Muy bien. Entonces, buena suerte para ti y tus hombres.

Bond dio media vuelta y empezó a alejarse.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Con qué condición?

Bond se detuvo y Breed se acercó.

—Si te muestro cómo recuperar Kololo, tienes que conseguirme una entrevista con Adeka —dijo Bond.

Breed lo observó, y Bond casi fue capaz de oír cómo le trabajaba la mente.

—¿Puedes conseguir que recuperemos el pueblo? ¿Lo garantizas? —inquirió al cabo.

—En la guerra no se puede garantizar nada. Pero creo que funcionará.

Breed bajó la vista al suelo y pateó una piedra. Era evidente que se resistía a pedir ayuda, como si eso significara una falta de experiencia militar por su parte, alguna debilidad fundamental. Volvió a escupir.

—Si consigues que recuperemos este pueblo, Adeka te propondrá matrimonio.

—No es necesario llegar tan lejos —repuso Bond—. Bastará con un encuentro cara a cara.

—No hay problema. Te lo prometo. Si consigues que recuperemos el otro lado de la calzada serás un héroe nacional. Pero si fracasas...

Dejó la frase en suspenso.

Bond ocultó la satisfacción que le producía esta promesa.

—No fracasaremos si hacéis exactamente lo que digo —aseguró.

—¿Por dónde empezamos?

—Por retirarnos —dijo Bond—. Llevados por el pánico. Como dicen los franceses, *reculer pour mieux sauter*. Dar un paso atrás para saltar más alto, ¿entiendes?

Breed lo miró con aire sombrío.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, tío.

—¿Tienes una idea mejor? —inquirió Bond con afabilidad.

—No, no. Lo dejo en tus manos, Bond. Es tu jugada.

Bond se las ingenió para no sonreír y comenzó a dar instrucciones a los suboficiales. Envío equipos de hombres a enterrar los cubos-minas en la zanja de irrigación. Luego colocó los morteros y los apuntó con precisión, tomándose su tiempo para calcular las distancias lo mejor que podía y calibrar las miras con minuciosidad.

—No los toquéis —indicó a los encargados de los morteros—. Aun cuando disparéis y os parezca que están mal apuntados, seguid disparando, ¿entendido?

Luego hizo que llevaran la ametralladora pesada a lo alto del risco y la instaló allí, donde tenía un campo de tiro sobre toda la calzada. Le dio precisas instrucciones a Breed y volvió a observar la aldea con los prismáticos. Las tropas se habían reunido. El Saracen se había apartado de la protección de la cabaña para ponerse cerca de la entrada a la calzada. Era obvio que no iban a esperar la ayuda de un ataque aéreo.

—Dejaremos que el Saracen cruce —dijo Bond—. Se lanzará como un endemoniado. Haz que algunos hombres lo inciten a avanzar más por el camino. Luego, cuando nos «retiremos», nos reagruparemos entre los árboles, listos para cruzar la calzada a la carrera cuando dé la orden.

—Pareces muy confiado —comentó Breed.

—Bueno, funcionó la última vez que lo intenté.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1945 —repuso Bond—. El principio es que, en una batalla, la confusión puede ser tan importante como un regimiento extra.

—¿Quién dijo eso? ¿El puto duque de Wellington?

—En realidad, fui yo —contestó Bond con una sonrisa humilde—. Bueno, así es exactamente como espero que suceda todo.

Al mediodía, el ruido del motor del Saracen y de sus maniobras llegó al otro lado del pantano, hasta las posiciones dahumeñas. El aire estaba húmedo y caluroso. Bond se encontraba de pie junto a la rudimentaria barricada y se lanzó al suelo cuando llegó la primera descarga de proyectiles. El Saracen avanzó rugiendo por la calzada, con sus ametralladoras Browning 30 escupiendo fuego mientras la torreta giraba de izquierda a derecha, y tras él apareció una nutrida columna de tropas.

—¡Ahora! —gritó Bond—. ¡A correr!

Los defensores dahumeños lo obedecieron al pie de la letra. Con una exhibición de histrionismo, se pusieron de pie, agitaron los brazos y abandonaron sus puestos con presteza, para luego alejarse por la calzada a todo correr, en busca de la protección de los árboles. Y dejaron la barricada sin vigilancia ni defensa.

Bond se precipitó a reunirse con el equipo de los morteros. Breed estaba en lo alto

del risco, detrás de la ametralladora. Con los prismáticos, Bond vio que el carro blindado aceleraba y derribaba la barrera de leños y bidones de aceite, mientras barría la linde del bosque con la ametralladora. Detrás avanzaban las tropas zanzarinas, corriendo por la calzada. Parecía una victoria fácil.

—Ya vienen, señor —dijo el soldado que se encargaba del primer mortero.

—Esperad —dijo Bond.

Quería que hubiera más hombres en la calzada antes de dar comienzo a la represalia.

—¡Ahora, fuego! —ordenó, e hizo un gesto a Breed.

Se oyó una explosión sorda cuando la granada del primer mortero se alzó en el aire. Una fracción de segundo más tarde la siguió la otra. Las granadas explotaron algo más atrás de la columna de zanzarinos.

—Seguid disparando —dijo Bond a los desconcertados responsables de los morteros—. No os detengáis.

Salió corriendo y subió agachado por entre la maleza hasta donde se encontraba Breed disparando con la ametralladora. Desde allí comprobó que su aliada «confusión» ya estaba echando una mano en el combate. Las tropas que avanzaban habían disminuido la velocidad, desorientadas por esa cortina de fuego de explosiones inofensivas en la retaguardia. Siguiendo las instrucciones de Bond, Breed también disparaba detrás de la columna de soldados, barriendo la calzada con sus proyectiles de grueso calibre, que arrancaban grandes terrones de tierra y polvo del suelo. Explotaron más granadas, mientras los morteros mantenían el ángulo de tiro.

—Muy bien. Ahora apunta al final de la fila.

Breed giró la ametralladora y disparó más cerca de la columna de soldados de Zanzarim en movimiento. Uno o dos cayeron muertos. Otros se lanzaron al pantano. Las tropas abandonaron la calzada en desbandada, desesperadas por encontrar algún sitio donde protegerse de ese desconcertante ataque por la retaguardia.

Y allí estaba, tentadora, la zanja de irrigación. El lugar perfecto para cubrirse la cabeza. Los hombres empezaron a arrojarse en masa en ella, buscando la seguridad que proporcionaba su profundidad.

Más adelante en el camino se oían disparos y explosiones, mientras el Saracen era atraído hacia allí. La hondonada estaba atiborrada de hombres encogidos de miedo, mientras Breed seguía disparando y regando de proyectiles el borde de la zanja. «Ahora —se dijo Bond— todo lo que necesitamos es la respuesta de Adeka».

Explotó el primer cubo-mina, y Bond percibió la onda expansiva desde lo alto del risco. La detonación puso en marcha una reacción en cadena, y los restantes cubos explotaron a lo largo de la zanja como si fueran una batería de petardos.

—Breed, ordena a tus hombres que crucen al otro lado de la calzada y regresen al pueblo.

Bond no quería pensar en lo que había ocurrido en la zanja. Alcanzaba a oír los gritos de los heridos, y una gran cortina de humo ondulante y polvo tapaba la vista.

A una señal de Breed —una bengala verde—, los dahumeños refugiados en el bosque corrieron por la calzada en dirección a Kololo. Hubo algunos disparos aislados mientras avanzaban, pero el desastre sufrido al otro lado de la calzada tenía que haber sido bien visible para las tropas que pudieran quedar detrás.

Breed estaba de pie, observando con los prismáticos.

—Sí, están huyendo —dijo—. Como era de esperar. Una panda de niñas.

Bond miró hacia la hondonada cuando el humo empezó a disiparse. Los soldados, conmocionados y heridos, salían de ella tambaleándose y arrastrándose, para verse rodeados por los hombres de Breed.

—No los matéis —dijo Bond—. Un buen grupo de prisioneros puede llegar a ser una moneda de cambio muy útil.

—Como usted diga, señor Bond —contestó Breed con una risita, enjugándose el ojo con el puño.

Y luego lo miró con lo que a Bond le pareció que podía ser un asomo de respeto. Un tanto para la Agence Presse Libre.

—Acuérdate de mi condición —le dijo Bond—. Recuerda tu promesa. Te hice recuperar Kololo, y tú me llevas con Adeka.

15. La Estrella Dorada

Bond estaba sentado en el bar del Centro de Prensa, bebiendo su segundo whisky con soda mientras rememoraba toda la batalla que había dirigido y ganado. Habían capturado ciento ochenta y dos prisioneros, y las tropas de Dahum habían recuperado Kololo, donde ahora estaban atrincheradas y seguras en sus búnkeres fortificados. Un Breed exultante le había prometido que vería cara a cara a Adeka antes de pasadas veinticuatro horas. Si aquél era el resultado, había valido la pena un momentáneo retroceso en el avance de las fuerzas de Zanzarim. Por fin tenía grandes posibilidades de conseguir el objetivo principal. *Reculer pour mieux sauter*, de hecho.

A fuer de sincero, debía reconocer que no había pensado mucho en lo que estaba haciendo una vez que fue evidente la urgencia de la situación y que se sintió cautivado por la simplicidad y claridad de su plan. Lo único que le preocupaba en aquel momento era cuál sería el mejor modo de llevarlo a la práctica. Y había sido increíblemente excitante: la gratificación de ver su concepción mental ratificada por completo en un enfrentamiento bélico reducido pero clásico entre unidades de infantería, un enfrentamiento en que se había pasado de la posición de defensa a la de ataque y, por último, a la victoria. La batalla de la calzada de Kololo podría enseñarse con gran provecho en las academias militares, pensó con un leve y justificado orgullo.

Digby Breadalbane entró en el bar con aire tímido y, al ver a Bond, se dirigió hacia él con grandes zancadas y tomó asiento... con la esperanza de conseguir una copa gratis.

—¿Qué tal tu día, James? —inquirió.

—Más interesante de lo que esperaba, Digby —contestó Bond con circunspección, y lo invitó a una cerveza.

Breadalbane parecía más alegre que de costumbre mientras bebía su cerveza, y no soltó su habitual letanía de quejas y protestas.

—¿Cuánto crees que durará esta guerra? —preguntó.

—¿Quién sabe? —replicó Bond, encogiéndose de hombros.

—Quiero decir que no acabará la semana que viene.

—Nadie puede decirlo.

—Es que he decidido quedarme, pase lo que pase, y ver todo hasta el final. Supongo que tú y los otros os marcharéis en un Constellation cuando el final sea inminente. No puedo pagarme el pasaje, así que pensé que, si era testigo de la caída

de Port Dunbar, podría tener una exclusiva. Ya sabes, el único testigo ocular.

—Te ganarías una gran reputación, Digby —dijo Bond con sinceridad—. Eso te haría famoso.

—Supongo que sí, ¿no? —repuso Breadalbane, complacido con la idea.

—Y si acabaras con una herida, aunque fuera superficial, todavía mejor.

Bond vio a Domingo que se asomaba por la puerta y lo llamaba con un gesto. Se puso de pie y dejó unos billetes en la mesa.

—Apuesto a que también conseguirías un puesto remunerado —dijo—. Consigue otro para mí.

Dejó a Breadalbane soñando con su gloria como periodista y atravesó la estancia para reunirse con Domingo.

—Venga conmigo, señor —le indicó Domingo—. Tenemos que marcharnos enseguida.

—¿Adónde vamos?

—No puedo decírselo.

Domingo condujo a Bond fuera de Port Dunbar y se dirigió hacia el sur, al puerto. Al fin giraron para entrar en un recinto rodeado por altos muros, donde había tres casas individuales conectadas por pasarelas cubiertas. Mientras aparcaban, Bond advirtió que Domingo parecía atemorizado y extrañamente aprensivo.

—Lo espero aquí, señor Bond.

Bond bajó del coche y, al llegar a la puerta del edificio principal, vio que lo esperaba un joven de gafas con chaqueta blanca.

—¿Señor Bond? Soy el doctor Masind. Por favor, sígame.

Por el acento parecía indio o paquistaní, pensó Bond mientras seguía obedientemente al doctor a través de la casa —que por lo visto habían convertido en una especie de clínica: limpia, muy iluminada, con enfermeras apresurándose de un lado a otro— y luego fuera, por una pasarela que conducía a otra casa y que vigilaban dos soldados armados. Bond advirtió que en lo alto había una alta torre de radio.

Subieron por una escalera, y el doctor le pidió que esperara en un pasillo. Al cabo de unos cinco minutos salió un oficial joven, un coronel, que se presentó. Era delgado, con aspecto pulcro y elegante, y llevaba un traje de faena verde impecablemente planchado. Lucía un fino bigotito de galán.

—Soy el coronel Denga —dijo, con un levísimo acento extranjero—. Quiero agradecerle lo que hizo hoy por nosotros.

—Fue una inspiración del momento —repuso Bond—. Como sabe, no soy más que un periodista de la Agence Presse Libre, pero la situación exigía una acción drástica.

Era consciente de que esa modestia podía ser contraproducente y no se le escapaba que Denga lo observaba con perspicacia.

—No cualquier periodista puede planear y dirigir una batalla llevado por la inspiración del momento...

Bond sonrió.

—No he dicho que careciera de experiencia. Soy mayor que usted, coronel. Serví en las tropas de choque británicas durante la Segunda Guerra Mundial. Allí se aprende mucho, y rápido.

—Bueno, venga de donde venga su experiencia, le estamos muy agradecidos. Adelante, por favor.

Abrió una puerta, y Bond entró en una habitación oscura donde no había más que una lámpara encendida. Un hombre yacía en una cama de hospital, con un gotero conectado al cuello. Estaba terriblemente delgado y demacrado, con el pelo ralo y gris. Le hizo un gesto a Bond para que se acercara más y habló con voz débil, casi en susurros.

—Señor Bond, soy el general de brigada Solomon Adeka. Quería agradecerle en persona lo que consiguió en la calzada de Kololo.

Bond lo miraba de hito en hito, atónito, asimilando cada detalle. Era obvio que Adeka estaba gravemente enfermo, al borde de la muerte: el rostro macilento y la mirada apagada lo mostraban a las claras. Alguna clase de cáncer agresivo, supuso. Adeka alargó una mano temblorosa y huesuda, y Bond la estrechó brevemente. No hubo respuesta alguna de la mano.

Adeka señaló al coronel Denga, que había entrado en la habitación detrás de Bond, y el coronel se adelantó unos pasos, metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita de cuero.

—Tal vez se ría usted —dijo Adeka—, pero quería que tuviera una prueba más simbólica de nuestra gratitud. La República de Dahum lo saluda.

Bond cogió la caja de manos de Denga y la abrió. Dentro, sobre un fondo acolchado de terciopelo negro, había una estrella dorada de ocho puntas que pendía de una cinta de seda blanca y negra.

—La Estrella Dorada de Dahum, nuestra máxima condecoración militar.

Bond se sentía a la vez asombrado y extrañamente conmovido.

—Bueno..., estoy muy agradecido —dijo con lentitud—. Y me siento muy honrado. Pero no creo que me...

Se interrumpió cuando a Adeka lo acometió un ataque de tos seca, y Bond vio cómo se sacudía el frágil cuerpo con el esfuerzo mientras temblaba bajo las sábanas.

—Tenemos que irnos —dijo Denga en voz queda.

—Adiós, general —saludó Bond.

No quería que sonara como una despedida final, pero sabía que no volvería a verlo... así como sabía que podía dar por cumplida su misión. Se volvió y salió de la habitación.

Guardó silencio mientras Domingo lo conducía de regreso a Port Dunbar. Reconocía para sus adentros que lo entristecía el prematuro fin de la vida de Adeka, y al mismo tiempo sentía un persistente malestar por el hecho de que lo hubieran enviado allí precisamente para conseguir eso, para lograr que fuera un militar «menos

eficiente». Ya no había necesidad de ello.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó Domingo con comedimiento, consciente del humor sombrío de Bond.

—Sí —contestó Bond—. Me han dado una medalla.

—Felicitaciones —exclamó Domingo con alegría—. ¿Quiere que lo lleve a Janjaville? Esta noche hay cinco vuelos. Dos ya han llegado y han partido.

—No, gracias —repuso Bond—. Llévame de vuelta al Centro de Prensa. Después del día que he tenido necesito un buen trago.

Fue derecho al bar y compró una botella de whisky. Se había hecho el propósito de dormir profundamente esa noche, y sabía que el whisky era un excelente soporífero. Tomó asiento y se sirvió una generosa medida de tres dedos de Scotch. En ese momento se abrió la puerta del bar y entró Geoffrey Letham.

16. Un hombre muy rico

Tres días más tarde, los cinco miembros del equipo de prensa extranjera de Port Dunbar fueron invitados al funeral de Estado del general de brigada Solomon Adeka. Los periodistas formaban un grupo poco uniforme e intranquilo que se mantuvo en la parte posterior del pequeño cementerio, polvoriento y plagado de malas hierbas, contiguo a la modesta catedral de Port Dunbar, la iglesia de Saint Jude, mientras una guardia de honor portaba el féretro de Adeka hasta la tumba. A través de un sistema de megafonía lleno de interferencias, el coronel Denga pronunció un discurso mortuario breve pero apasionado en el que destacó las virtudes de Adeka como hombre, patriota y militar, lo calificó de «primer héroe de Dahum» y aseveró con énfasis que la lucha por la libertad proseguiría —lo cual desencadenó vítores y aplausos de la nutrida multitud apiñada al otro lado de los muros del cementerio— y que el pueblo de Dahum debía hallar inspiración, coraje y resistencia en la memoria de este gran hombre.

Un pelotón de fusileros alzó sus armas y descargó una salva de seis tiros hacia el cielo brumoso y azul, mientras bajaban el féretro.

Bond observaba la escena con sentimientos encontrados, cuando de pronto reparó en que Geoffrey Letham se le acercaba con sigilo. Tres noches atrás habían intercambiado un breve saludo, sin estrecharse las manos, y Bond se había apresurado a retirarse a su habitación con su botella de whisky. A partir de entonces se las había ingeniado para evitarlo, haciendo que Domingo lo tuviera todo el día ocupado con visitas oficiales. No obstante, allí no tenía escapatoria. Letham se plantó a su lado y se enjugó la rubicunda cara con un pañuelo azul marino empapado de sudor.

—Oiga, Bond —le susurró al oído—, Breadalbane me ha dicho que vio a Adeka justo antes de que muriera. ¿De qué se trataba?

—De nada importante.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pachucho.

—Muy gracioso. ¿Por qué Adeka quiso verlo? Tenía entendido que se negaba a hablar con la prensa. Vine a Dahum expresamente para entrevistarle. El *Daily Mailts* estaba dispuesto a pagarle generosamente.

—No tengo ni idea —repuso Bond.

—Pues la verdad es que todo esto es muy extraño —dijo Letham con una sonrisa

desagradable—. De hecho, es usted un hombre muy particular, Bond. Un periodista de su edad y de su supuesta experiencia, y nadie parece haber oído hablar nunca de usted. Uno de estos días tendremos que tener una pequeña charla.

—No hablo con la prensa, Letham, ¿no lo sabía?

Bond se alejó con paso tranquilo, preguntándose si las palabras de Letham encerraban alguna amenaza velada. El tipo había llegado en un vuelo de un Super Constellation, después de haberse marchado de Sinsikrou tras su encuentro con Bond y haber viajado a Abiyán, en la Costa de Marfil. Allí le había pagado a Hulbert Linck para que lo llevara a Janjaville, haciéndose pasar por un amigo y defensor del «valeroso y pequeño Dahum». En un principio Bond había estado más irritado que preocupado por la sorprendente aparición de Letham —sabía cómo tratar con esa clase de escoria—, pero lo que lo perturbaba ahora era que nada había cambiado en Dahum con la muerte de Adeka. La noticia se había comunicado en una edición especial con banda negra del *Daily Graphic*, el único periódico de Dahum, pero no había producido el hundimiento de la moral del ejército y la población, tal como se esperaba. La junta militar se había limitado a anunciar que el coronel Denga era ahora el nuevo comandante en jefe de las fuerzas armadas dahumeñas. El rey ha muerto, ¡larga vida al rey!

Bond vio a Kobus Breed hablando con un grupo de compañeros mercenarios. Se acercó y lo llamó, y Breed se volvió hacia él.

—Salve, héroe conquistador —le dijo éste sin sonreír.

Bond pasó por alto su ironía y le preguntó cómo se habían tomado él y sus compañeros la noticia de la muerte de Adeka.

—Bueno, nos sentó como una patada —reconoció Breed, al tiempo que se encogía de hombros—. Pero Denga es más listo que el hambre y aprendió al lado de Adeka. Además —añadió con una gran sonrisa—, ahora tenemos fuerza aérea. Los Malmös están listos para realizar su primera misión. Todo el mundo está de buen ánimo... y, por supuesto, aún nos queda nuestra arma secreta.

—¿Qué arma secreta?

—Tony Msour.

—¿Quién es éste?

—Nuestro hechicero. Nuestro sacerdote fetichista. El que hace inmortales a nuestros muchachos.

—Ah, sí, claro.

Bond volvió andando desde el cementerio al Centro de Prensa, mientras reflexionaba y componía mentalmente un mensaje para telegrafiar a M al Transworld Consortium. Le haría saber que Adeka había muerto —aunque era probable que la noticia ya le hubiera llegado— y le comunicaría que, en realidad, Adeka no era la clave de la supervivencia de Dahum como todos en Londres suponían. Se preguntó qué más podía hacer. Tal vez comprar un pasaje de cien dólares en el próximo Constellation que partiera.

Envió el télex tal como era su deber y recibió una rápida y breve respuesta de la Agence Presse Libre: «Sugerimos que permanezca en Port Dunbar hasta que cesen las hostilidades. ¿Tiene alguna idea de cuándo puede ser eso?».

Bond detectó la mano de M en el laconismo del mensaje. Lo que se leía entre líneas estaba claro: su misión no había acabado.

Dos días más tarde el equipo de prensa extranjera fue invitado a presenciar el primer ataque por parte de la fuerza aérea dahumeña a un puesto clave del ejército de Zanzarim: un puente importante sobre uno de los muchos afluentes del río Zanza. Para gran felicidad de Breadalbane, Bond le permitió viajar con él en el Peugeot de Domingo. Partieron bastante antes del amanecer y, al cabo de dos horas de marcha por carreteras secundarias llenas de baches, justo cuando salía el sol, llegaron a una aldea llamada Lamu-Penu, situada a poco menos de un kilómetro del puente que se proponían atacar. No había aldeanos a la vista, sólo trescientos soldados bien armados y dispuestos en una larga columna, que esperaban al sacerdote fetichista. Hulbert Linck estaba allí en un Land Rover equipado con una radio que lo mantenía en contacto con el aeropuerto de Janjaville. Llegó el hechicero y procedió a «inmortalizar» a las tropas rociándolas con el líquido de su calabaza mágica escupido entre los dientes y azotándolas con su matamoscas de crines de caballo. Bond miró hacia Letham, que intentaba contener su hilaridad; los hombros se le sacudían mientras dejaba escapar suaves resoplidos.

A continuación Linck llamó a los Malmös, y diez minutos más tarde los aviones pasaron volando a baja altura sobre la aldea y, en respuesta a los vítores de júbilo de las tropas que esperaban para seguirlos, ladearon las alas a modo de saludo. Unos segundos más tarde llegó el ruido de sus ametralladoras que disparaban a las defensas del puente y, conducidos por Breed y sus hombres, los soldados se lanzaron al trote hacia la batalla en medio de gritos y aullidos.

Todo acabó en quince minutos y, como estaba previsto, se llamó a los periodistas para que fueran testigos. Era evidente que había vuelto a prevalecer la capacidad de las fuerzas de Zanzarim para emprender una retirada repentina y veloz, pensó Bond. Se paseó por los alrededores, pensativo, observando los insignificantes daños causados —unos sacos de arena quemados, pertrechos desechados, alguna que otra mancha de sangre en el asfalto— y tropezó con un entusiasmado Hulbert Linck.

—¿Ha visto lo que podemos hacer con tres pequeños aeroplanos, Bond? Espere a que llegue el barco.

—¿Qué barco?

—Vamos a burlar el bloqueo a Port Dunbar —contestó Linck, dándose golpecitos en un costado de la nariz—. No se preocupe, que lo mantendré informado.

Bond fue en busca de Breed para ver si éste podía echar más luz sobre este misterioso barco y su cargamento. Lo encontró junto a los cadáveres de tres zanzarinos —las únicas bajas del ataque aéreo—, ocupado en disponer sus cuerdas y sus garfios y en izar los cuerpos enganchados por la mandíbula para colgarlos de los

árboles que flanqueaban la carretera que conducía al puente y el río.

—Linck me ha hablado del barco —comentó Bond.

—¿Ah, sí? —exclamó Breed, extrañado—. Se suponía que tenía que ser un gran secreto. Debe de pensar que eres uno de los nuestros... ahora que has ganado una medalla.

—¿Qué es este asunto del barco?

—Se trata de un carguero enorme. Trae a bordo unos chismes muy especiales que van a cambiar todo.

Se secó una lágrima con el puño y se volvió hacia los hombres que estaban junto a los árboles.

—Alzadlos un poco más alto, muchachos. ¡Hala! Queremos que se vean bien.

En el viaje de vuelta a Port Dunbar, Bond empezó a experimentar una creciente sensación de impotencia.

¿Qué se suponía que tenía que hacer en esa situación, por el amor de Dios? Hulbert Linck era una industria armamentística de un solo hombre que acudía al rescate del sitiado Dahum... ¿Y qué eran esos «chismes muy especiales» que había mencionado Breed? Bond se preguntó si habría alguna manera de que pudiera inmovilizar a Linck, quitarlo de en medio de algún modo. Pero ¿cómo acceder a él? Por añadidura, allí estaba el ejército de Dahum, combatiendo con gran eficiencia bajo las órdenes del coronel Denga...

El sonido estridente de una bocina que sonaba con insistencia detrás de ellos interrumpió sus pensamientos, y Domingo se apresuró a apartar el coche a un costado.

Un reluciente Citroën DS negro los adelantó a toda velocidad, con las cortinas de la parte trasera echadas.

—¿Quién demonios es ése? —preguntó Breadalbane.

—Es Tony Msour —contestó Domingo—. Un hombre muy rico.

Bond recordó dónde había oído antes el nombre: el hechicero de Kobus Breed. Observó el Citroën que se alejaba por la carretera, superando sin esfuerzo los baches gracias a su suspensión hidroneumática. Bonitos coches. En la mente de Bond iba cobrando forma una idea incitante.

17. El Peugeot de cincuenta dólares

Bond le dijo a Breadalbane que necesitaba hablar en privado con Domingo, de modo que el periodista bajó del coche y entró con aire desgarrado en el Centro de Prensa.

—¿He hecho algo mal? —inquirió Domingo, lleno de aprensión.

—No, no... Sólo quería hacerte unas preguntas —dijo Bond, sonriendo para tranquilizarlo—. Por ejemplo, ¿cuánto querías por este coche, en dólares norteamericanos?

Domingo meditó por un momento.

—Veinte dólares. Pero para usted, señor Bond, se lo dejo en quince.

—Me parece bien... aunque te daré cincuenta —dijo Bond, que disfrutó con la expresión de sorpresa y regocijo del rostro de Domingo—. Pero necesito también que me consigas otras cosas. Quiero un sombrero como el que usa Breed, y un cinturón, una pretina con bolsillos. ¡Ah, sí! Y dos litros de agua potable y un cuchillito afilado.

—Delo por hecho, señor.

Bond contó cincuenta dólares y le tendió los billetes.

—Tráeme el coche esta tarde, a las seis y media. Hasta entonces no lo necesitaré.

Alzó un dedo en un gesto admonitorio y añadió:

—No hables de esto con nadie, Domingo. Es nuestro pequeño secreto.

A la hora del almuerzo en el Centro de Prensa, Bond se metió una botella de ketchup en el bolsillo. Más tarde, vació la botella en el váter y la lavó a conciencia. De vuelta en su habitación, abrió el neceser y preparó la mezcla de polvos de talco disueltos en la loción para después del afeitado. Aseguró bien la tapa de rosca y agitó la botella hasta que el líquido se tornó translúcido. Quitó otra vez la tapa y olió el contenido: completamente inodoro.

A las seis, Bond bajó al bar y pidió un whisky con soda mientras esperaba a que llegara Domingo. Dupree y Haas estaban en un rincón, jugando al ajedrez, pero no había señales de Breadalbane. Bond vació su copa y se disponía a esperar fuera a Domingo, cuando Letham entró en la estancia y, al ver a Bond, fue derecho hacia él.

—¿Podemos hablar un minuto, Bond?

—Lo siento, pero estoy ocupado.

—Dijo que antes había trabajado en Australia, para Reuters.

—Así es.

—Qué curioso... Ninguno de mis amigos de Reuters asignados a Australia se acuerda de usted.

—Yo era un tipo solitario. Tengo que irme.

Letham lo tocó en el codo, y pareció que iba a aferrado por el brazo pero que desistía tras pensarlo mejor.

—¿Estuvo en Sídney o en Melbourne?

—No es asunto suyo, Letham, pero la respuesta es «en las dos».

Bond se marchó, molesto consigo mismo por haberse dejado provocar por Letham. No tendría que haberle dicho nada.

Domingo aguardaba aparcado frente a la puerta de entrada, sentado en el capó del Peugeot. Le tendió a Bond las llaves del coche.

—Todavía no, Domingo. Necesito que me lleves a un lugar. ¿Conseguiste todo?

Así era, y, una vez en el coche, Bond se remeti6 el pantal6n dentro de los botines de ante, se abroch6 la pretina alrededor de la guerrera y se encasquet6 el quepis con visera con que solían tocarse la mayoría de los mercenarios.

—¿Qué parezco, Domingo?

—Un soldado, señor.

—Magnífico. ¿Sabes dónde vive Tony Msour?

—Todo el mundo lo sabe. En una casa enorme sobre la carretera a Janjville.

—Muy bien. Llévame allí.

Había oscurecido por completo para cuando llegaron a la casa de Tony Msour, un gran chalé de hormigón con un balcón a lo largo de toda la primera planta, que se alzaba tras un alto muro de ladrillos con una puerta metálica. Bond vio el Citroën DS negro agazapado frente a la entrada de la casa. Domingo aparcó delante de la puerta, y Bond le dijo que a partir de allí se encargaba él. Domingo le dio las llaves y se alejó caminando con paso vivo por la carretera que llevaba a Port Dunbar.

Había un interfono junto a la puerta, y Bond apretó el botón.

—¿Sí? —dijo una voz acompañada de interferencias después de que Bond hubo llamado por segunda vez.

—Kobus Breed —contestó Bond—. Es muy urgente.

Sonó el timbre, y Bond empujó la puerta y entró en el recinto. Se encendió una luz encima de la entrada y una pareja de perros encadenados le ladraron con furia. Se abrió la puerta y apareció Tony Msour con una camiseta de malla y un holgado pantalón malva de algodón. Fumaba un cigarro corto. Bond pensó que era extraño verlo con aspecto civilizado, sin la cara blanca ni los círculos verdes alrededor de los ojos. De hecho era un hombre bien parecido, de rasgos finos y piel muy negra, más bien nilótico o nubio, no fakasa. Tenía dos marcas tribales verticales bajo los ojos. Bond le hizo un leve gesto de saludo.

—¿Dónde está Breed? —inquirió Msour con cierto recelo.

—Me ha enviado en su lugar. Están tratando de reapoderarse del puente de Lamu-Penu.

—Demonios.

—Eso mismo. Breed está reuniendo a los hombres a toda prisa. Lo necesita a usted, enseguida.

Msour meditó un segundo.

—Serán cien dólares.

—Por supuesto. Breed ha dicho que el dinero no es problema. La situación es muy grave.

Msour entró precipitadamente en la casa y salió unos minutos más tarde con una camisa puesta y una gran mochila donde debía de llevar sus cuentas, la falda, la calabaza y el matamoscas, según supuso Bond, y siguió a éste hasta el Peugeot. Msour lanzó la mochila al asiento posterior y se sentó al lado de Bond.

—No me gusta hacer esto de noche, ¿sabes? Por eso os cobro extra.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Bond, que puso el coche en marcha y enfiló a toda velocidad la carretera a Port Dunbar.

Al cabo de cinco minutos pasaron junto a una gran plantación de palmeras de aceite y Bond fue algo más despacio, atento a una salida en la que había reparado con anterioridad. Al verla, abandonó la carretera para tomar un camino de tierra que conducía al interior de la plantación. El único faro del Peugeot de Domingo iluminaba las apretadas filas de palmeras.

—¿Adónde vamos? —preguntó Msour.

—Es un atajo. Tenemos mucha prisa —contestó Bond.

Entonces se salió del camino para introducirse en la plantación y avanzó dando tumbos por entre las hileras de árboles.

—Pero ¡te has vuelto loco, tío! —gritó Msour.

—Mierda. Me he equivocado de camino —dijo Bond—. Lo siento.

Detuvo el coche, puso la marcha atrás, y entonces le descargó un puñetazo en la cara al hechicero. El golpe hizo que la cabeza se le estrellara con tal violencia contra la ventanilla que el vidrio quedó hecho añicos. Msour chilló de dolor, y Bond estiró el brazo por delante de él, abrió la portezuela y lo arrojó del coche de una patada, para luego bajarse de un salto y rodear corriendo el Peugeot. Encontró a Msour a gatas, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer lo que le estaba pasando. Erguido junto a él, Bond le descargó un violento golpe de karate con el dorso de la mano en la nuca expuesta. Msour se desplomó de bruces en la tierra, inconsciente.

Bond abrió el maletero, arrastró hasta allí el cuerpo flácido del hechicero y lo metió dentro. El hombre no emitió sonido alguno cuando Bond lo puso de espaldas y le abrió la boca a la fuerza. Desenroscó la tapa de la botella de ketchup y, tras llenarle la boca con el líquido, lo sentó. Oyó cómo bajaba el fluido con un gorgoteo reflejo y luego repitió la operación. Estaría en coma al menos durante cuarenta y ocho horas, según Quentin Dale de la Q Branch. Tras poner en el maletero la mochila y el

recipiente de plástico con dos litros de agua que Domingo le había dado, Bond cerró la tapa y echó la llave. Sacó entonces del bolsillo la navaja encargada a Domingo y pinchó los cuatro neumáticos. El Peugeot se vino abajo con un zumbido de escape de aire. Con una roca rompió luego el parabrisas y las restantes ventanillas. Por último propinó varias patadas para abollar la carrocería y arrojó sobre el coche unos cuantos puñados de hojas y tierra.

Miró a su alrededor. Estaba en el centro de la plantación, bien lejos de la carretera y del camino de tierra. Era difícil que alguien se topara por casualidad con el Peugeot; y, si alguno lo hacía, no había nada que incitara a hurgar dentro, pues el coche parecía un trasto desechado. Además, si Msour recobraba la conciencia al cabo de un día o así, y empezaba a gritar y golpear la tapa del maletero, era muy improbable que lo oyeran. Bond contaba al menos con dos o tres días. Con un poco de suerte, Msour estaría desaparecido incluso un poco más.

Regresó andando al camino de tierra y, volviéndose, comprobó que el Peugeot no se veía desde allí. Continuó la marcha y al cabo de cinco minutos llegó a la carretera de Port Dunbar. Arrojó el sombrero y la pretina a una zanja profunda que discurría junto al camino, sacó las perneras del pantalón fuera de los botines y detuvo el primer taxi que pasó para que lo condujera al Centro de Prensa. Una buena noche de trabajo, pensó, y cincuenta dólares bien empleados. Era hora de beber una copa, comer algo e irse a la cama. Le habría gustado poder manejar a Geoffrey Letham con la misma facilidad. El problema de Letham le preocupaba bastante, y comprendió que también tenía que encontrar una solución para este asunto.

18. Billeto de ida

Bond se mantuvo bastante recluido los dos días siguientes. Permaneció en la habitación y se dedicó a escribir en un código cifrado sencillo todo lo que le había sucedido. (El relato semejava un conjunto de notas para un artículo centrado en la Francia rural: él era una mujer; Blessing, un hombre, y la guerra, una complicada transacción inmobiliaria). Eso no significaría nada para cualquier otro lector, pero para él representaba un importante compendio en el que basarse para elaborar el informe final a M, dado que nada en aquella misión había salido tal como se había planeado.

La primera mañana, Domingo apareció con un viejo Morris Traveller destartado que había adquirido por diez dólares. Partieron para un viaje de todo el día al puerto bloqueado de Port Dunbar, el cual, debido a la abundante acumulación de sedimentos en el delta del río Zanza, se hallaba ahora a unos quince kilómetros al sur de la ciudad. Bond paseó por los muelles y embarcaderos desiertos, donde unas gigantescas grúas herrumbradas se alzaban como centinelas de la gran extensión de agua vacía, y escuchó el rumor de las olas que rompían más allá del puerto. Sabía que, en mar abierto, las dos antiguas fragatas de la Marina Británica que ahora constituían la Marina Zanzarina patrullaban la ensenada de Benín para impedir que burlaran el bloqueo. Y, mar adentro, esperando el momento oportuno, estaba el carguero de Hulbert Linck con los «chismes especiales» que podrían cambiar por completo el curso de la guerra.

De pie en el muelle, con la mirada perdida en el horizonte, Bond se sentía en un extraño lugar de transición, donde todo podía cambiar... o nada cambiaría. Pensó en Tony Msour, inconsciente en el maletero del Peugeot oculto en medio de la plantación de palmeras de aceite. ¿Qué efecto tendría en los acontecimientos su misteriosa desaparición? Había actuado impulsado por una audaz inspiración, y su acción tanto podía no tener consecuencia alguna como alterar todo por completo. La situación pendía de un hilo. Él ya había jugado sus mejores cartas: ahora sólo cabía aguardar.

Mientras un día daba paso al siguiente, empezó a sentir que el tiempo carecía de importancia. Tenía una habitación en el Centro de Prensa, se alimentaba, podía pagarse una copa. En alguna parte al norte de la ciudad, en carreteras y caminos forestales, al otro lado de riachuelos y extensiones pantanosas, junto a puentes derrumbados y calzadas minadas, los soldados zanzarinos se enfrentaban a los

dahumeños, esperando. Esperando a ver qué ocurría a continuación.

La primera señal de un posible cambio llegó a última hora de la tarde, dos días después del rapto de Tony Msour. De improviso sonaron las sirenas antiaéreas, y por primera vez Bond percibió que algo alteraba el orden y disciplina de la población de Port Dunbar. No se trataba de pánico, pero sí de temor y ansiedad, y las calles se llenaron de gente que corría desesperada en busca de un refugio. Le pareció oír el lejano rugido de los motores a reacción, y desde la batería del cuartel central dispararon un misil tierra-aire, sin muchas esperanzas de hacer blanco. Transcurridos veinte minutos sonó el aviso de que todo había pasado. Breadalbane dijo que habían derribado un MiG, pero nadie le creyó.

A la mañana siguiente, Breed fue a verlo al Centro de Prensa, para sorpresa de Bond.

—¿Has reservado tu pasaje de vuelta? —inquirió Breed.

—Todavía no —contestó Bond con cautela—. ¿Por qué lo preguntas?

Breed bajó la voz, como si temiera que alguien pudiera escucharlo.

—Me vendría bien tu experiencia —explicó—. El ejército de Zanzarim se ha concentrado en la carretera nacional. Hemos visto fuerzas blindadas..., tanques Centurion. Y la artillería se ha multiplicado por cuatro. Está por ocurrir algo grande.

—Escucha —dijo Bond—, Kololo fue un caso aislado. Tú eres el valiente soldado a quien le pagan cinco mil dólares por mes para luchar por Dahum, no yo.

—Podríamos planear algo.

—Ya no soy militar —replicó Bond—. Tienes que hacerlo solo.

—Y nuestro maldito sacerdote fetichista ha desaparecido —se lamentó Breed—. ¿Puedes creerlo? Hace tres días fue a recogerlo «un soldado blanco».

—¿Uno de tus hombres?

—Por supuesto que no.

Bond se encogió de hombros.

—¿No puedes conseguir otro hechicero? —sugirió.

—¿Estás bromeando? Es el único en el que los soldados creen.

Aquello fue una señal suficiente para Bond: el equilibrio de fuerzas se había alterado... o se estaba alterando a gran velocidad. Esa noche fue hasta Janjville y le pagó cien dólares a Hulbert Linck por un pasaje en un Super Constellation para la noche siguiente.

Linck lo observó con perspicacia.

—¿Sabe usted algo que nosotros ignoramos, señor Bond?

—Me han ordenado volver —dijo Bond con tono resignado—. Personalmente, me gustaría quedarme. Ver cómo burlan el bloqueo y cómo atraca su barco. Voy a perderme lo mejor.

—Cuanto antes, mejor —aconsejó Linck, que parecía preocupado—. Hay una fuerza enorme de Zanzarim que está avanzando. Esta noche esperamos la llegada de ocho vuelos.

Se volvió para mirar cómo descargaban el Constellation. Cuando un camión retrocedió, los faros iluminaron brevemente el morro del avión. Bond lo escudriñó desde más cerca y quedó pasmado al descubrir, justo debajo de la cabina, un nombre que había visto por última vez en Bayswater Road, en Londres: «Amigos de África».

Echó una ojeada a Linck, pero el rostro del hombre no revelaba nada. ¿Qué estaba ocurriendo allí?, se preguntó. Entonces pensó que quizá se trataba de un avión chárter que había pertenecido a Amigos de África, y que alguien se había olvidado de borrar el logotipo. Pero era otra coincidencia, y en ese lugar, en Dahum, las coincidencias le despertaban una gran desconfianza. ¿Qué conexión podía tener Gabriel Adeka con Linck y sus maniobras para burlar el bloqueo? ¿Sería alguna clase de subterfugio? ¿Estaban usando fondos de Amigos de África, explotando su buen nombre?...

—Bueno, que tengáis mucha suerte —dijo Bond, con la mente aún ocupada por las posibles implicaciones—. Nos vemos mañana por la noche.

Bond durmió mal. En su duermevela, seguía oyendo que llamaban con apremio a su puerta. Convencido de que era Blessing, se levantó dos veces a abrir. Por supuesto, todo era producto de su perturbada imaginación. Al alba lo despertó el ruido de unas explosiones lejanas, y de nuevo sonó la alarma antiaérea. Esta vez un solitario MiG sobrevoló la ciudad a toda velocidad y a baja altura, justo por encima de los techos, quebrando la paz de la mañana. Demasiado bajo y demasiado rápido para que se pudiera disparar un misil tierra-aire.

Otra indicación, pensó Bond, mientras recogía sus pertenencias y tiraba en el váter los restos del preparado que producía el coma. Había almorzado con Breadalbane, quien le contó que Dupree, Haas y Letham habían partido hacia el frente para comprobar si era cierta la información sobre la ofensiva del ejército de Zanzarim.

Bond le dijo que había reservado un pasaje para un vuelo de aquella noche, y advirtió que Breadalbane recibía mal la noticia.

—Pero ¿por qué? —preguntó el periodista, sin poder entender—. Se va a perder todo.

—Creo que es el momento de marcharse —repuso Bond, y se ofreció para prestarle cien dólares si él también quería irse.

—No puedo hacerlo —replicó Breadalbane—. No, no. Tengo que aguantar como sea. Si no, ¿para qué he pasado todos estos meses aquí?

Guardó silencio un momento, pensativo, y luego añadió:

—En realidad, el préstamo me sería muy útil de todas maneras, si dispone de dinero en efectivo.

Dupree y Haas volvieron por la tarde, completamente conmocionados. Había habido un avance enorme por la carretera nacional: tanques Centurion, que cruzaban los ríos por puentes improvisados, habían sorteado las defensas dahumeñas. Y, lo que era más preocupante, reinaba el pánico entre las tropas de Dahum, por lo general tan resueltas, y se habían producido deserciones en masa: de pronto había desaparecido

toda resistencia, toda moral.

—Ya no hay hechicero —dijo Haas—. Breed se está volviendo loco. Disparó a tres de sus hombres por desertar. Incluso los mercenarios están hablando de marcharse.

A última hora de la tarde, las detonaciones de los obuses de la artillería eran audibles en el centro de Port Dunbar, y a corta distancia hacia el norte se alzaban densas columnas de humo negro. Las calles de la ciudad se vaciaron como si se hubiera dado una orden silenciosa. Domingo condujo a Bond al aeropuerto, sumido en un humor sombrío.

—Hemos perdido la guerra, señor Bond. Todo ha acabado. No queremos luchar más.

En el camino a Janjaville adelantaron a columnas de desaliñados soldados que se retiraban hacia el aeropuerto, donde estaban disponiendo una suerte de anillo defensivo final. Bond reparó en las nuevas trincheras, el alambre de púas y los nidos de ametralladoras, pero no se advertía casi signo alguno de espíritu marcial en las tropas. Vio oficiales azotando a hombres con una vara de bambú, y los soldados parecían atemorizados y resentidos. Bond comprendió que nadie quería formar parte de la retaguardia, condenada de antemano. A la distancia, el estruendo de los disparos y las explosiones se hacía cada vez más fuerte a medida que el ejército de Zanzarim avanzaba hacia Port Dunbar.

El aeropuerto de Janjaville nunca había estado tan ajetreado. Frente al hangar había dos DC-3 y un Fokker Friendship y, cuando Bond llegó, vio los Malmös de Linck que despegaban y enfilaban hacia el este, lejos del combate: sus pilotos mercenarios eran demasiado conscientes de lo que se avecinaba.

Bond se despidió con sincero pesar de Domingo y le dio los dólares que le quedaban. Le pidió que a la mañana siguiente fuera a la plantación de palmeras de aceite.

—Verás el Peugeot, fuera del camino —le dijo, y le dio indicaciones más precisas—. Hay un hombre encerrado en el maletero. Quiero que lo liberes. Pero no digas nada. Sólo que pasabas por ahí.

—No lo conozco a usted, señor.

—Exacto. Será nuestro secreto.

Se estrecharon la mano, y Bond le deseó buena suerte.

Bond confirmó que tenía un asiento reservado en el vuelo, que debía salir al cabo de una hora. Se encontró con Hulbert Linck, que estaba inquieto y agitado.

—¿Cómo puede haber ocurrido esto? —repetía una y otra vez sin esperar respuesta—. Hace una semana teníamos todo bajo control. Todo bajo control.

Bond juzgó que Linck parecía anormalmente consternado; toda su antigua seguridad había desaparecido, como si allí hubiera en juego algo más que el destino

de Dahum, algo que lo afectaba de un modo personal.

—Así son las vicisitudes de la guerra —dijo Bond, consciente del escaso consuelo que encerraba esa trillada frase.

Se despidió de Linck y se dirigió a la cabaña prefabricada que hacía las veces de sala de embarque.

Pronto se reunieron con él Haas y Dupree, quejándose de que el precio de un asiento en el Constellation había subido ahora a quinientos dólares, y luego empezaron a llegar los mercenarios, incómodos con su ropa de civil. Habían dejado atrás sus armas y su fanfarronería, y parecían inquietos y nerviosos, sin ningún deseo de verse sometidos al justo y feroz castigo del ejército de Zanzarim.

De pie junto a la ventana, Bond observó cómo embarcaban las familias y los criados de la junta militar en uno de los DC-3 y en el Fokker Friendship. Y a continuación llegaron los propios miembros del Gobierno, entre los cuales vio a Abigail Kross y el coronel Denga. La suerte ya estaba echada. Contempló cómo despegaban los dos aviones y comprendió que la República de Dahum había quedado oficialmente sin timón. Se preguntó si los soldados apostados alrededor del aeropuerto sabrían que los habían dejado solos.

Empezaba a temer que quizá su vuelo no saliera, cuando vio que el Constellation descendía, aterrizaba y rodaba por la pista hasta detenerse en su posición habitual frente al hangar. No obstante, esta vez apagaron los motores. El avión iba vacío, supuso Bond. De nuevo vio el logotipo de Amigos de África en el morro, y era un Constellation distinto del que había visto la noche anterior, tal como indicaban los rastros que quedaban de los distintivos de una antigua línea aérea. ¿Qué tenía que ver Gabriel Adeka con estos últimos y peligrosos vuelos al corazón de la reducida Dahum? ¿Por qué esta manifiesta conexión? Bond se apartó de la ventana, mientras las preguntas seguían martillándole la mente. ¿Sería un postrer gesto de solidaridad entre los hermanos Adeka? ¿Una señal de que Gabriel había sabido de la muerte de Solomon y había decidido intervenir en la contienda? Se volvió para ir al encuentro de Haas y Dupree, mientras se decía que no tenía sentido seguir haciendo especulaciones. Una vez que se encontrara a salvo, fuera de Dahum, podría investigar más.

El ambiente en la cabaña prefabricada se ponía cada vez más tenso. Se oían ya las detonaciones de armas menores —el tableteo de las ametralladoras—, y de vez en cuando algún centinela nervioso dejaba escapar una ráfaga de disparos sin objetivo en la oscuridad de la noche. Bond permanecía sentado aparte, asimilando las imágenes casi caóticas de un pequeño país que estaba a punto de perder para siempre su breve identidad, arrebatada por la fuerza de las armas. Su Gobierno había huido; sus bien pagados mercenarios extranjeros, listos para huir también, se hacían pasar por civiles; sólo quedaban unos pocos centenares de atemorizados y renuentes soldados, a quienes les habían ordenado —sin duda, a punta de pistola— que mantuvieran abierto el aeropuerto hasta que la última rata hubiera abandonado el barco que se hundía,

momento en que podrían arrojar las armas y volver a su casa.

No le complació ver que llegaba Letham. Iba vestido con un traje de lino blanco y un pañuelo chabacano azul marino al cuello, e incluso le pidió a Haas que le sacara una fotografía al lado del soldado armado que custodiaba la puerta. La nueva foto del autor, supuso Bond. El experto corresponsal extranjero Geoffrey Letham informando intrépidamente desde las zonas mundiales en crisis. Bond vio que miraba en su dirección y se alegró de que no se acercara. Letham y él ya no tenían nada que decirse y, con un poco de suerte, no se volverían a ver después de esa noche. Al menos, la caída de Dahum aportaba algunas satisfacciones secundarias, pensó Bond.

Un miembro de la tripulación del Constellation entró en la sala e invitó a todos los mercenarios a embarcarse. Bond oyó que los motores se ponían en marcha con un rugido sordo. Los cuatro periodistas se colocaron al final de la cola.

Haas miró a su alrededor, con la cara cubierta de sudor.

—Parece que cada vez están más cerca —dijo.

—¿Viste a Breadalbane antes de marcharte? —preguntó Bond—. Le presté un poco de dinero y pensé que tal vez habría cambiado de opinión y decidido venir con nosotros.

—Se lo dije —intervino Dupree—. Le hice ver que, ahora que todos los mercenarios se marchaban, él sería el único blanco en todo Port Dunbar, y que no era una buena idea. Se encontraría en una situación terriblemente incómoda. Supuse que vendría.

Bond iba a contestar, cuando vio a tres soldados que se abrían paso, armados con fusiles Kalashnikov. Llevaban una ristra de balas en bandolera y de algún modo parecían más capaces y amenazadores que los desmoralizados hombres encargados de las defensas. Iban tocados con el quepis con visera que tanto les gustaba a los mercenarios. Todo el mundo guardó silencio.

—¿Quién es James Bond? —preguntó en voz alta uno de los soldados.

Bond dio un paso adelante. Allí no había dónde esconderse.

—Soy yo —dijo.

—Venga conmigo. Los demás suban al avión, por favor.

Bond sintió de pronto que se le reseca la boca y se forzó a recuperar el control. ¿Qué ocurría? ¿Habrían encontrado a Msour y éste lo había identificado de algún modo? Mientras seguía a los tres soldados fuera de la cabaña prefabricada, echó una ojeada por encima del hombro y vio a los otros que cruzaban el césped con paso vivo en dirección al Constellation. Bajo las luces del aeropuerto, los cuatro motores del avión giraban ahora en medio de una bruma brillante.

—¿Qué sucede? —preguntó Bond, fingiendo estar irritado; de hecho, su preocupación crecía por momentos—. Tengo que subir a ese avión.

—Alguien quiere hablar con usted —contestó un soldado.

Quizá era Linck, pensó Bond, aunque eso no hizo disiparse su preocupación. El último DC-3 seguía en tierra, y las hélices empezaron a girar lentamente cuando el

generador encendió los motores y los tubos de escape soltaron humo. Tal vez Linck quería que los dos se marcharan juntos. Pero Bond no se engañaba: estaba intentando ver con buenos ojos una situación sin duda alarmante. Y no funcionó. Algo iba muy mal.

Vio que lo llevaban al fortín de hormigón de la torre de control. Había una puerta abierta en un costado, y le ordenaron que entrara. Se encontró dentro de una celda de cemento desprovista de ventanas, con un tubo de neón en el techo que emitía una desagradable luz brillante.

—Perdonen, ¿qué está pasando? —preguntó, ingeniándose las para mantener su tono de leve irritación—. ¿Pueden decírmelo? ¿A quién se supone que tengo que ver?

Un soldado se marchó, y Bond imaginó que iba a buscar a la persona que quería hablar con él. Los otros dos permanecieron junto a la puerta cerrada, con las manos apoyadas en el fusil Kalashnikov que llevaban en bandolera.

Bond se paseó despacio arriba y abajo, fingiendo despreocupación, pero su mente trabajaba de un modo frenético. Algo debía de haber ido muy mal, pero ¿qué? No se le ocurría ninguna estrategia brillante.

Pasaron dos minutos, luego cinco. Lo único que lo tranquilizaba era que los perezosos motores del Constellation no se habían acelerado. El avión debía de estar todavía frente al hangar, esperando que llegaran los últimos pasajeros antes de despegar.

Entonces entró Kobus Breed. Llevaba un traje azul de algodón y corbata amarilla. Bond casi se echó a reír al ver el cambio de su aspecto. Reparó en que mantenía una mano oculta a la espalda.

—Hola, Kobus —dijo—. Estás muy elegante. ¿Qué es lo que pasa?

Con ese cuello grueso que tenía, la camisa y la corbata no le sentaban bien, pensó Bond. Parecía disfrazado.

Breed ya no sonreía.

—Lo que pasa es que eres un retorcido hijo de puta, Bond.

—No más retorcido que tú —replicó Bond—. Todos tenemos nuestras estrategias para sobrevivir. Mírate tú —dijo, señalando la nueva ropa de Breed—. De pronto, todo un hombre de mundo.

—Sí, pero tu estrategia acaba de quedar al descubierto. ¿Qué hiciste con Tony Msour?

—No sé de qué me hablas.

Breed movió hacia adelante la mano que mantenía tras la espalda. Sostenía uno de sus enormes garfios.

—No tengo tiempo para hacer el tonto contigo, Bond. Este garfio lleva tu nombre. Voy a dejarte balanceándote de lo alto de la torre de control, como una bienvenida especial a las fuerzas de Zanzarim. Pero antes de matarte quiero que sepas que sé lo que hiciste y sé quién eres. Tu compañero periodista, Letham, fue de gran ayuda. Parece que nadie en todo el mundo del periodismo ha oído hablar nunca de ti.

—Letham es una escoria. Yo no creería nada de lo que dice.

Breed dio un paso hacia él y le lanzó un puñetazo a la cara. Bond lo esquivó, y el puño de Breed lo golpeó en la sien izquierda y lo hizo caer al suelo. Breed le dio una violenta patada en las costillas, y Bond sintió que una se rompía.

La vista se le empañó. Oyó que el ruido de los motores del Constellation se hacía más agudo al aumentar las revoluciones. Bond se puso de pie con esfuerzo, trastabillando, y sintió una aguda punzada en el costado.

—Mira, Breed, quienquiera que te haya dicho que yo...

Se detuvo, completamente atónito. Creyó estar viendo una aparición.

Blessing Ogilvy-Grant había entrado sin hacer ruido en la habitación.

—Tenemos que irnos —le dijo la mujer con aspereza a Breed.

—Aún tengo un asunto pendiente aquí con el señor Bond —contestó Breed.

Dejó caer el garfio, que golpeó el suelo con un tintineo, y sacó una pequeña pistola automática del bolsillo interior.

Bond acababa de sufrir una revelación súbita y desagradable, una drástica reorganización total de todo lo que hasta el momento creía saber.

—No pierdas más el tiempo. Tenemos prisa —lo apremió Blessing.

Miró a Bond, pero su mirada era fría, apagada.

—Ya lo sé —replicó Breed—. Primero voy a quitarle sus atributos a este «macho», antes de colgarlo por la barbilla.

Apuntó la pistola a la ingle de Bond y apretó el gatillo.

En esa fracción de segundo, Bond hurtó el cuerpo, y la bala se le hundió en el muslo, justo por debajo de la cadera, y salió con una rociada de sangre. El impacto lo hizo girar, y Bond sintió cómo se le desgarraba el músculo con un dolor ardiente. Se desplomó al suelo, y el golpe le produjo una nueva punzada en el costado. Advirtió que los pantalones se le empapaban con la sangre que manaba.

Hulbert Linck gritó desde afuera:

—¡Nos vamos dentro de diez segundos!

Blessing le arrebató el arma a Breed.

—Basta de perder el tiempo —gruñó, y disparó.

La bala golpeó a Bond en el pecho y lo hizo caer de espaldas.

Oyó que la puerta se cerraba de un portazo, y sintió que la conciencia empezaba a abandonarlo mientras las sombras invadían su visión. Trató de sentarse, pero la mano resbaló en el charco de su propia sangre, que seguía creciendo, y cayó de nuevo de espaldas. Era mejor no moverse, se dijo en tanto que la habitación se volvía cada vez más oscura, mejor quedarse muy quieto. Lo último que oyó fue el ruido del Constellation que rodaba hasta el final de la pista y el rugido de los motores cuando despegaba, que se fue desvaneciendo poco a poco...

PARTE 3

Solo

1. Atención médica

James Bond estaba de pie bajo la ducha caliente, algo tembloroso, sujetándose con ambas manos a las barandillas cromadas que había a cada lado del cubículo. Cerró los ojos para dejar que el agua le corriera por la cara, mientras sentía el golpeteo del agua en los trozos de plástico pegados con cinta adhesiva sobre los vendajes del muslo y el pecho. Era su primera ducha en cerca de cinco semanas y casi parecía la primera de su vida, tan intenso era el placer que le proporcionaba. Se las ingenió para lavarse el pelo con una mano, manteniéndose aferrado con la otra, y luego cerró el grifo y salió de la ducha. Se había olvidado la toalla a los pies de la cama, en su habitación.

Se abrió la puerta y apareció Sheila McRae, la enfermera que más le gustaba, con su toalla en la mano.

—Justo a tiempo, ¿eh, comandante?

Mientras Bond se quedaba inmóvil, desnudo y chorreando, Sheila controló los plásticos que protegían los vendajes, sin dejar de parlotear.

—Esta mañana hace un poco de frío, pero al menos no llueve. Bueno, esto está muy bien.

Ayudó a Bond a ponerse la bata de hospital una vez que se hubo secado, y él reflexionó sobre la curiosa e íntima falta de intimidad que existía entre enfermera y paciente. Podías estar allí de pie, desnudo, mientras la enfermera vaciaba tu cuña o te introducía un catéter en el pene, y charlar con ella sobre sus vacaciones en Tenerife, tal como si lo hicieras en la parada de un autobús para pasar el tiempo durante la espera. Esas enfermeras lo habían visto todo, advirtió Bond, y palabras como «ruborizada», «incómoda», «espantada», «asqueada» o «avergonzada» no figuraban en su vocabulario. Tal vez ésa era la razón por la que la gente —los hombres— las encontraba tan atractivas.

Sheila rondaba los treinta años y tenía una belleza lozana y vivaz. Su espeso cabello rubio era tan rebelde, que le costaba sujetarlo debidamente bajo la pequeña cofia blanca almidonada con que las enfermeras complementaban su uniforme allí. Era madre de dos hijos, y su esposo trabajaba como soldador en los astilleros de Rosyth. Le había contado a Bond muchísimas cosas de su vida, durante las largas semanas de su recuperación. La naturaleza secreta de esa ala del hospital significaba que la mayor parte del intercambio verbal transcurría en una sola dirección.

Caminaron despacio por el corredor hasta la habitación privada de Bond, el cual aún cojeaba levemente. Tenía un drenaje en la herida del muslo, un tubo de goma que

salía del músculo y con una grapa en un extremo. Cuando se metiera otra vez en la cama, conectarían el tubo a un bote de succión de vidrio con dos antenas erectas que colgaban flácidas cuando se acababa el vacío. Había llegado a desarrollar una fuerte inquina por el bote de succión, pero la herida del muslo aún estaba infectada y seguía drenando. En cambio, las del pecho se habían cicatrizado muy bien, y los orificios de entrada y salida eran ahora dos pequeños círculos arrugados color rosa, un nuevo añadido a la colección de cicatrices que acumulaba su cuerpo.

Se encontraba en un hospital militar ubicado discretamente en una esquina de una gran base del ejército al sur de Edimburgo. En aquella ala había seis habitaciones privadas, todas reservadas a militares, marinos o aviadores con graves problemas de salud que requirieran cuidados intensivos permanentes. O, para decirlo con otras palabras, reservadas a personal militar que necesitara mantener en secreto sus heridas; de hecho, casi todos los pacientes pertenecían a fuerzas especiales.

—¡Ah! Había olvidado decirle que tiene una visita —dijo Sheila cuando llegaron frente a la puerta.

Bond entró en su habitación y se quedó estupefacto al ver a M de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera. M se volvió y sonrió. Llevaba un grueso traje de *tweed* marrón con chaleco, y a Bond le pareció tan fuera de contexto como si estuviera contemplando la Columna de Nelson en un prado comunal.

—James, tiene muy buen aspecto —dijo.

Se estrecharon la mano.

—Es muy gentil de su parte haber venido hasta aquí para visitarme, señor —dijo Bond, que de pronto sintió una oleada de afecto por este hombre mayor.

—Bueno, en realidad no vine expresamente para verlo. Estuve unos días cazando en Perthshire, y pensé que podía matar dos pájaros de un tiro.

M rió, complacido con su propia broma, y añadió:

—¿Tiene algo para beber?

—Nos dan una botella de jerez para abrir el apetito, pero no se lo recomiendo. Yo ni siquiera lo usaría para cocinar. No he bebido ni un trago.

—Ya me lo figuraba.

M sacó del bolsillo una botella pequeña de whisky Dewar's y la dejó en la mesilla de noche de Bond.

—Iba a traer uvas y chocolate, pero pensé que preferiría el whisky —explicó M—. Espero que esto no le ocasione problemas.

Bond fue al cuarto de baño a buscar el vaso con que se enjuagaba los dientes. Lavó una taza de té y sirvió una generosa medida para cada uno.

—*Slangevar* —brindó M, entrechocando su vaso con la taza de Bond—. Por su pronta recuperación.

Bond bebió un sorbo de whisky, con precaución. Era el primer alcohol que bebía desde Dahum. Sintió que el maravilloso y confortante calor le llenaba la garganta y el pecho.

—Maravillosamente terapéutico —dijo, y sirvió otra medida a los dos.

—¿Cuándo le dan el alta? —preguntó M.

—Dentro de una semana o dos, creo. Estoy más fuerte cada día.

—Bueno, tómese un mes de licencia cuando salga. Para reponerse por completo.

Al fin y al cabo, se lo merece. No todos los días un hombre puede decir que puso fin a una guerra.

—E incluso me dieron una medalla —añadió Bond con cierta mordacidad.

—Y se hizo acreedor de la gratitud del Gobierno de su majestad —señaló M, que extrajo la pipa del bolsillo—. ¿Se puede fumar aquí?

Bond contestó que sí y él mismo encendió un cigarrillo.

—Sé que al final me dará un informe completo —dijo M—, así que no es necesario hablar en detalle ahora. Pero tal vez quiera hacerme alguna pregunta.

Así era, en efecto.

—¿Cómo salí de allí?

Cuando había recuperado la conciencia, estaba atado en una camilla, en un avión de las Fuerzas Aéreas Británicas que se dirigía a Edimburgo. Ninguno de los diversos doctores que lo habían atendido desde entonces había sido capaz de darle una explicación de lo que le había sucedido.

—Lo encontró un periodista llamado Digby Breadalbane —relató M—. Él también quería llegar al aeropuerto, pero quedó atrapado en el caos: tropas dominadas por el pánico, desertores, una confusión total. Para cuando llegó, el último avión había despegado. Una vez que se marcharon los aviones, se abandonaron las defensas, de modo que el ejército de Zanzarim invadió el aeropuerto en pocos minutos. Hubo algunos tiros, así que este Breadalbane corrió a refugiarse en la torre de control y allí lo encontró, inconsciente y en medio de un charco de sangre.

Bond asintió, mientras asimilaba todo esto. Digby Breadalbane, su ángel guardián...

—Por cierto, el domingo pasado salió un artículo suyo bastante bueno en el *Observer*: «La muerte de un pequeño país». Debería leerlo. Por supuesto, no lo menciona a usted.

De modo que Breadalbane había conseguido al fin su exclusiva, pensó Bond.

M lanzó unas volutas de humo hacia la lámpara del techo.

—Por fortuna, con el ejército de Zanzarim iban algunos hombres de nuestras fuerzas especiales.

—Ah, sí, los «asesores», claro.

—Sí. Lo atendieron lo mejor que pudieron y lo mandaron a Sinsikrou en un helicóptero. Veinticuatro horas más tarde estaba de camino hacia aquí.

—Tuve mucha suerte —dijo Bond, que se sintió algo desasosegado al pensar en todas las contingencias que se habían conjurado al azar para salvarlo.

—El afortunado 007 —repuso M con una sonrisa inusitadamente cálida.

Bond evocó aquella noche en el aeropuerto de Janjaville y la gélida mirada en los

ojos de Blessing cuando la mujer había apuntado el arma hacia él y apretado el gatillo. Afortunado, sí... El disparo lo había alcanzado en el costado derecho del pecho, justo debajo de la clavícula, y había salido por el hombro. Le afectó el pulmón derecho, pero no hubo más daños internos.

—¿Alguna noticia de Ogilvy-Grant? —preguntó Bond.

—Se encuentra muy bien. Sigue viviendo en Sinsikrou y se pregunta por qué usted no se puso en contacto con él.

—¿Con él, ha dicho?

—Edward Benson Ogilvy-Grant, cincuenta y un años, ex capitán de la Marina Británica, jefe de nuestra central en Zanzarim.

—El Ogilvy-Grant con el que traté era una mujer joven.

M clavó en él una mirada penetrante.

—Sí. Lo embaucaron bien. Y usted no siguió los procedimientos.

—Sí que los seguí —replicó Bond, molesto con sus insinuaciones—. La Q Branch me dijo que Ogilvy-Grant se pondría en contacto conmigo cuando llegara. Y eso hizo ella.

—Al parecer, era la secretaria de Ogilvy-Grant. Su verdadero nombre es Aleesha Belem.

—¡Santo Dios! —exclamó Bond, sacudiendo la cabeza—. Eso explicaría por qué sabía todo sobre mí.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Pero era buena, increíblemente buena... Entonces ¿para quién trabajaba?

—No lo sabemos. Lo que está claro es que hay un montón de gente interesada en Zanzarim.

Bond pensó en los astutos engaños de Blessing: la oficina destartalada; Navidad, el conductor; su propia biografía tan bien elaborada —el padre escocés ingeniero, sus coloquialismos escoceses, el Cheltenham Ladies' College, Cambridge, Harvard—. Y, por supuesto, la noche de amor. Por lo menos, M no sabía nada de esto.

—¿Puede ser que estuviera trabajando para la República de Dahum? —inquirió Bond.

—Puede ser. ¿Conoció a un hombre llamado Hulbert Linck?

—Sí. Un traficante de armas que trabajaba solo, intentando armar, proteger y salvar a Dahum por su cuenta. Un hombre sin domicilio fijo, al parecer.

—Un personaje turbio —comentó M.

—Había algo falso en él, como si estuviera representando un papel.

—Fuera como fuese, ha desaparecido. Y ella también. Tal vez alguien los mató.

Bond se sirvió más whisky, pero M declinó la invitación.

—Había un hombre llamado Kobus Breed, un mercenario de Rodesia —dijo Bond—. Un psicópata, pero inteligente. Ahora creo que la mujer trabajaba para él. Quizá la mató él.

—Tampoco hemos podido encontrar a Breed. Pero no, no puede haber sido él el

que dirigía todo. Había alguien más moviendo los hilos. Como sea, habrán conseguido salir de Dahum, pero al menos perdieron todo. Gracias a usted —añadió con una sonrisa—. No creo que le tengan mucho aprecio, así que no espere una postal para Navidad.

M se puso de pie y dejó el vaso. Buscó algo en los bolsillos con aire distraído y luego cogió su sombrero y su abrigo del gancho de la puerta.

—Venga a verme cuando vuelva de las vacaciones —dijo—. Vaya a algún lugar bonito a relajarse. Ha pasado por una experiencia terrible y tiene suerte de estar con vida. Repóngase bien... y dese todos los gustos —concluyó M, dándole unas palmaditas en el hombro.

Bond se puso de pie y se estrecharon la mano otra vez al despedirse. En la habitación había una corriente, tenue pero palpable, de sentimientos mutuos, pensó Bond, si bien era difícil precisar la naturaleza de éstos. Por lo que él sabía, M sólo sentía por él el respeto natural de un superior por un agente secreto valioso y de confianza que había hecho un buen trabajo y se había jugado la vida en ello. Por su parte, Bond deseaba mostrarle que estaba sinceramente agradecido por esa visita inesperada y espontánea que, de algún modo, indicaba algo fuera de lo habitual, algo que iba más allá del mero deber. Pero no se le ocurría nada que decir que no lo dejara en ridículo ni pusiera incómodo a M.

—Gracias por el whisky, señor —fue todo lo que consiguió decir al cabo.

2. Donalda y May

Tres días más tarde, la jefa de enfermeras sacó de un tirón el tubo de drenaje del muslo de Bond. Fue una de las sensaciones más desagradables que alguna vez hubiera sentido, como si le hubieran arrancado un tendón o una vena del cuerpo. La cabeza le dio vueltas mientras ella rehacía el vendaje y lo sujetaba con cinta adhesiva. La enfermera era una mujer maravillosa que le daba a Bond un trato completamente igualitario; él podría haber sido un duque o un pinche de cocina, y nada habría cambiado en su manera de comportarse.

—Ahí tiene, comandante —dijo con una sonrisa irónica, utilizando su rango por primera vez—. De nuevo es un ser normal, sin tubos colgando.

Una vez que la mujer se marchó, Bond fue al cuarto de baño y se contempló en el espejo del lavabo. Estaba pálido, había perdido peso y la cicatriz de la cara resaltaba más que nunca, pensó. Se sentía bastante bien, pero no demasiado fuerte, no como de costumbre. No obstante, no podía holgazanear hasta que recuperara por completo su condición física. Había trabajo que hacer. Desde la visita de M, había estado reflexionando mucho sobre el inesperado ofrecimiento de un mes de licencia. Un mes entero... ¿Qué se podía conseguir en cuatro semanas? En lo que a M se refería, él había llevado a cabo su misión con éxito; pero, desde su punto de vista, le había quedado un amargo resabio de insatisfacción y malogramiento. Dos personas habían tratado de matarlo. Una había intentado lisiarlo del modo más brutal posible; la otra era una mujer a quien él le había hecho el amor con toda sinceridad y generosidad de espíritu, y ella había querido darle el golpe de gracia a un hombre que ya estaba gravemente herido. No podía olvidar esos terribles segundos en la torre de control del aeropuerto de Janjville; jamás los olvidaría. Mirar a la muerte a la cara de esa manera, sentir el impacto de las balas en el propio cuerpo... Era imposible, era impensable limitarse a tomar nota de ello como experiencia, seguir adelante con un encogimiento de hombros y felicitarse por la buena suerte. El destino y el azar se habían conjurado para mantenerlo con vida. A lo largo de su carrera, mucha gente había tratado de matarlo, y la mayoría de las veces él se las había ingeniado para mostrarles lo insensato de su pretensión. M le había aconsejado que descansara, se diera todos los gustos y se recuperara bien, pero su mente sólo pensaba en el resarcimiento. Quería dar caza a esa gente y enfrentarse a ellos. Quería infligirles un duro castigo y gozar con ello. ¿Qué sentido tenía un mes de vacaciones cuando ésa era la obsesión de su mente? No, no podía dejar pasar esa oportunidad. Su superior le

había regalado un mes de reposo y ocio. En lugar de eso, decidió —con firme resolución— que daría mucho mejor empleo a esos días.

Se puso de prisa la bata de hospital sobre el pijama y abandonó el ala privada para dirigirse al puesto de enfermería del pabellón, al pie de la escalera. Preguntó si podía hacer unas llamadas telefónicas y le indicaron dónde había una cabina pública. Después de conseguir algo de cambio, hizo tres llamadas: la primera a su banco, para efectuar una transferencia de dinero; luego telefoneó a Donalda, su ama de llaves, para pedirle una dirección, y por fin se puso en contacto con su secretaria, Minty Beauchamp, y le dijo que se iba de vacaciones un mes y que estaría ilocalizable.

Despierto en su cama esa noche, planeó con más detalle su venganza; su venganza contra Blessing Ogilvy-Grant (fuera como fuese que se hiciera llamar ahora) y contra Kobus Breed, el hombre con dos caras. Y por si acaso incluiría también a Hulbert Linck, pensó, si resultaba que había estado envuelto en su intento de asesinato. Mientras se regodeaba pensando en lo que les haría cuando diera con ellos, sintió que recuperaba poco a poco la tranquilidad de espíritu. Pero no dejaba de tener presente que también ellos, si seguían con vida, debían de estar planeando su venganza contra James Bond, el hombre que había hecho fracasar su pequeña guerra en África. De algún modo estaba convencido de que sabrían que él no había muerto en la celda de cemento de la torre de control de Janjville. Cualquier británico muerto que hubieran encontrado tras la caída de Dahum habría originado una noticia en algún periódico o boletín informativo. No, la ausencia de todo comentario al respecto sería para ellos la confirmación de su inverosímil salvación.

En cualquier caso, en su mente iba cobrando forma poco a poco un plan, uno que debería llevar a cabo por su cuenta. No podía tener ninguna relación con su papel como agente secreto doble cero, ni con M, ni con el servicio de espionaje. Tenía que ser una acción solitaria, completamente desautorizada. Sonrió para sí en la oscuridad de la habitación; en cierto sentido, el hecho de que no contara con autorización haría mucho más dulce la venganza. Se proponía «actuar solo», tal como se decía para sus adentros. Sabía que las normas no escritas del Servicio Secreto prohibían estrictamente tales iniciativas personales solitarias. El castigo por actuar solo era severísimo, pero eso no preocupaba en absoluto a Bond: tenía muy claro lo que quería hacer.

Al día siguiente se vistió con un traje de franela azul marino oscuro, camisa blanca y corbata negra (Donalda le había enviado la ropa desde Chelsea), bajó a la administración y le informó al oficial de servicio que se marchaba del hospital. Mandaron llamar a un médico, el cual le prohibió terminantemente irse: aún necesitaba como mínimo entre siete y diez días para recuperarse por completo. Bond dijo que iba a permanecer en la finca de un primo en South Uist, en las Hébridas, y dio un nombre y dirección; no había teléfono, pero podían enviarle un telegrama, y él asumía la plena responsabilidad de su decisión.

Bond buscó a Sheila para despedirse, le dio efusivamente las gracias por todo y la

besó en la mejilla; luego llamaron a un taxi, que lo condujo hasta Edimburgo. En un banco de George Street retiró trescientas libras en efectivo. Luego fue a un bar especializado en ostras, junto a Princes Street, y pidió una botella de Veuve Clicquot, una docena de ostras y salmón ahumado con huevos revueltos. En la estación de Waverley compró un billete de primera clase con camarote para Londres y subió al tren. Se tomó un somnífero y durmió de un tirón toda la noche mientras el tren se encaminaba hacia el sur. El encargado del coche cama lo despertó a las seis de la mañana con una taza de té fuerte, típico de los ferrocarriles británicos, y dos galletas integrales. Bond hizo caso omiso del té —no bebía té— y comió con gusto las galletas.

Reservó una habitación en una pensión cercana a King's Cross, limpia pero algo deteriorada, bajo el seudónimo de Jakobus Breed, y meditó en las opciones que tenía. En lo que a él respectaba, todo el mundo creía que permanecería un mes en las Hébridas, convaleciente. La dirección que había dado en el hospital y a Minty era la del tío de Donalda. El factor clave, se dijo, era que nadie supiera que estaba en Londres. Disponía de un montón de dinero y un montón de tiempo; en alguna parte de la ciudad encontraría una pista, por leve que fuera, que lo condujera hacia sus presas, y sabía por dónde comenzar. Pero, antes que nada, necesitaba unas cuantas cosas esenciales y cierta información que tenía oculta en su piso de Chelsea.

Bond estaba sentado en un reservado del fondo del Café Picasso, en King's Road, con una garrafa de Barolo y un plato de espaguetis con salsa amatriciana frente a él y los ojos clavados en la puerta. Ya había dado cuenta de los espaguetis cuando entró Donalda, y la llamó con un gesto. Intercambiaron un saludo, y la mujer se sentó a la mesa, incapaz de disimular el placer que le producía verlo.

—El piso ya está listo, señor —dijo Donalda—. E hicieron un gran trabajo. Es una pena que no haya estado aquí para disfrutarlo.

—He estado en el extranjero —repuso Bond.

—¿No se ha encontrado muy bien? Lo veo un poco pálido.

—Pillé alguna clase de virus.

Bond suponía que May le había contado a Donalda lo mínimo imprescindible sobre el poco corriente trabajo de su patrón. Cuanto menos supiera y cuantas menos preguntas hiciera, mejor.

—No quiero que nadie sepa que estoy de vuelta en Londres —dijo Bond, escogiendo las palabras con cuidado—. Por eso nos hemos encontrado aquí. Creo que alguien puede estar vigilando el piso.

—No he visto a nadie sospechoso en los alrededores —afirmó Donalda—. Y he pasado por la casa cada dos o tres días, para controlar todo y recoger el correo.

—Perfecto. Entonces puedes ir otra vez, ahora, y quitar el pestillo de la ventana grande que da al jardín trasero.

—Sí, por supuesto.

—Luego vete y vuelve al cabo de un par de días, como de costumbre.

—Muy bien, señor.

La muchacha no pudo evitar sonreír, entusiasmada con todos estos subterfugios.

—Y tu tío sabe qué decir si alguien va a buscarme, ¿no es así?

—Que se ha ido a Inverness. A pescar.

—Perfecto. Gracias, Donalda.

Bond se sirvió otra copa de Barolo y convidó a la mujer.

—¿Te apetece una copa de vino?

—Si no le importa, preferiría uno de esos cafés con mucha espuma —repuso ella y, abriendo su bolso, sacó unos sobres—. Estas son facturas que hay que pagar, señor, y se me han acabado los cheques.

Bond le dio el dinero en efectivo necesario y ordenó un capuchino.

—¿Cómo hago si necesito ponerme en contacto con usted? —inquirió Donalda.

—Llama al número de siempre y déjame un mensaje. Yo te llamaré.

—Muy bien —dijo la mujer, y le dedicó una sonrisa radiante—. El café aquí es delicioso.

Una vez que Donalda se marchó para ir al piso, Bond esperó diez minutos y luego bajó andando por King's Road hasta la calle adyacente a Wellington Square. De aquí salía un pasaje cubierto que conducía a una callejuela, donde habían convertido las antiguas caballerizas y cocheras en tiendas y apartamentos diminutos. Desde allí era posible subir un tramo de escaleras, trepar al muro y saltar al jardín que pertenecía al vecino de Bond de la planta baja. Era muy fácil acceder luego a la ventana trasera de su piso, gracias a una sólida espaldera y un tubo de desagüe muy apropiado. Bond ya había tenido ocasión de utilizar esa vía de escape alguna vez, cuando quería dejar su piso de forma clandestina. Su vecino —un flautista de una orquesta sinfónica que solía encontrarse fuera de gira— estaba muy satisfecho con el arreglo y no manifestaba la más mínima curiosidad por su conducta. Le había dejado un juego de llaves a Bond por seguridad.

Bond trepó por la espaldera, levantó la ventana de guillotina y, pisando en un tramo horizontal de la tubería de desagüe, se aupó sin problemas y entró en su sala.

El piso aún olía a pintura y a masilla de albañil. Necesitaba fumar unos cuantos cigarrillos allí para volver a hacerlo suyo, pensó. Fue al estudio y apartó de la pared el falso radiador que había junto al escritorio. Retiró el ladrillo de ventilación que había detrás para dejar al descubierto una pequeña cavidad donde guardaba una pistola Walther PPK de repuesto, municiones extra, algo de dinero, un juego de llaves de una habitación amueblada que alquilaba en Maida Vale como piso franco, y una lista de números de teléfono y direcciones cruciales.

Bond iba en busca de unos contactos esenciales, y apuntó los números de teléfono que podría necesitar. Se metió la pistola y un cartucho de balas en el bolsillo y vaciló respecto a la habitación de Maida Vale. Llegó a la conclusión de que la pensión de King's Cross era más anónima. No quería encontrarse con cualquier otro ocupante de la casa y tener que inventar una historia para justificar su larga ausencia.

Devolvió el ladrillo a su lugar, colocó otra vez el radiador y fue a echar una mirada a su nuevo cuarto de baño. Doig y su equipo habían hecho un buen trabajo. Los azulejos de mármol estaban impecablemente puestos, con la lechada y la masilla bien lisos, y la reluciente grifería de cromo resultaba tentadora tras la mampara de vidrio. Bond corrió la puerta y abrió el grifo de la ducha; oyó cómo se ponía en funcionamiento la bomba oculta debajo del baño. Comprada en Estados Unidos, la bomba multiplicaba por cuatro la presión del agua de Londres. Cerró el grifo, diciéndose que ya habría tiempo de sobra más adelante para los placeres domésticos. Pero sí que le apetecía prepararse una taza de café y fumar un cigarrillo en su flamante cocina. Apagó la luz, atravesó el pasillo alfombrado y empujó la puerta de la cocina.

Donalda yacía boca abajo en el suelo, con el pelo de la nuca apelmazado con sangre fresca. Bond se agachó junto a ella y por un terrible instante pensó que estaba muerta, hasta que la muchacha dejó escapar un suave gemido. La hizo girar con suavidad hasta ponerla de costado, y entonces ella abrió los ojos e hizo una mueca de dolor.

—No te muevas —susurró Bond—. Quédate aquí.

Sacó la pistola del bolsillo y recorrió rápidamente el piso, pero no descubrió señal alguna de una intrusión. No obstante, alguien debía de haber estado en el interior de la casa cuando Donalda había llegado para descerrar el cerrojo de la ventana. Alguien que quería saber si James Bond ya había regresado del extranjero, quizá.

Volvió a la cocina y sentó con cuidado a Donalda. Encontró un paño de cocina, lo empapó en agua caliente y, tras escurrido, le limpió la sangre de la nuca, donde tenía un feo corte de cinco centímetros. La mujer aún parecía muy aturdida.

—Creo que voy a vomitar —dijo ella.

Bond alcanzó a coger una cacerola de un armario antes de que Donalda vomitara.

—Eso está bien —la tranquilizó Bond—. Uno siempre vomita después de que lo desmayan de un golpe. Es un buen síntoma.

Dejó la cacerola en el fregadero y ayudó a Donalda a ponerse de pie y sentarse en una silla de la cocina. Luego le preparó una taza de té.

—¿Qué pasó? —le preguntó—. ¿Viste u oíste a alguien?

—No. Entré, y todo estaba tal como lo había dejado. Deposité el correo en la mesa del vestíbulo, quité el pestillo de la ventana y, cuando entré aquí, todo se puso negro.

—Debía de estar escondido detrás de la puerta, con la esperanza de que no entraras. Luego se marchó.

«Saben dónde vivo —pensó Bond—. Entraron con una llave. No era un ladrón común que se introduce en un piso de Chelsea para robar. Por fortuna no mataron a Donalda».

Miró a la muchacha, que temblaba en su silla, con las dos manos en torno a la taza de té para calentárselas. De pronto Donalda se enjugó una lágrima, y el gesto

hizo que Bond recordara a Kobus Breed. ¿Podía haber sido Kobus Breed quien había irrumpido en su casa? Mientras reflexionaba, sintió que crecía en él una furia irracional, no tanto por esa violación de su espacio personal, sino por el hecho de que hubieran atacado a Donalda —su Donalda— con tanta brutalidad. «No te cebes en mi gente —dijo para sus adentros—. Las consecuencias para quienes lo intentan suelen ser fatales...».

Le dijo a Donalda que iba a llamar un taxi para que la llevara a un hospital, donde le examinarían la herida, la limpiarían y se la coserían. Tenía que limitarse a decir que había resbalado y se había caído. Y luego regresar a su casa y permanecer en cama durante un día entero. Entonces se le ocurrió una idea mejor y llamó a May, quien aseguró que estaría allí al cabo de media hora. Ahora que todo había quedado bajo control, Bond se relajó. Mientras esperaba, metió un poco de ropa en una maleta, siempre sumido en sus pensamientos. Así pues, alguien vigilaba sus movimientos. ¿Había vuelto James Bond a su piso de Londres? ¿Había alguna señal de su presencia? Desde luego, si iba a trabajar por su cuenta, no podía volver allí hasta que hubiera resuelto por completo su asunto con Kobus Breed o con quienquiera que fuera.

Un rato después llegó May y se hizo cargo de todo. Le dijo con enfado a Bond que estaba «más blanco que un sudario» y que tenía que cuidarse mejor, hacer tres comidas decentes al día, etcétera, etcétera. Bond se mostró de acuerdo y prometió hacer todo lo posible. La anciana lo observó mientras él arrojaba la maleta al jardín, se despedía y salía por la ventana de la sala como si fuera la forma más natural del mundo para marcharse de su casa.

3. Amigos de África

El letrero de «Amigos de África» había desaparecido y el póster pegado en la mugrienta ventana, protegida ahora con una persiana de reja, había sido reemplazado por un cartel que rezaba «se alquila-razón aquí». Bond observaba desde la acera de enfrente de la calle de tiendas de Bayswater, profundamente frustrado. Aquélla era su principal línea de investigación. Recordaba bien la conmoción que había sentido al ver el logotipo de «Amigos de África» en el morro del Super Constellation en el aeropuerto de Janjville, y había dado por sentado que Gabriel Adeka lo conduciría —a sabiendas o no— hasta Hulbert Linck y luego hasta Breed o quienquiera que estuviera detrás de todo el complot. Bond se paseó por la acera. Con la oficina de Amigos de África cerrada, tal vez la persona que debía tratar de localizar era Blessing —o Aleesha Belem—, pero ¿dónde podía empezar a buscar su rastro?

En ese momento se abrió la puerta del local y salió un muchacho —un muchacho negro— con una máquina de escribir. La puso en el asiento trasero de un Mini aparcado enfrente y se disponía a subir al coche y marcharse, cuando Bond lo detuvo con un grito y cruzó la calle para hablar con él. Se presentó —sin dar su nombre— como un amigo de Gabriel Adeka y antiguo patrocinador de Amigos de África.

El joven, que dijo llamarse Peter Kunle, hablaba como un alumno inglés de una escuela privada. Dejó que Bond entrara en la oficina para echar una ojeada. En la planta baja había desaparecido todo, incluso el linóleo, por lo que sólo quedaba una superficie de cemento notoriamente limpia en comparación con la suciedad circundante, casi como si acabaran de ponerla. Y, escaleras arriba, en el antiguo despacho de Adeka no había más que una pila de pósters amarillentos y curvados que indicaban cuál había sido la previa actividad de aquella oficina.

—¿De modo que Gabriel cerró todo cuando acabó la guerra civil? —le preguntó Bond a Peter Kunle, que lo había seguido escaleras arriba.

—¡Oh, no! Amigos de África sigue existiendo. Pero se ha trasladado a Estados Unidos.

—¿A Estados Unidos? —exclamó Bond, estupefacto.

—Sí —repuso Kunle—. Gabriel ha establecido allí la organización benéfica, Amigos de África Sociedad Anónima. Ha conseguido promotores muy importantes, al parecer.

—¿Cuándo ocurrió todo esto? —inquirió Bond, mientras paseaba por la habitación.

Alzó un póster y lo dejó caer: un niño famélico cubierto de moscas, algo que por desgracia conocía muy bien.

—Hace unas pocas semanas —repuso Kunle—. Quizás un poco más, en realidad. Todos recibimos una circular donde se explicaba lo que sucedía.

—Entonces todo cambió justo cuando terminó la guerra —dedujo Bond, tratando de encontrar sentido al relato.

—Sí. La organización benéfica ahora se centra en todo el continente, no sólo en Zanzarim... o en Dahum, como antes. Ya sabe: hambrunas, desastres naturales, enfermedades, revoluciones, anti-*apartheid*... Todo el tinglado.

Bond meditaba en el asunto.

—¿A qué lugar de Estados Unidos ha ido? ¿Lo sabe?

—Creo que a la ciudad de Washington —repuso Kunle, que luego añadió—: No conozco demasiado a Gabriel. Lo ayudaba un poco como voluntario en la primera época, pero lo hostigaban demasiado. A veces eran cosas que asustaban de verdad.

—Sí, Gabriel me lo contó —dijo Bond.

—Olvidó que yo le había prestado la máquina de escribir —prosiguió Kunle—, algo que no es propio de él.

—¿Qué quiere decir?

—Que era un tipo muy escrupuloso —explicó Kunle con una risita—. Honrado a carta cabal. Incluso pretendía alquilarme la máquina, pagarme una libra por semana. Yo me negué, por supuesto. Por eso es muy extraño que la haya dejado aquí sin decirme nada. Tuve que llamar al propietario para conseguir las llaves y recuperarla.

—Así que ahora se llama Amigos de África Sociedad Anónima.

—Sí. Supongo que la oferta era demasiado buena para rechazarla. Demasiado dinero contante sobre la mesa: un futuro brillante. Un local desvencijado en Bayswater difícilmente causa buena impresión.

Poco más podía decirle Peter Kunle, y se disculpó mientras cerraba con llave la oficina. Bond le estrechó la mano y le agradeció su ayuda.

—Perdone, ¿cómo dijo que se llamaba? —preguntó Kunle mientras abría la puerta del coche.

—Breed —contestó Bond—. Jakobus Breed. Si por casualidad habla con Gabriel, dígame que he pasado a verlo.

Se despidieron, y Bond se alejó andando calle arriba, al tiempo que analizaba las opciones que tenía a la luz de esta nueva información. De modo que Gabriel Adeka había recogido los bártulos para trasladarse a Estados Unidos, y en la ciudad de Washington había convertido Amigos de África en una organización filantrópica global que abarcaba todo el continente. Tal vez la operación era perfectamente legal y llena de integridad caritativa. Recordó su visita a Gabriel Adeka y cómo le había impresionado su celo discreto y su profunda humanidad... Pero necesitaba hacerle una acuciante pregunta: ¿por qué el nombre de su organización benéfica figuraba en el costado de un avión que llevaba armas y municiones a un país en guerra? ¿Qué

tenía que ver eso con los amigos de África? Si no tenía respuesta a la cuestión, al menos sería capaz de indicarle quién podía tenerla.

Bond se detuvo para encender un cigarrillo y se percató de que se hallaba frente al cine donde, la última vez que había estado allí en Bayswater, proyectaban la película de vampiros con Bryce Fitzjohn, alias Astrid Ostergard. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, *La maldición de la hija de Drácula*. Parecía que había sido como un año atrás, no semanas, pensó, sonriendo para sus adentros al recordar el inocente *striptease* que Bryce había llevado a cabo para él sin saberlo la noche que él había allanado su casa. Bryce Fitzjohn, sí. Fe encantaría volver a verla algún día.

Siguió andando, ahora en dirección a Hyde Park, siempre rumiando. Por fortuna contaba con una pista, pero conducía a Estados Unidos, a la ciudad de Washington... Y allí residía un gran escollo. No había inconvenientes para comprar un pasaje, pero no podía utilizar su propio pasaporte para viajar. Se suponía que estaba convaleciente en South Uist, no tomando un vuelo internacional con destino al otro lado del Atlántico. De un modo u otro era posible que esto saliera a la luz y le ocasionara problemas.

Cruzó la Bayswater Road y se internó en Hyde Park. Lo que necesitaba, y pronto, era un pasaporte falso. Disponía de un día, dos como máximo. Allí radicaba la principal desventaja de trabajar por su cuenta: la falta de recursos. Normalmente, habría llamado a la Q Branch, y una hora después habría tenido un pasaporte usado, lleno de sellos y visados de viajes al extranjero, extendido a su nuevo nombre. Repasó los números de teléfono que había apuntado de la lista de contactos que guardaba en su piso. No, no había nadie que pudiera hacer un trabajo como ése en el corto tiempo de que disponía, se dijo mientras deambulaba por el parque. ¿Y si se lo robara a alguien? Empezó a echar ojeadas a los transeúntes con que se cruzaba, buscando hombres de su edad que tuvieran un leve parecido con él, pero entonces cayó en la cuenta de que la mayoría de la gente no iba por ahí con el pasaporte encima, a no ser que se tratara de turistas extranjeros. Tal vez le convendría ir a un aeropuerto. No, sería...

Se detuvo. La idea le había llegado como una revelación. Todo lo que había que hacer era darle tiempo al cerebro para que trabajara. Al final siempre daba con una solución.

4. *Vampiria, la reina de la Oscuridad*

Los Estudios Amerdon estaban situados a orillas del Támesis, entre Windsor y Bray, y consistían en una casa de campo victoriana de ladrillo rojo, enorme y laberíntica, con dos platos contruidos en lo que había sido un jardín con parterres a imagen de los de Versalles. Alrededor de los platos se apiñaba el habitual conglomerado de casetas de madera y pabellones prefabricados de hierro ondulado, que contenían depósitos para los accesorios y equipos así como los diversos talleres técnicos que todo estudio moderno de filmación requiere.

Se presentó como agente de Astrid Ostergard al hosco hombre que vigilaba la zona de aparcamiento de los visitantes, y éste lo envió al plató número dos, donde se rodaba *Vampiria, la reina de la Oscuridad*.

Bond se dirigió allí con paso enérgico, como un hombre resuelto que ha de cumplir un importante cometido. Gracias a un par de llamadas telefónicas —una al distribuidor del último film de Bryce, *La maldición de la hija de Drácula*, y la siguiente al despacho del agente de la mujer, una compañía llamada Cosmopolitan Talent International— había sabido que Astrid Ostergard no estaría disponible para la inauguración de los grandes almacenes de Bond en Hemel Hempstead, ya que estaba ocupada filmando *Vampiria, la reina de la Oscuridad* en los Estudios Amerdon. «No, es imposible, muchas gracias, señor Bond; lo sentimos, pero nada de lo que diga puede cambiar la situación, adiós».

Al acercarse al plató número dos, Bond vio grupos de extras con esmóquines y trajes de noche que holgazaneaban por los alrededores, charlando y bebiendo té en tazas de papel encerado. Una de ellos se levantó de una silla de lona plegable, y Bond se apresuró a hurtar el guión que la mujer se había dejado olvidado. Se dirigió a un hombre que enrollaba un largo cable, y le preguntó dónde se encontraban las oficinas de producción. El hombre le indicó una gran caravana aparcada junto al plató.

Bond llamó a la puerta, que estaba abierta, y una mujer de aspecto exhausto sentada ante una máquina de sumar, en la que tecleaba cifras incansablemente, alzó la vista con enfado.

—¿Sí? —dijo sin dejar de teclear.

—Soy Randolph Formby, del Sindicato de Actores —dijo Bond con acento refinado y gesto de desagrado, alzando el guión—. Necesito ver a Astrid Ostergard. Tiene dos años de atraso en sus cuotas.

Bond había disfrutado antaño de una breve aventura con una actriz, quien le había

contado que todas las puertas de los ambientes de teatro, cine o televisión se abrían cuando se nombraba al Sindicato de Actores, tal era su poder e influencia. Se alegraba de haberlo recordado y sentía curiosidad por comprobar si realmente funcionaba.

—¡Esa puñetera Astrid! —exclamó la mujer—. Lo lamento. Típico de ella. ¡Santo Dios!

Siguió despoticando en voz baja para sí mientras conducía a Bond más allá del plató número dos, hasta una hilera de caravanas aparcadas.

—La tercera de la derecha —le indicó, y luego añadió con nerviosismo—: No va a haber problemas, ¿no? Con Astrid, quiero decir. Ya llevamos cinco días de retraso.

—No puedo garantizar nada —contestó Bond con una sonrisita de burócrata—. Tiene que pagar lo que debe.

La mujer se marchó, siempre mascullando, y Bond se acercó a la caravana, identificada con un letrero en un costado donde se leía «Astrid Ostergard / Vampiria».

Bond llamó a la puerta y pronunció las palabras mágicas:

—Sindicato de Actores.

Unos segundos más tarde, Bryce Fitzjohn abrió la puerta de golpe. Llevaba medias de malla y un corsé de satén rojo que le alzaba y le juntaba los pechos para formar un escote impactante. Miró a James Bond por un instante sin entender, y luego se echó a reír, encantada.

—No puedo creerlo —dijo—. El maldito James Bond.

—Hola, Vampiria —saludó él—. He venido a disculparme.

—Pasa a mi salón —lo invitó ella.

Bryce se puso una bata de seda, y Bond se sentó en un banco de madera que había frente a un tocador con espejo. Sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo. Bryce aceptó uno y lo encendió ella misma. Lo miró fijamente con los ojos entrecerrados mientras exhalaba el humo hacia un costado.

—Aún no sé cómo entraste en mi casa.

Bond encendió a su vez un cigarrillo.

—Fue un error por mi parte, lo reconozco. Me presenté a tu fiesta, y no había nadie. Pensé que me estabas gastando alguna clase de broma, provocándome. Así que te dejé una nota —repuso; luego añadió con una sonrisa—: Tendrías que poner una cerradura mejor en la puerta de la cocina. Fue un juego de niños entrar.

—¿Qué eres entonces? ¿Un ladrón profesional?

—No debería haberlo hecho —prosiguió Bond, haciendo caso omiso de su pregunta—. Por eso he venido a disculparme y a invitarte a cenar. En el Dorchester —agregó—. Esta noche, si estás libre.

Bryce cruzó sus largas piernas, y Bond le dedicó una mirada apreciativa. La mujer llevaba una espesa peluca rubia con mechas rojas que la hacía increíblemente atractiva. Nada había cambiado, pensó, recordando sus primeros encuentros.

—Bueno, es una invitación tentadora, pero no puedo ir a la ciudad esta noche —

repuso ella—. Mañana temprano tengo una entrevista.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Señorita Ostergard, la necesitan en el plató —dijo una voz.

Bryce se puso de pie. Bond hizo lo propio, y por un instante quedaron muy juntos dentro del reducido espacio de la caravana. Bond percibió el renovado interés de la mujer por él. Cada uno era el tipo del otro, pensó, tan simple como eso. La atracción era mutua, lo había sido desde un principio, desde aquel primer encuentro en el ascensor del Dorchester.

—Tengo que ir a trabajar —dijo ella—. Ya sabes dónde está mi casa en Richmond, ¿no? Hay un bonito restaurante muy cerca donde podríamos ir. Te espero a las ocho.

5. Importación y exportación

Bond se deslizó en silencio fuera de la cama de Bryce y se quedó quieto por un momento, contemplándola mientras ella dormía profundamente, tendida de costado, con un pecho expuesto con toda inocencia. Era una hermosa mujer madura, pensó Bond, mientras se ponía el pantalón y recordaba la última vez que había hecho el amor —semanas y semanas atrás— y qué diferente en todos los sentidos había sido su pareja de entonces. Fue descalzo hasta la puerta y giró despacio el pomo, sin dejar de pensar en la posada junto al delta del río Zanza, con Blessing Ogilvy-Grant en sus brazos. Sonrió con un dejo de amargura: fue entonces cuando habían dado comienzo todas sus desventuras.

Dejó la puerta del dormitorio entreabierta un par de centímetros y bajó la escalera sin hacer ruido, hasta el estudio de Bryce. Tras encender la luz, se sentó ante el escritorio y sacó el pasaporte de la mujer del cajón superior. La fecha de nacimiento coincidía bastante, y se alegraba de quitarse unos años. En cuanto al nombre de pila, era tanto de hombre como de mujer. Lo único que había que hacer era cambiar la fotografía y el sexo, y tenía en mente al hombre perfecto para llevar a cabo el trabajo. Se convertiría en Bryce Fitzjohn, «actor profesional». No sería difícil transformar «actriz» en «actor». Se metió el pasaporte en el bolsillo posterior del pantalón y fue a la sala, donde se sirvió dos dedos de coñac y lo bebió, con la espalda vuelta hacia las cálidas brasas que aún ardían en la chimenea, mientras rememoraba con placer la noche que habían pasado juntos.

Bond había llegado a la hora en punto (con un taxi que lo había llevado desde la estación de Richmond) y, cuando Bryce abrió la puerta y lo besó en la mejilla, Bond aspiró el aroma del «Shalimar» que llevaba y se dijo que aquello era una buena señal. La mujer se había puesto un vestido negro de terciopelo largo hasta la rodilla con un escote redondo bajo. En las orejas lucía dos diamantes, y se había cepillado hacia atrás el espeso cabello rubio para dejar libre la frente. En una mesa de la sala había una botella de champaña Taittinger en un cubo con hielo, y Bryce le pidió a Bond que la abriera. Brindaron mutuamente tal como habían hecho aquella noche en el Dorchester de un lado a otro del comedor.

—Por el allanamiento de morada —dijo ella.

—¿Dónde está ese pequeño restaurante que decías? —inquirió Bond—. No conviene que se nos haga tarde.

—Está a una decena de metros. Pero pensé que sería más agradable cenar en casa.

Los dos tenían plena conciencia de lo que iba a pasar después, y ese conocimiento confería a su conversación una suerte de corriente sensual subterránea muy placentera, mientras comían lo que ella había preparado: un bistec de solomillo vuelta y vuelta acompañado con tomate y ensalada de chalote, vino —un Chianti ligero y afrutado— y una porción de *torta della nonna* de limón.

Ambos eran personas experimentadas y sofisticadas de cierta edad, razonó Bond, y sin duda la historia sexual de Bryce debía de ser tan variada e interesante como la suya. Bueno, quizá no tanto... Mientras la observaba retirar los platos, Bond pensó que lo fundamental era que no había allí fingimiento alguno. Ningún galanteo artificial ni trabajosos juegos preliminares. Ambos deseaban francamente al otro, tal como hombres y mujeres lo saben por instinto, e iban a hacer que las cosas sucedieran de la manera más agradable y seductora que quisieran.

Volvieron a la sala, donde Bond encendió el fuego de la chimenea. Bebieron coñac, fumaron un cigarrillo y charlaron con calma, posponiendo deliciosamente el momento que ambos esperaban. De hecho, Bond advirtió de pronto que el timbre de la voz de Bryce cambiaba, se hacía más ronco y más bajo mientras ella le relataba el desastre de su último matrimonio —el segundo— con un productor de películas norteamericano que, según descubrió más tarde, tenía un grave problema con las drogas. En un primer momento Bond pensó que el cambio de su voz se debía a las emociones recordadas, pero no tardó en percibir que la ronquera era una manifestación del deseo. Era una señal y, cuando Bond se puso de pie y fue hacia ella para besarla, la mujer respondió con un apasionamiento que lo sorprendió.

Hicieron el amor sin prisa en su amplia cama, y Bond saboreó la suavidad del maduro cuerpo de Bryce. Después ella lo mandó a buscar otra botella de champaña en la cocina, y se quedaron en la cama bebiendo y conversando.

—Dices que eres un «hombre de negocios» —dijo ella, estudiando el esbelto cuerpo de Bond tendido a su lado—. Importación y exportación, sea eso lo que sea. Sin embargo, tienes más cicatrices en el cuerpo que un gladiador.

—Luché en una guerra difícil y peligrosa —contestó Bond.

Ella alargó una mano y, rozándole el tórax con los pechos, tocó el nuevo círculo rosa arrugado que Bond tenía ahora bajo la clavícula.

—Por lo que parece, aún sigues luchando.

Él la besó para impedir que siguiera ahondando en el tema.

—Algún día te contaré todo —prometió.

Y empezaron otra vez a hacer el amor.

El reloj despertador de Bryce sonó a las cinco de la mañana, y ella se levantó de la cama, se lavó y se vistió. Bond se vistió a su vez, y el coche que fue a buscar a Bryce para llevarla al estudio se desvió para pasar por la estación a fin de que Bond pudiera tomar un tren temprano para Londres.

Ella se bajó del coche para poder despedirse con cierta intimidad.

—¿Qué haces este fin de semana? —le preguntó—. Yo sólo tengo libre el

domingo. Todavía quedan tres semanas de grabación en el estudio, y salgo en cada escena.

—Tengo que ir a Estados Unidos —contestó Bond—. Sólo una semana o dos. Volveré cuando tu película haya terminado y te llevaré a un lugar muy, muy especial que sólo yo conozco.

Se dieron un beso de despedida, y Bond le susurró al oído:

—Gracias por anoche. Fue inolvidable.

—Para mí también —dijo ella, apretándole la mano.

Se separaron y, con el corazón feliz y una sonrisa en los labios, Bond fue hasta el andén de la estación Richmond, donde se sumó a los malhumorados pasajeros que se dirigían al trabajo como todos los días. Mientras esperaba que llegara el tren, sacó del bolsillo el pasaporte de Bryce y sintió una punzada de remordimiento. Pero, si ella iba a estar trabajando durante tres semanas, no iría a ninguna parte y no lo echaría en falta. Cuando él regresara lo devolvería a su sitio en el escritorio, y Bryce ni se daría cuenta. Sabía bien que no había hecho el amor con ella sólo para robarle el pasaporte, y eso aliviaba su conciencia. Tenía toda la intención de ver otra vez a su Vampiria, la reina de la Oscuridad. Había despertado en él unas emociones que, en cierto modo, casi había olvidado que eran posibles. Estaría de vuelta tan pronto como administrara una rápida y severa justicia a los que habían estado a punto de matarlo. Bryce no tenía ni idea de lo importante que había sido para sus planes, aun sin saberlo. Él encontraría la manera de mostrarle su gratitud.

En la estación Waterloo se sacó una foto en una cabina, hizo una llamada telefónica —a uno de los números que había ido a buscar a su piso— y tomó un taxi a Pimlico, hasta una calle de mal aspecto flanqueada por casas con el estucado sucio y desconchado y que tenía el apropiado nombre de Turpentine Lane^[5]. Llamó a la puerta de un bajo y salió a abrirle un hombre de más de sesenta años que llevaba una gorra de *tweed* y fumaba un cigarrillo liado a mano.

—Señor Bond, qué placer verlo.

—Buenos días, Dennis —saludó Bond, entrando tras él en el apartamento.

Dentro había un olor nauseabundo a algo que se cocía.

—¡Por Dios! ¿Qué es eso?

—Estofado de jarrete de vaca. Jodido de cocinar. Tarda tres días en hacerse, pero sabe de maravilla.

Dennis Fieldfare era un falsificador de lujo a quien la Q Branch recurría de tiempo en tiempo, cuando consideraba que su propia pericia no era suficiente. Bond lo había conocido en una ocasión en que había necesitado un visado para Cuba que tendría que pasar por una inspección con microscopio. El documento no había despertado la más leve sospecha, y estaba tan bien hecho que Bond había decidido añadir el nombre de Dennis a su lista personal de expertos a quienes acudir en caso de necesidad.

Le mostró el pasaporte de Bryce y su propia fotografía.

—Reemplaza la foto, cambia el sexo y retoca «actriz» para convertirlo en «actor».

—Me insulta usted, señor Bond —replicó Dennis, ofendido en su honor profesional—. Hasta un niño podría hacer ese trabajo.

Bond le dio cincuenta libras.

—Pero lo necesito muy rápido, para esta misma tarde. Por eso he acudido a ti. Conserva la foto original, porque te pediré que la coloques otra vez dentro de un par de semanas. Y esto es estrictamente entre tú y yo, Dennis.

—Eso está chupado, señor Bond. Y yo no lo he visto —repuso Dennis, regocijándose con el tacto del dinero en la mano—. ¿Le parece bien a las seis?

A las seis de la tarde Bond estaba en posesión de su nuevo e impecable pasaporte, y era ahora sin ningún género de dudas Bryce Connor Fitzjohn, actor y ocho años más joven que su verdadera edad, aunque sobre esto no tenía quejas. De hecho, la coincidencia lo complacía. Había usado antes el nombre de Bryce como seudónimo, a principios de la década de los cincuenta, como alias en un largo viaje en tren que había hecho de Nueva York a Saint Petersburg, en Florida. Entonces había sido John Bryce, y el nombre había servido muy bien. Confiaba en que Bryce Fitzjohn fuera tan eficaz como aquél. Intuía que le traería suerte.

Del piso de Dennis en Pimlico fue directamente a la terminal de la British Overseas Airways en Victoria y compró un pasaje de ida y vuelta a Washington D. C. en primera clase. El vuelo salía al día siguiente del aeropuerto de Heathrow, a las once y media de la mañana. Tal vez viajar en primera clase fuera un gasto innecesario; pero, a pesar de los numerosos viajes con que Bond contaba en su haber, distaba de ser un fanático de los aviones. Cuanto más cómodo y bien atendido se encontraba en un vuelo, menos padecía las posibles turbulencias o perturbaciones meteorológicas que se presentaran. Al fin y al cabo, se dijo, si uno ha decidido «actuar solo», es mejor hacerlo con estilo.

PARTE 4

El país de la libertad

1. Barril

Bond miró por la ventanilla oval cuando el avión empezó a bajar hacia el aeropuerto de Dulles, de la ciudad de Washington. El cielo estaba despejado y, mientras la nave se ladeaba y descendía a un ritmo constante, tuvo una excelente vista de la capital de los Estados Unidos de América. La ciudad aún estaba lejos —se hallaban a centenares de metros de altitud—, pero alcanzó a distinguir los edificios y puntos de referencia más significativos —la catedral, la Universidad de Georgetown, el Capitolio, la Casa Blanca, el imponente obelisco del Monumento a Washington, la Cuenca Tidal, la Biblioteca del Congreso, el Monumento a Lincoln—, tal era la claridad de la luz y el ángulo de los rayos de sol. El río Potomac, color pardo oscuro, discurría lentamente a lo largo de la frontera oeste del Distrito de Columbia e iba a desembocar en la bahía de Chesapeake. Más allá, las onduladas colinas y los bosques de Virginia se extendían hacia las montañas Blue Ridge. Desde aquella altura todo parecía limpio y ordenado, pero Bond sintió una creciente tensión en su interior al pensar en la operación de castigo que iba a llevar a cabo en esas calles llenas de tráfico. Se tomaría su tiempo y la planearía de forma escrupulosa, sin que sus emociones interfirieran. La venganza es un plato que se sirve frío, se recordó para sus adentros.

—Bienvenido a Estados Unidos, señor Fitzjohn —dijo el funcionario de inmigraciones, sellándole el pasaporte—. ¿Viene en viaje de negocios o de placer?

—Un poco de cada uno —respondió Bond—. Pero lo que busco sobre todo es placer.

Pasó sin problemas por la aduana y, recogiendo la maleta, se dirigió a la sala principal de llegadas. En Londres había cambiado todo su dinero por dólares, y llevaba el confortante fajo de billetes en el bolsillo del pecho, apretado contra el corazón. Había dejado su Walther PPK en Londres, tras decidir que era más seguro y más eficiente conseguir un arma en Estados Unidos. Además, aún ignoraba qué potencia de fuego necesitaría en esta misión particular.

Deambuló por la sala de llegadas, buscando la agencia de alquiler de coches. Los automóviles norteamericanos no lo entusiasmaban demasiado, pero en esta ocasión le...

—¿Bond?

Bond oyó que lo llamaban, pero no se volvió. Ahora era Fitzjohn. La voz insistió.

—Bond, James Bond...

Ahora había sonado más cerca, y era un acento escocés refinado, sin signo alguno de agresividad u hostilidad. Bond se detuvo y dio media vuelta, sintiéndose furioso y frustrado. Apenas llevaba unos minutos en suelo norteamericano, y su elaborada tapadera había quedado al descubierto: alguien lo había reconocido.

El individuo que se acercaba a él, con la incredulidad reflejada en el rostro, era muy rollizo y rondaba los cuarenta y cinco años, según estimó Bond. El ralo cabello rubio enmarcaba una cara redonda y rosada, y el hombre llevaba un traje de franela gris claro y una pajarita exagerada, descomunal, al estilo del Club Garrick. Bond no tenía ni idea de quién era. Había un aire disoluto en los rasgos gruesos, las bolsas bajo los ojos y el rosado poco natural de las mejillas. Se trataba de alguien que vivía demasiado bien. El extraño se plantó frente a él y abrió los brazos en un gesto implorante.

—Bond, soy yo, Barril.

Barril. Bond hizo memoria, pero el nombre no le decía nada.

—Creo que me confunde con otra persona —dijo con educación.

—Soy Barril McHarg —insistió el hombre.

Ahora el nombre le despertó un vago recuerdo. De hecho había conocido a alguien llamado Barril McHarg cerca de treinta años antes, en el internado de Edimburgo, el Fettes College. Los rasgos del rollizo hombre empezaron a adquirir un aire familiar. Sí, Barril McHarg. Calculó que lo había visto por última vez en 1941.

Barril le tendió la mano, y Bond se la estrechó.

—Vaya, vaya —exclamó—. Barril McHarg. Qué increíble.

Al principio de la Segunda Guerra Mundial era muy raro que hubiera un chico gordo en las escuelas privadas escocesas. «Barril» McHarg, indudablemente grueso —de ahí su apodo—, se había convertido en una suerte de paria, objeto continuo de burlas por su notoria obesidad. Entonces Bond lo había persuadido para que se presentara a las pruebas para la categoría de peso pesado de la Sociedad de Yudo, recién fundada y toda una novedad en Fettes. Barril había aprendido rápidamente, pues al parecer tenía talento para ese deporte, y los otros muchachos pronto dejaron de burlarse de él una vez que sufrieron alguna de sus llaves de yudo o sus dolorosos abrazos. Bond se había marchado de Fettes a los diecisiete años y había mentido sobre su edad para poder ingresar en la Marina. Había perdido todo contacto con la escuela, y desde entonces no había vuelto a ver a ningún compañero ni profesor. Hasta aquel día, en el aeropuerto de Dulles de la ciudad de Washington, se dijo con pesar.

—Eres James, ¿no? —dijo McHarg—. ¿Sabes? El otro día justamente estuve pensando en ti. No es que lo haga a menudo, pero tú me salvaste, Bond. Aunque es probable que ni lo recuerdes.

—Sí que recuerdo cuando dejaste tendido de espaldas a un tipo de ciento diez kilos y ganamos la Liga de Yudo del sur de Escocia.

—En el Club de Yudo de Leith. Ganamos siete a seis —dijo Barril McHarg

sonriendo de oreja a oreja—. Fue mi gran triunfo. Tú me enseñaste cómo luchar.

Se puso en jarras y miró a Bond de hito en hito mientras sacudía la cabeza con expresión de sorpresa y regocijo.

—Te reconocí al instante —declaró—. No has cambiado nada. Lo nuevo es esa cicatriz en la cara. Un demonio guapo como siempre. ¿Qué estás haciendo aquí, en Washington?

—Vengo en viaje de negocios.

—Tenemos que vernos, ir a tomar una copa. Déjame que te enseñe los mejores sitios para pasarlo bien. Soy secretario segundo en la embajada. Conozco todos los lugares donde ir.

McHarg buscó en los bolsillos hasta que encontró una tarjeta. Bond la cogió. Barril se llamaba Turnbull. Turnbull McHarg.

—Creo que nunca supe tu verdadero nombre, Turnbull.

McHarg sacó una pluma del bolsillo y escribió un número de teléfono en el reverso de la tarjeta.

—Ése es el número de mi casa —dijo—. Llámame cuando estés instalado y tengas una hora libre. Tomaremos unas cuantas copas y demás —añadió con un guiño—. ¿Has vuelto a ver a alguno de los viejos compañeros? Bowen, Cromarty, Simpson, MacGregor-Smith, Martens, Tweedie, Mostyn y... ¿cómo se llamaba?, el hijo del conde, lord David White de...

—No —lo interrumpió bruscamente Bond, que quería poner fin a la sucesión de nombres olvidados—. No he vuelto a ver a nadie. Jamás.

—Llámame —insistió McHarg—. No puedes marcharte de la ciudad sin que nos volvamos a ver. No te arrepentirás. Es el maldito destino.

Es un maldito fastidio, pensó Bond, quien se alejó después de dedicarle una falsa promesa de que le telefonaría, una sonrisa y un jovial gesto de saludo. Sobre mi cadáver, se dijo, mientras dejaba que McHarg siguiera con lo que fuera que hubiera estado haciendo y reanudaba la búsqueda de la agencia de alquiler de coches. Pero no había dado más que unos pocos pasos, cuando se detuvo y ahogó una maldición. No se podía alquilar un coche sin un permiso de conducir, y el único permiso de conducir que tenía estaba a nombre de James Bond. Consideró las opciones de que disponía. Necesitaba un coche, así que el riesgo tal vez valiera la pena. Ahora que ya había pasado por inmigración, podía utilizar una u otra de sus dos identidades, según le conviniera. De hecho, eso cubriría mejor su rastro, gracias a la confusión que generaría. Se acercó a un mostrador donde anunciaban el alquiler de coches, y preguntó qué vehículos de gama alta y gran rendimiento tenían. Rápidamente escogió un cupé Ford Mustang Mach 1. Dejó un depósito y lo acompañaron a la zona de aparcamiento.

Le gustaba el Mustang —había conducido uno antes—, y había algo práctico y eficiente en aquel enorme modelo nuevo de dos tonos, rojo y negro, con sus formas sólidas y sus grandes llantas de aleación. No podía decirse que hubiera allí elegancia

européa alguna, sólo unos rotundos trescientos caballos de fuerza en un burdo motor V8 Ramair. Puso la maleta en el maletero, se sentó ante el volante y ajustó el asiento a la posición que le resultaba más cómoda para conducir. Barril McHarg, ¿quién lo habría imaginado? Santo Dios, ¿cómo iba a prever que el pasado irrumpiría de golpe en su vida? En cierto modo era sorprendente que nunca se hubiera encontrado con ningún otro de los muchachos que había conocido en Fettes. Aunque eso no quería decir que deseara hacerlo. Giró la llave de contacto, y disfrutó del grave rugido del motor. Salió del aparcamiento y enfiló hacia el centro de la ciudad.

Había reservado una habitación en un gran hotel denominado Fairview cercano a Mount Vernon Square, entre la avenida Massachusetts y G Street. Quería un hotel concurrido con muchas habitaciones, para ser sólo uno más entre cientos de huéspedes anónimos y transitorios. Mientras se internaba en la ciudad, empezó a reconocer algunos de sus puntos de referencia. No conocía bien Washington; sólo había estado de paso en el curso de los años, por lo común una única noche, de camino a una reunión en los cuarteles generales de la CIA en Langley. Recordó haber leído en alguna parte que Charles Dickens había llamado a Washington «una ciudad de magníficas intenciones». Una frase cargada de implicaciones. A primera vista parecía un cumplido, pero en realidad se podía interpretar como una crítica: ¿por qué esas magníficas intenciones nunca se habían llevado a la práctica? Pese a su papel preeminente y su posición en la vida política de las naciones, y dejando aparte la pompa y la grandiosidad de sus edificios públicos y sus elegantes alrededores, Washington era un lugar venido a menos, de aspecto pobre, y lleno de peligros. Cada vez que les decía a sus conocidos que iba allí, recibía las habituales advertencias sobre qué no hacer y adonde no ir. En consecuencia, su impresión de la ciudad estaba teñida por esta nota de precaución y cautela. Por mucho tiempo que uno pasara en la ciudad de Washington, nunca se sentía completamente a gusto, pensó Bond.

Su hotel era ideal. Se trataba de un edificio moderno alto y anodino desde donde se veía a la distancia la cúpula del Capitolio. Su habitación era amplia, con aire acondicionado y televisión en color, y el cuarto de baño, limpio y funcional. Se sentó en la cama para hojear la guía de teléfonos y luego las páginas amarillas, pero no encontró nada que lo condujera a Amigos de África S. A. Entonces cayó en la cuenta de que Gabriel Adeka había llegado apenas hacía unas semanas. Así pues, llamó a información, y le dieron un número. Con una segunda llamada consiguió una dirección: 1075 Milford Plaza en el distrito sudoeste, al sur de la avenida Independence. Iría a comprobarla al día siguiente. Al menos había descubierto una primera pista.

Sacó la ropa y los artículos de tocador de la maleta, y sintió que lo invadía poco a poco la melancolía de la vida de hotel. La habitación impersonal, idéntica a la de millares de hoteles de todo el mundo, le hizo experimentar la monótona anomia de todo pasajero, de quien se encuentra transitoriamente sin hogar, sin más signo de identidad que un número de habitación y un nombre en el registro. Sin poder evitarlo,

pensó en Bryce, en su belleza madura y en la noche que habían compartido, y ello le produjo una súbita punzada de añoranza. Quizá no tendría que haber emprendido esta empresa; debería haber pasado en Londres su mes de licencia y así llegar a conocerla mejor. Habría sido un curso de acción mucho más terapéutico que la venganza... Se obligó a desembarazarse de ese estado de ánimo: no había emoción humana más repugnante que la autocompasión. Había elegido ir allí porque tenía un trabajo que hacer. Echó una ojeada al reloj; la tarde apenas había comenzado, pero para él era medianoche. Aun así, no podía irse a la cama.

Bajó al ruidoso bar del vestíbulo —donde todos los otros pasajeros ahogaban su melancolía— y bebió dos vasos de whisky *bourbon* con agua mineral. Luego, en un descomunal comedor semivacío, comió todo lo que pudo de un enorme bistec duro con patatas fritas. De vuelta en su habitación, tomó un somnífero. Quería gozar de diez horas enteras de inconsciencia antes de empezar a investigar la nueva configuración de Amigos de África S. A.

2. Operación de vigilancia

Milford Plaza era una nueva urbanización con ciertas pretensiones. Tres bloques de oficinas de seis pisos de hormigón y cristal se alzaban alrededor de un gran espacio pavimentado de granito —la «plaza»— con bancos de piedra y una generosa colección de arbolillos jóvenes. Una pileta oval con un surtidor y una estatua moderna montada sobre un plinto —constituida por tres vigas enormes pintadas con los colores primarios y apoyadas unas en las otras— contribuían a darle gracia y su aire pretencioso. Amigos de África S. A. se hallaba en el segundo piso del bloque central.

Bond se detuvo bajo la neutra luz filtrada del alto vestíbulo de mármol —donde había más plantas y un móvil gigante que giraba lentamente, colgado del techo— y fingió estudiar la lista en letras doradas de las compañías que alquilaban oficinas. Pensó en tomar el ascensor y ver qué aspecto tenía el local de Amigos de África, pero juzgó que era a la vez prematuro y peligroso. Necesitaba unos días para observar y evaluar, ver quién entraba y salía, estimar el riesgo. No había prisa, se dijo. Tenía el tiempo a su favor; se llamaba Bryce Fitzjohn.

Salió con paso tranquilo. Los edificios de enfrente, al otro lado de la calle, resultaban un tanto decepcionantes: una hilera de construcciones de piedra caliza anteriores a la guerra, con claros signos de vejez, que contrastaban con el granito y el prístino cristal de los nuevos bloques. Había un hotel para abstemios —el Ranchester—, una tienda de artículos de segunda mano, otra de comestibles A&P, una iglesia adventista del séptimo día, una lavandería china y una joyería, así como diversos sitios de venta de comida y de platos preparados, dos de ellos con las ventanas tapadas con tablonés.

Bond encendió un cigarrillo y cruzó la calle, en busca de algún posible lugar desde donde pudiera establecer una vigilancia casi permanente. Podría haber reservado una habitación en el hotel para abstemios, que se hallaba en un sitio ideal, pero se negaba a padecer la humillación de albergarse en un establecimiento de esa índole. No obstante, un poco más adelante, en diagonal a la plaza, vio un edificio pomposamente denominado Alcázar, con un letrero descolorido donde se leía: «Oficinas en alquiler. Una, dos o tres habitaciones. Todos los servicios». Bond alzó la vista para observar la fachada de cinco plantas. Si alquilaba una oficina del último piso que diera al frente, tendría una buena vista de todo aquel que entrara o saliera del número 1075.

Un joven entusiasta vestido con un traje brillante y que se presentó como Abe trató de convencerlo para que eligiera las oficinas de lujo, que daban a la parte trasera del edificio e incluían dos plazas en la zona de aparcamiento privada. Bond insistió en la ubicación en el frente. Lo único que les quedaba era una oficina de tres habitaciones en el cuarto piso. Abe lo acompañó a verlas, y Bond se asomó a la ventana para comprobar la vista. Era perfecto. Abe quería tres meses de adelanto del alquiler, pero Bond sacó su grueso fajo de dólares y le ofreció sólo un mes, con una propina de cien dólares para Abe por su gentileza.

—De acuerdo —dijo el joven, tratando de reprimir su sonrisa de alegría.

Tras pagar el depósito y pasarle con disimulo a Abe su incentivo, Bond firmó el contrato de alquiler y recibió un manajo de llaves.

—Bienvenido al Alcázar —dijo el joven, estrechándole la mano.

Las ventanas tenían unas persianas sucias de tiras verticales de plástico, no había muebles, y el suelo estaba cubierto con losetas de moqueta manchadas. La tercera estancia, la más pequeña, era la que ofrecía una vista mejor. Todo lo que Bond necesitaba era una silla y unos prismáticos, y entonces podría vigilar Milford Plaza a su gusto. Había llegado el momento de equiparse.

Se dirigió en coche hacia el oeste, al otro lado del río Potomac, hasta un barrio de las afueras de Washington. Deambuló por las calles y pasó ante varios centros comerciales hasta que encontró lo que buscaba. Aparcó frente a un gran local pintado de amarillo chillón, con unas enormes letras rojas enmarcadas en neón que decían: «SAM M. GOODFORTH. ARMAS Y MUNICIONES». Debajo, en una línea escrita en cursiva, se leía: «Todo lo que ha soñado en armas».

Bond empujó la puerta y echó una ojeada al interior del local. El armamento letal se exponía en vitrinas con reja, detrás del largo mostrador de ventas. El resto de la tienda estaba lleno de excedentes militares, así como de equipos y accesorios para caza y pesca. Bond eligió una silla plegable de lona y un colchón de goma que se podía enrollar, y fue hasta el mostrador.

El hombre que lo atendió, fumando un cigarrillo, era delgado y musculoso y estaba pelado al rape, con un curioso copete en la frente. En los brazos llevaba tatuados diversos emblemas y blasones. A despecho de su aire marcial, tenía una voz extrañamente aguda y un ligero ceceo.

Bond compró también un par de prismáticos Zeiss que habían pertenecido a la Marina de Estados Unidos.

—¿Es usted el propietario? —preguntó.

—Soy su hermano, Eugene —repuso el hombre, con una sonrisa que dejó a la vista un diente negro—. Sam tenía una cita con una amiga.

—Necesito una pistola —dijo Bond—. ¿Tiene por casualidad una Walther PPK?

—Tengo algo mejor —contestó Eugene—. Pequeña pero poderosa.

Abrió un cajón y extrajo una Beretta M1951. A Bond le gustaban las Berettas. De hecho, a veces lamentaba haber cambiado su vieja Beretta por la Walther. La hizo

girar en la mano para inspeccionarla —era de la tercera serie, con mira más pequeña —, la amartilló, apretó el gatillo, sacó el cargador vacío —ocho balas Parabellum de 9 mm— y volvió a colocarlo.

—Ya veo que no es la primera vez que tiene una pistola en la mano —comentó Eugene.

A Bond le agradaba el peso del arma.

—Me la llevo —dijo.

Y paseó la vista por los fusiles, carabinas M5, ametralladoras y escopetas protegidas tras las rejas. Quizá necesitara algo de largo alcance... Se le ocurrió entonces que una buena mira telescópica podía representar una gran ventaja desde su habitación en lo alto del Alcázar. Tendría el radio de visión de un francotirador, mucho mejor que el de unos prismáticos.

—Pienso ir a cazar un poco —dijo Bond—. Me gustaría algo de cierta potencia y con un buen radio de visión.

Eugene Goodforth le mostró una selección de potentes rifles de caza: un CZ-550 con culata Mannlicher, un Mauser Karabiner y un Springfield 1903 en perfectas condiciones. Bond estaba más interesado en las miras, de modo que fue hasta la puerta con el último modelo de una Schmidt and Bender para ver cómo enfocaba a larga distancia.

Miró hacia los transeúntes que pasaban por la calle. El *zoom* de aumento era excelente, y las pequeñas calibraciones y el retículo de hilos cruzados se ajustaban con sólo darle a una llave del costado.

Volvió junto al mostrador y le explicó a Eugene que quería un rifle que se adaptara a esa mira y que se pudiera desmontar para llevarlo en una bolsa.

—Tengo justo lo que necesita, señor —afirmó Eugene, que fue a la trastienda y volvió a salir con lo que parecía un maletín negro de plástico.

Lo abrió y le mostró a Bond el contenido.

—Acaba de llegar. Un Frankel and Kleist S1962 —dijo Eugene con tono reverente.

Sacó la caja del rifle, la recámara y el cañón de sus huecos acolchados y montó el arma, a la que le añadió la mira telescópica.

—Rifle de cerrojo, de un tiro. Calibre cincuenta, gatillo de doble acción y dos kilos de presión.

Bond lo alzó y se lo llevó al hombro. Era de un negro mate y sorprendentemente liviano. Apoyó el carrillo contra la pieza protectora de la mejilla y apuntó a través de la ventana al letrero de una tienda, al otro lado de la calle.

—Si mantiene en funcionamiento la iluminación del retículo de la mira, puede disparar esta maravilla en plena noche, se lo aseguro —dijo Eugene.

—Perfecto —repuso Bond—. Me lo llevo.

—¿Cuál es su objetivo? —preguntó el hombre con una sonrisa de complicidad—. ¿Un vecino?

Bond rió.

—Un alce —dijo sin pensar.

—No encontrará muchos alces por aquí. Pero tal vez tenga suerte.

—Buscaré bien.

Compró las armas y la munición correspondiente, mostró su pasaporte de Bryce Fitzjohn y rellenó la documentación necesaria, poniendo como dirección la de su hotel, el Fairview. No por primera vez en su vida, se maravilló de la sencillez con que uno se armaba en el país de la libertad.

3. El Alcázar

A la mañana siguiente, Bond aparcó el Mustang en un garaje subterráneo cercano al Depósito Federal y recorrió a pie las tres manzanas que lo separaban del Alcázar, con el maletín en una mano y una bolsa de lona en la otra, donde llevaba los prismáticos, el colchón, la silla plegable, tres paquetes de cigarrillos y un termo con un poco de whisky *bourbon* diluido con bastante agua helada. Si le entraba hambre, podría salir un momento a buscar un emparedado o una temible hamburguesa o un perrito caliente, se dijo.

Seguro en su habitación, con la puerta de entrada cerrada con llave, tiró de la pequeña cadena circular que hacía girar lateralmente las tiras de la persiana. Tras abrir la silla plegable y desenrollar el colchón, se sentó y cogió los prismáticos. Tenía una magnífica vista en diagonal de la plaza y de cualquiera que entrara o saliera del número 1075. Los prismáticos le permitieron hacer un reconocimiento inicial, y la mira telescópica le proporcionó un primer plano perfecto gracias al *zoom* de aumento. No obstante, con el *zoom* al máximo, el temblor del pulso provocaba una distorsión apreciable. Necesitaba un trípode, pensó. O, mejor, el rifle para el cual estaba diseñada.

Montó el Frankel y colocó la mira. Apoyando el cañón en el antepecho de la ventana conseguía una estabilidad perfecta. Observar a través de la mira telescópica, con la calibración de distancia y el retículo de hilos cruzados en funcionamiento, hizo que se sintiera como un asesino. Menos mal que el arma no estaba cargada, pensó Bond. Si veía a Kobus Breed cruzando la plaza, la tentación podía ser demasiado fuerte para resistirla.

Al cabo de un par de horas de observación, empezó a sentirse agarrotado. Se quitó la chaqueta e hizo unos ejercicios sencillos para mantener el flujo de la sangre. Se sentía más fuerte cada día, pero no quería que los tejidos que se estaban curando sufrieran una presión excesiva. Fumó un cigarrillo, tomó un trago de su whisky con agua y se sentó otra vez.

A través de los prismáticos vio que una reluciente limusina se detenía en el área de carga y descarga de un extremo de la plaza. Descendió un hombre negro con traje oscuro y se inclinó junto a la ventanilla delantera para cruzar unas palabras con el conductor. ¿Sería Adeka? Bond cogió el rifle y aumentó la imagen del visor.

No, alguien más interesante a quien ya había conocido: el coronel Denga, hasta hacía poco comandante en jefe del ejército dahumeño. Allí estaba el rostro bien

parecido con bigote de galán. Bond observó cómo cruzaba la plaza en dirección al número 1075. Iba muy elegante, con una chaqueta larga y entallada y pantalones acampanados a la moda. ¿Se encontraba allí sólo de visita o ahora tenía algo que ver con Amigos de África S. A.?

Bond almorzó un emparedado de jamón y queso en una cafetería, bebió un Martini seco de mala calidad en un bar y, dominado por la curiosidad, entró de nuevo en el vestíbulo del 1075 y se quedó junto a los ascensores, dudando si arriesgarse a hacer una visita a la oficina. Pero, si Denga seguía allí, lo reconocería; y, para obtener información, lo mejor que podía hacer era disfrazarse, al menos en un principio. Bond sabía que había disfraces y disfraces. Si se dejara crecer la barba y se afeitara la cabeza nadie pensaría que él era James Bond. Pero un disfraz provisional y preparado en poco tiempo tenía una metodología particular. La clave era lograr que la atención se centrara en uno o dos elementos del disfraz, para que los otros signos más conocidos resultaran menos visibles. «Es hora de hacer más compras», pensó Bond.

A la mañana siguiente, Bond cruzó Milford Plaza en dirección al número 1073. Llevaba una chaqueta de cuadros rojos y verdes, unas gafas de gruesa montura negra y un sombrero color crema de copa chata. Fue en el ascensor hasta el segundo piso y atravesó las amplias puertas de vidrio de doble hoja que conducían al vestíbulo de Amigos de África S. A.

Cada detalle del largo vestíbulo hablaba de dinero. Bond reparó en la mullida alfombra color gris marengo y las exuberantes plantas colocadas en tiestos de acero inoxidable. En un extremo había una sala de espera con sofás curvos de cuero y mesillas de teca. Dos pinturas abstractas, grandes e insulsas, decoraban las paredes revestidas. La recepcionista —una mujer blanca de mediana edad— estaba sentada ante un escritorio de caoba con tres teléfonos. Detrás de ella, en un panel de cristal ahumado, figuraba el nombre «Amigos de África S. A.» en grandes letras de aluminio de tres dimensiones. Más allá Bond alcanzaba a ver un ancho pasillo con oficinas cerradas a ambos lados. Se dijo para sus adentros que aquello no parecía en absoluto una organización de beneficencia, sino una pujante corporación.

—Bienvenido a Amigos de África, señor —lo saludó la recepcionista con una sonrisa—. ¿Qué desea?

—Querría ver a Gabriel Adeka —dijo Bond con marcado acento escocés.

Así era como debía funcionar el disfraz provisional. Si a la mujer le pedían alguna vez que lo describiera, sólo podría decir: «Escocés, gafas, sombrero chato». Estaba seguro de que le resultaría muy difícil ser más precisa.

—Lo siento, señor, pero no será posible. El señor Adeka está extremadamente ocupado... en asuntos de gobierno.

—Ya nos conocemos —dijo Bond—. Nos vimos en Londres. Y querría hacer una importante donación.

Le tendió una tarjeta. La recepcionista la miró y se la devolvió.

—Si es tan amable de tomar asiento, señor McHarg. Veré qué puedo hacer.

La mujer anotó su nombre en un bloc y levantó uno de los teléfonos. Bond fue hasta la sala de espera y se sirvió un poco de agua del dispensador que había a un costado. Vio un segundo pasillo, éste señalado con una flecha y un cartel que decía «Aseos». Era de suponer que al final del corredor hubiera una puerta de servicio. No entrar nunca en una habitación sin evaluar las diversas maneras posibles de salir, se recordó. Bond no había olvidado las primeras enseñanzas sobre procedimientos. Tomó asiento —la situación lo divertía bastante—, poniendo buen cuidado en quedar oculto tras un gran ficus benjamina.

Esperó. Diez minutos, veinte minutos. Se le sumaron otras personas, que aguardaban a ser llamadas a un despacho o una sala de reuniones. Pasaron cuarenta minutos, y el lugar seguía muy concurrido. Bond continuaba sentado, con un ejemplar del *National Geographic* en las rodillas, sin dejar por ello de observar, controlar, tomar nota. Fue a los aseos y comprobó que tenía razón: al final del pasillo había una puerta con un cartel de «Prohibida la entrada». La abrió y vio un tramo de escalera de cemento y un cubo amarillo con una fregona. Fue al lavabo a vaciar la vejiga y controlar su disfraz, y volvió al asiento.

Cuando ya llevaba una hora de espera, empezó a inquietarse. O bien podía entrevistarse con Adeka o bien no. Estuvo a punto de ir otra vez a hablar con la recepcionista, pero desistió de su propósito: la mujer no tenía que echarle un segundo vistazo. Entonces se le ocurrió que lo hacían esperar adrede, con la idea de que, mientras estuviera allí acorralado, cualquiera pudiera encontrarlo. Dejó la revista, convencido de que algo iba mal. Pondría fin a aquello. Había sido un tanto audaz al creer que conseguiría ver a Adeka con tanta facilidad...

Kobus Breed cruzó las puertas de cristal y fue derecho hacia la recepcionista.

Bond se puso de pie al instante, se volvió y se dirigió hacia los aseos con calma. Un segundo después salía por la puerta de servicio y bajaba la escalera. Se encontró en una habitación llena de instrumentos de limpieza y cubos de basura. Arrojó el sombrero y las gafas en un cubo, se quitó la chaqueta, la puso del revés y se la colgó doblada del brazo. Abrió otra puerta y salió a la parte de atrás de los ascensores. Sin mirar si lo seguían, pasó entre la gente que esperaba el ascensor, atravesó el vestíbulo de mármol con su móvil colgante y echó a andar bajo el débil sol que iluminaba Milford Plaza.

Aún sentía el corazón acelerado por la alarma y la adrenalina. ¿Qué hacía Breed en Washington? ¿Lo habrían llamado para que se encarara con el desconocido que quería ver a Gabriel Adeka? Llevaba un traje de calle oscuro y corbata roja, e iba muy elegante. Bond recordó que así iba vestido aquel día en la torre de control de Janjaville. Tal vez el traje que se había puesto aquella noche era la primera indicación de su nueva vida como ejecutivo de una organización benéfica mundial.

Algo más relajado, echó una ojeada hacia atrás cuando dejaba la plaza. Nadie lo seguía, y la visita había sido muy provechosa pues había acumulado mucha información. Su petición de ver a Adeka había hecho que Kobus Breed acudiera a

investigar desde donde fuera que estuviera residiendo. Amigos de África S. A. no tenía nada que ver con el modesto y mugriento local de Bayswater. Allí ocurría algo mucho más gordo. Mucho más gordo y muy malo.

4. Una navaja

Esa noche Bond fue a ver una película llamada *Bob, Carol, Tedy Alice*, pero le costaba concentrarse en lo que veía. Se marchó antes de que el film terminara y volvió andando al Fairview, mientras fumaba un cigarrillo y meditaba, tratando de analizar las posibles transformaciones que había sufrido Amigos de África. Gabriel Adeka, el coronel Denga y ahora Breed... ¿Qué clase de extraña alianza era aquella?

De pronto advirtió que no había estado prestando atención y se había desviado del camino. Alcanzaba a ver la reluciente torre del Fairview unas manzanas más allá, así como la iluminada cúpula del Capitolio en lo alto de la colina. Modificó el rumbo, consciente de que había estado deambulando por un vecindario de viviendas casi en ruinas, con muchas ventanas tapadas con tablones, y algunas de ellas con señales de haber sido dañadas por el fuego. Pasó junto a un coche calcinado y sin neumáticos. La mitad de las farolas no funcionaban, y por todas partes se paseaban gatos callejeros. Era tan fácil que ocurriera algo así en Washington... Uno giraba mal en una esquina y se encontraba en...

—Eh, tío, ¿tienes fuego?

Bond miró a su alrededor. Detrás de él, al borde del círculo amarillo de luz proyectado por la lámpara de una tienda cerrada de artículos de segunda mano, había tres muchachos. Adolescentes, pensó. Vestían vaqueros y camiseta, y todos estaban fumando, de manera que no necesitaban fuego en absoluto. Dos chicos negros y uno blanco, éste algo mayor. Bond echó una ojeada a su espalda: no había nadie. Así pues, sólo tenía que enfrentarse a esos tres. «Muy bien, venid a cogerme», pensó.

Arrojaron al suelo los cigarrillos y echaron a andar hacia él con resolución, embotados y envalentonados por la droga, estimó Bond. El blanco extrajo algo del bolsillo, y se oyó el chasquido de una navaja que se abría.

—Así que necesitáis fuego —dijo Bond, que sacó su Ronson y lo encendió.

Giró la ruedecita de control del gas, y la llama creció hasta alcanzar siete u ocho centímetros.

—Muy gracioso, tío —dijo uno, mientras se separaban para rodearlo.

Bond lanzó el encendedor al muchacho de la navaja. Éste se agachó instintivamente, a la vez que soltaba una maldición, y él aprovechó ese momento de distracción para aferrarlo por la muñeca y dislocársela con un violento tirón. El muchacho gritó, y la navaja cayó en la acera con un tintineo. Bond se volvió hacia el chico negro que se precipitaba hacia él, y le propinó una feroz patada en la ingle. El

chico se desplomó al suelo aullando y retorciéndose de dolor (no en vano los mocasines de Bond estaban reforzados con una puntera de acero). El otro jovencito negro empezó a retroceder. Bond se agachó para recoger la navaja y la blandió.

—¿Esto es lo que quieres? —le dijo.

El muchacho dio media vuelta y salió corriendo hasta desaparecer en la oscuridad.

Bond buscó su Ronson, se lo guardó en el bolsillo y contempló a sus dos asaltantes. El de la muñeca dislocada estaba de rodillas, sosteniéndose el antebrazo con la mano sana y sollozando de dolor. La mano herida le colgaba en un ángulo imposible. El otro chico seguía en el suelo, con las rodillas dobladas contra el pecho, aferrándose la maltrecha ingle y lanzando unos gemidos agudos espantosos.

Bond le aplastó con fuerza el tórax, y al chico arrodillado lo pateó en el costado con la puntera de acero. El golpe lo lanzó por los aires y le arrancó un nuevo grito. Un par de costillas rotas o fracturadas, supuso Bond. Se acordarían de él y de aquella noche al menos durante un par de meses, cada vez que tosieran o rieran o estiraran la mano para coger algo.

Bond se inclinó sobre los dos, les dedicó unos pintorescos insultos y luego añadió:

—Ya ha pasado la hora de ir a la cama, chicos, volved a casa.

Se alejó andando hacia el Fairview, mientras cerraba la navaja. Era una hoja muy bonita, pensó, con un mango de ébano opaco incrustado de nácar dispuesto en forma de rombos. Se la metió en el bolsillo, un tanto arrepentido ya de la violencia exagerada de su reacción. Comprendió que había descargado en esos tres desdichados parte de su furia contenida por lo acaecido en Janjaville. Era la primera «acción» en que se veía envuelto desde que había abandonado la zona en guerra. La sangre se le había subido a la cabeza, y les había infligido un castigo rápido y eficaz. Nunca sabrían a quién habían intentado robar, ni qué amargo rencor abrigaba su pretendida víctima. Con todo, quizá los había salvado de una vida de delincuencia. Pero sabía que había volcado su ira en aquellos matones y los había castigado por el pecado de otros. Mala suerte para ellos...

Relajó el hombro derecho mientras se aproximaba al hotel —no sentía dolor— y se masajeó el músculo del muslo herido. Todo parecía en orden después de su esfuerzo físico. Se estaba curando rápidamente.

Pasó toda la mañana siguiente en su oficina del Alcázar, observando infructuosamente Milford Plaza. Ninguna cara le resultaba conocida. Empezó a preguntarse si habría una entrada posterior para las visitas privadas, pero había observado que la mayoría de la gente que llegaba en coche bajaba en la zona de carga y descarga de la ajetreada calle, por lo que suponía que ésa era la norma.

Entonces, justo antes del mediodía, la vio a ella. Blessing Ogilvy-Grant salió por

la puerta principal del 1075 y comenzó a cruzar la plaza. Bond la observó a través de la mira telescópica. Parecía distinta; llevaba un traje marrón claro con cinturón y pantalón acampanado, y había cambiado de peinado. Ahora lucía un corte afro, con el espeso cabello al natural y sin aceitar; más apropiado para una joven radical, pensó Bond. Blessing se paró ante un puesto de perritos calientes a comprar una soda, y Bond aprovechó la oportunidad para abandonar su oficina y bajar corriendo la escalera.

Cuando salió del Alcázar a la plaza, creyó que la había perdido, pero entonces la descubrió: se alejaba en dirección al parque del National Mall. La mujer cruzó la calle Séptima y él la siguió con suma precaución, manteniéndose siempre a unos cincuenta metros de distancia. De vez en cuando cruzaba a la otra acera para avanzar en paralelo y, antes de reanudar la persecución, miraba hacia atrás para verificar que nadie cubría las espaldas de Blessing.

En su interior bullían emociones encontradas. El corazón le había dado un vuelco cuando había visto el rostro de la mujer ampliado por la mira, al recordar su belleza y la ternura que le había demostrado. Sin pensarlo, había aprobado su nuevo aspecto, tan norteamericano, tan moderno. Entonces recordó con qué frialdad e indiferencia le había disparado, tras arrebatarle el arma a Kobus y apuntarla a su pecho sin inmutarse y sin dar muestras de pesar alguno. La cariñosa apreciación del amante dio paso a una furia amarga y racional. Ella lo había manipulado con enorme destreza desde el primer momento. Era una agente secreta muy bien entrenada, preparada para poner en juego su cuerpo si ello era necesario y entregarse a su adversario... y también para disparar a matar. Bond aflojó el paso a fin de mantener la distancia, dando por supuesto que ella tendría la costumbre de verificar si la seguían. Necesitaba mostrar la misma pericia que ella, o más, si cabía.

Una cuestión importante que se repetía con regularidad, se dijo para sus adentros, mientras la veía entrar en un restaurante de E Street llamado Baltimore Crab. Se paseó por la acera de enfrente, observando a las personas que entraban en el restaurante y preguntándose con cuál de ellas tendría que encontrarse Blessing. Tal vez se trataba sólo de un amigo y no de un negocio siniestro. Incluso los dobles agentes tenían una vida personal de vez en cuando, se dijo.

Bond encendió un cigarrillo y evaluó sus opciones. Había localizado Amigos de África S. A. Su vigilancia funcionaba bien. Nadie sabía que se encontraba en Estados Unidos. Pero no tenía sentido limitarse a observar. Necesitaba alguna clase de catalizador, pero uno de su propia autoría; no como la inesperada llegada de Kobus Breed a la oficina de Amigos de África. *Il faut pisser sur les fourmis*, se dijo con una sonrisa, recordando uno de los refranes más groseros de su viejo amigo René Mathis. Sí, *pisser sur les fourmis* y hacer que las hormigas huyeran a buscar refugio.

Bond cruzó la calle y abrió la puerta del restaurante. Rápidamente recorrió con la mirada todo el local, espacioso y bien iluminado. Las paredes estaban pintadas en distintos tonos de azul y decoradas con multitud de motivos náuticos: banderas de

señales, un salvavidas, un timón, flotadores de corcho y redes de pesca. Creyó vislumbrar a Blessing en un rincón del fondo, pero no detuvo la mirada en ella. En lugar de eso, se acercó sonriendo a la joven que permanecía de pie a la entrada del comedor, junto a un atril, y le preguntó si podía hacer una reserva para aquella noche. Una vez hecha ésta, Bond cogió una tarjeta del Baltimore Crab de la pila que había en el atril, y se marchó. Estaba casi absolutamente seguro de que Blessing lo había visto hablar con la mujer y el *maître*. En cualquier caso, al cabo de unos pocos minutos comprobaría si estaba o no en lo cierto.

Caminó unos metros calle arriba, llamó a un taxi y subió al coche.

—Espere aquí un momento —le dijo al conductor, tendiéndole un billete de diez dólares.

Se agachó en el asiento trasero, con los ojos clavados en la puerta del restaurante. Tal como esperaba, un minuto después Blessing salió a toda prisa, agitada, y miró calle arriba y abajo, escrutando el rostro de los transeúntes. Bond sonrió para sus adentros. Las hormigas empezaban a ponerse realmente nerviosas. Blessing hizo señas al primer taxi que pasó y se subió.

—Siga a ese taxi —indicó Bond a su conductor—. Y hay otros veinte dólares para usted si no lo descubren.

—No hay problema —contestó el taxista, que hablaba con acento mejicano y tenía un bigote de bandolero, de puntas caídas—. ¿Es su chica?

—Sí. Una perra infiel.

—Hombre, no me haga empezar a hablar de *las chicas*^[6] —dijo el conductor, que de inmediato se lanzó a un largo relato sobre su ex mujer, con detalles subidos de tono y fuera de lugar.

Bond lo dejó despotricar, sin quitar ojo del taxi de Blessing. Se preguntó qué estaría pensando la mujer, qué grado de conmoción y azoramiento habría sufrido al verlo. Ver a James Bond entrar como si nada en un restaurante de Washington cuando ella lo creía muerto y enterrado... No, la primera impresión desagradable pasaría enseguida, y entonces empezaría a pensar frenéticamente. Intuiría casi de inmediato que no se trataba de una coincidencia y que él había querido que ella lo viera. Pero ¿por qué?, se preguntaría. Entonces entraría en el peligroso y perturbador laberinto de las puras especulaciones. Era un hombre a quien ella había disparado al pecho en África, y que le había seguido la pista hasta Washington. Bond sonrió, consciente de que en la cabeza de Blessing sonarían todas las alarmas, y que ella acabaría por asustarse de verdad. Se recostó en el asiento. Sin duda ese trabajo le procuraría grandes satisfacciones de diversa clase.

El coche de Blessing se internó en Georgetown y se detuvo frente a una bonita casa de O Street, con tablillas en la fachada.

—Pase de largo —le dijo Bond al conductor, echando un vistazo por la ventanilla posterior.

Vio que Blessing entraba corriendo en la casa sin pagar al taxista, que se quedó

esperando con el motor en marcha. El coche de Bond siguió otros cincuenta metros y, obedeciendo sus indicaciones, aparcó y aguardó.

—Hemos pasado por un montón de zonas, señor —le advirtió el conductor.

Bond había olvidado los arcanos misterios del cálculo de tarifas de los taxis de Washington.

—No se preocupe. Le pagaré bien. Esté preparado para dar la vuelta si es necesario —dijo Bond, que le alargó otros veinte dólares.

—¡Vaya! Puede alquilarme el día entero y todos los días, señor —exclamó el taxista, que se volvió en el asiento y le dedicó una sonrisa de complicidad—. Me encanta trabajar para usted.

Al cabo de cinco minutos Blessing reapareció, con una maleta en la mano. Cerró la puerta con llave y corrió hacia el taxi. El coche arrancó y pasó junto al de Bond.

—No lo pierda, haga lo que haga —dijo éste.

—Delo por hecho.

El taxi de Blessing se encaminó hacia el oeste, salió de Washington y cruzó el puente Key sobre el río Potomac. Unos veinte minutos más tarde se detuvo ante la entrada de un motel moderno, grande y horrible, denominado Blackstone Park Motor Lodge.

—Siga adelante —indicó Bond.

Unos cien metros más allá le dijo al conductor que se detuviera. El taxi paró al costado de la carretera, bajo un enorme cartel de propaganda de cigarrillos Kool. Por la ventanilla trasera Bond vio cómo Blessing pagaba al taxista mientras un botones recogía su maleta. De modo que era allí donde iba a alojarse. Era lista; supuso que su tapadera había quedado al descubierto, y en pocos minutos había cambiado de dirección. Apenas se registrara iría a su habitación y empezaría a llamar ansiosamente por teléfono, poniendo sobre aviso a todos. El nido de hormigas se alborotaría por completo.

5. La suite 5K

Bond pasó el resto de la tarde en su oficina del Alcázar, observando las idas y venidas de Milford Plaza. No apareció ninguno de los sospechosos habituales, pero no se preocupó demasiado. Cuando oscureció volvió al Fairview y, tras meter un cojín y una botella de whisky en la maleta, fue a buscar el Mustang. Condujo hacia el oeste, cruzó el Potomac y llegó al Blackstone Park Motor Lodge. Aparcó el coche y se dirigió a la recepción, con la maleta en la mano. Deliberadamente no había avisado en el Fairview que se marchaba, pues a veces era mejor tener dos habitaciones de hotel en una ciudad en lugar de una sola.

Le dieron una gran habitación doble en el edificio principal. El Blackstone Park no era un motel barato y sucio; sólo tenía un exceso de uso. En la cama había sábanas de algodón bien almidonadas, pero la moqueta estaba raída, y la pintura, desconchada y con marcas. El aire acondicionado funcionaba, aunque el zumbido era un tanto fuerte. El váter tenía una lámina de celofán como protección, y una tapa de cartón cubría el vaso para enjuagarse los dientes, pero en el espejo del lavabo había grietas, y el esmalte del plato de la ducha se había saltado en varias partes de tanto fregarlo. Anónimo, grande, funcional: un sitio perfecto para ocultarse.

Bond bajó a la recepción y deslizó un billete de diez dólares en la mano del botones que la atendía.

—Que esto quede entre nosotros —dijo—, pero creo que mi mujer se ha registrado aquí con un nombre falso.

—¿Quiere decir qué...?

—Eso mismo —repuso Bond, con una mueca de amargura—. Ella ignora que lo sé.

El nombre del botones, según la placa de plástico sujeta en el bolsillo del pecho, era Delmont. El acné casi había desaparecido, pero la piel le había quedado tan agujereada como una pelota de golf. El ralo bigote que intentaba dejarse crecer tampoco lo favorecía, pero aceptó complacido la solidaridad masculina que Bond le ofrecía, y hablaron brevemente como dos hombres de mundo sobre la perfidia de las mujeres hermosas.

—Es de raza negra, ¿sabes?, pero con la piel muy clara —explicó Bond—. Muy sexy, con un peinado de estilo afro.

—Tenemos doscientas habitaciones aquí, señor —le recordó Delmont—. Pero preguntaré un poco por ahí. Una chica así no puede haber pasado desapercibida a mis

colegas, ¿no le parece?

—Sólo necesito el número de su habitación —dijo Bond—. Te daré cinco dólares por el dato, y yo me ocuparé del resto —añadió con una sonrisa—. Soy el señor Fitzjohn, de la habitación 325.

Bond volvió a su habitación y se sirvió dos dedos de whisky de su botella. Mientras esperaba a Delmont, encendió la televisión y observó un partido de béisbol —Senators contra Royals— que le resultaba incomprensible y que hacía parecer excitante el criquet. Delmont llamó a la puerta diez minutos más tarde.

—Está en la *suite* 5K del nuevo anexo trasero, junto a la zona de aparcamiento —dijo el botones, doblando el billete de cinco dólares que le tendió Bond y guardándolo en un bolsillo de la chaqueta—. Ha pagado dos semanas por adelantado, así que no parece que piense volver pronto al hogar.

Delmont dijo que lo sentía y que estaba a disposición del señor Fitzjohn para cualquier otra cosa que necesitara. Sólo tenía que llamar a recepción y preguntar por él.

—Un millón de gracias —dijo Bond, y era sincero.

La vida se ponía más interesante a cada hora que pasaba.

Bond se despertó al amanecer y fue en coche a la ciudad. Se detuvo en una cafetería para comer unos huevos revueltos con beicon y beber el líquido caliente marrón que en ese país pasa por café. Retomó su puesto de observación provisto de los prismáticos y controló a los oficinistas que entraban a trabajar como cada día.

Apenas habían dado las nueve, cuando Kobus Breed bajó de un Chevrolet Impala y atravesó la plaza en dirección al número 1075. Diez minutos después llegó el coche de Denga y, al ampliar la imagen, Bond distinguió a Blessing, que se acercaba caminando deprisa y volviendo de continuo la cabeza para comprobar que nadie la seguía. Bond sonrió. ¿Un consejo de guerra? El día apenas comenzaba.

Pasó una hora, luego dos. Bond salió disparado para el lavabo del fondo del pasillo, maldiciendo el poder diurético del café norteamericano, y volvió a la carrera, confiando en no haberse perdido nada ni a nadie. Cuando vio que aparecía Kobus Breed, veinte minutos más tarde, se tranquilizó. Lo seguía Blessing con paso vivo.

Bond cogió el rifle y ajustó el *zoom* de la mira telescópica. Ahí estaban, cara a cara en animada conversación. Fijó los hilos cruzados del retículo en la frente de Kobus, y vio cómo se enjugaba el ojo lloroso con un pañuelo. Entonces llegó su coche y el hombre se marchó. Bond desplazó la mira hacia Blessing. Verlos enfrascados en una apasionada discusión había vuelto a endurecer sus sentimientos, al recordar su doble acción casi letal en la torre de control de Janjaville.

Vio que Blessing hurgaba en su bolso y sacaba un paquete de cigarrillos. La mujer se quedó allí fumando y paseando de aquí para allá, como si estuviera sumida en profundos pensamientos. Bond movió los hilos cruzados hasta su pecho. Tentador.

Cinco centímetros por debajo de la clavícula derecha, justo en el sitio donde ella le había disparado. Menos mal que no tenía una bala en la recámara...

El chasquido que sonó junto a su oído fue inconfundible: el percutor de un revólver al amartillarlo. Sintió la presión del caño frío en la mandíbula.

—No, señor Bond. Suelte el arma y luego póngase de pie despacio, con las manos en alto.

La voz tenía un dejo de acento sureño.

Bond hizo lo que le decían y se puso de pie lentamente, con las manos sobre la cabeza.

Dos hombres jóvenes le apuntaban con sendas pistolas. Ambos vestían un traje azul marino y corbata de rayas. Uno era rubio y el otro moreno, y los dos llevaban el pelo corto al estilo militar. De la CIA, imaginó Bond al punto. ¿Qué demonios ocurría? ¿Cómo sabían su nombre?

—El arma no está cargada —dijo Bond—. Pueden verificarlo. No iba a dispararle.

—Me alegra saberlo —contestó el rubio—. Porque ella es de los nuestros.

6. La CIA

Bond bajó los brazos, mientras ponía a trabajar la mente frenéticamente. ¿De los nuestros?... Cada pregunta a su tiempo, se aconsejó.

—Me gustaría ver su identificación, si es posible —dijo.

El rubio sacó su cartera y le mostró la tarjeta de plástico.

—Soy el agente Brigham Leiter, y mi compañero es el agente Luke Massinette.

Bond sonrió.

—Así que eres el famoso Brig. ¿Cómo está tu tío Félix?

—Muy bien. De hecho sé que quiere hablar urgentemente con usted.

—¿Cómo sabéis quién soy? ¿Cómo sabíais que estaba aquí?

Brigham Leiter enfundó su pistola, y otro tanto hizo su compañero.

—La mujer a la que estaba apuntando es Aleesha Belem. Ella nos dijo que usted se encontraba en Washington; lo vio por casualidad en un restaurante y nos dio su nombre. Averiguamos que un tal James Bond había alquilado un Ford Mustang en el aeropuerto de Dulles, pero allí perdimos el rastro. Por suerte tenemos esta plaza vigilada, y Aleesha lo identificó en las fotos. Mi tío lo confirmó: James Bond, agente británico. Descubrimos dónde aparcaba el Mustang y lo seguimos hasta estas oficinas y hasta su hotel. No fue difícil relacionarlo con un tal Bryce Fitzjohn.

Bond no podía reprocharse por no haber respetado como debía los procedimientos; no había habido un error por su parte, sólo mala suerte. ¿Cómo iba a saber que Blessing-Aleesha era una agente de la CIA? Pero había cosas que no entendía.

—Así que esta Aleesha trabaja para vosotros. ¿Desde cuándo?

—Desde hace más de dos años, creo.

—Me disparó al pecho hace unas pocas semanas. En África. Trató de matarme.

—No sé nada de eso —repuso Brig Leiter—. Pero ella es una de nuestros agentes de mayor confianza.

—¿Qué está haciendo en Amigos de África?

—No estoy autorizado para revelarles esa información —contestó Leiter.

—Creo que será mejor que hable con tu tío —dijo Bond—. ¿Ha vuelto a la CIA o aún sigue en la agencia de Pinkerton?

—Le «consultamos» de vez en cuando, pero sigue trabajando para Pinkerton.

Bond recordaba con afecto a Félix Leiter, uno de sus más viejos amigos y colegas. En el curso de los años habían coincidido en muchas misiones peligrosas.

Félix había acabado malherido en una de ellas, a principios de los cincuenta en Florida, e incluso había perdido un brazo y parte de una pierna. Bond echó una mirada al sobrino de Félix, Brig, de quien su amigo le hablaba a menudo; «de tal palo tal astilla», repetía. Creyó ver algo de Félix en la mandíbula del joven, en el espeso pelo rubio, en los ojos grises y sinceros. En cambio, el otro tipo no le agradaba tanto. Massinette se mantenía algo apartado, con aire hosco y vigilante.

Fuera como fuese, aún tenía en la mente un montón de preguntas sin contestar. Si Blessing pertenecía a la CIA desde hacía dos años, ¿cómo se las había ingeniado para...? Se obligó a poner fin a esos pensamientos. Ya habría tiempo más tarde para dilucidar todas esas cuestiones.

—Puedo ponerlo en contacto con mi tío —ofreció Brig—. Está en Miami.

Bond desmontó el rifle, lo guardó en el maletín y salió del Alcázar en pos de Brig y Massinette, que fueron calle abajo en dirección al hotel para abstemios, el Ranchester. Subieron en el ascensor hasta el quinto piso, y Bond se encontró con un gran equipo de vigilancia de la CIA en una habitación que daba al frente, desde donde se tenía una vista completa de Milford Plaza. Había telescopios, cámaras de fotos con largos objetivos y montadas sobre trípodes, cámaras de un circuito cerrado de televisión que mostraban el vestíbulo del número 1075 y la entrada de la oficina de Amigos de África. Todos los que entraran o salieran del edificio quedarían registrados y sería posible identificarlos. Bond se preguntó si habrían reparado en «Turnbull McHarg», aunque no lo creía probable.

Lo pusieron en contacto por teléfono con Félix Leiter, en Miami.

—Félix, soy James.

—Bienvenido a Washington, hijo. ¿En qué andas? Casi echas a perder todo. ¿Por qué el Transworld Consortium no nos dijo que te enviaban en una misión?

—Porque no me envían ellos.

—¡Oh!

Hubo una pausa, y luego Félix añadió:

—No me digas que estás trabajando por tu cuenta.

—Te agradecería que no informaras a nadie que estoy aquí.

Otra vez se hizo el silencio mientras Félix asimilaba sus palabras.

—James, ¿sabes lo que estás haciendo?

—Por supuesto.

—Muy bien. De ahora en adelante nos encargamos nosotros, ¿de acuerdo? Vuelve a Londres antes de que alguien lo descubra. No es fácil mantener esto oculto.

Bond paseó la mirada por la habitación con todo su equipamiento, los agentes, el dinero invertido en aquella operación, y pensó en la magra cifra que había invertido él en su acto de venganza.

—Félix, ¿me quieres decir qué está pasando aquí?

—No.

—Vamos, Félix. Soy yo, James...

—Digamos simplemente que estamos investigando a Amigos de África Sociedad Anónima. No creemos todo lo que proclama su departamento de relaciones públicas.

—Eso puedo entenderlo —repuso Bond—. Pero ya teníais una agente en Zanzarim hace semanas. ¿Cómo es que fue capaz de interceptarme? ¿Cómo es que trató de matarme?

—Es una larga historia, James. Vuelve a Londres. Te contaré todo en cuanto pueda.

Intercambiaron algunas bromas picantes, y Bond pasó el auricular a Brig. Observó a éste mientras, como era obvio, Félix le daba instrucciones más explícitas. Bond no creía en lo que le había explicado Félix. Allí se cocía algo gordo, y su propia intervención no había sido más que un poco de arenilla en la bien engrasada maquinaria de la CIA.

Brig colgó el teléfono y se volvió hacia Bond.

—Podemos llevarlo de vuelta a su hotel, señor Bond. El Fairview, ¿no?

—Sí —repuso Bond, con una súbita sensación de alivio mezclada con entusiasmo.

Era evidente que no sabían nada del Blackstone Park Motor Lodge. Tal vez aún estaba un paso por delante de ellos.

Volvió con el Mustang al hotel, seguido por el Buick Skylark de Brig y Massinette. Brig entró con él en el vestíbulo y aguardó a que recogiera su llave.

—Señor Bond —le dijo con tono de disculpa—, créame que esto no es fácil para mí. El tío Félix habla siempre de usted, y ha sido un gran placer conocerlo. Pero me gustaría no haber tenido que ponerle la pistola en la cabeza para saludarlo.

—No te preocupes, Brig —repuso Bond con una gran sonrisa—. Ya no te causaré más problemas. Ahora sé la verdad sobre Blessing..., sobre Aleesha. Volveré a casa. Ya sabes: bien está lo que bien acaba.

—Qué bien. Gracias, señor.

Se estrecharon la mano, y Brig se alejó hacia el Buick. Massinette lo esperaba apoyado en el coche, fumando. Subieron al automóvil y se marcharon.

Bond fue al bar del hotel para ordenar sus pensamientos y pidió un Martini con vodka. Le explicó al barman el mejor modo de conseguir un buen vermut sin diluir demasiado el vodka: poner hielo en la coctelera, añadir un chorro de vermut y volcar el vermut; añadir el vodka, agitar bien y servirlo en un vaso bien frío con un trozo de cáscara de limón, sin la parte blanca.

Bond llevó su bebida a un rincón oscuro, encendió un cigarrillo y puso a trabajar la mente. Había supuesto que el tiempo era un aliado, pero ahora se había convertido en un enemigo. Una interferencia más con la operación de la CIA, y Félix llamaría a Londres y lo enviarían de vuelta a Inglaterra sin contemplaciones. Bond calculó que disponía de cuarenta y ocho horas, como máximo.

7. El fontanero

Bond dejó el Mustang en la zona de aparcamiento del hotel, hizo señas a un taxi y le pidió al conductor que lo llevara al Blackstone Park Motor Lodge. Una vez allí, le indicó que diera dos vueltas a la manzana. Mientras el taxista obedecía, Bond observó por la ventanilla trasera y comprobó que nadie lo seguía. Aun así, bajó del coche unos centenares de metros calle arriba y regresó andando, vigilante, volviendo sobre sus pasos, deteniéndose de vez en cuando en algún portal. Nadie iba tras él.

Permaneció en su habitación hasta que oscureció y, entonces, salió al aparcamiento trasero cada diez minutos para comprobar si había luz en la *suite* 5K. En su octava salida vio que al fin había alguien y que las cortinas estaban corridas. Distinguió una silueta que cruzaba frente a la ventana. ¿Sería Blessing? Volvió a su propio aposento y se metió la Beretta en el bolsillo de la chaqueta. No pensaba correr riesgos.

Llamó a la puerta de la *suite* y se anunció:

—El fontanero.

Siempre era mejor que «servicio de habitaciones».

Oyó que Blessing se acercaba a la puerta y decía:

—Por favor, vuelva mañana.

—El hombre de abajo dice que hay una fuga de agua de su cuarto de baño —dijo Bond, imitando un acento mejicano—. Tengo que comprobarlo, señora.

—De acuerdo, de acuerdo.

Al oír que la llave giraba en la cerradura, Bond sacó la pistola del bolsillo y la ocultó detrás de la espalda. Blessing abrió la puerta y ahogó un grito. Un segundo después Bond le había puesto el arma en la cara y había entrado, cerrando tras de sí. Se apoderó de la pistola que Blessing tenía en la mano —tampoco ella corría riesgos, por lo visto—, la arrojó sobre el sofá y se guardó la suya. Blessing había recuperado la compostura y le sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Vaya. Está bien lo del fontanero. En el futuro lo tendré presente.

Llevaba una blusa de satén verde amarillento con mangas abullonadas y unos vaqueros azul claro, ajustados y con las perneras acampanadas. Iba descalza. Observó con aire divertido a Bond mientras él inspeccionaba las habitaciones.

—Estoy sola, James, no te preocupes.

Bond echó una ojeada al dormitorio. La *suite* 5K era mucho más lujosa y elegante que su habitación. Decorada en estilo escandinavo, con muebles de madera clara y

una cama más baja de lo normal, tenía una mullida alfombra azul marino sobre una moqueta gris pizarra, un mueble tocadiscos y, en las paredes, fotografías en blanco y negro de edificios históricos de Washington.

—¿Cómo tengo que llamarte? —inquirió Bond—. ¿Blessing o Aleesha?

—¿Y cómo tengo que llamarte yo? ¿James o Bryce? —replicó ella sonriendo—. Blessing está bien. En realidad, es mi segundo nombre, James.

Bond empezó a relajarse. Después de todo, estaban en el mismo bando.

—Por lo visto, nos hemos estado persiguiendo uno al otro, ¿no? —dijo.

—¿Qué quieres beber? —preguntó ella, yendo hacia el teléfono.

Bond le quitó el auricular de la mano.

—Deja que me ocupe yo. ¿Un *bourbon* te parece bien?

Pidió una botella de Jim Beam, dos vasos, un cubo con hielo y una botella de agua mineral, y dijo que lo cargaran a la habitación del señor Fitzjohn.

—¿Estás alojado aquí? —exclamó Blessing, atónita—. ¿Lo sabe Brig Leiter?

—Todavía no. Quería pasar un rato a solas contigo —repuso él, y añadió sonriendo—: Me gusta cómo te queda el pelo así.

—Gracias, gentil caballero.

Llegó el *bourbon*, y Bond preparó para ambos un trago fuerte. Entrechocaron los vasos, y Blessing se acurrucó en el sofá, con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Bond se sentó enfrente en un sillón.

—Dime si voy desencaminado —empezó él—. Comencemos por el principio. No te reclutó el MI6 en Cambridge. Te reclutó la CIA cuando fuiste a Harvard. Quizá te pagó los estudios para que tu tapadera fuera perfecta.

—Caliente, caliente —dijo Blessing.

Bond sonrió y continuó:

—Luego, una vez acabado tu entrenamiento, te enviaron a Zanzarim y conseguiste trabajo con Edward Ogilvy-Grant, jefe de la central británica —dijo, e hizo una pausa para tomar un trago de whisky—. Yo también te habría contratado. ¿Cómo no hacerlo, con tu currículum? Eres medio lowele, hablas la lengua, tu familia vive en Sinsikrou... El perfil perfecto. Aunque dudo que tu padre fuera un ingeniero escocés.

—Más caliente.

Bond se puso de pie, encendió un cigarrillo y empezó a pasear por la habitación.

—Por alguna razón —prosiguió— la CIA quería saber qué pensaban hacer los británicos en Zanzarim, y tú fuiste su fuente de información. Tenías que espiar a los aliados. Todos lo hacemos, por cierto —comentó con una sonrisa irónica—. Entonces les comunicaste que yo iba a llegar, con la misión de infiltrarme en Dahum. ¿Qué pasó luego?

Blessing se estiró para coger su paquete de cigarrillos y, al hacerlo, la blusa se le abrió un poco y Bond vio que no llevaba sujetador.

—La verdad es que no debería contarte nada —contestó ella.

—Entonces me lo contará Félix Leiter cuando venga a la ciudad. Tú también puedes hacerlo.

Blessing suspiró y encendió un cigarrillo.

—Echo de menos los Tusker. Ya no me gustan los Lucky Strike.

—Supongo que te ordenaron que vinieras conmigo.

—Sí. Era una oportunidad perfecta. Querían que me pusiera en contacto con el general de brigada Adeka... para ofrecerle asilo en Estados Unidos. Un hogar seguro, dinero. Todo el mundo veía que la guerra acabaría pronto. Adeka necesitaría ir a alguna parte.

—¿Por qué estaban tan interesados en él?

—No lo sé.

Bond la miró con expresión escéptica.

—Te digo la verdad. No lo sé —reiteró Blessing—. Mi misión era simplemente hacerle el ofrecimiento. Convencerlo de que era cierto.

Bond se sirvió más whisky, pero ella declinó la invitación.

—De manera que montaste la falsa oficina y me interceptaste.

—Fue sencillo. Yo era la secretaria de Ed Ogilvy-Grant. Le dije que llegabas una semana más tarde de tu verdadera llegada. Monté la oficina, preparé a Navidad. Hice que te dieran la nueva dirección. Llamé a Ed y le dije que estaba enferma.

—Me engañaste bien —comentó Bond, recordando la escena—. Creo que el retrato de Annigoni de la reina fue el toque maestro.

Hizo una pausa y añadió:

—¿Te dijeron también que me sedujeras?

—No. Eso fue idea mía.

—¿Sabías que Kobus Breed nos iba a capturar?

—No. Mi plan era realmente llegar a Dahum en bote contigo por los riachuelos. Kojo, el pescador, no hablaba inglés. Necesitabas un intérprete, en cualquier caso. Entonces apareció Breed —añadió con expresión sombría— y me desconcertó por completo...

—Así que, cuando saliste huyendo durante el ataque, decidiste seguir sola.

—Sí. En medio de aquel caos, me pareció que era lo mejor que podía hacer.

—Entonces ¿quién dio un grito de dolor? ¿No fuiste tú?

—No oí ningún grito de dolor. Sólo disparos, vocerío, explosiones. Di con un matorral espeso y me arrastré dentro. Pasaron soldados justo por al lado. Cuando amaneció todo estaba en silencio. Estuve perdida durante dos días, sin poder salir de la selva. Al fin encontré un sendero de tierra y lo seguí hasta que llegué a un convento casi en ruinas donde habían quedado tres monjas. Me dieron agua y comida, y cuando me recuperé emprendí el camino hacia Port Dunbar. Conseguí llegar unos dos días antes de que acabara la guerra.

Bond hizo una mueca al recordar su propia odisea a través de la selva.

—Sí, yo también pasé lo mío para salir de allí.

—Adeka había recibido una carta donde le avisaban de mi llegada. De hecho, me estaban esperando —dijo Blessing.

—Pero el general había muerto para entonces.

—Así es. No llegué a conocerlo.

—Yo sí —dijo Bond—. Incluso me dio una medalla.

—No me extraña —contestó ella con una sonrisa—. Pero conocí al coronel Denga, y vi otra vez a Breed. Les hice el mismo ofrecimiento, de venir a Estados Unidos, y les dejé claro que yo tenía autoridad para conseguirlo. Mi carta de presentación era bien explícita. Al morir Adeka, me dijeron que se habían puesto en contacto con el hermano que vivía en Londres, Gabriel, para que viniera a instalarse aquí. Estaban dispuestos a gastar un montón de dinero en ello.

—¿Quiénes estaban dispuestos?

—La CIA —repuso ella, que hizo una pausa antes de continuar—: Gabriel Adeka aceptó, y toda la operación de Amigos de África se trasladó a Washington.

Bond frunció el entrecejo y volvió a tomar asiento. No le veía mucho sentido a todo aquello. Confiaba en que Blessing le había dicho todo lo que sabía; pero, al parecer, lo que sabía era muy limitado.

—¿Te dijo Breed que yo estaba en Port Dunbar? —inquirió.

—Sí, claro. Pero le pedí que no me mencionara. En realidad, lo vi poco, porque todo se estaba viniendo abajo. Soy buena, pero no sé cómo habría reaccionado si nos hubiéramos vuelto a encontrar allí —dijo con una sonrisa—. Era mejor que me creyeras muerta.

Bond encontraba lógicas sus explicaciones. Blessing tenía su propia misión, y él habría representado un estorbo. Demasiada confusión.

—¿Por qué está tan interesada la CIA en esta organización benéfica africana? —preguntó Bond como al descuido—. ¿Por qué la trae a Estados Unidos y la instala en esas oficinas tan lujosas?

Blessing no contestó de inmediato.

—Si he de ser sincera, no lo sé —contestó al cabo—. Sólo me dijeron lo que consideraban que yo debía saber. Pero tengo la impresión de que la persona que realmente les interesa es Hulbert Linck.

—¿Qué fue de él?

—Nadie lo ha vuelto a ver desde que subió a un avión en Janjaville.

—¿No subió contigo en el último Super Constellation?

—No. También había un DC-3. No sé si lo viste.

—Tengo todos los detalles de esa noche grabados a fuego en la memoria —repuso Bond con una mueca.

—Linck y Kobus Breed se marcharon en el DC-3. Yo subí al Constellation con todos los demás.

Bond seguía sin sacar nada en claro, así que cambió de tema.

—¿Por qué me disparaste?

Blessing bajó la cabeza, y luego la alzó y lo miró directamente a los ojos.

—Es muy simple. Para salvarte y salvarme. ¿Viste el garfio que llevaba Breed? Me dijo que te iba a colgar del gancho, y fue muy explícito al respecto. Al parecer, es su sello personal. Además, Breed sospechaba bastante de mí, por haber estado al principio contigo. De hecho, creo que esa noche me habría matado. Me habría matado y te habría matado a ti... si yo no te hubiera disparado —añadió con tono de disculpa—. Te disparé exactamente donde me propuse, James. Nos entrenan para que sepamos qué disparos matarán y cuáles no. Estaba segura de que el tiro no te mataría. Y Breed quedó muy impresionado. Vio que yo hablaba en serio.

—¿Sabe que eres de la CIA?

—No. Sólo represento a ciertos grupos con mucho dinero e influencia. Está convencido, aunque no he sido muy específica.

Pero eso no convencía a Bond. Breed sería un psicópata, pero no era estúpido, pensó. Él y Denga tenían que imaginar que allí estaba involucrada una agencia del Gobierno o algo similar, pues había demasiado dinero en juego, demasiado poder, y se estarían aprovechando de ello. Una cosa lo inquietaba: pese a todas las veces que se habían encontrado los últimos días en Port Dunbar, Breed jamás le había mencionado que Blessing había sobrevivido al combate en la selva. Le impresionó la capacidad de Breed para guardarse esa información. Parecía impropia de él...

Encendió otro cigarrillo.

—De modo que toda esa gran vigilancia de Milford Plaza es para tratar de pillar a Linck.

—Así es.

—¿Por qué? ¿Por qué Linck es tan importante para la CIA?

—Te lo he dicho: no lo sé. Linck debe de tener algo que la CIA quiere. Información, algún secreto... No lo sé, de verdad.

Bond volvió a fruncir el entrecejo. Siempre había albergado dudas sobre Linck.

—Nunca creí que fuera realmente un millonario loco y romántico aficionado a las causas perdidas.

—Creo que eso es lo que él quería que creyera la gente. Pero allí hay algo más —afirmó Blessing—. Me presionan mucho. Demasiado. No es normal, y tampoco es justo, a decir verdad. Estoy en el seno de Amigos de África, y soy de absoluta confianza. Pero Brig y los otros son incapaces de entender por qué no puedo decirles dónde está Hulbert Linck, y ni siquiera si sigue vivo. A veces pienso que quizá lo mató Breed.

—Es muy posible —coincidió Bond.

Blessing se puso de pie.

—Oye, voy a darme una ducha. Podríamos pedir algo de comer al servicio de habitaciones, ¿no?

—Salgamos a cenar como es debido —propuso Bond.

Blessing sonrió con ironía.

—No creo que deba correr el riesgo de que me vean cenando contigo, James. ¿Qué pasa si Kobus Breed se entera?

—Sí, tienes razón. Es sólo que no me gusta la comida que ofrecen en este motel.

Blessing fue al cuarto de baño, y un momento después Bond oyó el ruido de la ducha. Bebió otro vaso de whisky mientras esperaba, en tanto que trataba de encajar las dispares piezas de aquel rompecabezas. Sin éxito. Amigos de África, Gabriel Adeka, Hulbert Linck, la CIA...

Kobus Breed se había marchado de Janjville en el mismo avión que Linck. Bond estaba cada vez más convencido de que Breed era la clave de todo.

Blessing volvió a la habitación. Llevaba una bata de algodón negra y naranja de dibujos llamativos, larga hasta la mitad del muslo y anudada a la cintura. Bond supuso que iba desnuda debajo. «Concéntrate —se dijo—, consigue toda la información posible».

—¿Dónde está Gabriel Adeka? —preguntó.

—Dirige todo desde una mansión de la comarca de Orange, en Virginia, llamada Rowanoak Hall. Es una especie de clínica donde se hace una evaluación médica de los niños para ver adonde los transfieren.

—¿Qué niños?

—Los niños que llegan en los aviones de Amigos de África.

Blessing se sirvió otro whisky y dio unos sorbos antes de añadir:

—Lo curioso es que es Adeka quien paga por la mansión, no nosotros. La CIA sólo paga las oficinas en Milford Plaza.

—¿Has estado allí, en esa casa de la comarca de Orange?

—Un par de veces para encontrarme con Denga. Es un pequeño hospital con la tecnología más moderna —dijo ella, dejando el vaso—. Tengo hambre.

—¿Breed está ahí?

—Es donde vive. Él y Denga parecen trabajar en estrecha colaboración.

—Son viejos colegas militares. ¿Adónde llegan esos vuelos?

—No van a Washington. Hay un pequeño aeropuerto no muy lejos, en Seminole Field, a unos cuarenta minutos de Rowanoak Hall. Los chicos llegan en avión y los transportan en ambulancia hasta la casa, donde reciben asistencia médica y luego los transfieren a hospitales especializados de Washington, Maryland, Virginia, según cuál sea su dolencia. Es toda una operación.

Se sentó en el sofá, poniendo buen cuidado de que no se le subiera el borde de la bata. Bond se obligó a dejar de contemplar sus esbeltos muslos morenos.

—Mañana llega un vuelo, precisamente —prosiguió ella—. Todo un acontecimiento, porque vendrá gente del Departamento de Estado. Es una buena tapadera para nosotros que el Gobierno participe y dé su aprobación.

—Tal vez debería ir a investigar —dijo Bond.

—Creía que volvías a Londres.

—Así es. Pero no tengo tanta prisa. Estoy de baja. Convaleciente. Alguien me

disparó en el pecho.

—Creo que te debo una disculpa —dijo Blessing, que alargó el brazo para coger su vaso.

El gesto hizo que por un momento se le abriera la bata en el pecho, hasta que ella la cerró con la mano. Bond dio un buen trago a su whisky, recordando el cuerpo de Blessing aquella noche en la posada de Lokomeji.

—Tengo que irme —anunció, con voz más ronca de lo que habría deseado.

—Deja que primero me disculpe —replicó ella, poniéndose de pie.

Se desanudó la bata y dejó que cayera a sus pies, sobre la alfombra. Permitted que Bond la admirara durante unos segundos y luego se agachó para recoger la bata, se la colgó del brazo y fue hacia el dormitorio. Él la siguió. Blessing dejó la bata en un gancho de la puerta y sonrió a Bond.

—Siento haberte disparado —dijo—. Pero lo hice para salvarte la vida.

Y se metió en la cama.

Bond se quitó la corbata y empezó a desabrocharse la camisa.

8. Chelsea

Bond y Blessing hicieron el amor. Luego pidieron comida y bebida —dos *omelettes* con patatas fritas y una botella de champaña— y, tras dar cuenta de todo, volvieron a hacer el amor. Ella se mostró ansiosa e insistente, y lo guiaba con precisas instrucciones. En cierto momento hizo que Bond se pusiera de espaldas y se sentó a horcajadas sobre él; con las manos firmemente apoyadas en su pecho, empezó a balancearse atrás y adelante. Obediente a lo que ella le decía, Bond gozó de su cuerpo, delgado, moreno y con toda la flexibilidad propia de la juventud.

Más tarde, cuando yacían uno en brazos del otro, ella le dijo que no había estado con nadie más desde que Kobus Breed los había capturado.

—No dejaba de pensar en ti —confesó—. Y, cuando te vi en el restaurante, el corazón me dio un vuelco.

Lanzó una risita y añadió:

—Mi primera reacción fue de placer, no de alarma. ¿Qué te parece?

—Que aún tienes mucho que aprender —contestó Bond.

Ella lo golpeó con suavidad en el hombro y lo besó.

—Entonces enséñame —dijo.

Bond abandonó sigilosamente la habitación de madrugada, tras haber conseguido que Blessing le diera todos los detalles sobre el vuelo de Amigos de África y sobre la casa de la comarca de Orange. Después de vestirse, se había despedido de ella con un beso y había acariciado por última vez su cuerpo desnudo, mientras Blessing yacía adormilada en la cama en medio de las sábanas revueltas.

—Supongo que es mejor que no volvamos a vernos hasta que esto acabe —dijo Bond.

—¿Sabes qué? Pediré que me trasladen a Londres —decidió ella, que se sentó y le rodeó el cuello con los brazos—. Estaría bien, ¿no crees? Tú y yo en Londres. ¿Dónde vives?

—Ya sabes dónde vivo.

—No, no lo sé.

—En Chelsea.

—Tú y yo en Chelsea...

Blessing se recostó otra vez en las almohadas y empezó a acariciarse.

—Piensa en eso, James...

Bond estuvo tentado de arrancarse la ropa y subir a la cama.

—No hay nada de malo en pensarlo —repuso.

Le dio un rápido beso en los labios y se marchó antes de que su resolución lo abandonara.

Cuando cruzaba desde el anexo al edificio principal del motel, un sexto sentido lo hizo refugiarse en las sombras del hueco de una puerta. Esperó y escudriñó a su alrededor. La zona de aparcamiento estaba casi llena, y los coches cubiertos de rocío brillaban a la luz de los reflectores, como una especie de manada mecánica que durmiera en su vasto potrero. Nada se movía, no había nadie a la vista. Aguardó un par de minutos hasta que se cercioró de que no había de qué preocuparse. Entró por la parte de atrás del motel, saludó con un gesto al portero de noche y subió hasta su habitación. Pidió a la telefonista del motel que le avisara a las cinco de la mañana, y durmió un par de horas. Tras ducharse y afeitarse, bajó al vestíbulo poco antes del amanecer e hizo que el soñoliento portero le llamara un taxi. Media hora más tarde estaba tomando el desayuno en el comedor del Fairview.

Acabado el desayuno, Bond tomó un taxi hasta las oficinas de la British Overseas Airways, en la avenida Pennsylvania, y confirmó su vuelo a Londres para la tarde del día siguiente. Se alegraba de haber sacado un billete de primera clase, pues eso le permitía cambiar la fecha sin problemas hasta el último minuto, y era poco probable que lo penalizaran por no presentarse, siempre y cuando avisara antes. Dejó las oficinas, hizo señas a un taxi y le dio diez dólares al conductor para que lo llevara al otro lado de la esquina y esperara. Oculto en el hueco de una puerta, vio que el agente Massinette entraba en las oficinas de las líneas aéreas, sin duda para confirmar en qué vuelo partía Bond. La CIA quería asegurarse, y Bond supuso que ahora aflojarían su vigilancia. Massinette conseguiría toda la información necesaria con sólo mostrar su insignia, y luego se la pasaría a Félix Leiter.

Bond subió otra vez al taxi y le pidió que lo llevara de regreso al Fairview. Había algo en Massinette y su conducta que no acababa de gustarle, cierto déficit en la habitual profesionalidad de la CIA que tan bien encarnaba Brig Leiter. Le había molestado la manera hosca y agresiva en que lo había mirado la primera vez que se habían encontrado. Brig Leiter tenía celo y ética, y eso se hacía evidente apenas uno lo conocía. Evaluar a Massinette era mucho más difícil. Bond se dijo que más le valía olvidarlo. Tal vez el tipo tenía problemas personales que le hacían ver el mundo con amargura. Al fin y al cabo, los agentes también eran seres humanos.

Cuando llegó al Fairview, fue a la zona de aparcamiento y permaneció sentado en el Mustang durante cinco minutos. Una vez que se convenció de que nadie lo vigilaba, condujo con calma hacia el oeste, dando un rodeo hasta el aeropuerto de Seminole Field.

El Seminole Field cumplía el doble objetivo de concentrar los cortos vuelos diarios de pequeños aeroplanos que salían para Maryland, Virginia y Philadelphia,

por un lado, y de albergar tres escuadrones de F-100 Super Sabres de la Guardia Aérea Nacional, por otro. En consecuencia, la pista de aterrizaje era lo bastante larga para que pudieran utilizarla grandes aviones de transporte y jets comerciales. Bond aparcó el coche y, llevando en la mano los prismáticos, se sumó a la pequeña multitud que observaba los aviones desde un elevado montículo fuera del perímetro vallado, desde donde había una buena vista de la pista principal, la plataforma de estacionamiento de los aeroplanos y la torre de control, así como de los edificios de llegada y embarque. Los hangares de la Guardia Aérea Nacional se hallaban en el extremo más alejado del aeropuerto. Echó una ojeada al reloj. Según Blessing, el vuelo de Amigos de África debía llegar al cabo de una hora, procedente de Jartum. Al observar la pista con los prismáticos vio que habían protegido un área con barandas móviles. En una pequeña hilera de gradas colocadas a un costado, unos cuantos periodistas y fotógrafos esperaban, charlando y fumando.

Pasados unos treinta minutos llegó una reducida caravana de limusinas, de donde descendieron diversos dignatarios a quienes condujeron a los edificios del aeropuerto. Bond alcanzó a distinguir al coronel Denga y a Blessing. Había hombres con traje y unas pocas mujeres con vestido y sombrero; patrocinadores de Amigos de África y funcionarios del Ministerio del Interior, supuso Bond. El comité de bienvenida había llegado, pero era evidente que Gabriel Adeka no había acudido. Entonces tres ambulancias con el logotipo de Amigos de África entraron en la plataforma de estacionamiento y aparcaron en fila, a la espera del avión.

A la hora en punto, un Boeing 707 descendió en el aeropuerto y aterrizó, lo que produjo un murmullo de excitación entre los observadores del montículo. Cuando rodó por la pista, Bond vio la leyenda que figuraba en el costado, «Transglobal Charter», pero en el morro estaba el ya conocido logotipo de Amigos de África. El avión se detuvo, los dignatarios aplaudieron, y pusieron las escalerillas en las puertas principales. Acercaron las camillas de las ambulancias, y el personal sanitario esperó junto a ellas.

Entonces se abrieron las puertas y aparecieron los niños. Primero, los que podían caminar, algunos con la cabeza o un miembro vendado, otros con muletas, los más pequeños y débiles en brazos de enfermeros, y por último los que acostaron en las camillas para las fotos de rigor.

Bond enfocó los prismáticos en los dignatarios mientras éstos permanecían brevemente junto a los niños y estallaban los flashes. Denga estaba en un extremo del grupo —impecable con un traje ligero de algodón *beige*— al lado de un senador joven; en el otro extremo, un subsecretario de Estado con Blessing. Hubo entrechocar de manos, alguien pronunció un breve discurso y siguieron unos cuantos aplausos corteses. Bond advirtió que los niños que podían andar llevaban una especie de uniforme: gorra de béisbol con visera, un mono azul claro y una mochilita en la espalda con el logotipo de Amigos de África. Las obras de caridad y el decente altruismo requieren unas eficientes relaciones públicas, pensó Bond.

En pocos minutos instalaron a los niños en las ambulancias y éstas se alejaron en dirección a una puerta de la valla que cercaba el aeropuerto, con las luces centelleando. Bond fue a grandes zancadas hasta el coche y se dirigió a toda prisa hacia la entrada lateral, justo a tiempo para ver que la última de las ambulancias enfilaba hacia el oeste por la autopista que conducía a la comarca de Orange. Dos policías en motocicleta escoltaban la pequeña caravana. Bond redujo la marcha para dejar que lo pasaran algunos vehículos. Iba a ser muy fácil seguirlos.

Al cabo de veinte minutos, las ambulancias dejaron la autopista y tomaron un camino que atravesaba una zona notoriamente rural. Se hallaban a apenas una hora de Washington, estimó Bond, pero ésta parecía muy remota. Pasaron ante unas pocas casas, cada vez más espaciadas. Había prados con caballos pastando, densos bosquecillos —olmos, nogales, fresnos— y un terreno con suaves ondulaciones: valles y arroyos, grupos de colinas bajas cubiertas de hierba. Era el campo, pero muy civilizado.

Al fin, después de pasar por un pueblo denominado Jackson Point, las ambulancias cruzaron una puerta flanqueada por dos garitas y entraron en Rowanoak Hall, el nuevo cuartel general de Amigos de África S. A.; a años luz del mugriento local de Bayswater, pensó Bond. Según le había contado Blessing, allí proporcionaban comida y medicinas a los niños, evaluaban su estado de salud y los transferían a diversos hospitales de Washington o de los alrededores donde recibirían el mejor tratamiento para sus lesiones o enfermedades. Niños huérfanos, malnutridos, enfermos, heridos por minas terrestres o víctimas de violencia tribal, a quienes se ponía a salvo y se les prestaba socorro en Estados Unidos, sin ahorrar en gastos. Verdaderos amigos de África, pensó Bond. Todo organizado a la perfección y bendecido con la autorización del Gobierno. Pero ¿qué estaba pasando allí realmente?

Recorrió despacio el camino que bordeaba los muros de ladrillo de la mansión, de tres metros de alto. La casa se alzaba en medio de un parque arbolado muy cuidado, compuesto por centenarias moreras, píceas, álamos de Virginia y pacanas. Que él viera, en la tapia no había instalaciones eléctricas especiales ni sistemas de alarma. Se detuvo en una lodosa zona de aparcamiento y trepó a una haya para tener una buena visión de la casa en sí.

Enfocó los prismáticos y vio un edificio enorme de ladrillos y más bien feo, construido en el siglo diecinueve según una suerte de estilo neogótico exagerado. Había almenas, torres, contrafuertes, racimos de adornos en gancho, pináculos y una ornamentación recargada en cada sitio posible. Las tres ambulancias estaban aparcadas frente al porche de la casa, en el ancho camino curvo de grava, y, mientras Bond observaba, se les sumaron las que enviaban los hospitales que colaboraban con Amigos de África. Una hora más tarde todas se habían marchado, llevándose a los niños. Bond se preguntó cuánto personal quedaría en la casa. De vez en cuando, unos hombres fornidos con cazadora y *walkie-talkies* se paseaban por el parque y luego desaparecían. Ése era el único signo visible de unas medidas de seguridad especiales.

Después de todo, Amigos de África era una organización benéfica. ¿Estaría dentro Gabriel Adeka? ¿Y Kobus Breed? Imaginó que Breed se mantendría cerca de Adeka. Que él supiera, ni el coronel Denga ni Blessing habían acompañado a la caravana de ambulancias.

Bond descendió de su aventajado puesto de observación, con los músculos algo agarrotados. Caía la noche y el cielo se oscurecía ya cuando pasó frente a la entrada principal y descubrió un sendero arbolado donde podía dejar el coche aparcado fuera de la vista, y tener en cambio una buena visión de la casa. Al acabar la jornada de trabajo, varios coches privados salieron del recinto, y en algunos distinguió enfermeras con uniforme. En una de las garitas había un hombre que salía a abrir y cerrar las puertas e intercambiaba unas palabras amables con algunos de los miembros del personal que se marchaban.

Cuando no aparecieron más coches, Bond supuso que Rowanoak Hall había quedado vacía, sin más gente que sus habituales ocupantes: Adeka, quizá, además de Breed y sus ayudantes y guardaespaldas. No podría saberlo con certeza hasta que se introdujera en la casa y los contara por sí mismo. Pero no esa noche, se dijo. Una vez que cruzara esos muros tenía que estar preparado para todo. Tal vez Blessing pudiera decirle algo más sobre el personal que quedaba en la mansión cuando se cerraban las puertas por la noche. Puso en marcha el coche y enfiló hacia Washington. Tenía hambre, pues no probaba bocado desde el desayuno.

9. Blessing

Bond preguntó en la recepción del Fairview cuál era el mejor asador de Washington, y le recomendaron una parrilla de H Street. De modo que tomó un taxi hasta allí y pidió una mesa para uno. Sabía exactamente lo que quería y, mientras le preparaban el Martini con vodka en el bar, consultó al *maître*. Tras deslizarle el obligatorio billete de veinte dólares, le contó la inocua mentira de que festejaba su cumpleaños y que era un tipo quisquilloso con la comida, a fin de asegurarse de que dispusieran todo tal como deseaba.

Diez minutos más tarde lo condujeron a su mesa, en un rincón del comedor. La mantelería era blanca; los cubiertos de plata, pesados y de estilo tradicional, y las copas relucían, impolutas. La parrilla de H Street reproducía los valores elitistas de un asador Victoriano, adaptado a Estados Unidos un centenar de años después: paredes con paneles de madera oscura, candelabros de pared de baja potencia, cuadros de marcos dorados con escenas de encuentros deportivos o de batallas fronterizas, alguno que otro trofeo de caza embalsamado en las paredes, suelo de mármol a cuadros y camareros canosos de aspecto venerable, con un largo delantal blanco, que servían las mesas.

La botella de Château Lynch-Bages 1953 que Bond había ordenado previamente ya estaba decantada y, no bien se sentó, le llevaron en una bandeja laqueada todos los ingredientes necesarios para preparar una vinagreta según su propia fórmula secreta: una jarrita de aceite de oliva y otra de vinagre de vino tinto, un tarro de mostaza Dijon, medio diente de ajo, un molinillo de pimienta negra, un platito con azúcar granulada, un bol, una cucharilla de té y una batidora de mano para mezclar los ingredientes^[7].

Bond preparó rápidamente el aliño, y un momento después le llevaron su bistec de lomo —*à point*— con ensalada. Había pedido un bistec de lomo porque no quería que la carne rebasara el plato. Estaba bien dorado a la brasa por fuera, y rosado por dentro, no demasiado hecho. Bond aderezó la ensalada, condimentó la carne y bebió el primer trago de vino de Burdeos. Mientras comía y bebía, se entregó a la fantasía de que la vida era hermosa y que el mundo seguía el curso debido; ¿acaso no era ése el propósito de una buena cena? Acabó la comida con medio aguacate sazonado con lo que quedaba de su aliño. Bebió una copa de calvados, fumó un cigarrillo y pidió la cuenta. Saciada su hambre culinaria, lo acometió otra. Tenía hambre de Blessing, de su cuerpo delgado y lleno de energía. Ansiaba que le diera más instrucciones precisas

de lo que deseaba que le hiciera.

Bond entró en el vestíbulo del Blackstone Park, saludó a Delmont, que trabajaba aquella noche, y subió a su habitación. Esperó hasta que se hicieron las diez y entonces bajó otra vez al vestíbulo y salió a la zona de aparcamiento por la puerta trasera. Las luces de las habitaciones de Blessing estaban encendidas. Sintió que se le aceleraba el pulso por la anticipación del encuentro.

Llamó a su puerta. No hubo respuesta. Llamó otra vez y dijo:

—Blessing, soy James.

Tampoco hubo respuesta. Insistió de nuevo, más fuerte, y nada. Volvió al vestíbulo, por la puerta trasera, y pidió al portero de noche que llamara a su habitación. El teléfono sonó y sonó sin que nadie atendiera. Qué extraño. El portero de noche acababa de empezar su turno, por lo que no le fue de ninguna ayuda para aclarar lo que ocurría. Tal vez Blessing había tenido que marcharse a toda prisa y había olvidado apagar las luces.

Bond fue al vestíbulo principal, en busca de Delmont.

—Hola, señor Fitzjohn, ¿en qué puedo ayudarlo?

Bond lo llevó discretamente a un lado y bajó la voz.

—Delmont, ¿podrías hacerme un favor? ¿Ha vuelto mi esposa? Ya sabes, la mujer de la *suite* 5K del anexo.

—Deme dos segundos.

Delmont fue deprisa a la recepción y volvió en un santiamén.

—Está en su habitación, señor. Llegó hace como una hora y media, y no ha salido porque en ese caso su llave estaría aquí.

—De acuerdo. Gracias, Delmont.

Bond le dedicó una sonrisa tranquilizadora para ocultar su propia preocupación. Atravesó con calma el vestíbulo hasta la entrada posterior y subió por la escalera hasta el segundo piso. Echó una ojeada alrededor para comprobar que el pasillo se hallara vacío, y entonces giró el talón de su mocasín, extrajo la hoja encerrada en el interior y la deslizó entre la cerradura y el marco de la puerta. Arremetió con el hombro, y la puerta cedió. La empujó para abrirla.

Las luces estaban encendidas, y el bolso de Blessing, arrojado en el sofá. Hasta allí, nada que llamara la atención. ¿Se habría tomado un somnífero y se habría quedado dormida enseguida en el dormitorio?

—Blessing, soy yo... —dijo Bond, y luego lo repitió más alto.

Silencio.

Quizá era cierta su primera suposición. Había salido a toda prisa, por algún asunto urgente. Pero ¿por qué no se había llevado el bolso?

Una premonición hizo que se le revolviera el estómago: algo en su interior lo instaba a no entrar en el dormitorio. Dio unos pocos pasos y se detuvo.

Un charco oscuro y pegajoso se había formado frente al dormitorio con la sangre que se filtraba por debajo de la puerta.

Bond giró el pomo y trató de abrirla. Pesaba mucho más de lo normal. Se le escapó un gemido, pues sabía lo que le había pasado a Blessing y quién lo había hecho.

Se quedó allí espantosamente inmóvil, incapaz de decidir si dar media vuelta y marcharse o enfrentarse a sus más lúgubres sospechas. Tenía el corazón en un puño, pero sabía lo que tenía que hacer.

Apoyó todo el peso contra la puerta y empujó hasta que la abrió.

Una mirada fue suficiente. Blessing estaba muerta, desnuda, colgada por la barbilla del gancho de la puerta. La sangre aún goteaba de su garganta rajada.

Bond cerró de un tirón y cayó de rodillas.

Kobus Breed.

Sintió que los ojos le escocían por las lágrimas cuando agachó la cabeza y pensó, desesperado, en Blessing y en lo que debía de haber sufrido, una atrocidad que lo hizo estremecerse y arder de cólera. Entonces se puso de pie, con la mente más despejada. Respiró hondo, mientras la conmoción iba dando paso a una nueva resolución más firme que el granito. Nada infundía tantas fuerzas como un propósito claro y total. Ahora tenía un único objetivo. James Bond mataría a Kobus Breed.

10. Un comando de un único hombre

Bond llamó a Brig Leiter desde el Fairview. Era pasada la medianoche.

—Alerta roja, Brig —dijo Bond con voz ronca—. Malas noticias. Han liquidado a tu agente. Lo siento muchísimo.

—¿Qué? Dios mío, no. ¿Aleesha? ¿Dónde está? ¿En su casa?

—No, en un motel. El Blackstone Park Motor Lodge, *suite* 5K. Una escena muy desagradable.

Silencio. Bond casi podía oír cómo trabajaba el cerebro de Brig.

—¿Cómo lo sabe?

—La vi.

—¿Qué hacía ella en un motel? ¿Y cómo es que usted estaba en su habitación?

—Se mudó. Creo que se sentía más a salvo en un motel.

—¿Quién la mató?

—Kobus Breed.

—Dios mío...

Hubo otra pausa, y luego Brig añadió:

—No ha contestado usted mi segunda pregunta, señor Bond.

—Fui a su habitación para preguntarle algo.

—¿Cómo sabía que se alojaba allí?

—La seguí.

—De acuerdo. Félix viene de Miami esta noche.

—No voy a poder verlo —dijo Bond—. Vuelvo a Londres esta noche.

Hizo una pausa para que Brig asimilara su mentira y prosiguió:

—Brig, no sé qué procedimientos seguís en estas circunstancias, pero creo que deberíais poner un equipo a vigilar el motel y sellar la habitación. Dejé un cartel de «No molestar» en la puerta. Controlad todas las entradas y salidas. Además, yo esperaría veinticuatro horas antes de avisar a la policía. Esperad a que llegue Félix y coordine todo con ellos. De otro modo, Breed podría darse a la fuga.

—Sí, tiene razón —asintió Brig—. ¿A qué hora sale su avión?

—A las nueve de la noche.

Que siguieran pensando que volvía a Inglaterra; cuanto más tiempo lo creyeran, mejor. Tenían tareas más importantes entre manos que preocuparse por James Bond.

Se despidieron, y Bond colgó el auricular. Se desvistió y se quedó bajo la martilleante ducha como si el agua pudiera llevarse sus dolorosos sentimientos, sus

recuerdos de Blessing y su horrible muerte. Luego trató de dormir, pero su mente trabajaba a un ritmo febril en el plan que estaba concibiendo. Necesitaba equiparse mejor para poder atacar la mansión de Rowanoak sin ayuda. Dio la vuelta a la almohada y apoyó la mejilla en el lado inferior, más frío. ¿Por qué Breed había matado a Blessing? Sólo podía haber una respuesta: Breed la había seguido hasta el motel y la había visto con él. Blessing otra vez en contacto con James Bond. Eso habría sido suficiente para que pesara sobre ella una sentencia de muerte. Bond recordó el aviso que le había enviado su sexto sentido al pasar por la zona de aparcamiento después de dejar las habitaciones de Blessing. ¿Habría estado Kobus Breed allí fuera, vigilando en la oscuridad? Además, Bond era consciente de que el modo de matarla había sido una advertencia para él. Breed sabía que él interpretaría el mensaje que le había dejado: «Sé que estás ahí. Y tú eres el próximo, Bond».

Siguió meditando. Si Breed no había actuado de inmediato, era porque quería esperar hasta que hubiera llegado el vuelo y Blessing hubiera cumplido sus obligaciones para con Amigos de África. Por lo tanto, en ese avión que había aterrizado en Seminole Field debía de haber algo de suma importancia. ¿Doce niños enfermos? Tenía que haber algo más.

Bond pidió que le llevaran el desayuno a la habitación, pero se limitó a tomar una taza de café y fumar un cigarrillo, sin tocar los huevos. No tenía hambre. Cuando dejó el Fairview, vio que el agente Massinette se dirigía a su encuentro. Bond lo saludó con bastante afabilidad, pero Massinette se mantuvo impasible.

—Brig me pidió que le dijera que tenemos bajo vigilancia el Blackstone Park. La habitación está sellada.

—Muy bien. Eso les dará algo de tiempo.

—¿Puedo preguntarle adonde va, señor Bond?

—A hacer algunas compras. Regalos para mis amigos de Londres.

—¿Ah, sí? Bueno, que pase un buen día.

Esa noche, Bond desplegó sobre la cama todo lo que necesitaba. Armas: el Frankel and Kleist, totalmente cargado y con cartuchos de reserva; su Beretta con dos cargadores extra; la navaja del atracador con sus incrustaciones en forma de rombo; un pequeño aerosol de gas pimienta (con capsaicina) y, por último, un calcetín lleno de monedas de cinco y diez centavos de dólar, bien anudado para hacer una cachiporra. En cuanto a la ropa, había comprado una cazadora de cuero negro con grandes bolsillos pegados, un jersey negro de cuello alto y un pasamontañas negro de punto, así como un rollo de cuerda de nailon. Iba a llevar los pantalones gris oscuro de su traje remetidos en los calcetines, con un par de zapatillas negras con gruesas suelas de goma.

Un comando de un solo hombre para un ataque comando de un solo hombre, se dijo Bond con ironía.

Tenía que hacer una última llamada telefónica, y luego pagaría la cuenta en el hotel y saldría para el aeropuerto. Se sentó en la cama y sacó la tarjeta de visita de Turnbull McHarg.

Ya había oscurecido cuando Bond llevó el Mustang hasta la puerta del Fairview y el botones cargó su equipaje en el maletero. Bond le dio una propina y miró a su alrededor para ver si alguien estaba prestando especial atención a su partida. No había señales de Massinette; pero Bond se dijo que, de haber estado él en el lugar de Brig Leiter conduciendo esta operación, lo habría hecho seguir. Era el procedimiento habitual. Por razones de seguridad.

Se dirigió hacia el aeropuerto de Dulles. No habría podido decir si lo seguían, pues había muchísimo tráfico que salía de la ciudad. No muy lejos del aeropuerto se detuvo en una gasolinera y llenó el tanque, mientras observaba si algún coche se paraba o disminuía la marcha. No advirtió nada raro, de modo que volvió a subir al Mustang y dio un viraje para tomar la autopista en dirección a la ciudad. Incrementó la velocidad y, en el último momento, salió en una intersección, cambió de dirección y enfiló otra vez hacia el aeropuerto. Empezó a relajarse. Pasó de largo ante la salida para Dulles y poco después abandonó la autopista para internarse en las tranquilas calles de Ashburn. Anduvo durante unos diez minutos, deteniéndose de pronto y reanudando la marcha, o girando súbitamente en redondo. Nadie lo seguía. Podía emprender el camino a Rowanoak Hall con total seguridad.

Bond aparcó el coche en un camino cercano a la casa y se vistió con la ropa negra. Miró el reloj: las once y diez. Para entonces, Brig y Félix Leiter ya sabrían que no estaba a bordo del avión a Londres. Bond se había esfumado: un agente solitario que volvía a actuar por su cuenta.

Ese asalto a solas al cuartel general de Amigos de África era un riesgo calculado, y se preguntó si Félix imaginaría lo que planeaba hacer. Lo dudaba. Sólo un loco intentaría algo así. ¿Tratarían de capturar a Breed? No, no lo harían todavía. Blessing le había dicho que, a su juicio, el verdadero objetivo era Hulbert Linck, y la CIA no haría nada que ahuyentara a su presa. Como fuera, Bond sabía que disponía de esa única noche. Pasara lo que pasara, no habría una segunda oportunidad. Tenía que llevar a cabo su venganza en unas pocas horas, antes de que la CIA encontrara su pista y lo detuviera.

Se enrolló en el cuerpo la cuerda de nailon y montó el rifle Frankel and Kleist, tras lo cual se llenó los bolsillos de la cazadora con el resto de las armas. Confiaba en que no hubiera perros —hasta el momento no había visto ninguna señal de ellos—, pero por si acaso tenía el aerosol de gas pimienta. En una ocasión había detenido con una rociada a un dóberman que gruñía amenazador: la capsaicina era infalible.

Fue con el Mustang hasta el extremo más apartado de la mansión de Rowanoak y lo aparcó contra el muro de ladrillo. Se subió al techo del coche y desde allí trepó a lo alto de la cerca. Antes de saltar al otro lado dejó caer con cuidado el rifle en el césped, con el cierre de seguridad puesto. Se colocó el pasamontañas y empezó a atravesar el parque arbolado en dirección a las distantes luces de la casa.

Al acercarse a ésta vio a un hombre que fumaba un cigarrillo, en el jardín posterior. Parecía llevar un *walkie-talkie* en la mano mientras se paseaba arriba y abajo, en teoría haciendo guardia. El terreno trasero estaba iluminado por un potente reflector instalado en lo alto de las falsas almenas. También el camino de grava de la entrada tenía una intensa iluminación, de modo que nadie podía aproximarse a la casa sin introducirse en este amplio cerco de luz resplandeciente.

Bond avanzó sin problemas por entre los árboles y arbustos del parque, de tal manera que contaba siempre con una buena vista de la fachada principal, donde dos grandes reflectores iluminaban todo el camino de entrada hasta las garitas. Un pequeño sicomoro le ofreció el lugar ideal para apoyar el Frankel en una rama baja y disponer de una base firme para disparar. Movi6 la llave de la mira telesc6pica para colocarla en el modo de visi6n nocturna. Eugene Goodforth estaba en lo cierto: el tenue brillo rojo del ret6culo no interfería en absoluto la vista. Mir6 a trav6s de la lente, enfoc6 el objetivo y aguard6. Cinco minutos para la medianoche. Confiaba en que su distracci6n fuera puntual.

De hecho se atras6 diez minutos, pero no importaba. A las doce y diez Bond vio los faros del coche de Turnbull McHarg que se detenían frente a las garitas y oy6 que hacía sonar la bocina con insistencia, tal como Bond le había indicado. Cuando le había telefoneado un poco antes, lo había invitado a una fiesta «sorpresa» de cumpleaños que unos amigos ricos iban a darle en una enorme mansión fuera de Washington, Rowanoak Hall, y le había dado instrucciones precisas y unos cuantos detalles. Iba a ser muy divertido, con grandes cantidades de caviar y champaña. Y chicas. McHarg se había mostrado encantado. «Allí estaré, James. Estaba ansiando verte. Tenemos que ponernos al día en muchas cosas. Un millón de gracias».

Bond sabía que no permitirían que McHarg cruzara las puertas, pero eso era todo lo que necesitaba. Un altercado y su nombre mencionado con énfasis. Ya podía oír a McHarg alzando la voz, protestando de forma estent6rea contra el intransigente guardia de la garita, exigiendo entrar a la fiesta, insistiendo en que lo había invitado el propio agasajado, James Bond.

Bond apoy6 el Frankel contra la mejilla y fij6 los hilos cruzados del ret6culo en el primer reflector. El ruido del estallido del foco casi apag6 el del disparo. Movi6 la mira y elimin6 la segunda luz. En la súbita oscuridad, Bond oy6 la grosera exclamaci6n de asombro y conmoci6n de McHarg, y luego corri6 hacia el jardín trasero, oculto entre las sombras.

Agazapado en una posici6n segura enfrente de la parte posterior de la casa, dispar6 r6pidamente al reflector de atr6s. S6lo quedaban encendidas las luces de la

casa, y del interior de ésta le llegaron gritos y portazos que indicaban la consternación reinante.

Bond retiró la mira de su sujeción sobre el cañón del Frankel y escondió el rifle bajo un arbusto: ya había cumplido su función. Retrocedió hacia la oscuridad del parque, a la vez que sacaba la Beretta del bolsillo y la amartillaba. Mientras se retiraba vio que tres hombres salían corriendo por la puerta trasera, enarbolando pistolas y potentes linternas; atravesaron el jardín y se dispersaron hasta que desaparecieron entre la fronda del parque. Sólo la intermitente luz de las linternas delataba su posición. Bond les siguió el rastro lo mejor que pudo con la mira. Tres guardias y ningún perro, a Dios gracias, se dijo. Se puso de pie, con la espalda pegada contra un árbol, y escudriñó la oscuridad que lo rodeaba, a la espera de que un guardia se acercara. Una vez que tuviera dominado a uno, los tendría a los tres. «Espera que vengan hacia ti —se dijo—. No vayas a buscar a tu presa». Respiró lo más lento que podía, manteniéndose completamente inmóvil, y aguardó, con el arma preparada.

Fueron los parásitos de un *walkie-talkie* los que lo alertaron, más que el haz de la linterna. Entonces vio la luz que se movía entre los árboles y oyó la voz de un hombre.

—Dawie, no veo nada, tío. ¿Estás seguro de que está en el parque? Corto.

Las interferencias hicieron inaudible la respuesta.

Dawie, pensó Bond. Qué interesante. Era uno de los colegas de Kobus de la Infantería Ligera de Rodesia.

El hombre se aproximó más, pero no llegó a oír a Bond cuando, al pasar a su lado, éste lo golpeó en la nuca con la base de la culata de la Beretta. El guardia se desplomó al instante, desmayado. Bond se apresuró a cortar unos trozos de cuerda con la navaja y le amarró las manos a la espalda para luego atarle las muñecas a los tobillos. Arrancó un terrón de tierra y tapó con hierba la boca abierta del hombre. Entonces disparó un tiro al aire y, recogiendo el *walkie-talkie*, gritó «¡Dawie!», disparó otra vez y apagó el aparato.

Oyó que alguien avanzaba tropezando entre los arbustos y enseguida vio la luz de una antorcha que se movía entre los árboles. El hombre —debía de ser Dawie— gritaba con voz áspera en su *walkie-talkie*, instando al tercer guardia a reunirse con ellos.

—¡Henrick, ven aquí, tío! —vociferaba—. Estamos cerca de la puerta oeste.

Bond apuntó un poco por encima de la luz de la antorcha y disparó dos veces. Oyó un grito de dolor y vio que la antorcha caía al suelo. Dawie empezó a aullar.

—¡Me ha dado! ¡Me ha dado! ¡Está aquí!

Bond se arrastró hacia adelante mientras Dawie seguía gritando y guiando a Henrick hacia él. Entonces vio la luz de la linterna de éste, que se sacudía mientras el tercer guardia se acercaba corriendo entre los árboles.

Bond se tomó su tiempo para asegurarse de que avanzaba en completo silencio.

Dawie gemía, retorciéndose de dolor, y Henrick estaba agachado a su lado, buscando la herida. Bond sacó del bolsillo su cachiporra de monedas y la descargó con fuerza en la nuca del tercer guardia. Henrick se desplomó como una vaca a la que aniquilan con una pistola neumática para ganado. Se quedó tan inmóvil que Bond pensó que tal vez le había dado un golpe mortal. Le palpó la garganta. Tenía pulso, aunque débil.

—Me estoy muriendo, ayúdame —rogó Dawie.

Bond recogió la linterna caída del guardia y lo enfocó con ella. El disparo lo había alcanzado en un costado del vientre, bastante abajo. No era una herida mortal, aunque el tipo estaba ya muy pálido por la pérdida de sangre.

Sin decir una palabra, Bond lo cogió por el cuello de la cazadora y lo arrastró hasta un árbol, mientras el guardia no dejaba de gemir, y le ató las manos detrás del tronco. Volvió a controlar a Henrick, que respiraba pero seguía inconsciente. Le amarró las muñecas juntas y lo puso de costado para que no se ahogara si vomitaba. Disparó varias veces al aire las pistolas de los dos guardias y luego las arrojó a la oscuridad. Quería que quienquiera que estuviera aún en la casa pensara que los guardias estaban trabados en combate en un extremo del parque. Cuando se hiciera el silencio empezarían a preocuparse, y tal vez los dominara el pánico: no tenían ni idea de cuántos asaltantes había allá afuera.

Echó una última ojeada a Dawie y recogió su *walkie-talkie*.

—¡Le he dado! —chilló Bond en el micrófono, y luego apagó el aparato y le habló a Dawie—. Si gritas bien fuerte vendrá alguien a buscarte.

Sabía que no era cierto; sólo quería que desde la casa oyeran gritos distantes e ininteligibles.

—No me dejes, tío —suplicó Dawie con acento lastimero, y luego añadió con sorprendente lirismo—: Siento cómo se me escurre la vida, cómo me abandona poco a poco.

Bond no dijo nada y se alejó en dirección a la casa.

Al acercarse, observó que en algunas de las ventanas de la planta baja había luz, y que otras tenían las cortinas echadas. A través de una rendija entre las cortinas de la gran ventana salediza del salón principal vio a Kobus Breed —sin chaqueta y con el nudo de la corbata aflojado— que hablaba nerviosamente por teléfono. De vez en cuando se interrumpía para gritar por el *walkie-talkie*, y luego lo arrojaba a un lado. Era evidente que la falta de respuesta por parte de Dawie lo enfurecía.

Bond se detuvo fuera. No quería entrar en la casa porque no tenía ni idea de quién más podía haber dentro.

Era mejor tratar de atraer a Breed para que saliera a la oscuridad. Entonces concibió un plan que le pareció más eficiente: treparía e irrumpiría por una ventana del piso superior. Rápidamente escaló por una de las gruesas tuberías de plomo de la bajada de aguas. Pocos segundos después se encontraba en las falsas almenas, con sus contrafuertes góticos, sus cañones de chimenea de base poligonal y su profusión de florones esculpidos. La mente de Bond trabajaba a toda velocidad, detectando las

posibilidades, evaluando las opciones, reduciendo el riesgo. Cuando se dirigía hacia una ventana a oscuras, chocó accidentalmente con uno de los florones que decoraban un achaparrado cañón de chimenea de ladrillo. Sintió que la mampostería se movía con un chirrido, y la gruesa bola de piedra de la cima se bamboleó, casi suelta. Bond la sujetó. Tenía aproximadamente el tamaño de un balón medicinal y debía de pesar cerca de veinte kilos. Sonrió para sus adentros: se le había ocurrido una idea.

Sacó del bolsillo el *walkie-talkie* de Dawie y lo encendió. Movi6 levemente hacia un lado el dial de selecci6n de canales de tal modo que se estableciera la conexi6n y luego se interrumpiera. Habló entre los dientes cerrados y estrangulando la voz, repitiendo unas frases en el micrófono:

—Ven... Bond... lo tengo... ven, ven... no recibo... Bond, repito, Bond, lo tengo, corto.

Supuso que este confuso mensaje llegaría a Breed y a los restantes que estuvieran escuchando. Hurgó en vano en los bolsillos en busca de unas monedas, antes de recordar la cachiporra repleta de centavos que llevaba. Desató el nudo y quitó un puñado. Luego se arrastró a lo largo de las almenas hasta que tuvo un buen ángulo respecto a la ventana salediza del salón principal. Inclinandose hacia afuera, arrojó unas monedas contra los cristales y las oyó tintinear cuando golpearon. Luego arrojó unas más. Retrocedió a toda prisa hasta el florón que casi había hecho caer y, con mucho cuidado, levantó la bola de piedra sujetándola con los dos brazos. Era compacta e increíblemente pesada. Sin soltarla, se deslizó hasta el borde de la almena que se asomaba sobre la ancha puerta del salón que daba al jardín. «Vamos, Kobus — dijo para sus adentros, con los músculos en tensi6n—, tienes que ser curioso. Bond está aquí. Dawie lo tiene».

La puerta se abrió muy despacio y un rayo de luz del interior del salón se proyectó en el césped.

Kobus Breed salió cautelosamente, con una pistola en la mano.

—¡Dawie! —gritó hacia las sombras—. ¿Dónde demonios estás, tío? ¡No te oigo por la radio! ¡Se corta la transmisi6n!

Bond miró hacia abajo; los músculos empezaban a dolerle terriblemente. La cabeza de Breed era un blanco pequeño desde su altura, pero quería aplastarla como un melón maduro.

Breed avanzó otro paso, apuntando el arma a un lado y otro, creyendo que el peligro se hallaba en el parque, no arriba.

—¡Dawie, déjate ver! ¿Le has dado?

Bond soltó la bola de piedra y dio un paso atrás. Oyó el impacto —el ruido sordo de carne y huesos aplastados— y el penetrante aullido de Breed ante el horrendo dolor.

Se asomó para mirar. Breed yacía en el suelo, retorciéndose y gimiendo, mientras el brazo derecho se agitaba sin control como el ala rota de un pájaro. La bola no le había dado en la cabeza, pero por lo visto lo había golpeado de pleno en el hombro

derecho y le había pulverizado el hueso.

Bond se deslizó hacia abajo por la tubería y, una vez de nuevo en tierra, rodeó con cautela el edificio, con la Beretta en la mano. Debería matarlo sin más, pensó, pero quería que Breed supiera por qué moría, que supiera que su dolor y su ejecución inminente eran en retribución por lo que le había hecho a Blessing. No era cuestión de liquidarlo simplemente. Bond quería saborear la venganza.

Mientras se aproximaba, apuntó la pistola. Breed yacía boca abajo, con la bola de piedra junto a la cabeza, sin duda presa de un dolor intolerable. Todo el cuerpo se le sacudía y se crispaba espasmódicamente. Al parecer, el impacto de la bola de piedra le había destrozado el omóplato y la clavícula. La presión del peso muerto también había fracturado el húmero, y a través de la camisa le sobresalían más de cinco centímetros de hueso desnudo a la altura del codo.

Bond giró a Breed con el pie. Éste aulló cuando el brazo destrozado se hundió en el césped del suelo. Pero en la mano sana que había quedado bajo el cuerpo sostenía su pistola automática. Le disparó a Bond y falló —la mano le temblaba visiblemente— y volvió a disparar. Esta vez la bala dio en el arma de Bond y la lanzó a lo lejos dando vueltas en medio de una lluvia de chispas. Bond se arrojó sobre el pecho de Breed, con las rodillas por delante, y sintió cómo se rompían varias costillas y se curvaba el esternón. Le arrancó la pistola a Breed de una patada y hurgó en el bolsillo de la cazadora, buscando la navaja. No halló la navaja, pero sí el aerosol de gas pimienta.

Bond roció el ojo defectuoso de Breed, el que no podía cerrarse, con una espesa nube de gas, y oyó el alarido que le brotaba desde el fondo de la garganta. El brazo derecho de Breed estaba inutilizado, de modo que Bond le pisó el izquierdo para inmovilizarlo y contempló cómo se retorció de tormento y pataleaba convulsivamente, mientras la potente disolución de capsaicina le quemaba el globo ocular. Breed berreaba como un bebé, y Bond le envolvió complacido la cabeza con una nueva nube de gas pimienta.

—Esto es por Blessing, gusano, escoria humana —le dijo con voz áspera, inclinándose sobre él—. Y esto es por mí.

Y le roció de nuevo el ojo abierto desde dos centímetros de distancia.

Buscó la navaja en el otro bolsillo y abrió la hoja. Tiró con violencia de Breed para volver a ponerlo boca abajo y hundió la hoja hasta el fondo, seccionándole la médula espinal. El cuerpo de Breed tuvo una sacudida y luego quedó inerte. Sus gritos se apagaron mientras se le formaban unas burbujas de saliva en la garganta.

Bond retrocedió, jadeante, un tanto atónito por su propio salvajismo. Se masajé la mano derecha para aliviar la sensación de hormigueo y se obligó a recordar lo que Blessing había padecido: Kobus Breed no había tenido compasión con ella. No obstante, sentía enojo consigo mismo. «Nunca más —pensó—. Ejecuta cuando surja el momento». La emoción —el justo deseo de venganza— había socavado su profesionalidad y casi lo había matado. «Si te propones matar, mata. No te

entretengas queriendo embellecer de algún modo tu acción». Podía oír la ronca voz del cabo Dave Tozer: «RD, cabrón estúpido. Respuesta desproporcionada. Ante cualquier amenaza, la destrucción máxima. Si te escupe, le cortas la garganta. Si te patea en la espinilla, le amputas la pierna. Las dos piernas».

Bond empezó a calmarse. Miró el cuerpo de Breed, con la navaja del atracador sobresaliendo de la nuca. La recuperaría más tarde. El hecho de que no hubiera aparecido nadie desde la casa cuando sonaron los disparos era una buena señal. Dio unas vueltas por los alrededores hasta que encontró su pistola. La segunda bala de Breed había dado justo delante del gatillo y hecho una muesca en el metal. Bond amartilló el arma, quitó el cargador y volvió a colocarlo. Parecía estar en buenas condiciones.

Se quitó el pasamontañas y se enjugó las manchas de sudor de la cara. Entró en el salón por la puerta del jardín y revisó rápidamente las estancias comunes: una biblioteca, un pequeño cuarto de estar y un pasillo con suelo de parqué que conducía al vestíbulo principal, de donde salía una escalera ancha y sólida. De vez en cuando Bond se detenía y escuchaba con atención, pero no oyó nada que indicara que había alguien más en la casa.

Detrás de la escalera vio un par de modernas puertas de batiente. Las abrió y se encontró con una decoración muy diferente. Ante él se extendía otro amplio corredor, pintado de verde pistacho y con baldosas blancas de caucho en el suelo. Parecía un hospital, y del otro lado de las puertas cerradas —que tenían paneles de vidrio— se oía el rumor de maquinarias. Bond se asomó a una habitación: incubadoras, centrifugadoras, esterilizadoras, congeladores. Otra estaba equipada como una sala de hospital, con cuatro camas y un puesto de enfermeras. Otras puertas tenían un letrero de «Rayos X» o «Farmacia». En una decía «Dr. Masind», un nombre que le resultó vagamente familiar. No había duda de que aquélla era la modernísima clínica donde recibían a los niños procedentes de los vuelos de Amigos de África.

Bond seguía atento por si oía algo, pero no percibió nada que lo alarmara. Se preguntó dónde estaría Gabriel Adeka. ¿En la planta superior, quizá? Tal vez debería volver sobre sus pasos y explorar los pisos de arriba. Entonces llegó al final del largo pasillo. A la izquierda había una puerta y, a la derecha, un tramo de escalera que conducía al sótano. Abrió la puerta y se encontró con una especie de aula con dos filas de escritorios frente a una pizarra. En el suelo, delante de la pizarra, había una pila de lo que parecía ser ropa desechada. Bond encendió la luz y vio que no se trataba de ropa sino de pequeñas mochilas, las que llevaban los niños al desembarcar. Alzó una y advirtió que tenía el fondo cortado. Recogió otra: rasgada también. Habían abierto en dos todas las mochilas.

Cuando se volvía para apagar la luz descubrió otra mochila sobre una mesa, ésta intacta. Al lado había un cúter y, junto a éste, un ordenado montón de paquetitos envueltos en celofán que parecían contener masilla. Bond alzó uno. Veinte centímetros de largo, diez de ancho, dos o tres de espesor; estimó que pesaría más o

menos medio kilo. En eso debía de haber estado ocupado Breed cuando Turnbull McHarg había hecho sonar la bocina y Bond había disparado a los reflectores. Cogió el cúter y cortó el fondo de la mochila. En el forro había otro paquete de lo que ahora sabía que era heroína pura dispuesta en forma de tableta, del tamaño de medio ladrillo. Doce niños enfermos, doce mochilas, seis kilos de heroína. ¿Quién iba a revisar a un crío malnutrido y tembloroso de fiebre? ¿O a un niño de ocho años con un miembro amputado? Como método de contrabando de drogas era despiadado, cruel, simple y extremadamente eficaz. Cada vuelo de Amigos de África debía tener su cupo de...

De pronto oyó algo: una tos.

Se quedó inmóvil. Luego apagó la luz y regresó al pasillo. Volvió a oír la tos, que venía del sótano; era débil y cavernosa. ¿Había un niño allí abajo? Tal vez se trataba de una suerte de sala de aislamiento para casos muy contagiosos.

Empuñó la pistola y empezó a bajar con cuidado la escalera. Una mariposa en el techo arrojaba una luz tenue que le permitió distinguir un rellano con dos puertas. De nuevo oyó la tos, y se dijo que no era de un niño sino de un adulto. Había una llave en la cerradura de la puerta detrás de la cual sonaba la tos. Apoyó el oído contra la puerta y percibió una respiración trabajosa. Giró la llave y luego el pomo y abrió despacio, con la pistola apuntada al interior de la habitación. La lámpara del rellano proporcionaba suficiente luz para permitirle distinguir un hombre que yacía en un colchón en un extremo de la estancia. Bond tanteó en busca del interruptor, lo encontró y encendió la luz.

El hombre temblaba, con las rodillas dobladas a la altura del pecho, tendido sobre una sábana sucia. Un africano, desnudo con excepción de unos mugrientos calzoncillos. Se volvió hacia Bond y murmuró algo. Tenía la cabeza afeitada y una pequeña barba de chivo. Gabriel Adeka.

Bond dio unos pasos en su dirección, pero se echó hacia atrás ante el olor a heces. Gabriel Adeka víctima de un mono terrible. La cara y la rasurada cabeza estaban cubiertas de sudor, y todo el cuerpo se le sacudía por los temblores constantes. Sobre una mesa, al otro lado de la habitación, había una batea esmaltada, un mechero Bunsen acoplado a una bombona de gas, un trozo de tubo de goma, unas cucharas y unas cuantas jeringas aún con su envoltorio de plástico. Todos los instrumentos necesarios para inyectarse heroína.

Ahora entendía por qué nadie había vuelto a ver a Gabriel Adeka. Breed lo había convertido en heroinómano y lo había encerrado en aquel sótano, sin duda sometido a un régimen de inyecciones de droga seguido de un período de privación, hasta hacerlo devenir un adicto deshumanizado y desesperado.

Gabriel Adeka estiró una mano temblorosa hacia Bond, con sus grandes ojos implorantes. Dame más, te lo suplico, dame mi salvación en una aguja.

Sólo que no era Gabriel Adeka, cayó en la cuenta Bond, que se quedó paralizado al reconocerlo. La última vez que había visto a este hombre estaba confinado al lecho

de un hospital de Port Dunbar. El general de brigada Solomon Adeka, el genio militar, el «Napoleón africano», rogando que le administraran una inyección de heroína.

—Es algo terrible, la adicción —dijo una voz a su espalda—. Deje la pistola en la mesa y vuélvase muy despacio.

Bond hizo lo que le indicaban; depositó su arma junto a las jeringas y se volvió lentamente.

Hulbert Linck estaba en el umbral, alto y larguirucho como siempre, excepto que el cabello rubio lo llevaba ahora muy corto y teñido de negro, y lucía una espesa barba. Vestía una cazadora de lona color canela y vaqueros, y apuntaba a Bond con una pistola automática. Dio unos pasos dentro de la habitación y echó una ojeada a Adeka.

—Perdone las precauciones, señor Bond —se disculpó—. Espero que me comprenda. Todo esto es obra de Kobus Breed. Nos tiene prisioneros a Adeka y a mí, mientras él y sus hombres usan la organización de beneficencia para introducir droga en Estados Unidos. Se está haciendo extremadamente rico con extrema rapidez. Qué curioso que sea usted, Bond, quien haya venido a rescatarnos —añadió con una sonrisa, bajando el arma y dejándola junto a la de Bond—. Estamos muy felices de rendirnos a usted. Muy felices.

El primer disparo alcanzó a Linck justo al lado de la oreja izquierda, y de la herida brotó un chorro fino de sangre. El segundo le dio en el pecho y lo arrojó violentamente contra la pared. Linck se resbaló hacia abajo, dejando un delgado rastro de sangre, y se desplomó. Adeka gritó y farfulló, acurrucado en su rincón.

El agente Massinette irrumpió en la habitación, con la pistola apuntada a Adeka, seguido de cerca por Brig Leiter. Bond oyó ruido de pasos en el pasillo del piso superior.

—¿Se encuentra bien, señor Bond? —preguntó Brig Leiter.

Bond miraba de hito en hito a Massinette, quien se había agachado junto al cadáver de Linck y le revisaba los bolsillos.

—¿Por qué demonios le disparó? —dijo Bond sin contener su furia.

Massinette se volvió hacia él y se puso de pie.

—Tenía una pistola e iba a matarlo a usted.

—Había dejado el arma y se estaba rindiendo.

—No fue eso lo que nos pareció desde la escalera —contestó Brig—. No podíamos correr riesgos.

Massinette se inclinó y cogió algo de un bolsillo de Linck. Tenía otra arma en la mano, un pequeño revólver Smith and Wesson calibre 22, al parecer.

—Ocultaba esto en el bolsillo, señor Bond —dijo Massinette—. Lo estaba engañando. Sus planes eran otros.

Bond miró a los dos agentes.

—Lo siento —se disculpó.

No obstante, sabía muy bien que Massinette acababa de poner esa arma en el cuerpo de Linck. Pero ¿por qué? Dejó de buscar una respuesta a esta pregunta cuando Félix Leiter entró en la habitación.

—Veo que te tomaste tu tiempo —dijo Bond—. Aun así, me alegro de ver tu fea cara.

Se estrecharon la mano con efusión. Una mano derecha y otra izquierda.

—Vaya compañías que tienes, James —replicó Félix, acompañando sus palabras con una sonrisa—. ¿Dónde está Kobus Breed?

—Fuera, en el jardín trasero. Muerto. Te mostraré dónde. Ahora tendrías que conseguir ayuda médica para Adeka. Está en muy malas condiciones.

—Yo me encargo —dijo Brig, que sacó un *walkie-talkie* del bolsillo y pidió una ambulancia con un médico.

Bond y Félix subieron la escalera y atravesaron la clínica en dirección al vestíbulo.

Félix palmeó a Bond en la espalda.

—Tu amigo el señor McHarg llamó a la policía con una extraña historia sobre una mansión, disparos y alguien de nombre James Bond. Cuando descubrimos que no estabas a bordo del avión a Londres, pusimos un aviso de búsqueda y captura. La policía se comunicó con nosotros y nos preguntó si este Bond formaba parte de nuestra operación. Muy ingenioso, James.

—A veces es uno quien llama a la suerte —respondió Bond, decidido a no mencionar todavía sus sospechas sobre Massinette.

Por lo que él sabía, Brig Leiter podía haber tomado parte en el asesinato de Linck, y quería cerciorarse de que estaba en lo cierto antes de hacer ninguna acusación.

Bond se detuvo en el vestíbulo y miró hacia lo alto de la escalera. Linck debía de haber estado esperando allí arriba, en alguna parte. Pero ¿por qué la CIA lo quería muerto?

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó Bond.

Félix buscó en el bolsillo con la mano sana y sacó un paquete de Rothmans. Luego, con el complejo mecanismo de titanio que reemplazaba su otra mano —un pequeño gancho curvo y dos dedos con bisagras— extrajo una caja de cerillas. Bond observó con cierto asombro mientras Félix cogía una cerilla con la garra, la frotaba para encenderla y la acercaba al extremo del cigarrillo de Bond.

Bond inhaló hondo, saboreando la bocanada de humo de tabaco.

—Vaya artificio que tienes ahí —comentó—. ¿Es un nuevo modelo?

—Así es —repuso Félix—. Con este chisme soy capaz de apartar una mierda de mosquito de un puñado de pimienta.

Bond rió.

—Gracias a Dios que estás aquí, Félix. Tengo algo que contarte. Ven, primero te mostraré a Breed.

Fueron al salón principal, y Bond abrió la puerta que daba al jardín y salieron al

parque.

Kobus Breed había desaparecido.

11. Un espía de vacaciones

—Encontramos a dos guardias —dijo Leiter—. Uno de ellos casi había muerto desangrado y el otro estaba atado como un pavo de Acción de Gracias.

Empezaba a amanecer, y se encontraban en el camino de grava de la entrada de la casa. Una ambulancia se había llevado a Adeka a un hospital, mientras la policía y un equipo de forenses registraban la casa. Habían recuperado cuarenta kilos de heroína.

—El tercer guardia se llamaba Henrick —dijo Bond, recostándose en un coche de policía—. Lo desmayé con la cachiporra, y parecía tan inconsciente que no me tomé el trabajo de atarle los tobillos. Debe de haber recuperado el conocimiento y haberse desatado de algún modo. Supongo que volvió a la casa, encontró a Breed y se llevó el cuerpo por alguna razón.

—¿Estás seguro de que mataste a Breed? —preguntó Félix.

—Lo estaba —repuso Bond—. Ahora no lo sé. Lo dejé espantosamente malherido.

Bond se sentía disgustado y furioso consigo mismo. ¿Henrick se había llevado el cadáver sólo porque no quería que las autoridades lo encontraran? ¿O quedaba algún signo de vida en el maltrecho cuerpo de Breed? ¿Yacía ahora en el fondo de algún río cercano, lastrado con piedras? ¿O lo estaban recomponiendo en algún secreto quirófano improvisado? Bond se dijo, intranquilo, que tal vez había fallado el golpe de gracia con la navaja.

—No te preocupes por Breed —lo tranquilizó Félix—. Lo encontraremos. Si lo dejaste tan malherido como dices, tendrá que buscar un médico o ir a un hospital. O quizá muera.

—Es posible —dijo Bond, quien se preguntaba si realmente habría algún modo de recomponer a Breed.

El hombro y el brazo derechos le habían quedado hechos añicos, pulverizados. ¿Qué clase de nuevas deformidades tendría un Kobus Breed vivo?

—Alegra esa cara, James —lo animó Félix—. Acabaste con una gigantesca operación de contrabando de droga. Hemos capturado a los malos, al menos a la mayoría, y hemos salvado a Gabriel Adeka. No está mal para un espía británico de vacaciones.

Bond decidió explicarle a Félix la realidad de la situación.

—No es Gabriel Adeka —aseguró con firmeza.

—Lo que necesitas ahora es volver a tu hotel, darte una ducha, comer algo y

dormir durante un día entero para recuperarte por completo.

—Lo siento, Félix. Ese hombre no es Gabriel Adeka. Es Solomon Adeka, el general de brigada Solomon Adeka, ex comandante en jefe de las fuerzas armadas de Dahum. Está disfrazado de Gabriel Adeka para que la gente crea que lo es. Pero no lo es.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Félix, que ya no sonreía.

—Porque lo conocí. Y conocí a su hermano. Sé que es Solomon.

—¿Puedes probarlo?

—Sí. Pero...

—Pero ¿qué?

—Es un poco complicado.

—Nada debe interponerse en el camino de la justicia, James.

—De acuerdo —aceptó Bond, y retó a Félix a cumplir sus palabras—: ¿Puedes silbar a un aeroplano para que venga a recogernos?

12. De regreso en Zanzarim

Bond se sentía muy extraño de regreso en Port Dunbar. Era como si los hechos ocurridos entre su última visita y ésta hubieran tenido lugar en un maligno universo paralelo. Allí estaba, en el cementerio que rodeaba la pequeña catedral, casi en el mismo sitio desde donde había sido testigo del funeral de Solomon Adeka (al fondo, con la modesta aguja de la iglesia a su izquierda). Salvo que esta vez se encontraba al lado de Félix Leiter, y la guardia de honor había sido reemplazada por un juez y su secretario, algunos funcionarios del Gobierno interino de Zanzarim y una pequeña excavadora naranja de oruga que estaba maniobrando para colocarse delante de la tumba de Solomon Adeka.

Veinticuatro horas después de los hechos de Rowanoak Hall, Félix y Bond habían salido del aeropuerto militar de Andrews Field en un Boeing 707 de transporte de las fuerzas armadas. En el aeropuerto de Sinsikrou los esperaba el embajador de Estados Unidos en Zanzarim y luego, en una pequeña caravana de coches de la embajada, habían tomado la carretera nacional para dirigirse al cementerio de Port Dunbar. Allí los recibieron los funcionarios del Gobierno, quienes les informaron que ya contaban con el permiso eclesiástico correspondiente para exhumar el cadáver de Solomon Adeka. Bond había quedado impresionado por el grado de poder e influencia que revelaba tal celeridad. Daba la impresión de que Félix Leiter se había limitado a chasquear los dedos, y todas sus demandas habían quedado satisfechas. ¿Por qué tanta prisa y eficiencia?, se preguntó Bond. ¿Por qué los trataban como dignatarios en visita oficial? De nuevo pensó que allí había otros planes además del suyo y que de momento eran invisibles para él. Conociendo como conocía a Félix, sabía que éste no le había dicho todo. Daba igual. Podía aguardar el momento propicio, pues Félix acabaría por decírselo si él insistía. Eran demasiado buenos amigos desde hacía demasiado tiempo como para callarse algo si el otro pedía una respuesta sincera. Pero Bond decidió que sería más interesante observar y esperar.

Cuando atravesaban la ciudad en dirección al cementerio, Bond había visto por las ventanillas de la limusina que Port Dunbar había recuperado su habitual ajetreo y vitalidad. El viaje hacia el sur le había demostrado asimismo que habían borrado con gran rapidez y casi por completo los signos de la guerra civil. Aún había algunos puentes portátiles transitorios sobre los ríos; aquí y allá, algún vehículo carbonizado esperaba a ser llevado a un depósito de chatarra. Y en las calles había muchos más soldados del ejército de Zanzarim —en puestos de control, dirigiendo el tráfico— de

lo que habría sido normal en un país en época de paz. Con todo, costaba creer que una terrible guerra civil había azotado esas tierras durante dos años, se dijo Bond, evocando el tiempo que había pasado en la asediada República de Dahum cuando ésta se acercaba a sus últimos días de existencia. De nuevo tuvo la impresión de haber vivido en un universo paralelo o en alguna clase de sueño. Más bien en una pesadilla, se corrigió Bond, dada la presencia de Kobus Breed.

Desde el costado de la tumba los llamaron para que se acercaran, y Bond y Félix fueron a reunirse con el grupito de personas que se habían congregado en torno, ahora que llegaba el momento de la verdad.

Las orugas de la excavadora golpetearon ruidosamente el suelo cuando la máquina se puso en posición, y la pala en forma de garra empezó a retirar con delicadeza la tierra apelmazada de la tumba.

—Recuerdo bien el funeral —comentó Bond—. Muy bien organizado y muy formal. Planeado con inteligencia: oraciones, salvas de honor, una muchedumbre afligida... A propósito, ¿tienes idea de cómo se encuentra Adeka?

—Dicen que va muy bien —repuso Félix—. Está en las mejores manos. Debería recuperarse por completo.

—Debe de ser extraño regresar de entre los muertos.

—Ja, ja —dijo Félix con sorna.

Aún se mostraba escéptico, pero sabía que aquél era el único modo de comprobar si Bond estaba o no en lo cierto.

Apareció a la vista la tapa del ataúd, y seis sepultureros se adelantaron. Con gran diligencia terminaron de descubrir todo el féretro y, tras sujetar unas gruesas correas a las asas de latón, las ataron al brazo de la excavadora. El ataúd se alzó lentamente hasta salir de la fosa y fue depositado en el suelo. Dos sepultureros hicieron palanca con unas barras de hierro para levantar la tapa.

La exclamación de asombro de los que se asomaron a ver fue casi cómica. Sacaron del interior tres sacos de cemento y los depositaron sobre la agostada hierba.

Félix tenía una expresión grave, y empujó uno de los sacos con el pie como si pudiera volverse corpóreo de golpe. Miró a Bond.

—A mí me parecen tres sacos de cemento —dijo Bond.

—Bueno, esto me atará de pies y manos —masculló Félix, malhumorado—. Tenías razón.

Bond se encogió de hombros en un gesto de modestia.

—Entonces, si el hombre que tenemos es Solomon Adeka, ¿dónde está su hermano Gabriel? —preguntó Félix.

Bond encendió un cigarrillo.

—Sospecho que si te llevo a una tienducha de Bayswater y cavas en el suelo de cemento, encontrarás sus restos —dijo, y añadió con aire pensativo—: Era un plan muy bien elaborado.

Félix lo observó con perspicacia.

—Entonces ¿sabes lo que está pasando, James?

—Calculo que conozco el ochenta por ciento —contestó Bond con una sonrisa—. Presiento que tú puedes proporcionarme el veinte por ciento restante.

Félix volvió a empujar un saco de cemento, a la par que reflexionaba. Luego alzó la vista.

—Vayamos a tomar un buen trago a alguna parte —dijo.

El hotel Grand Central de Port Dunbar había tenido toda una variedad de nombres en su corta vida: el Schloss Gustavberg, el Relais de la Côte d'Or y el Royal Sutherland. Ahora era el anodino Grand Central, tras haber sido requisado por la junta militar de Dahum durante la guerra civil para utilizarlo como sede de la administración del Gobierno. Era como si se esperara que el cambio de denominación borrara toda su historia. El nombre de Grand Central anunciaba un nuevo y próspero futuro.

En la planta baja había un bar con una amplia galería que daba a la calle principal, recientemente rebautizada como Victory Boulevard. La galería se hallaba abarrotada, de modo que Bond y Félix entraron en el salón en penumbras y tomaron asiento en un rincón oscuro, debajo de un chirriante ventilador de techo. Bond observó a los clientes: media docena de caras negras, y blancas las restantes. Y todos hombres, hombres sudorosos vestidos con traje, que bebían cerveza fría.

Bond hizo señas a un camarero.

—¿Tenéis ginebra? —preguntó.

—Sí, señor. Ahora tenemos de todo. Gordon's o Gilbey's.

—Perfecto. Tráeme una botella de Gordon's, dos vasos, un cubo con hielo y unas limas. ¿Tenéis limas?

—Muchísimas, señor.

Un momento después depositaron en la mesa todo lo que había pedido. Bond llenó los vasos hasta el borde con hielo, echó una generosa medida de ginebra dentro y exprimió media lima sobre cada vaso.

—Esto es lo que llaman un Martini seco africano —le dijo a Félix—. Salud, amigo.

Chocaron los vasos y bebieron. La ginebra estaba perfectamente fría, pensó Bond, y la frescura del zumo de lima suavizaba la aspereza del alcohol. Ambos encendieron un cigarrillo, y Félix sostuvo el suyo con delicadeza entre dos de las pinzas de su garra de tungsteno.

—Bueno, Félix —dijo Bond, mirándolo a los ojos—. Los dos nos conocemos muy bien. Seamos sinceros el uno con el otro. ¿De acuerdo?

—No tengo objeciones.

—¿Empiezo yo la inquisición?

—Adelante, Torquemada.

Bond guardó silencio por un momento antes de hacer su primera pregunta.

—¿Por qué Massinette mató a Linck?

Bond vio que Félix parpadeaba, sorprendido. Sin duda no esperaba que empezaran a desentrañar la historia por ahí. Dio una calada al cigarrillo, asintió y frunció los labios, para ganar un poco de tiempo.

—Porque te iba a matar —contestó.

—No es cierto. Linck acababa de rendirse a mí. Había dejado la pistola en la mesa.

—Tenía otra arma. Era una treta.

—Fue Massinette el que le puso esa arma —replicó Bond—. Vi cómo lo hacía.

Hizo una pausa y añadió:

—Massinette estaba allí para matar a Linck. Pasara lo que pasara, Linck iba a morir. ¿Por qué?

Félix suspiró.

—Para ser sincero, no lo sé. Y, créeme, Brig lo ignora. Massinette fue asignado a la operación de Milford Plaza. No forma parte del personal regular de la CIA.

—Entonces ¿qué es? ¿Alguna clase de asesino contratado por la CIA?

—¿Cómo un doble cero? Tal vez. Tengo que reconocer que el asunto huele mal. Pero Massinette insiste en su versión. Mató a Linck para evitar que te matara.

—Qué oportuno.

Félix llenó las copas de los dos y paseó la mirada por el bar.

—Muy bien, James. Empecemos por el principio. Te diré lo que sé yo.

Encendió otro cigarrillo y comenzó a describir los hechos. Hacia el final de la guerra en Dahum, cuando el país había quedado reducido a su zona central y la situación militar y humanitaria se hacía cada vez más desesperada, el general de brigada Solomon Adeka fue abordado en secreto por un tal Hulbert Linck, un millonario filántropo con un amor altruista por la libertad y por África. Linck se ofreció a proporcionarle armas, aviones, mercenarios blancos, municiones, alimentos, suministros médicos básicos; todo lo necesario para mantener con vida a Dahum.

—Pero había que pagar un precio —dedujo Bond—. El altruismo es caro.

—Exacto. Siempre hay un precio. Nadie da nada por nada —dijo Félix, e hizo un gesto hacia el bar y la galería atiborrados de gente—. ¿Ves a todos esos blancos?

—Sí.

—¿Qué crees que son? —preguntó Félix, pero no esperó la respuesta de Bond—. Son directivos de empresas petroleras.

—Moscas en la miel de Zanzarim —dijo Bond.

—Eso mismo. Los miembros de la familia Adeka han sido jefes importantes de la tribu fakasa durante siglos. El delta del río Zanza es patrimonio de su tribu. Solomon Adeka es su jefe supremo.

—No, no lo es —lo contradujo Bond—. No podía serlo, porque el hermano mayor es Gabriel. Te lo explicaré cuando acabes.

—Como sea, el precio que Hulbert Linck exigía por su ayuda militar era la

concesión durante veinticinco años de los derechos sobre el petróleo del territorio de la tribu fakasa. Dividirían los beneficios en partes iguales. Solomon Adeka aceptó el trato con tal de salvar a Dahum.

—De manera que Linck poseía la tierra donde está el petróleo.

—De hecho, pertenece a una compañía con sede en Luxemburgo, denominada Zanza Petroleum S. A. Es la compañía de Linck, y tiene todos los contratos de concesión. Firmados y sellados.

Las piezas iban encajando, pensó Bond. Firmados y sellados... pero por el hermano Adeka erróneo.

—Y sin duda Linck se esforzó de verdad —dijo Bond—. Eso tengo que reconocerlo. Para él, la mejor opción era un Dahum independiente. Vi lo que hacía, lo que gastaba.

—Pero nunca podría lograrlo —replicó Félix—. Dahum no iba a ganar esa guerra civil ni iba a ser un país independiente. Había demasiadas naciones poderosas que tenían otros planes.

—Y Linck no era estúpido. Veía lo que se avecinaba. Su concesión no iba a valer un ardite cuando Zanzarim se reunificara. Así que comenzó la conspiración. Pusieron en marcha el plan B cuando vieron que perderían la guerra —dijo Bond, deteniéndose un momento para dar un sorbo a su bebida—. Y sospecho que intervino otro factor: Linck descubrió que Solomon Adeka no podía venderle los derechos. Cuando la guerra acabara y el hermano mayor, Gabriel, entrara en escena, Zanza Petroleum dejaría de existir.

—Continúa —pidió Félix, inclinándose hacia adelante—. Aquí es donde las cosas se ponen confusas para mí. Recuerda que yo creía que Gabriel Adeka estaba sano y salvo viviendo en Washington.

—La única manera que tenía Linck para mantener la integridad de sus concesiones petroleras era que las «autorizara» el hermano mayor, el jefe supremo de los fakasas. ¿Cómo lo conseguiría? Solomon Adeka debía «morir» y transformarse en Gabriel... —dijo Bond, que veía todo más claro a medida que se lo explicaba a Félix—. Creo que Linck se puso en contacto con Gabriel en Londres al final de la guerra y le contó alguna historia sobre cómo prestar ayuda a Dahum. Por eso los dos Constellation que vi tenían el logotipo de Amigos de África pintado, incluso la última noche, cuando todo el mundo huía. Eso prueba que Linck conocía a Gabriel y sabía que era el hermano mayor.

Bond siguió reflexionando. Linck debía de haber buscado y localizado a Gabriel Adeka y lo había convencido para que colaborara con él en los transportes aéreos a Dahum. Tal vez era un simple ardid para ganarse su confianza. Incluso era posible que ya estuviera muerto cuando el último Constellation aterrizó en Janjville.

—Desde el punto de vista de Linck y Solomon Adeka —prosiguió—, la clave era la muerte de Gabriel Adeka. Y no sólo su muerte, sino también su «desaparición». No habría cadáver. En lo que se refería a cualquiera de Londres, Gabriel había ido a

Estados Unidos para establecer su nueva organización benéfica, Amigos de África Sociedad Anónima.

Bond recordó su encuentro con Peter Kunle en las oficinas de Bayswater. La sorpresa de Kunle ante el insólito descuido de Gabriel respecto a la máquina de escribir prestada, un descuido que no condecía con su habitual conducta intachable.

—De modo que crees que Linck y Adeka planearon todo esto —dijo Félix con el entrecejo fruncido—. Matar a Gabriel.

—Sí, eso me temo. Los beneficios eran enormes. El fratricidio tiene una larga historia, empezando por Caín y Abel —señaló Bond, que añadió más hielo a su vaso—. Solomon Adeka fingió su enfermedad terminal y su muerte. A propósito, te convendría interrogar a un médico indio llamado Masind. También estaba en Rowanoak. Él le debe de haber administrado la droga y redactado el certificado de defunción. Todo bien planeado. Solomon «muere», la guerra termina y entra la CIA. Mientras tanto, invitan a Gabriel Adeka a instalar Amigos de África en Washington. La coordinación fue perfecta —dijo Bond con una sonrisa—. Al parecer, Gabriel Adeka se marcha de Londres (es decir, de pronto ya no está) y otro «Gabriel Adeka» llega a Washington. En el ínterin, han enterrado a Solomon Adeka en Port Dunbar con todos los honores militares.

Félix meneó la cabeza, con expresión escéptica.

—¿Cómo íbamos a saberlo? Conocimos a un hombre que decía ser Gabriel Adeka. ¿Cómo podíamos adivinar que era su hermano menor, Solomon? Tenía la cabeza rapada y una barbita de chivo, igual que Gabriel. Solomon estaba muerto y enterrado. ¿Quién iba a sospechar?

Félix hizo un gesto de asentimiento, como si quisiera convencerse a sí mismo de la compleja naturaleza del subterfugio.

—Apuesto a que no lo visteis mucho —dijo Bond.

—No, es verdad. Hubo algunas reuniones en un principio. Pero nos dijeron que «Gabriel» no se encontraba muy bien, de modo que tratábamos con el coronel Denga. Muy eficiente. Muy meticulado.

—Parte del equipo —repuso Bond, que encendió otro cigarrillo—. Estoy bastante seguro de que fue así como sucedió. Engañaron a Gabriel Adeka para que colaborara con Linck y sus envíos aéreos a Dahum. En alguna reunión habrán matado a Gabriel, que estaría totalmente desprevenido. Lo más probable es que lo hiciera uno de los secuaces de Kobus Breed, y se habrán deshecho del cadáver enterrándolo bajo el cemento fresco del local de Bayswater. Breed es la mano ejecutora de Linck, así que debe de haber arreglado todo. Por lo que sé, puede que sean socios. Apuesto a que fue Breed quien vio la oportunidad que les ofrecía Amigos de África y sus «vuelos benéficos». Supongo que Linck estaba al tanto —dijo, y añadió con un encogimiento de hombros—: Es evidente que era un hombre que buscaba enriquecerse del modo que fuera. Por desgracia, nunca lo sabremos, por culpa del agente Massinette —concluyó con un gesto de impotencia.

Bond vio que Félix no quería seguir esta línea de razonamiento.

—Así pues, para mantener el control sobre Adeka y obligarlo a seguir de su lado, convirtieron a Solomon en un drogadicto —dijo Félix, mientras agitaba el vaso para hacer girar los cubitos de hielo.

—Un control absoluto —abundó Bond, que sirvió más ginebra en los vasos; ya habían vaciado media botella—. Linck y Breed tenían todo en marcha por entonces. No querían que este Adeka cambiara de opinión.

—De modo que consideras que Linck no era un prisionero en absoluto —concluyó Félix.

—No, no lo era. ¿Por qué razón un prisionero se teñiría el pelo y se dejaría crecer la barba? —adujo Bond—. Esa pequeña estratagema era su vía de escape, o eso esperaba al menos. Tendría que hacernos creer que el cerebro que había planeado todo era Kobus Breed.

—¿Por qué no escapó sin más? ¿Por qué prefirió rendirse a ti?

—Tú mismo respondiste a eso. Mientras estuviera vivo seguía siendo el propietario de Zanza Petroleum, prácticamente. Linck debe de haber sabido que la tapadera de Amigos de África iba a saltar por los aires. Era mejor presentarse como una víctima junto con el pobre Gabriel Adeka. Según dijiste, las concesiones eran legales. Podría haber continuado con el asunto en el mismo punto en que lo había dejado. Como mínimo, podría haber exigido entablar algún tipo de negociación.

—Sólo que no había contado contigo. Con el hecho de que conocías a los dos hermanos.

—Linck lo ignoraba. Y Massinette lo eliminó en cuanto lo vio, así —dijo, chasqueando los dedos—. Me pregunto por qué...

—Creo que ahora podría responder a esa pregunta —afirmó Félix.

Bond vio que asentía, y comprendió que también él empezaba a ver las cosas claras.

—Muy bien —prosiguió Félix—. Un detalle más. Ahora entiendo cómo hicieron desaparecer al verdadero Gabriel Adeka de Londres, para hacerlo reaparecer de improviso en Rowanoak Hall. Solomon había «muerto», tú habías estado en su funeral. ¿Cómo consiguió llegar a Estados Unidos?

—Fue Blessing... Aleesha Belem... la que me lo hizo ver. Me contó que había otro avión aquella última noche en Janjaville, un DC-3. Dijo que Breed y Linck se marcharon por separado en el DC-3 mientras todos los restantes iban en el Super Constellation. Yo no me enteré, claro. Estaba ocupado en mis asuntos, muriendo desangrado —dijo Bond con mordacidad—. Sospecho que en el último momento cargaron algunos cajones de embalaje en el DC-3. En uno de ellos iría Solomon Adeka, drogado e inconsciente pero bien vivo y listo para asumir su nueva identidad. Gabriel ha muerto, larga vida a Gabriel. Vosotros no formularíais preguntas difíciles, aun cuando hubierais tenido alguna, porque estabais muy satisfechos con darles la bienvenida a él y a Amigos de África en Estados Unidos. Y yo me pregunto: ¿por

qué? Perdona si insisto...

—Sígueme —dijo Félix, que se puso de pie y se dirigió a la veranda.

Bond fue tras él. Justo al borde de la galería había una larga fila de coches, camiones y furgonetas. Todos nuevos y con el logotipo de alguna compañía petrolera en un costado: Shell, BP, Texaco, Elf, Agip, Esso, Mobil, Gulf.

—¿Ves eso? —indicó Félix—. Todas las compañías petroleras del mundo quieren meter las narices en el depósito de Zanzarim.

Bond observó los flamantes vehículos y volvió otra vez la vista a los sudorosos blancos que bebían en el bar del hotel Grand Central.

—Tienes que entender, James, que la guerra civil daba al traste con todos los planes. Sí, se había descubierto petróleo. Pero es imposible explotar un yacimiento petrolífero en medio de una guerra feroz. Era un desastre para las compañías petroleras. Y, cuando vieron que la guerra no se acababa en pocas semanas sino que empezaba a prolongarse, un año, dos años, y que todo parecía indicar que podía seguir estancada indefinidamente...

Bond lo interrumpió.

—Ciertos Gobiernos occidentales acordaron que, si había algún modo de detener la guerra, eso redundaría en el beneficio de todos.

Frunció el entrecejo. Bueno, no de todos, pero sin duda se habían combinado muchas ambiciones diferentes sin saberlo ni desearlo. Gran Bretaña, Estados Unidos, las compañías petroleras internacionales, el despiadado oportunismo de Hulbert Linck, la codicia de un hermano menor...

—Aquí estamos, en el corazón del delta del río Zanza —dijo Félix—. A nuestros pies hay un gigantesco mar de petróleo sin explotar, casi inexplorado. Ignoramos cuán vastas pueden ser las reservas. Podría ser más extenso que el campo petrolero de Ghawar, en Arabia Saudita. Esos tipos —prosiguió, gesticulando hacia el bar— lo averiguarán un día de éstos. Pero, además, no es un petróleo cualquiera. Es crudo ligero, el mejor petróleo que existe, el más fácil de refinar. El mundo lo quiere y el mundo lo va a conseguir.

—Y no se podía permitir que alguien como Hulbert Linck fuera un obstáculo —comentó Bond con mordacidad—. De modo que intervino el agente Massinette.

—No me gusta tener que reconocerlo —repuso Félix—. Pero ahora entiendo por qué la muerte de Hulbert Linck beneficiaba a todos. Un agente podía matarlo en un tiroteo, por ejemplo, durante una redada.

Volvieron a su mesa. Félix tenía una expresión agria, como un hombre que acaba de enfrentarse a una desagradable verdad respecto a la empresa en que está metido, pensó Bond. Tomaron asiento, y Bond sirvió otra ración de ginebra en los vasos. Félix añadió más cubitos de hielo.

Bond clavó la vista en él.

—Has dicho que beneficiaba a todos, Félix, pero en realidad te refieres a Occidente.

—Por supuesto. Es obvio. No queremos que sea el Golfo el que nos provea de petróleo, si podemos evitarlo —contestó Félix—. Es el clásico polvorín: el islam, Palestina, Israel, chiitas y sunnitas. Un puto engorro. Según he oído decir, Zanzarim bastaría por sí solo para cubrir el cuarenta por ciento de todas las necesidades de petróleo de Estados Unidos y Gran Bretaña. El cuarenta por ciento, y sin camellos de por medio. Eso cambia todo —aseguró, e hizo una pausa para encender un cigarrillo—. Éste es el nuevo Golfo, James, aquí en el oeste de África. Nos viene de maravilla.

Se puso de pie y se disculpó:

—Tengo que hacer una rápida llamada telefónica. He visto un teléfono público en recepción. No te acabes esa ginebra, que enseguida vuelvo.

Se alejó, y Bond se recostó en su silla, meditabundo. A veces el premio llegaba a ser tan elevado, que las prácticas ilegales, la conducta inmoral o incluso el asesinato parecían un curso de acción razonable y hasta lógico. Todo ese petróleo estaba esperando bajo el suelo del delta del río Zanza y un hombre, Hulbert Linck, sabía demasiado y podía ser una fuente de problemas, constituir un obstáculo para el nuevo orden que se quería establecer. ¿No sería mucho más fácil si no estuviera en medio, si no hubiera que incluirlo a la fuerza en los planes? Alguien de las altas esferas del Gobierno, alguien muy importante, había tomado una decisión. ¿No contamos con «gente» que puede resolver esta clase de cosas por nosotros? Sí, señor. Creo que Luke Massinette es el hombre ideal para el trabajo. Y está disponible. Perfecto. Entonces haga que participe en la operación de búsqueda de Hulbert Linck y dígame qué debe hacer exactamente cuando lo encontremos. Y no meta la pata.

Bond encendió un cigarrillo. El juego sucio era tan viejo como la historia. Tan viejo como la diplomacia. Tan viejo como el espionaje. Pese a ello, tenía que reconocer que a veces la despiadada crueldad del poder absoluto causaba cierta conmoción. Entendía bien por qué a Félix se le había demudado el rostro por unos segundos.

Félix volvió a la mesa.

—Se puede telefonar a Estados Unidos desde Port Dunbar —comentó—. A eso llamo yo progreso.

—La *realpolitik* no es sólo un concepto alemán. No hay nada inaccesible —replicó Bond con una sonrisa.

Félix asintió. Ambos leían ahora entre líneas, conocían la historia subyacente.

—¿Qué vais a hacer con Adeka? —preguntó Bond, cambiando de tema.

—Creo que le gusta Washington. Una vez que se renegocien las concesiones de explotación con el Gobierno de Zanzarim, será un hombre rico. Podemos vigilarlo, y también al coronel Denga y a ese doctor Masind, si es necesario. El asunto del contrabando de drogas juega a nuestro favor. Estoy seguro de que se comportarán bien.

—¿Y quién será, Gabriel o Solomon? —inquirió Bond.

—A decir verdad, creo que eso nos importa un bledo. Ahora todo se ha arreglado

a nuestro gusto.

Félix se puso serio y dejó el vaso en la mesa.

—Me parece que ya hemos descifrado todo, ¿no? —añadió.

—Sí —repuso Bond—. ¿Cómo lo expresaste? Apartamos la mierda de mosquito del puñado de pimienta.

Bond se arrellanó en la silla y vació su vaso. Se miraron a los ojos. Eran dos hombres que sabían muy bien cómo funcionaba el mundo. Bond meditó en lo acaecido. Era lo que él llamaba la «solución Thomas Becket». Enrique II lo había entendido en 1170 tan claramente como aquellos que ochocientos años más tarde habían querido la muerte de Hulbert Linck. «¿Es que no hay nadie capaz de librarme de este cura turbulento?», había preguntado Enrique II de forma capciosa. Y, como cabía esperar, habían asesinado a Thomas Becket. ¿Es que no hay nadie capaz de librarme de Hulbert Linck? Y el agente Massinette había dado un paso al frente. A veces la manera más fácil de resolver un problema es hacer que éste desaparezca.

Bond se encogió de hombros y sonrió.

—En el fondo, la mayoría de los problemas son muy sencillos. Y la solución suele ser igualmente sencilla. Aunque en ocasiones sea cruel.

—Salvo que a menudo no parece en absoluto sencillo.

—Ah, pero eso nos gusta —dijo Bond—. Cuantos más artificios y cortinas de humo, mejor.

Félix lo miró de hito en hito.

—En medio de todo este humo, hay una cosa que me preocupa, James.

—¿Qué cosa?

—Hay muy pocas personas en el mundo que conocen este asunto de Gabriel y Solomon Adeka. Denga tiene que saberlo. Linck lo sabía, pero está muerto. El doctor indio, Masind, lo sabe. Y también Kobus Breed, que probablemente haya muerto, o al menos está fuera de combate. Me preocupa que tú seas tal vez la única persona restante que ha visto cara a cara a los dos hermanos.

—¿Qué quieres decir, Félix?

—Que eres un hombre que posee una información muy, muy privilegiada. Yo la guardaría en secreto, James. Por mi parte, no mencionaré a mi gente nada de lo que me contaste. Sabes tan bien como yo que la información es poder, pero en este caso puede ser tan peligrosa como una bomba sin explotar. Ten mucho cuidado, ¿de acuerdo?

—Lo haré —repuso Bond con una sonrisa.

PARTE 5

Epílogo en Richmond

1. *Un paysan écossais*

Las nubes de humo de pipa suspendidas en el aire habían vuelto gris azulado el despacho de M, y a Bond le empezaron a escocer los ojos a los dos minutos de comenzar la reunión. M debía de haber fumado todo el día, pensó Bond, y eso solía ser un signo de preocupación.

Pero M se mostraba muy afable, o al menos la impenetrable máscara que llevaba era afable. Había permanecido sentado sin decir palabra mientras Bond refería los hechos, sin hacer otra cosa que dar chupadas a su pipa, asentir y sonreír de vez en cuando, casi como un tío que escucha pacientemente el relato de un sobrino sobre su época de deportista en la escuela.

—Y eso fue todo, señor —concluyó Bond—. La frenética lucha por el petróleo de Zanzarim está en pleno desarrollo. Lo comprobé con mis propios ojos: cada compañía petrolera del mundo quiere apoderarse de un trozo del pastel.

—Y nosotros estamos a la cabeza de la cola —repuso M, dejando la pipa y alisándose los ralos cabellos con la palma de la mano—. Magnífico —dijo para sí con aire pensativo, frunciendo los labios y tirándose del lóbulo de una oreja.

Bond conocía esos signos y sabía que no era el momento de intervenir. M hablaría cuando le pareciera conveniente.

—Probablemente debería sancionarlo de algún modo, 007 —dijo M al cabo—. Por haber actuado por su cuenta de una manera tan drástica y osada, por desaparecer así. Pero he llegado a la conclusión de que eso sería impropio.

—¿Puedo saber por qué, señor?

—Porque, por paradójico y sorprendente que parezca, usted consiguió todo lo que yo le había pedido. La guerra acabó y Zanzarim se ha reunificado. Un pequeño rincón de África está en paz y tiene un futuro brillante y próspero. Gracias a sus esfuerzos.

—Y podemos adquirir todo el petróleo que necesitamos.

Los ojos de M relampaguearon.

—El cinismo no es propio de usted, 007 —replicó—. El petróleo no tiene nada que ver con nosotros. Usted y yo no somos más que marineros en la nave del Estado. Nos dieron una tarea y la cumplimos. O, mejor dicho, usted hizo todo el trabajo duro. Yo sólo lo propuse como el hombre más indicado para la misión —dijo, y añadió con una leve sonrisa—: Y resultó que yo estaba en lo cierto. Sé que no ha sido fácil para usted, pero encontraremos una forma de recompensarlo, James, no se preocupe.

Bond reparó en el uso intencional de su nombre de pila. Otra vez el trato era

afable, pero él quería dejar constancia de su opinión.

—Bien está lo que bien acaba —declaró Bond—. Para unos y otros.

—¿A quiénes se refiere?

—A los británicos y los estadounidenses. Al parecer, hemos quedado en muy buena situación.

—¿Y qué hay de malo en eso? —replicó M, poniéndose de pie para indicar que daba por terminada la reunión.

Bond hizo lo propio mientras M rodeaba el escritorio para reunirse con él.

—No se meta en ese terreno —añadió M, con un leve tono de advertencia—. No es asunto suyo. Servimos al Gobierno de su majestad, sea cual sea su inclinación política. Formamos parte del Servicio Secreto de Inteligencia. No somos más que funcionarios del Estado, en el pleno sentido del término.

—Por supuesto —contestó Bond—. Como sabe, señor, *je suis un paysan écossais*, y todos estos planes futuros de índole multinacional y macroeconómica me superan.

—Dijo él, con total impostura —acotó M con sorna.

Ambos sonrieron y fueron hacia la puerta. M apoyó la mano en el hombro de Bond por un breve instante.

—Lo hizo usted excepcionalmente bien, 007. Estamos muy orgullosos.

Era un cumplido muy significativo, y Bond lo sabía. Y de golpe comprendió cuánto había estado en juego, qué resonancia geopolítica había tenido su discreta misión en un pequeño país africano, cuántas repercusiones que jamás habría llegado a imaginar. Que no le habría gustado imaginar cuando la había emprendido, se dijo para sus adentros.

M volvió a palmearlo en el hombro, en un gesto paternal.

—Venga a verme el lunes por la mañana. Creo que tendré un trabajito interesante para usted.

No hay descanso para los malvados, pensó Bond.

—Hasta el lunes entonces, señor.

—¿Tiene algún plan para el fin de semana?

—Tengo que devolver un objeto personal perdido.

2. En la oscuridad

Bond llamó a la puerta de Vampiria. Se había hecho cortar el pelo y dar un masaje, y llevaba su traje de estambre azul marino oscuro, una gruesa camisa de seda color crema y una corbata de punto azul claro. Por fin había vuelto a la normalidad, y se sentía mejor de lo que había estado en meses.

Bryce Fitzjohn abrió la puerta de su caravana. Vestía un traje pantalón de gabardina marrón con chaqueta de doble abotonadura y un jersey blanco de cuello alto, y se había recogido el pelo en un moño algo suelto.

—¿Llego demasiado pronto? —preguntó Bond.

—No, llegas justo a tiempo. Vampiria ha desaparecido, consumida por el fuego del infierno.

Lo miró de arriba abajo, apreciativamente.

—Tienes muy buen aspecto, Bond. Ven, entra. No quiero besarte con la mitad del equipo observando.

Él entró en la caravana, y se besaron tierna, apasionadamente. Bond sintió una especie de alivio interior, una inesperada sensación de bienestar. Tal vez podría abandonarse por veinticuatro horas y ser él mismo con aquella maravillosa mujer.

—¿Qué tal tu viaje a Estados Unidos?

—Pues... interesante.

—¿Alguna cicatriz nueva?

—Me alegra informar que esta vez no hubo cicatrices —repuso con una sonrisa tranquilizadora.

Pero para sus adentros añadió: al menos, ninguna visible.

Bond llevó a Bryce a su casa de Richmond en su Interceptor II.

—¿Es nuevo el coche? —preguntó ella.

—Lo tengo en prueba. No estoy seguro de poder permitírmelo.

—¿Te encuentras bien, James?

—Ahora sí —contestó él con total sinceridad—. Estaba un poco indispuerto... hasta que te vi otra vez.

—Hago lo que puedo —dijo Bryce, alargando la mano para rozarle la mejilla con los nudillos.

Bond pensó que se entendían bien, pues mucho de lo que se decían era sin palabras. Al parecer, ella ya lo conocía —su necesaria reserva, los lugares adonde no podía ir—, y él recibía a cambio sus tácitos mensajes de deseo y afecto, de calor

humano. En todas sus conversaciones había una corriente oculta, profunda y poderosa.

Una vez en la casa de ella, Bryce le dijo que repetirían la comida: champaña, bistec con ensalada de tomate y una gran botella de vino tinto. Mientras ella iba a la cocina a decantar el vino —había elegido un Château Cantemerle 1955—, Bond fue con sigilo a su estudio y volvió a guardar su pasaporte en el cajón superior del escritorio. Dennis Fieldfare lo había devuelto con celeridad a su estado original y parecía tal cual como cuando lo había robado, aunque tal vez un día Bryce se preguntara de dónde habían salido aquellos sellos de entrada en Estados Unidos mientras ella estaba ocupada filmando *Vampiria* en los Estudios Amerdon. Pero no descubriría su doble juego, se dijo Bond. Jamás sabría cuánto lo había ayudado.

Comieron, bebieron y luego hicieron el amor como viejos y expertos conocidos.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto —dijo Bryce, acurrucada en sus brazos, apartándole con un dedo el mechón que le caía sobre la frente—. Te eché de menos, por absurdo que parezca. Y recuerda que me prometiste unas vacaciones.

—Voy a llevarte a Jamaica —repuso él—. ¿Has estado allí alguna vez?

—No, nunca. Qué maravilloso.

—Prepárate para el mejor viaje de tu vida.

—¿Cómo podré agradecérselo, señor Bond? —dijo ella, que se acercó más y lo besó introduciéndole la lengua en la boca—. Tal vez podría pensar en algo fuera de lo común...

Y apartó de un tirón las sábanas para dejar al descubierto el cuerpo desnudo de Bond.

Bond se despertó. Había oído un ruido. Lo oyó otra vez: el golpeteo de un puñado de gravilla arrojado contra el cristal de la ventana, casi como gotas de lluvia. Echó una ojeada al reloj: las cinco menos cinco de la madrugada. Bryce dormía profundamente. Bond se deslizó fuera de la cama y abrió las cortinas un par de centímetros para espiar el jardín. A la luz de la luna vio la gris extensión de césped y, más allá de la hilera de árboles, el río plateado con marea alta. De pronto creyó distinguir una sombra que se movía en la oscuridad, y al momento se puso tenso. Recogió su ropa y sus zapatos, abandonó en silencio el dormitorio y se vistió deprisa en el rellano. Tras ponerse los calcetines y los zapatos y luego la chaqueta, guardó la corbata en el bolsillo. Estaba seguro de que había alguien ahí fuera en el jardín e iba a averiguar quién era.

Bajó la escalera sin encender ninguna luz. Era consciente de que arrojar un puñado de grava contra la ventana del dormitorio constituía un viejo truco de ladrón: si no se encendía ninguna luz se podía entrar a robar en la planta baja casi con total seguridad. Cogió el atizador de la chimenea de la sala y fue con cautela a la cocina, que tenía una puerta que daba al jardín. Manteniéndose fuera de la vista, escudriñó

desde la ventana de la cocina toda la fantasmal superficie del jardín encerrada entre altos muros. De nuevo le pareció ver que algo se movía en el gran arriate herboso cercano a la higuera. ¿Lo estaban engañando los ojos? Pero la gravilla contra el cristal no había sido una ilusión. Quizá podía limitarse a encender las luces, y así el intruso captaría el mensaje e intentaría robar en otra casa en lugar de hacerlo en Richmond. Pero esa llamada que lo había despertado le producía una sensación incómoda. Grava contra el cristal. Monedas contra el cristal... Tal vez alguien quería atraerlo a la oscuridad. Bueno, estaba dispuesto a hacerlo.

Abrió la puerta y salió. Hacía frío, y el aliento se condensaba; eran las primeras señales del invierno que se aproximaba. Aferrando con fuerza el atizador, avanzó por el camino de lasjas que conducía al muro y a la puerta que daba al paseo que bordeaba el río. Se detuvo y aguzó el oído. Nada. Una suave brisa hizo susurrar las hojas. Bond se dirigió hacia el arriate herboso donde había creído distinguir un movimiento en las sombras.

Se paró en el borde del césped y observó las plantas del parterre, en busca de hojas o ramas quebradas. Buscó su encendedor en el bolsillo, se agachó y acercó la llama al suelo. Había unas hojas caídas y una planta curiosamente doblada hacia abajo. Movié la llama para que echara una luz oblicua... y descubrió las huellas. El suelo estaba húmedo, y las huellas frescas —cuatro— tenían unos dos centímetros de profundidad. Alguien había estado escondido en el jardín. Lo extraño era que una huella, la derecha, parecía torcida de forma anormal hacia la otra, y el talón derecho se había hundido más que el izquierdo. Y había una serie de agujeros redondos junto a las pisadas, como si el intruso se hubiera apoyado en un bastón. Esto es una locura, pensó Bond; pero otra parte más racional del cerebro decía que podía ser un inválido, alguien que no podía caminar sin ayuda. Alguna clase de lisiado...

Entonces oyó un ruido en la calle y corrió hacia la puerta del muro. Giró la llave que había en la cerradura, la abrió y dio unos pasos en la acera. La marea había bajado ahora en el río, y éste fluía con ímpetu hacia el mar. Bond miró a un lado y otro. El paseo que bordeaba el río estaba bien iluminado por farolas, allí en Richmond, pero no se veían signos de presencia humana alguna. Creyó oír el motor de un coche que arrancaba una calle más abajo y se alejaba en la noche.

Sintió un enorme pesar cuando comprendió lo que debía hacer. No tenía elección.

Bond volvió a la casa, se sirvió un dedo de coñac en un vaso y bebió un trago antes de dirigirse al despacho de Bryce. Se sentó ante el escritorio y le escribió una breve nota en una hoja de papel.

Querida Bryce:

Tengo que marcharme enseguida, por razones de «negocios». Eres mucho más de lo que me merezco y nunca podría hacerte feliz. Estas pocas horas maravillosas que he compartido contigo le han dado verdadero sentido a mi vida. Te lo agradezco con toda el alma. Adiós.

Acabó su bebida y dejó el vaso vacío sobre la hoja para sujetarla. Bryce la encontraría por la mañana, cuando bajara a buscarlo. Era domingo, y habían hecho planes para el día.

Bond cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido y se sentó ante el volante del Interceptor. Se quedó inmóvil por un rato, repasando la decisión que había tomado. Su mente volvía sin cesar a la horrenda imagen de Blessing, muerta a manos de Kobus Breed. Quizá lo sucedido en el jardín había sido sólo obra de un ladrón de Richmond que probaba suerte. Pero Bond no podía vivir con el temor de que Bryce —como Blessing— llegara a ser una víctima por su relación con él. No podía exponerla a que sufriera daño, en especial si el daño se lo iba a causar un hombre como Breed.

Encendió el motor —el ronroneo era tan suave que dudaba que pudiera despertar a Bryce— y avanzó despacio por el camino de entrada de la casa, haciendo crujir la grava con los anchos neumáticos.

Al este, el cielo despejado tenía un nítido tinte de peltre amarillento que anunciaba el comienzo del nuevo día. Tomó la carretera hacia Londres y pisó el acelerador, concentrado en el placer de conducir un coche potente como aquél, esforzándose por no pensar en Bryce ni en los peligros que habían estado acechando en la oscuridad del jardín.

Condujo a buena velocidad hacia su casa, con rostro impassible, decisión firme y una pesadumbre desusada.

Se detuvo junto a la plaza de King's Road y permaneció un momento sentado en el coche, meditando, arrepentido a medias ya de su espontáneo acto de caballerosidad, de haber dejado a Bryce sin prevenirla, de improviso y de forma subrepticia en mitad de la noche. Sería un golpe para ella y se sentiría dolida, después de los buenos momentos que habían compartido y de las veces que habían hecho el amor. Jamás sabría que si él la abandonaba era para mantenerla a salvo del despiadado salvajismo de Kobus Breed. Lo único que sabía de James Bond era su nombre, pero no tenía su dirección ni su número de teléfono. Nunca lo encontraría, por mucho que lo intentara. Y él ¿encontraría otra vez a alguien como Bryce?, se dijo con cierta amargura. Era el precio que pagaba por el trabajo que hacía, supuso. No era aconsejable enamorarse de una bella mujer.

Bond dejó escapar un suspiro. Era una mañana de domingo tranquila y hermosa. Al día siguiente era lunes, y M le había dicho que tenía un trabajito «interesante» para él. La vida continúa, pensó, y en cierta forma eso constituía un consuelo. Bajó del coche para encontrarse con un día soleado y fragante y, mientras se dirigía hacia

la puerta de su casa, en alguna parte sonó un arrebato de campanas de una iglesia, y una bandada de palomas, que se alimentaban en el jardín central de la plaza, alzó el vuelo con un ruido de aleteos hacia el deslumbrante azul del cielo de Chelsea a primeras horas de la mañana... y desapareció.

Sobre Ian Fleming

Ian Lancaster Fleming nació en Londres el 28 de mayo de 1908, y estudió en el Eton College antes de pasar un periodo estudiando idiomas en Europa. A su primer trabajo, en la agencia de noticias Reuters, siguió un breve periodo como corredor de bolsa. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, fue nombrado asistente del Director de Inteligencia Naval, el almirante Godfrey, y desempeñó un papel clave en las operaciones de espionaje británico y aliado.

Después de la guerra se unió al grupo de comunicación Kemsley como responsable de Internacional del *Sunday Times*, donde dirigía una red de corresponsales intrínsecamente involucrados en la Guerra Fría. Su primera novela, *Casino Royale*, se publicó en 1953, y con ella presentó a James Bond, agente especial 007, al mundo. La primera tirada se agotó en un mes. Tras el éxito inicial, Fleming publicó una novela de Bond al año, hasta su fallecimiento. Raymond Chandler se refirió a él como «el escritor de *thrillers* más poderoso y cautivador de Inglaterra». Su quinto título, *Desde Rusia con amor*, fue particularmente bien recibido, y las ventas se dispararon cuando el presidente Kennedy lo mencionó como uno de sus libros favoritos. Las novelas de Bond han vendido más de sesenta millones de ejemplares, y han inspirado una serie de películas de gran éxito que dio inicio en 1962 con el lanzamiento de *Agente 007 contra el Dr. No*, con Sean Connery en el papel de 007.

Los libros de Bond fueron escritos en Jamaica, país que enamoró a Fleming durante la guerra y donde se construyó una casa a la que llamó «Goldeneye». En 1952 se casó con Anne Rothermere. Su historia sobre un coche mágico, escrita en 1961 para su único hijo, Caspar, pasó a convertirse en una novela muy popular que inspiró la película *Chitty Chitty Bang Bang*. Fleming murió de un fallo cardíaco el 12 de agosto de 1964.



WILLIAM BOYD es autor de catorce novelas, entre las que destacan *Un buen hombre en África*, *Como nieve al sol*, *Barras y estrellas*, *Las nuevas confesiones*, *Playa de Brazzaville*, *La tarde azul*, *Armadillo*, *Las aventuras de un hombre cualquiera* (en la que aparece el personaje de Ian Fleming) y *Sin respiro* —todas ellas publicadas por Alfaguara—. También ha escrito libros de relatos, un ensayo, una biografía, y guiones para cine y televisión. Ha sido galardonado, entre otros, con el Premio Whitbread First Novel, el Premio John Llewellyn Rhys, el Premio James Tait Black Memorial, el Premio Jean Monnet y el Premio Costa Novel of the Year. Es miembro de la Real Sociedad de Literatura británica y Oficial de la Orden de las Artes y las Letras francesa. En 2005 fue nombrado Caballero del Imperio Británico.

Nacido en Ghana en 1952, Boyd pasó gran parte de su infancia en el oeste de África. Hoy en día divide su tiempo entre el suroeste de Francia y el barrio londinense de Chelsea, donde vive muy cerca de la casa de James Bond.

Notas

[1] Una de las cuatro asociaciones profesionales de abogados de Inglaterra y Gales, en cuya antiquísima sede hay lujosas habitaciones para los asociados. (*N. de la T.*) <<

[2] El nombre Blessing significa «bendición», y el dicho «una bendición oculta» equivale a «no hay mal que por bien no venga». (*N. de la T.*) <<

[3] Suelo propio de las regiones cálidas, caracterizado por la pobreza en sílice y un grado elevado de hierro y alúmina. (*N. de la T.*) <<

[4] Siglas de Special Air Services (Servicio Aéreo Especial), un regimiento del ejército británico que se especializa en operaciones clandestinas. (*N. de la T.*) <<

[5] Turpentine Lane significa «callejuela Trementina». (*N. de la T.*) <<

[6] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[7] Aliño de ensalada de James Bond: mezclar cinco partes de vinagre de vino tinto con una parte de aceite de oliva virgen extra; el exceso de vinagre es esencial. Añadir medio diente de ajo, media cucharilla de mostaza de Dijon, una buena porción de pimienta negra molida y una cucharilla de azúcar granulada blanca. Mezclar bien, quitar el ajo y aderezar la ensalada. (*N. de la A.*) <<